

# MATÍAS

JULIO MEZA ANDRADE



JULIO MEZA ANDRADE

# MATÍAS



Primera edición: noviembre de 2019

©Grupo Editorial Max Estrella

©Editorial Calíope

©Julio Meza Andrade

©Matías

©Diseño de portada: Carlos Martín de la Concha

ISBN: 978-84-121004-3-3

Grupo Editorial Max Estrella  
Calle Doctor Fleming, 35  
28036 Madrid

Editorial Calíope  
[editorial@editorialcaliope.com](mailto:editorial@editorialcaliope.com)  
[www.editorialcaliope.com](http://www.editorialcaliope.com)

***“EL AMOR NO ES PATRIMONIO DE LA JUVENTUD, DE NADIE Y DE NADA. NO TIENE EDAD, NO TIENE LIMITE, NO TIENE EPOCA NI EXPLICACION, SOLO ES UN SENTIMIENTO PODEROSO E INDIVIDUAL QUE SE MANIFIESTA SIN CONTROL Y DE MANERA INESPERADA”***

## **PRÓLOGO**

MATÍAS, es una novela de amor ambientada en los años ochenta, en la ciudad de Iquique. Los lugares nombrados todos existieron en esa época, pero algunos ya no están y otros han sufrido alteraciones. No obstante, la esencia histórica de este patrimonio cultural permanece igual.

El objetivo general de esta obra es combinar el amor y la historia, con el propósito de ilustrar al lector a través de la novela, sobre ciertos hechos históricos ocurridos en el Norte de Chile. Además, mostrarle y enseñarle por medio de fotos y narrativa, lugares y arquitectura del importante patrimonio cultural y turístico que tiene Iquique. Asimismo, preservar en memoria escrita, una realidad aún vigente, que inevitablemente el tiempo cambiará o hará olvidar.

Esta novela cuyo tema central es el amor en segunda oportunidad, mientras se desarrolla la historia llevará al lector en un viaje imaginario por Iquique y conocerá todo su pasado histórico y presente turístico. Las fotos son de autoría propia.

Esta obra no pretende ser un libro de historia. La idea es ilustrar de manera sencilla y no forzada a través de su narración, sobre lugares y hechos más relevantes de la historia de Iquique, a juicio del autor. Los datos de los hechos históricos que son muy escuetos, han sido recopilados de muchas fuentes, resumidos y contados de manera simple y sucinta. Algunos, cuyas fuentes diferían en detalles y no determinaban fehacientemente una exactitud, han sido expresados literalmente con la palabra “creo”, “dicen”, “se dice”.

Expreso mi sincera gratitud a las personas anónimas que aportaron información importante sobre las salitreras, también sobre otras experiencias, conceptos y datos no escritos, que enriquecieron esta obra.

Este libro está dedicado a la hermosa ciudad de Iquique, a los iquiqueños que la aman y a aquellos iquiqueños de corazón que aun no siendo nacidos en esta tierra, aman la ciudad y la zona, como es el caso del autor.

## MATÍAS

Era viernes veinticuatro de septiembre del año mil novecientos setenta y nueve y en la histórica ciudad de Iquique, la tierra había dado un giro. El sol ya se había refugiado lenta y silenciosamente en el azulado mar de Cavancha, mientras que los últimos bañistas se estaban retirando con su piel tostada y reseca por la prolongada exposición al sol y a la sal del agua. Con ello, en otros diferentes puntos de la ciudad, seres noctámbulos se aprontaban a salir de sus prisiones y madrigueras, donde realizaban diariamente sus trabajos durante la semana, acompañados por el eterno y agradable sol de Iquique.

El retiro del astro sol, parecía siempre coincidir con el término de las jornadas laborales, en su misión de iluminar y temperar el agreste Norte chileno, para luego esconderse lenta y silenciosamente en el horizonte, como si fuera el único trabajador que no se divertía de noche.

Era el último día hábil de la semana y se estilaba como obligación en la ciudad de Iquique, salir a disfrutar de las bondades nocturnas que ofrecía este precioso lugar portuario. Aquellos laboriosos individuos de todo sexo y clase social, dejaban sus ternos, uniformes, overoles y cualquier vestimenta de trabajo, para transformarse en un ser bohemio circunstancial.

Otro segmento humano laboral de la misma sociedad, lo constituían aquellos que dormían y descansaban durante el día, para luego trabajar en horas de la noche. Estos, en diferencia, repetían su abnegada labor en días continuados de la semana, pero este día era especial también para aquellos trabajadores nocturnos, porque era fin de semana y la cantidad de gente asistente a los locales de esparcimiento aumentaba considerablemente, situación que hacía más necesaria, extensiva y ardua su participación laboral.

Iquique todo vivía de noche, en un estado de oscura fantasía, que generalmente acompañaba la luna con sus amigas las estrellas. Se reactivaba la población joven y aquella que no lo era también, como encantada por la mágica sensación que daba la noche. Todos disfrutaban de alguna fiesta, ya sea en el mismo domicilio con su familia y/o amigos, como también fuera del hogar, participando de las diferentes variedades de espectáculos masivos. Estos últimos, cobraban vida a lo largo de la iluminada costa marina y centro de la ciudad.

En Iquique, calle Baquedano, a veinte metros de la plaza Arturo Prat, existía un pequeño Barcito llamado “El Bongó”. Poseía un cartel publicitario de lata brillante muy particular, que anunciaba Bar “El Bongó”, en grandes letras blancas atrapadas por signos de exclamación. Además, mostraba dos monos Tití color café con traje amarillo, muy alegres tocando animadamente dos pequeños tamborcitos color rojo, con amarras de cordel beige a su alrededor. Todo aquello sobre lo alto de grandes palmeras, rodeadas por aguas verdosas azulinas y arenas muy blancas. Este cartel estaba colgado sobre la única entrada al local, que eran dos puertas de madera batientes, barnizadas color café claro y rojizo, similar a aquellas puertas batientes de las cantinas del lejano oeste.

El local del Bar “El Bongó”, por dentro tenía piso de madera muy antiguo y agrietado, color madera seca rojiza y opaco. Contaba con un mesón bar con barra semejante a pasamanos, barnizado muy oscuro y de madera cuadriculada. Atrás del mesón había una inmensa vitrina sin vidrios muy parecida a un librero, más dos estantes de madera a ambos lados, similares a la

vitrina pero mucho más pequeños. Todos estos muebles estaban llenos de licores antiguos y nuevos, muy empolvados. Conformaban además el mobiliario para la atención de la clientela, doce toneles de madera convertidos en mesas cuadradas, gracias a su cubierta atornillada de rústicos palos trabajados. En complemento de dichos toneles con forma de mesa, había cuatro sillas por cada tonel, también de gruesa madera rústica trabajada manualmente.

Todo el interior ambiental era sumamente marino, plagado de adornos y motivos relacionados, como mandíbulas, dientes y aletas de tiburón, caparazones de tortugas marinas, estrellas y esqueletos de diferentes especies marinas. El ambiente nocturno del local estaba tenuemente iluminado, solo por ocho antiguos faroles de luz egoísta y amarillenta, que daban la sensación de estar en una cueva marina muy oscura, silenciosa y solitaria. Era muy difícil distinguir detalles finos, como también leer e incluso ver con claridad. Por ejemplo, cuando se pagaba del consumo el viejo a cargo, quien se apoyaba para ello con una lámpara a petróleo que manejaba en la Caja, aun así, no evitaba tener problemas para distinguir un billete de otro.

A pesar de ser muy tranquilo este Bar, a veces durante la semana, los fines de semana y sobre todo cuando era fin de mes o día de pago, como también con la llegada de Barcos a Puerto, se transformaba *en* un local de fiestas sin límites. En esas noches de juerga llegaba mucha gente de paso a la ciudad, como marinos, cargadores, caballeros en viaje, mujeres de todo tipo e incluso prostitutas. En esas ocasiones se multiplicaban e improvisaban asientos y mesas para ordenar el gentío. Se bailaba, cantaba, peleaba, se fabricaban amistades, amores, sociedades e incluso se concertaban citas de sexo; todo, con vigencia y licencia solo por esa vez.

Aquella misma noche de viernes, entraba un sujeto solo al Bar “El Bongó”; no tenía facha de marino, más bien se veía como una persona de oficina. Aparentaba unos cincuenta y cinco años de edad, canas parciales en ambos lados de las patillas, un metro setenta y cinco de estatura, delgado y de hablar muy cuidado; se podría decir, un caballero. Se acerca al mesón y pide amablemente un whisky y una bebida.

El garzón de turno o único garzón, no tenía nada de garzón y menos la vestimenta que llevaba, la cual consistía en “blue jeans”, camisa verde arremangada, zapatillas claras y un pequeño delantal color negro al cinto, semejante a un pañuelo. Su aspecto era muy joven y su edad también; entre veinte y veinticinco años aproximadamente se calculaba. Su contextura era gruesa, un metro sesenta de estatura, tez blanca y siempre muy sonriente y alegre.

El garzón que no parecía garzón, pregunta que bebida quiere y el extraño que llegaba por primera vez, dice una coca cola. Luego de un rato corto, le pasan su pedido en el mostrador y paga de inmediato. Con el whisky en una mano y la coca cola en la otra, sin caminar, observa que está totalmente vacío el Bar y se toma unos minutos para elegir un lugar donde sentarse. Finalmente se decide por un rincón al lado izquierdo de la entrada, el más oscuro y alejado de todo, incluso del baño que estaba al lado derecho de la entrada al Bar. Cuando ya está en la mesa elegida, se sienta tomándose todo el tiempo del mundo para acomodarse y pone la bebida frente a él pero lejos de su alcance, como si fuera para una persona que estuviera acompañándolo.

Así, de esa forma, aquella mesa permaneció inalterable mientras pasaron varias horas. Otras personas llegaban al Bar, bebían o comían algo y se retiraban. El visitante que llevaba horas en su mesa, nunca tocó su trago de whisky o la bebida y ya cercano a las dos de la madrugada, se fue sin decir nada, dejando todo en la mesa tal cual estaba.

Los días y semanas pasaban y comenzaba este personaje a concurrir más seguido al Bar “El Bongó”. Asistía de manera irregular durante la semana, pero los días viernes era infaltable su presencia en el mismo sitio, misma mesa, misma posición, mismo pedido y mismo

comportamiento. La gente del Bar, junto con asiduos clientes de personalidad intrusiva, comentaban esto y se hacían montón de conjeturas al respecto; la principal y defendida por muchos, era que estaba loco de remate.

El viejo dueño del Bar, era un hombre un tanto bonachón, obeso, barrigón, de un metro sesenta centímetros de estatura y piernas muy curvas que lo hacían caminar como campana de lado a lado. En su cara tenía doble pera, pómulos rosados y un grueso corto bigote tipo Hitleriano; todo aquello, dentro de una cara muy redonda. Comúnmente estaba vestido de negro, arremangado de camisa, con un pequeño delantal blanco atado a su amplia cintura.

Tantos comentarios recibidos o escuchados respecto a ese sujeto, aburrieron al viejo del Bar quien era de corta paciencia, de manera que a viva voz amenazó con tono prepotente y decidido, que por estar harto con las dudas, preguntaría la próxima vez al personaje que pasaba con él, que misterio tenía y para que tanto alboroto. De esa manera pensaba, apaciguaría la inquietud de sus clientes y trabajadores, logrando con ello que estos últimos pudieran trabajar tranquilos, sin que se alterara la masa de la población laboral de su Bar. La masa trabajadora en realidad, estaba constituida solo por dos trabajadores que eran el cocinero y el garzón no garzón.

Un día cualquiera, nuevamente el raro personaje apareció. Ya muy intrigado por la situación extraña y reiterada, además de la promesa realizada a su gente y poco antes azuzado por sus trabajadores que lo instaban a averiguar al respecto, el viejo dueño del Bar preso de la presión, se había decidido a hacer lo que debía. Para darse valor a sí mismo, argumentaba en su mente además de todo lo anterior, que ese cliente podría ser un loco peligroso, exponiéndolos a todos quizás a que cosa, cualquier día de esos. Además estaba envalentonado por su misma gente, que decía que él era dueño y que eso tan desagradable ocurría en su propio local. De tal modo, decide entregar personalmente el pedido acostumbrado de Whisky y coca cola al extraño individuo. Ya frente a él, en el Bar, le dice con cara muy curiosa y mirada inquisidora:

—Señor...disculpe.... ¿Le molesta que le haga una pregunta?

—Depende que tipo de pregunta (responde el personaje)

Directamente, sin escaramuzas y con actitud respaldada, el viejo del Bar le dice con cara sonriente:

—¿Sabe?, lo que pasa, es que todos tienen dudas respecto de su comportamiento con los tragos, porque usted los pide y luego ni siquiera los toca. Nos gustaría saber a todos los que duda tenemos, nos explicara cual es la situación y el motivo de su extraño actuar.

Dicho eso, pone su cabeza y doble papada de medio lado, abriendo muy grande los ojos con cara interrogativa y de satisfacción por la pregunta ya hecha, en espera de pronta y clara respuesta.

El extraño personaje en tono muy suave y seguro, le contesta que los asuntos privados de la gente deben ser respetados, que no desea compartir con nadie los suyos, tal como él, no pregunta sobre los asuntos privados de él, ni del resto de los trabajadores o asistentes al Bar. Agrega con voz más áspera, que le agradecería ignoraran su presencia tanto como su actitud, la que no debiera importar ni molestar a nadie, porque no influye, ni acomete con los derechos de persona alguna. Al mismo tiempo de terminar su respuesta, gira para dirigirse a la mesa de costumbre, muy molesto, pero sin demostrarlo. Mientras, el viejo del Bar le pide disculpas en susurros y comienza a pasar nerviosamente el trapo sobre el mesón que ya estaba limpio.

El obeso dueño del Bar, que sentía la presencia de sus trabajadores en la espalda, quedó un tanto avergonzado y esperanzado en que el cocinero y el garzón no garzón, no hayan escuchado lo que él extraño personaje dijo, ya que atentaba en contra de su alta posición que ostentaba ante sus



trabajadores y que ahora sentía mancillada.

Durante el mes de octubre, nuevamente había visitado el Bar el personaje, repitiéndose el mismo protocolo casi tres veces por semana. Ya había pasado más de un mes de lo mismo y seguían todos intrigados, pero nadie se atrevía a preguntar y exponerse a un caballeroso llamado de atención.

Uno de esos días, en un descuido, nadie estaba en el mesón del Bar y entra un mendigo directo a las mesas. Era un tipo de mediana estatura, vestido con pantalón negro muy ancho y camisa café oscura de enorme talla, evidentemente mayor a la requerida por él. Encima, llevaba una especie de chaleco color beige de lana, sin mangas, también de enormes dimensiones y con solo un botón café oscuro, correspondiente a un juego de seis. Tenía su cabello negro indeterminadamente liso u ondulado y extremadamente largo. En juego a lo anterior, llevaba barba y bigote esponjosamente alborotados, también muy largos y de color negro aplomado.

El ingreso de este tipo de personas estaba estrictamente prohibido y si osaban pasar de cualquier manera la frontera del rechazo, eran rudamente sacados de inmediato, con el fin de salvaguardar la tranquilidad e integridad de los clientes durante su estadía en el local. Había cerca de cinco mesas ocupadas con clientes esa vez, pero el mendigo se dirigió directamente a la mesa del extraño personaje. Al llegar junto a él, le solicita una ayuda monetaria casi en su oído. El cliente gira su cabeza y lo observa sorprendido, al ser abruptamente desvinculado de sus internos y profundos pensamientos, por la ronca y estrepitosa voz del haraposo y desaliñado viejo.

No obstante la sorpresa, el extraño personaje busca de inmediato en sus bolsillos, saca un billete de mil pesos y se lo pasa sonriendo amablemente al pordiosero, mirándolo a los ojos directamente y vislumbrando en ellos un fondo muy triste que no sabía descifrar, pero le impactó la frialdad y opacidad de la mirada que éste reflejaba.

Mientras el mendigo miraba feliz el billete de mil pesos, que significaba una generosa contribución y se aprontaba para agradecer al gentil caballero, se escucharon unos epítetos irrepetibles y el garzón no garzón tomaba fuertemente del brazo al débil vagabundo, tratando de arrastrarlo fuera del local. La escena de desalojo se veía como un montón de ropas viejas sacudidas, de cuyo centro salían manos alborotadas y desesperadas, que dejaban ir ondeando en el aire el billete que apretaba fuertemente en su puño, mientras se sentían quejidos de dolor del débil hombre. Era una escena muy abusiva de poder que molestó sobremanera al personaje, incrementando su enojo al ver los ojos desorbitados de miedo e impotencia del pobre mendigo. Este se paró cual un resorte de la mesa y con dos pasos alcanzó la refriega, para luego afirmar al mendigo del otro brazo, diciendo enérgicamente:

—¡Alto!... ¡aquí se queda!

El garzón no garzón se detuvo sorprendido, al sentir la contrafuerza que resistía fuertemente la expulsión del mendigo y con voz confundida dice:

—Debe irse,... porque... ¡está prohibido!

En el justo momento de todo ese alboroto, se acerca con caminar amenazante el obeso viejo dueño del Bar, diciendo con los ojos y actitud que efectivamente había que sacarlo de inmediato, lo que ratifica tomando parte del brazo del mendigo para apoyar su decisión aparente. Mientras, los clientes miraban abismados y nerviosos la situación en forma interesada pero sin participar de ninguna manera, sólo preguntándose qué iría a pasar, porque ambas posiciones eran muy duras y determinadas.

El extraño personaje no pestañeaba a diferencia de los otros, solo los miraba fijo a los ojos, sosteniendo al mendigo fuertemente del brazo, como algo propio. El viejo dueño del Bar reafirma

lo dicho y con sus propias palabras hizo presente su decisión:

—Tiene que irse este pordiosero, ¡Ya,...Fuera!

—¿Por qué tiene que irse? (el personaje)

—¡Por qué está prohibido! (el viejo del Bar)

—¿Quién lo prohíbe? (el personaje)

—¡Es que molesta a la gente! (el viejo del Bar)

Si estaba seguro de eso pregunta el personaje, mirando a la gente presente con actitud muy seria. El viejo del Bar hacía lo mismo solo con la mirada, poniendo ambos a la clientela un cartel de Jurado. El viejo del Bar paseaba su vista en la clientela que consumía, buscando apoyo a sus reglas y a la actitud tomada. Así pasaron largos y enormes segundos de silencio, sin que absolutamente nadie presente dijera algo o hiciera un gesto de apoyo a ninguno.

El extraño personaje, con su actitud inicial invariable, dice al garzón no garzón con voz tan autoritaria y seca que suelte el brazo del hombre, que este lo hace de inmediato. Lo mismo hizo el viejo del Bar, quien trató de esconder su temor en un disfraz de profunda rabia, que terminó en una sutil mueca de insatisfacción reflejada en su regordeta cara; todo, ante la orden amenazante del decidido cliente.

Luego de todo aquello, el extraño personaje suelta suavemente el brazo que sostenía del mendigo y le pregunta si tenía hambre. Él, de inmediato contesta muy atemorizado, afirmando con movimientos de cabeza arriba y abajo rápidas veces. El extraño personaje con voz muy entera y segura, le dice que no tema, que se calme, que nadie le iba a hacer daño ese día. Inmediatamente dice al garzón no garzón que traiga la carta o vea que puede ofrecer de comer para ese señor. Posteriormente, con su mano en la espalda del mendigo y sin querer tocarlo, haciendo contacto con solo el dedo anular, lo guía hasta su mesa; se sienta y ofrece asiento al mendigo en forma muy cordial y respetuosa, por supuesto a su lado derecho, ya que su frente estaba ocupado. Ya ubicados en los respectivos asientos de manera cómoda, formaliza la invitación en forma de pregunta:

—¿Quiere usted acompañarnos mi estimado?.. o prefiere comer solo.... La verdad, si usted elige lo segundo,... no nos molestaría.

Todo aquello en remarcado plural, considerando por supuesto una invitación imaginaria como parte integrante de la mesa. El mendigo observa el otro puesto vacío y se da cuenta de lo extraño de la situación, pero no dice nada al respecto y solo agrega con voz y tono muy sumiso:

—La verdad caballero,.....me gustaría quedarme aquí... con usted,.. claro,.... si me lo permite

El extraño personaje responde que será un agrado su compañía, sonriendo levemente y entendiendo que su pregunta había sido tonta, ya que como estaba de asustado el pobre hombre, su respuesta era obvia. Luego se sienta el mendigo un poco más cómodo en la silla, ocupando toda la base, para lo cual demora unos cuantos minutos, expresando físicamente de esa forma que se sentía más seguro. Una vez ocurrido todo aquello, el anfitrión en este caso, pudo observar que el mendigo tenía sus manos más sucias y asquerosas que el resto de su cuerpo y le sugiere sutil y secretamente, que era conveniente lavarse las manos antes de comer.

Después de un rato de estar sentados sin conversar, le traen un gran plato de fideos con zanahoria rayada, dos huevos y un jugoso bistec y además una cañita de vino tinto, que ya habían convenido dentro de la invitación. Al extraño personaje se le abrió el apetito al momento de ver y oler el rico plato, pidiendo exactamente lo mismo para él. Comieron en mutuo silencio. Obviamente, el mendigo terminó mucho antes y pudo comerse la mitad del plato que dejó el

extraño personaje, también con muchas ganas y gran apetito.

Ya a modo de sobremesa, el extraño personaje consulta al mendigo si le gustaría dar su nombre, si era residente de Iquique o solo andaba de paso, por no decir vagabundeando. Éste, satisfecho a rabiar y muy agradecido por la invitación, aprovecha el momento para hacerlo presente y le cuenta también que su nombre es “Manolo”. El extraño personaje le corrige, diciendo que entonces realmente se llama Manuel. El mendigo insiste en que su nombre real es Manolo, no Manuel y luego aclara, que sí entiende que debiera ser Manuel, pero fue bautizado e inscrito en el Registro civil, como Manolo. Dicha explicación no dejaba dudas, no obstante, agrega, que de todas maneras se evitara problemas e hiciera como toda la poca gente que lo conocía, que lo llamaba “Mañungo”. El extraño personaje sonríe y mueve su cabeza, asintiendo que era una sabia decisión, mientras mira con gran simpatía al mendigo.

El extraño personaje aparentemente era una persona culta y muy bien educada, de manera que considera justo también ilustrar a aquella persona sobre su nombre, para estar en igualdad de condiciones, no obstante las claras y evidentes diferencias sociales que existían; diferencia, que en realidad para él no significaba nada. Entonces, dijo al mendigo, de ahora en adelante “Mañungo”, que su nombre era Matías Arriagada y estaba muy encantado de conocerlo. Mañungo sonrió con mueca muy marcada, dejando ver la falta de uno de los principales dientes y aseguró tímidamente, que él si estaba encantado, pero el señor no tenía por qué estarlo. “Matías”, de ahora en adelante, pregunta porque dice eso. Pues, contesta Mañungo, que él no es nadie, es nada, solo un vagabundo, mendigo, alcohólico y nada más que eso.

Matías, después que lo escuchó quedó en silencio un rato y le dice que es un ignorante entonces. Mañungo sonroja su áspera y ennegrecida cara, que avergonzado esconde entre los brazos cruzados sobre la mesa y dice que por supuesto, que el señor tiene razón, ya que se considera a sí mismo un burro ignorante. Reacciona de inmediato Matías, ante la poco afortunada calificación no entendida, porque faltó el resto de la oración; de modo que aclara, que se refería a ignorante de la vida, porque él, no valora las cosas materiales en conjunto con la persona, sino, que las separa y solo califica a la persona en sí. Entonces, le dice que se valore por lo que es, por lo que piensa y no por la pobreza de sus ropas.

Como se da cuenta que Mañungo no le entendió mucho al parecer, le dice que para él, para “Matías”, no vale más una persona por estar mejor vestida que otra, ni tampoco por tener más estudios. Agrega, que su apreciación se basa en actitudes, reacciones y formas de proceder ante determinados hechos. Así, el valora si la persona es mejor o peor ser humano.

Mientras tanto, el viejo del Bar y el garzón no garzón, miraban la escena con ojos muy inquisidores, tratando al máximo de escuchar lo que hablaban, para deducir algo sobre la situación del extraño personaje. Al margen de todo eso, el viejo del Bar estaba muy contento, porque este señor estaba consumiendo mucho más allá de lo habitual, que en general y únicamente era un whisky y una coca cola chica.

Notando Matías que Mañungo un poco se aburre, luego de verlo sofocar un par de bostezos, le pregunta que hacía antes de mendigar y como llegó a eso, mientras le ofrecía un cafecito o tecito, que aceptó encantado Mañungo, Este responde que le contará algo de su vida a grandes rasgos, ya que recordar le hace mal y eso lo motiva a tomar hasta el vinagre, si lo encuentra. Matías le dice en actitud desinteresada, que no importaba si él no quería compartir su historia privada, pero Mañungo insiste en contar algo der su vida, señalando que en realidad nunca la había contado a persona alguna, porque nadie se había interesado. De manera que comienza diciendo:

—Bueno,.. mi nombre es Manolo como ya sabe y me apellido Castro.... Soy nacido y criado

en la ciudad de Iquique. Actualmente,...mendigo y alcohólico,... pero no siempre fue así don Matías. Igual como fue mi padre,... ¡soy hombre de Mar! Claro, que yo odio el Mar con toda mi alma. ¿Sabe usted.... que esas aguas infernales se han llevado a toda mi familia?

—¡Mire!...Yo tenía nueve años y en casa no había que echarle a la olla;... usted sabe pues que nosotros vivimos solo del Mar.... Eran ya dos semanas de mala maruja y estaba calmándose el mal tiempo, entonces mi padre y mis dos hermanos mayores,... Luchito,... Luis, llamado igual que mi padre, de quince años y Juanuco, Juan, de catorce años;..... ¡chiquillos no más poh! .....Salieron ellos ese día en la madrugada mar adentro y fueron en la pequeña goleta. ¡No vaya a creer que teníamos una goleta poh!... ¡Esas son palabras mayores! Así se llamaba el bote, “pequeña goleta”. También salieron más botes ese día. Al ver que el sol salía y las aguas se calmaban, poco a poco salieron otros; fueron cuatro botes en total y sumaban todos, nueve marinos en alta mar.

—¡La tormenta o mal tiempo no estaba na pasando poh!.....Solo fue un descanso, como hace a veces el tiempo traicionero;... era como la mejoría de la muerte. Volvió en la tarde con más fuerza que nunca y nosotros sabíamos que empeoraría, porque acá la costa se puso oscura y brava. Los vientos botaron varios techos y las familias muy preocupadas por estos marinos, nos fuimos todos a esperarlos a la orilla del Mar. Ahí se hizo noche el día y nos amanecimos con fogatas. ¡Nunca llegaron! Ni ellos,.....ni los botes. ¡Ni siquiera un pedacito de madera! ..... ¿Sabe?,... ¡Nada de ellos apareció!,.... ¡la Mar se los tragó enteritos!

—Mi madrecita enloqueció. ¡De verdad!,...no soportó el golpe. Anduvo tiempo sin bañarse, no hablaba con nadie, ni conmigo; no comía. ¡Solo duró como dos años nomás!,.....pobrecita,..... ¿Cómo habrá sufrido para llegar a enloquecer?

—Ya tenía once años, cuando me dijeron que la encontraron muerta entre las rocas, justo donde siempre iba a insultar a la Maruja,....o sea al Mar (aclara Mañungo) La maldita la mató y por suerte no se la llevó como a los otros, que nunca devolvió. ¡A ellos los desapareció para siempre!

—A mí, me cuidaba y criaba una vecina que no tenía hijos hombres, sólo dos mujeres. Me criaron junto a mis vecinas chicas, que se llamaban Juanita y “Carmen chica”; así le decían, porque era la menor y para diferenciarla de su madre que se llamaba igual.

Matías, que lo observaba embobado y bastante golpeado emocionalmente por la triste historia, le ofrece un vinito para calmar las penas y Mañungo acepta encantado, haciéndole presente su preferencia por el tinto. Matías, luego agrega:

—Que lamentable historia Mañungo; de verdad es muy triste quedar solo en la vida. ¿Pero, después viviste siempre con la señora Carmen o.... te fuiste a otro lado?

Sigue Mañungo, diciendo:

—Entonces,...con ellas crecí, me hice hombre y al final me case; o sea, no me casé,.....sino que me junté nomás..... ¡Con la Carmen chica! ¡Si poh!,.... con mi vecina hermana, ja-ja-ja. Ella era la más grande de porte y yo había cumplido diecinueve años ya; claro, que la Carmen chica también tenía dos meses más que yo. A pesar de todo, la mamá Carmen no puso problemas, porque decía que yo siempre había sido un muy buen cabro, trabajador y responsable. Además, que en realidad con la Carmencita no teníamos ningún parentesco y lo más cercano que fuimos, era vecinos.

—Tuvimos un hijo con la Carmencita.... ¡Putá!...nos costó hartó,....pero como a los seis años de convivir, recién pudo quedar embarazada. El negro mío, ¡Luchito!,.....le pusimos como “mi taita”, o sea, Luis”. ¡Me salió negrito el carajo!,... ja-ja-ja,.... (reía con los ojos rojos y

lagrimones) Me molestaban los amigos por eso, ja-ja-ja. Iba para todos lados conmigo; era mi sol, mi sombra, mi luna. ¡Donde estaba yo, ahí estaba Luchito! Con decirle, que ni al baño me dejaba ir solo poh, ja, ja, ja. Me esperaba afuera el condenado, ja, ja, ja,.... ¡Era muy catete!

Matías lo observaba con un semblante de solidaria angustia y se daba cuenta que Mañungo al hablar de Luchito, su hijo, actuaba como otra persona; se reactivaba, se ponía feliz y se iluminaba completa su cara, lo cual era muy sorprendente. Entonces, le dice que obviamente Luchito era su regalón.

Prosigue hablando Mañungo, bastante emocionado por el tema y un poco aturdido por el vino:

—Sí, por supuesto....era mi regalón, ¡y no solo mío!,.... ¡de todos!, porque era muy simpático, alegre,...juguetón; creo que era el niño más feliz que he conocido.....La Carmencita, su mamá, para que le digo don Matías; era sus ojos, su corazón, su vida misma. Lo malcriaba más que yo, pero él nunca se aprovechaba de eso.

Matías aprovecha un momento de silencio que hace Mañungo y para rellenar, le dice que es bueno que ese niño tenga cariño, ya que él cree, que un hijo es el mayor patrimonio de una pareja. Sin embargo, Mañungo parece no escucharlo y prosigue con su historia de vida:

—Siempre íbamos a pescar y mariscar en bote; yo le trabajaba al loco y eso me daba buena plata. Yo tenía mi picá, donde estaban los bancos de locos del porte de mi mano; claro que a nadie le decía donde era. Cuando otros pescadores me seguían para descubrir mi secreto, comenzaba a dar vueltas por otros lados y los despistaba; luego me iba derecho a mi picá, ja-ja-ja. ¡El Luchito se mataba de la risa por eso! No siempre iba a mariscar, lo hacía cuando la gente me decía, “ya poh Mañunguito”,.... ¿Cuándo va a traer loquito? Ahí recién iba; cuando la gente me pedía hartas veces, porque era un poco peligroso, ya que los locos estaban en el rompiente, o sea, donde revientan las olas más grandes y furiosas.

Matías comprendía la tristeza de Mañungo, al contar sobre la muerte de sus hermanos, madre y padre, pero ya estaba un poco aburrido de escuchar la vida laboral de él. Además, a cada instante lo notaba más emocionado al contar su vida y seguramente pensaba Matías, que era por los cuatro vasos de vino ingeridos. Por todo eso, le propone que no siga contando más de su vida, que no se sienta obligado y mejor conversen de otras cosas. No obstante, Mañungo ya se había propuesto conscientemente develar toda su vida ante Matías, oportunidad que al parecer antes no había tenido con otra persona. De manera que prosigue, obviando la propuesta de Matías:

—Un día sábado fuimos a mariscar con el Luchito, porque las viejas me jodieron toda la semana;.... ¡Ya poh! Mañunguito.... ¿Cuándo?, me decían,.....re toíto los días. Así que por eso fui. La Mar no estaba ni mala ni buena y ahí estábamos dándole con el Luchito. Ya me había pegado como veinte zambullidas a puro pulmón. Usábamos tres contrapesos como las anclas de los barcos, porque se movía mucho el bote, entonces había que ir cambiándolas de posición, según para donde mandara la ola; eso lo hacía el Luchito y era maestro en esa cuestión.

—En una de esas zambullidas,....que ya eran las últimas,....salgo ¡y no veo al Luchito!; subo al bote, miro para todos lados, desesperado y no se veía por ninguna parte. Levantaba las mallas, la ropa que había en el bote y....no estaba escondido como yo creía. De pronto miro al agua y le veo sus patitas arriba y él, entero sumergido. ¡Me tire al agua, como trastornado!... y lo saqué. El cordel con uno de los contrapesos.....se había enrollado en su cuellito y cayó al agua. Ya parecía que no respiraba.... ¡Le hice mil cosas y no se movía! Me pegaba en las manos, saltaba, giraba, me apretaba la cara hasta casi sangrar. ¡Gritaba!... Estaba enloqueciendo, porque parecía que ya se había ido. ¡Estaba muerto...mi negrito! (saltaron lágrimas de sus ojos) Disculpe don Matías, perdone mi llanto, pero no lo puedo evitar.

Muy conmovido Matías por lo escuchado, trata de calmar a Mañungo, diciéndole que lamenta mucho su pérdida y que no pare de contar su vida, que se desahogue con él, que lo escuchará con mucho respeto y que le hará bien sacar esa inmensa pena que lo aflige. Mañungo lo escuchaba cabizbajo para esconder sus lágrimas, mientras juntaba fuerzas para seguir con su triste historia y así lo hace:

—Llegue a mi casa como zombi, con mi hijo muerto en los brazos. ¡Muerto!.....Era como un trapito don Matías. Lo puse en la cama y...la Carmencita se dio cuenta que algo pasaba. Primero pensó que venía enfermo o desmayado,.....pero sus ojitos morados,.....su, su....carita blanca transparente, mostraban que estaba muerto. Ella se puso como loca; gritaba y se tiraba el pelo, me golpeaba el pecho, la cara, me pateaba las canillas. Yo sangraba, ¡verdad!.....No sentía nada,..... Ni siquiera pude llorar.

—Después que velamos y sepultamos...a Luchito, la Carmencita me botó de la casa y nadie me defendió, ni yo me defendí; de que poh.....si era mí culpa. Todos me odiaban por no haberlo cuidado mejor de la maldita Maruja y yo también me odié y me odio ahora mismo. Por eso, no hago nada por mí don Matías. ¡No merezco nada!....Solo espero morir,.... ¡pero jamás en el maldito mar!

Matías realmente conmovido, le dice que él ve con asombro su fortaleza para soportar aquello y luego le sugiere que llore, para desahogar esa pena tan grande que guarda su corazón. Prosigue a modo de consejo, diciéndole que no es bueno guardarse esa tristeza y hay que tratar de botarla convertida en llanto. Mañungo responde en tono muy angustiado:

—Don Matías, si usted supiera cuanto lloré. ¡Lo hice todo el camino de vuelta a casa!.....En bote a motor, el regreso era de una hora y media. ¡Imagínese! Guiaba el bote, mientras mi pequeño hijo estaba tirado a mis pies,.... ¡muerto!,... ¡con los ojos fijos al cielo! y yo...yo...yo no podía hacer nada. Esa fue la hora y media más larga y terrible de mi vida....Lloré gritando y maldiciendo al Mar,.....a Dios y al Diablo. Odié al mundo entero don Matías.... ¡Odié al mundo!, ....se lo juro....(silencio)...(llora solo con los ojos, Mañungo)

Matías compartía la tristeza de Mañungo y en su cara se notaba. Estupefacto, miraba la cara desencajada de pena de Mañungo, sin poder creer tanta desgracia que le afectaba. Mientras, Mañungo no estaba conforme con él mismo, pues no sentía haber convencido a Matías, de lo mucho que había llorado por su hijo:

—¿Nota usted mi voz don Matías?,...es ronca y áspera, ¿cierto? Suena como tarro y bueno, esa no es mi voz. Con los gritos del dolor de mi alma, dañé irreversiblemente mis cuerdas vocales. ¿Pero qué importa eso? Llore todo;...hoy estoy seco. ¡Mire mis ojos!; seguramente están rojos y vidriosos, ¿cierto?, así lloro hoy. Así quedé después de la muerte de mi Luchito. Pero no importa; me lo merezco, ¡y más todavía!

—Don Matías, ¿sabe?, ya no siento pena;...mi corazón no tiene pena,.....no tiene capacidad para guardarla, porque está lleno de odio. ¡Odio el maldito Mar! No por dejarme solo en esta vida, lo odio por no dejar vivir a mis seres queridos. Mis hermanos, mi hijo, eran tan jóvenes. Y mi padre también. ¿Con qué derecho se los llevó? No es justo.

Visiblemente emocionado Matías y compenetrado con las palabras de Mañungo, se da cuenta que el hombre estaba sufriendo mucho y parece destruido por dentro; entonces trata de cambiar el tema ofreciendo otra cañita de vino, que por supuesto es aceptada gustoso por Mañungo. Luego cambia el tema a cosas actuales y de a poco lo va sacando del desgraciado momento.

De esa manera, siguen conversando de diferentes cosas y a medida que va mejorando el semblante de Mañungo, la conversación se pone más simpática; incluso, este ríe en ocasiones. Al

cabo de un rato, Matías ve la hora y lo conmina a retirarse junto a él. Salen del bar y ambos siguen su camino por separado.

Las veces que Matías iba al Bar dentro de la semana y los viernes que era fijo, muchas de ellas, estuvo con Mañungo, quien se asomaba antes, para ver si estaba Matías sentado en la misma mesa de siempre, que ya era casi reservada para él. De esa forma, este se aseguraba una defensa interior, en caso que el viejo del Bar o el Garzón no Garzón, quisieran desquitar su rabia contra él, que aún permanecía intacta.

Mañungo, a pesar de tantas veces que estuvieron juntos y siempre le intrigó el extraño comportamiento de Matías, respecto de la silla vacía y la coca cola en la mesa, nunca tuvo el valor de preguntarle, o tal vez no lo hizo, debido al gran respeto que le inspiraba su persona; de tal manera, ya había asumido la situación como normal.

Un día domingo en la noche, que no era por supuesto habitual, Mañungo encuentra a Matías haciendo lo de costumbre en el Bar “El bongó”; no obstante, éste actualmente se tomaba el whisky hasta agotarlo. Matías lo ve asomado y lo llama con un ademán de manos. Ingresa Mañungo y es rápidamente invitado a una cañita de vino, como si ansiara su llegada de antemano. Se mostraba mucho más condescendiente que otras veces Matías; esto era debido a una pequeña crisis de soledad, que padecía algunas veces y en esta ocasión así ocurría. A raíz de sus desconocidos problemas personales, se creaba en él una necesidad de expulsar sensaciones que lo oprimían, de alguna manera.

Toda esta mayor atención y de cierto modo camaradería o cercanía, como pueda llamarse, fue captada por Mañungo y se produjo una mayor confianza entre ellos. De tal modo, que después de muchas horas de compartir, casi a la dos de la madrugada, Mañungo pudo atreverse y pedirle que contará un poco de su vida a Matías; en lo particular, sobre eso del lugar vacío y reservado en su mesa, como el asunto de la coca cola sin consumir.

Al escuchar Matías, la petición de exponer su vida privada en un Bar cualquiera, quien era reservado en extremo, hizo un continuado silencio y eso se explica tal vez, porque seguramente analizaba en su cabeza, si le convenía, si correspondía, si era justo y por último, si quería o no hacerlo; estaba en eso, pensando, cuando irrumpen abruptamente tres sujetos armados, gritando que estén todos quietos, porque era un asalto. Uno portaba un revolver y otros dos enarbolaban un arma blanca.

Como estaban solos en el comedor, el delincuente del revolver se dirigió a la Caja y amenazó al viejo del Bar, exigiendo la recaudación de todo el fin de semana. El Garzón no garzón ya se había retirado, posterior al otro trabajador de la cocina, de manera que solo estaban ellos dos más el dueño del Bar. Los otros maleantes cuchillo en mano se acercaron amenazando a Matías y Mañungo, sin tocarlos, solo acercaban sus cuchillos a la cara, hasta casi clavarlos. Matías permanecía impertérrito en todo momento; estaba como concentrado. Toda esta amenaza general, iba acompañada de garabatos intimidadores por parte de los antisociales. De repente, uno de los maleantes se toma el resto de vino de Mañungo, encontrándolo poco al parecer, ya que era prácticamente el concho de este, por lo que estira su mano para tomar la coca cola y Matías cual un gato, toma la botella y dice con su voz autoritaria que no la toque. El maleante se prepara para darle una estocada, al mismo tiempo que lo llena de epítetos del más grueso calibre. Matías ya estando de pie, da un paso atrás, saca un revolver y dice con voz fuerte y seca:

—¡Bien!,..... ¿quién quiere morir primero?, ¿tú?,... ¿tú?..... o ¿tú? (apunta cada vez a uno)  
—¡Aquí estamos parejas poh viejito!, tírate conmigo; yo no fallo a diez metros (dice el delincuente del revolver)  
—Ok,...a la cuenta de tres disparamos, ¡Uno! ...¡dos!,...y.....(dice Matías)  
—¡Hey!, ¡hey! ¡Espera!;...para viejito....¿Qué te pasa?,.....¿estay loco gueón? (el del revolver)  
—¡A ver muchachos!,.....tengo casi sesenta años y me da lo mismo morir. Ustedes tienen mucho por delante,....así que espero no piensen como yo. ¡Van a dejar la plata en el mostrador!, y se van a retirar por donde vinieron.....Les voy a dar diez segundos y luego sin más aviso comienzo a disparar;.....recuerden que para mí es defensa propia.....Si vuelven por aquí....no daré segundos. ¡Uno!,.... ¡dos!..... ¡tres!,.. (dice Matías, muy serio)  
Al ver lo decidido de Matías, en cada acción que tomaba, los tres maleantes salieron corriendo sin contar los segundos, sin dinero y seguramente maldiciendo al viejo loco que justo estaba ahí. Acto seguido, Matías les dijo que mejor era retirarse y cerrar el local, porque con estos tipos nunca se sabía que esperar, ya que eran cobardes y traicioneros.

Así que todos se fueron sin decir palabra, porque el susto para el viejo del Bar y Mañungo, fue enormemente traumático y les quitó momentáneamente el habla, al menos por esa noche.

El viernes siguiente cuando llegó Matías al “BONGÓ”, su mesa ya estaba servida y tenía un pequeño letrero que decía “reservada”. Eso lo puso muy contento y comenzó a beber lentamente su whisky, recordando el suceso del intento de asalto. Tenía la mitad consumida, cuando apareció la cabeza de Mañungo en la puerta batiente, quien, con un suave silbido llamó su atención y este le hizo la seña acostumbrada para que pasara. Lo invitó a comer algo junto a un vinito, mientras el pedía otro whisky. Conversaron de varios temas gratamente, repitiendo sus tragos a medida que pasaban las horas.

Cada vez que miraba Matías hacia el Mesón Bar, el Garzón no garzón o el viejo del Bar, se enderezaban atentamente para ver si necesitaba alguna cosa, haciendo evidente que había corrido la voz de su hazaña entre la gente del Bar. De modo que estaban todos muy comprometidos con él, atentos a retribuir de alguna forma, el gran favor, apoyo o salvación de dinero logrado. Probablemente todo eso y más.

Matías, un poco entonado de alcohol, se acordó de la deuda que tenía con Mañungo e hizo presente que iba a contarle parte de su vida, argumentando que era Justo que lo hiciera, dado que él se había ya sincerado demostrándole su confianza y eso para él valía mucho; por lo tanto, comenzaba diciendo a Mañungo, lo siguiente:

—Mi nombre tú ya lo sabes; es Matías Arriagada alborno; tengo cincuenta y cinco años, soy viudo, jubilado hace ocho años de las fuerzas Armadas, específicamente de la Fuerza Aérea de Chile. Actualmente vivo de mi Pensión y arriendo una casita pequeña para vivir, mientras decido que hacer el resto de mi vida. Eso es a grandes rasgos lo que soy, querido Mañungo.

—¿No tiene hijos? (pregunta Mañungo)

Entonces, Matías se da cuenta que tendrá que contar en detalle su vida, porque de lo contrario, Mañungo lo iba a llenar de consultas y él era reacio a los interrogatorios, de manera que decide hacerlo así:

—Mejor te contaré en detalles, ¿te parece?



—Como quiera don Matías, hágalo como quiera usted (dice Mañungo)

—Bien, estuve treinta años en la fuerza Aérea de Chile. Me fui a retiro con el grado de Suboficial Mayor; ese es el último y más alto de los grados de suboficial. Trabajé en Santiago, en la Base Aérea El Bosque, también en Antofagasta y terminé mi carrera en Iquique; siempre en la especialidad de administración contable.

—He llevado una vida muy estricta, austera y sana; estos tragos que he bebido aquí, aún que no lo creas, son los primeros de mi vida. Nunca he fumado. Soy muy católico, siempre he sido apegado a la iglesia y desde niño ayudaba en la iglesia de la comuna de la Cisterna, donde Vivía y nací. Era monaguillo y cantaba en compañía del coro,

—Cuando ingresé a la fuerza Aérea y estudiaba en la escuela de especialidades, también ayudaba al cura, porque yo me ofrecí. Siempre me he sentido bien en la parte religiosa. Después, algunos años más tarde, mientras trabajaba, también estuve apegado bastante a la iglesia, pero esta vez junto a mi esposa.

—¿No creerás que soy un santo?, porque varias veces robe la fruta de mis vecinos cuando niño, ja-ja-ja. ¿Sabes?, he pensado que a lo mejor estuve equivocado y tal vez mi vida ha sido muy aburrida. Siempre he cumplido todas las reglas, he actuado con disciplina y rectitud; nunca me he sobrepasado con nada ni con nadie. He respetado todo y a todo el mundo.

—Ahora que estoy solo me pregunto, si mi mujer “Rosita”, fue feliz conmigo,....si fue feliz en su vida,....porque ella solo vivió mi vida. No sé si lo he sido también. Solo viví planamente, liso como una tabla. ¿Valdrá la pena ser así?,... ¿valdrá la pena haber vivido como yo?, ¿ser como he sido? ¿Sabes?, tengo un resentimiento terrible con la religión. ¡No! ¡No es cierto!,....es con “Dios”.

—¿Ves esa bebida ahí?, es para ella,....para Rosita;.....la mujer que estuvo atada a mi vida y día a día me acompañó. Nunca he dejado de estar con ella. ¡Está conmigo ahora!,.... ¡verdad!, así lo siento.....No tengo recuerdos de tremendas alegrías con mi mujer. Creo,.....que no fue dichosa conmigo.

—Ella murió hace cinco años. ¡Se mató!..... La encontré....a a...ahorcada en...una viga del pasillo de la casa y nunca supe por qué, pero...creo que lo hizo por aburrirse conmigo. Después de ese día pienso con rabia, ¿porque Dios no me avisó de su sufrimiento?, sí pasé tantas horas de mi vida dedicado a su iglesia, pudiendo ese tiempo estar con ella, ¿porque no me avisó....que ella era infeliz?, ¿Por qué.....no me hizo cambiar?

—Sabes querido amigo,....no tengo hijos; nunca pudimos tenerlos. Dios podría al menos habernos premiado con uno, pero no fue así. He llegado a pensar, que también ese puede haber sido el motivo de su suicidio. Nunca supe si yo disparaba a fogeo o Rosita tenía problemas para concebir. Para que veas,.... ¡ni siquiera... de eso me preocupé!

—La verdad Mañungo, es que también luché para no enloquecer. Acabo de vender la casa de mis malos recuerdos recién ayer..... y como te dije, arriendo una casita hasta ver que hago a futuro. Esta vida que hago en este Bar, no es diferente a la que teníamos con Rosita; yo sentado con un vaso y ella al frente con su bebida, mirándonos. Era así tal vez como se veía. ¿Aburrido cierto? ¡Pobre Rosita!.... ¿Cómo Dios no me da otra oportunidad para reivindicarme con ella?

—Eso del otro día con los maleantes, no te lo creas; no hubo hazaña. La verdad, es que morir no me asusta y casi no me importa. Estoy acostumbrado a las armas; no les temo.....y no tengo nada importante porque vivir. Así que no fue valentía mi actitud; fue simplemente un acto de loco suicida.

Estando harto de contar su perra vida, Matías, dijo a Mañungo que cambiaran de tema.

Mañungo, que en nada le contradecía, accedió y dijo que estaban los dos solos, pero le ofrecía su pobre y mísera amistad, si él quería. Matías le dice que le agradece de todo corazón, que él ya lo considera su único y mejor amigo. Mañungo se sintió muy agradecido y honrado, de tener a ese distinguido señor como amigo; no lo dijo, pero se llenó de satisfacción su malogrado ego.

Mañungo, considerándolo una persona muy instruida y sabia, le pregunta casi con tono desesperado, como cree, que podría él arreglar su miserable vida. Matías le pregunta qué edad tiene en realidad y Mañungo que no estaba muy seguro, le dice que como cuarenta o cuarenta y dos años, no más que eso. Matías muy sorprendido, le dice que es una persona muy joven para dejar de luchar en la vida y agrega:

—Yo, en tu caso estimado Mañungo, ¿sabes que haría?, lucharía contra la adversidad con todas mis fuerzas y le arrancarí todo lo que pudiera al que me ha quitado todo.

—¿Cómo es eso don Matías?, no le entiendo (dice Mañungo).

—¡Ah... mira! Si odias tanto el mar que todo te ha quitado; lo máspreciado, como la vida de tus seres queridos y tú a él no lo puedes destruir, ¿cierto?, pues entonces, úsalo, estrújalo. Eres pescador o marino ¿cierto?, entonces sácale provecho a tus armas. Vuelve y atácalo; ataca a tu enemigo y sácale sus frutos. Ya verás que te retribuirá ganancias y venganza;...sino, muere en el intento.

Mañungo se queda pensando, en lo duro de los términos de Matías, pero en el fondo le encuentra algo de razón; podría el luchar con el maldito mar y sacarle provecho hasta que no pueda más.

Matías por su lado, piensa que haría Mañungo en su caso y le parece interesante saber su opinión, respecto de su propia vida. No por hacer una discriminación ni desmerecerlo particularmente a él, sino, porque le intrigaba saber, que podría pensar cualquier otra persona sobre su situación, ya que él reconoce ser una persona hermética e introvertida. Entonces, piensa que valdría la pena conocer una opinión totalmente externa y dice:

—¿Qué harías tú en mi caso Mañungo, a futuro?, ¿qué me podrías aconsejar, para hacer en mi vida? ¿Tienes alguna idea para mí?

Mañungo, bastante sorprendido, no puede evitar mirarlo con tremendos ojos y pensar, cómo don Matías puede interesarse en su opinión, sobre todo, para indicarle el camino a seguir en su vida futura. De modo que con evidente inseguridad, trata de pensar, mientras responde algo que no tiene claro y tampoco se le ocurre, pero debe hacer algo para devolver la mano y dice:

—Bueno, eeh,...don Matías....yo...creo que hay que pensarlo muy bien,.. eeh, es algo serio. Usted es una persona muy letrada, culta, inteligente y....yo....en su situación... ¡escribiría! Sí, eso; escribiría. Eso serviría para mantener ocupada su preparada e instruida mente. Debiera dedicarse a escribir historias o cualquier cosa; eso. Usted sería un buen escritor.

Termina su intervención Mañungo, muy serio, mirando a Matías, convencido que había dado en el clavo y que había sido un excelente consejo. Y cada momento que pasa, más lo aprueba, afirmando eso con movimientos de su cabeza, como auto convenciéndose. Matías por otro lado queda muy pensativo y nadie sabía si era sobre aquello que aconsejaba Mañungo o si su mente estaba en otro lado, desestimando lo escuchado.

Un día 24 de diciembre, por supuesto día de Pascuas y después de ya pasado otro mes de lo mismo, llega Matías al Bar como habitualmente lo hacía. Enorme fue su sorpresa, al encontrar que su mesa aún con el cartel de reservado, estaba ocupada por tres mujeres muy arregladas. Se acerca por el lado y les dice amablemente que esa mesa está reservada, que por favor busquen otra. Dos de las mujeres muy pintadas y bonitas, le discuten respecto del dominio que él

enrostraba, pero como Matías era de pocas palabras y muy cortante de voz como de actitud, al parecer se intimidaron y se retiraron de la mesa. La tercera mujer, cuya silla y espalda daban a su frente, no se fue, como tampoco se paró. Además, ella nunca intervino en la discusión, manteniéndose en una actitud desinteresada, como distante del problema en sí.

Mientras tanto, el Bar se iba llenando de personas como nunca había ocurrido, razón por la cual el garzón no garzón y el viejo del Bar, no pudieron ni podían proteger la reserva de la mesa habitual de Matías. Había un bullicio infernal de conversación y risas, sonidos de botellas, humo de cigarros y de repente algunos gritos de risueñas mujeres. Todo iba en progreso, encaminado hacia una gran fiesta general. Aparentemente esa noche especial, se había concertado en ese bar, toda la gente que se quería divertir en Navidad.

Matías que era un caballero, rodeó la mesa para encontrar el frente de la tozuda mujer e increparla por el atrevimiento. Así lo hizo, mientras la mujer miraba hacia abajo de la mesa, con la cara escondida y un largo cigarrillo con boquilla encendido en sus labios. Su caprichoso humo ascendía en un solo hilillo, que serpenteaba jugueteando entre la tenue iluminación y los adornos de la muralla; solo dejaba ahí el aroma, que se confundía con el fuerte perfume que habían dejado las mujeres que se fueron. Alternaba ella con mucha seguridad los movimientos de su vicio, aún con la presencia perturbadora de Matías. Repetía fumadas de manera frecuente, que iniciaba y terminaban con el cigarrillo sostenido femeninamente entre sus finos dedos. Matías, en tono muy caballeroso le dice:

—Distinguida señorita, le informo que lamentablemente la mesa está reservada para mí hoy, como todos los viernes.

Ella levanta suavemente su cabeza y lleva su cigarro a unos sensuales labios rojos, luego fuma y bota el humo lentamente, sin dejar de mirarlo a los ojos en actitud desafiante; sonrío deliciosamente y pasa su lengua lado a lado de su boca pequeña y carnosa, tan roja como un naciente botón de rosa. Finalmente, dice con un suave y poco marcado acento francés:

—¿Por qué quieres que me vaya?, no seas malo; estoy sola y no conozco a nadie aquí.

—Es...es...es que está en mi silla señorita (dice Matías)

—Ya te dije mi situación,...pero al parecer eres desagradable. ...Ok, cómo quieras, me voy de aquí.

Se levanta lentamente de la silla. Era la mujer más linda que Matías había visto en su vida. Con tacos, era del porte de él. Su cintura de avispa estaba rodeada por un ancho cinturón negro, que dividía en dos el ceñido vestido rojo que escondía un escultural cuerpo voluptuoso. Ojos negros de mirada profunda, protegidos por abanicos de pestañas largas y ondeadas graciosamente hacia arriba, tan perfectas, que parecían postizas siendo reales. Su cara era fina, con preciosas facciones, semejante a un bello zorro hembra. Cabello largo un tanto ondulado, de color negro azulado y tomado delicadamente con un gigantesco prendedor de mariposa rosada, hacia un lado de la cabeza, dejando ver su blanco y estilizado cuello que llamaba a acariciarlo. Su suave y pálida tez, hacían resaltar sus rojos labios y altiva nariz; más su lento y sensual hablar de voz pastosa, hacían un conjunto de mujer total y soñada, como sacada de la portada de una revista de variedades.

Todo eso veía Matías en aquella mujer. A pesar que era un hombre acorazado de cuerpo, alma y mente, jamás subyugado por mujer alguna y nunca parte de un engaño a Rosita, sentía permeable su área privada, que mantenía inquebrantable por el recuerdo de su esposa en esa mesa. Su otro yo, el hombre individuo, carnal y cazador que hay en todo macho, había despertado de su añoso letargo y deseaba que se quedara esa mujer. Situación que habría un debate de conciencia en su

mente. Se cuestionaba el hecho que su mujer estaba en la mesa con él y el permitir a cualquier otra dama, su compañía en ella, significaba engaño y deslealtad. Por otro lado, la conciencia decía que nada tenía de malo, ya que mientras no existiera intención de engaño ni contacto alguno, no significaba deslealtad ni traición. Pero en el fondo, sabía que había intención de deseo carnal; que esa fenomenal mujer despertaba sus más repudiables instintos sexuales, pero se excusaba a sí mismo en su mente y se decía, son solo pensamientos.

De esa manera, en su cabeza existían serias diferencias de conciencia buena y mala. Lo que estaba claro para él, es que no sabía cuál pensamiento era bueno y cual era malo; no pensó más y antes que esa interesante mujer se fura, le dijo:

—¿Me quiere disculpar?, he sido un grosero; le agradecería que no se retirara y aceptara estar en mi mesa. En adelante estaré encantado con su compañía y presencia; sin embargo, sería bueno que cambiáramos los lugares, ¿si por supuesto no le incomoda?

Ella vuelve el paso que había dado y le sonrío graciosamente; cuyo gesto significaba que aceptaba las explicaciones y se quedaría gustosa con él. De la misma forma, le dice en tono de conciliación cordial y acento más francés:

—¿Cómo debemos sentarnos entonces?, ¡tú dime!,....gustosa lo haré;....de verdad,....lo último que quiero es importunarte.

Matías, siendo un hombre bastante maduro, más que en edad en pensamientos o reacciones, se siente avergonzado internamente de sí mismo, porque a la respuesta de esa mujer tan subyugante, se crean pensamientos muy obscenos en su mente, lo que jamás había pasado con ninguna mujer. Esto le incomoda sobremanera y un poco pierde su centro siempre tan equilibrado, su actuar ponderado y juicioso. Reacciona con esfuerzo y una vez seleccionado el lugar adecuado o correspondiente según él, ofrece la silla de su lado izquierdo a la bella dama, acomodándola gentilmente para luego sentarse en su habitual puesto.

En otra escena del mismo lugar, el viejo del Bar y el garzón no garzón discutían en forma amistosa, sobre quien atendería al extraño personaje esta vez, motivados más por una punzante intriga personal, que por una motivación puramente laboral. Obviamente el cargo constituye poder y superioridad, por cuanto el viejo del Bar, ostentando su condición de dueño en el semblante se acerca a la mesa con el Whisky y la coca cola en una bandeja; los ubica en los acostumbrados lugares, todo este acto lo realiza con una marcada sonrisa maliciosa en su rostro, agregando unos picaros ojos que abre a modo de consulta al personaje, preguntado con ellos a través de un leve guiño, que le ofrecerá a la bella dama que lo acompaña. Nuevamente Matías debe reaccionar ante el embobamiento que lo había capturado y pregunta caballerosamente:

—Disculpe señorita,.... ¿me permitiría usted que la invite a servirse una agüita?..... ¡O lo que desee por supuesto!

Rápidamente se corrige Matías, al darse cuenta que estaba restringiendo la gama de posibilidades de elección de su invitada, toda vez que pudiera tener hambre, querer un tecito, etc. Comprende con vergüenza y desazón, que está totalmente fuera de competencia para compartir, conversar y menos conquistar a una mujer; pero se tranquiliza a sí mismo, al recordarse que nunca había sido dueño de esa virtud que muchos tienen.

La hermosa y cautivadora señorita, luego de mirar a Matías con cara de felina mañosa, sonrío elegantemente y con un corto parpadeo le agradece gentilmente su amable invitación; posteriormente, con sus hermosos ojos mira al viejo del Bar y le pregunta:

—¿Tiene champaña?

—Sí,....pero esta se vende solo por botella (replica torpemente el viejo del Bar)

Matías de inmediato gira velozmente su cabeza y quema con sus ojos al viejo del Bar, increpándolo al atreverse a pronunciar tan grosero comentario a la dama presente. El mensaje enviado con la mirada también incluía traiga lo que pida. El viejo del Bar, con hartos años en el cuerpo de trato con clientela, capto la orden al vuelo y su cara de malicia cambió a una de interesada atención, para luego agregar lo siguiente, tratando de enmendar su desatinado error:

—Lo que quiero decir....bella dama,.....es que tengo varias marcas....y no sé... cuál será de agrado para su fino paladar.

—Traiga usted señor por favor, la que parezca mejor (dice ella graciosamente)

El viejo del Bar raudamente y muy coqueto vuelve al mesón, donde ansiosamente lo esperaba el garzón no garzón, desesperado y ávido de información, para calmar su intriga con los datos que este trajera. De inmediato le pregunta cómo le fue. El viejo del Bar, que era reconocido como “Chanta”, (término coloquial que significa “persona que siempre se agranda o vive en mentiras o fantasías”), contesta;

—Menos mal que fui yo, porque tenían un tremendo problema; no sabía el pobre hombre que ofrecer a la dama y le sugerí champaña; quedaron los dos encantados (dice el viejo del Bar, muy orgulloso)

—Y la “Minita”....¿ qué tal es?,...¿es putita?..... ¡se ve muy rica de acá! (dice el garzón no garzón)

—¿La mujer?, ¡güena poh!, rica, rica; pero se nota una dama elegante. Claro que me miró con cara de coqueta, porque parece que se dio cuenta que soy el dueño, pero a mí las mujeres interesadas no me gustan por muy bonitas que sean, así que la ignore de inmediato para no darle cuerda y corte así conmigo los flirteos (dice el viejo del Bar)

—¡Seguro! Ja-Ja-Ja.... ¡El más lindo poh! Oiga, a lo mejor tiene suerte con ella, si es que le gustan los bombones; esos redonditos como usted, Ja-Ja-Ja (dice el garzón no garzón)

—¡Oye, no seas patudo!,.... ¡Es harto atrevido... este cabro!

Termina refunfuñando muy molesto el Viejo del Bar, mientras limpiaba con un paño la empolvada botella de champaña, que tenía aparentemente años sin vender y ahora llevaría a la mesa del extraño personaje. Queda hablando solo bastante molesto, refiriéndose a que es su propia culpa darle confianza a los empleados, que no saben apreciar las diferencias de empleado a patrón. Esto, cuando el garzón no garzón ya hacía rato había ingresado riendo a la cocina, para contar todo al pequeño cocinero de origen chino.

Lo que sucedía, es que al viejo del Bar, sus empleados le hacían creer que lo consideraban un poderoso hombre, pero sabían que era un “Chanta” y se reían de él. Prueba de eso, es cuando le contó al cocinero llamado “Shong”, qué esa vez del problema con el mendigo, el de pena no quiso echarlo; determinación que había tomado al ver sus ojos tan tristes. También, igual en el cuento del asalto; les dijo a ambos, que él luchaba ferozmente afirmando la mano del que tenía el revólver, mientras daba de patadas a otro que sostenía un enorme cuchillo tratando de cortarlo, momento en que el extraño personaje vino a ayudarlo y por eso estaba tan agradecido de él. Por supuesto nunca le creyeron.

Entendían los empleados, que nunca sabrían la verdadera historia de nada, pero a él jamás le creerían lo que contaba cómo hazañas; incluso, lo apodaban, claro solo para ellos dos y algunos amigos, “el Sancho Panza”; uno por su gruesa y pequeña contextura, su caminar cadencioso y por

las historias que se inventaba, igual que su caballero “Don Quijote”.

El viejo del Bar tenía muy exaltado su corazón, ante la presencia de tan bella dama, por lo cual sacó su bandeja de plata, que usaba exclusivamente para la atención de personalidades que alguna vez pudieran llegar al pequeño Bar. La limpió muy bien hasta darle brillo y sacó dos copas de cristal labrado, del juego que guardaba celosamente con llave. Luego, ató una cinta blanca al gollete de la botella de champaña, que la hacía ver muy elegante y como preparada para que bebieran dos novios en el día de su matrimonio.

Con su cara más alegre que nunca y muy coqueto llegó a la mesa el viejo del Bar, llevando en el brazo izquierdo un arrugado paño blanco y la bandeja de plata, conteniendo las dos copas de cristal que brillaban junto a la espigada botella de champaña. Les dice con voz impostada y actitud acartonada:

—No he escatimado en esfuerzos para atender al más distinguido de mis clientes y la más hermosa mujer que ha pisado mi Bar, para lo cual he dispuesto mis mejores copas de cristal y mi bandeja de plata antigua, digno todo, de ustedes.

Acto seguido, procedió a servir las copas en actitud de ceremonia y gestos protocolares, a la usanza de los mejores Bares del mundo. Luego les deseo felicidades, que tuvieran hermosa velada y retrocedió sin dar la espalda más de dos metros, giró de golpe en un solo pie y muy circunspecto alzó extremadamente su gordo trasero, hundió con pésimo resultado su enorme barriga y apuntando la corta y gorda nariz al cielo, caminó directo al mesón en línea totalmente recta.

Matías, contaminado con la acción protocolar que acababa de apreciar en el improvisado garzón, que seguramente le recordaba viejos tiempos, alzó su copa ceremonialmente y anunció un brindis:

—Beberé esta copa de champaña, en compañía de la mujer más bella que mis ojos han visto en su vida. Espero ser una compañía digna y contribuir a una velada perfecta, para que en su despertar, este momento forme parte de sus mejores recuerdos o al menos, vislumbre mí persona en su mente. ¡A su salud señorita!

Ella levanta su copa y le agradece tan gentiles palabras, agregando que no se había equivocado en catalogarlo anticipadamente como un verdadero y distinguido caballero. Además, agrega que espera ser una buena compañera de velada y satisfacer todas las expectativas que él podría esperar de ella.

Las palabras de la distinguida y hermosa mujer, imaginadas como sugerentes por Matías, nuevamente provocaban pensamientos impúdicos para con ella, lo cual era muy inusual en él. Junto con su insano pensamiento, también levantó su copa, primero haciendo un gesto de salud a la coca cola del frente de su puesto y posteriormente a la bella señorita. La particular actitud fue advertida por la hermosa mujer y calló, bastante extrañada.

Continuaron bebiendo ambos en igual medida, mientras desnudaban sus vidas desprolijamente, producto del singular efecto que producen las burbujas del champaña, según dicen, que alegran más que embriagan.

Ella contaba que su nombre era “Martina Lefort” y había nacido en Francia, en una pequeña villita. Que estuvo los últimos quince años en España, donde modeló hasta los treinta y cinco años y hacía ya seis años que lo había dejado, producto de su alza de peso y gordura. Además, culpaba a su carrera de modelo, el hecho de no haberse casado ni tener hijos. Decía que visitaba a una amiga acá en Chile, que también había sido modelo y tenía un departamento habitacional que usaba para vacacionar. Pero en realidad buscaba solo una nueva vida y la amiga modelo que mencionaba, era una persona que simplemente había conocido en el avión de Santiago a Iquique,

quien amablemente le ofreció hospedaje hasta que se ubicara.

Matías mientras la escuchaba con mucha atención, pensaba, que mujer no querría tener la gordura de ella u hombre tenerla a su lado. También, este contaba de su vida a Martina mientras bebían y bebían, tocando incluso el tema de la coca cola, exponiéndolo Matías como algo de bajo perfil, que correspondía a una actitud respetuosa de él hacia su mujer ya fallecida, que había sido su única compañera en la vida. Martina, al contrario de encontrar extraño el comportamiento, valoró mucho su noble principio de lealtad, ganando un gran voto de reconocimiento por parte de ella.

Aquella semana, habían llegado dos barcos grandes al puerto de Iquique. El local “El Bongó” se estaba llenando cada vez más, como seguramente ocurría con otros locales similares en la ciudad. Entre esa gente, llegaron unos tipos con acordeón, violín y charango, músicos aparentemente o quizás marinos músicos; nadie sabía al parecer. De pronto, estas personas comenzaron a tocar en un rincón del pequeño salón, una música tan contagiosa que se armaron parejas de todo tipo; mujeres con hombres, hombres con hombres, hombres con prostitutas, hombres con travestis, travestis con prostitutas, etc. La verdad, había de todo. Matías y Martina también participaban del baile general; al principio, muy empaquetados, pero la música y el entorno era tan mágico, que ingresaron inconscientemente a la locura desbordada y frenesí, que embargaba a todos los presentes de aquel día de fiesta.

Solo faltaba en la pista el viejo del Bar y el garzón no garzón, que seguramente ganas no les faltaban, pero por razones obvias de atención no podían. Tampoco podía estar el chino Shong, que como se sabía, era el pequeño cocinero oriental del Bar que apoyaba todas las gestiones del local, exceptuando la recepción de dineros en la Caja, que solo era obligación del avaro viejo del Bar.

Era tremenda la demanda de vino, cervezas y licores, pero especialmente el Ron, que era como obligación tomar ese fuerte licor. Se escuchaba siempre su nombre en cada invitación. Si un marino invitaba a tomar algo a otro, le decía a su amigo, acaso quería un “Roncito”. Pedían y tomaban tan rápido, que la única vez que no tenían el vaso en la boca, era cuando tenían el cigarro en sus labios. La conversación la hacían breve o simplemente la interrumpían, para rápidamente beber un gran sorbo de ron. Se notaba desesperación en ellos por hacer todo rápido. Era obvio que la soledad social los había dañado, al pasar mucho tiempo embarcados sin gozar de los esplendidos vicios que acortan la vida, pero hacen feliz al ser humano.

Se divertían mucho todos, producto de la fiesta; se escuchaban risas, gritos y cantos, era realmente un total escándalo. Desde fuera de “El Bongó”, en la calle, daba la sensación que el pequeño Bar saltaba completo al ritmo de la música, como si fuera un enorme y bullicioso tagadá musical.

Ya cercano a las dos de la mañana, hora relativamente temprana para una juerga en Iquique, los asistentes a la improvisada fiesta, marinos, mujeres y otros de singulares opciones sexuales, que habían tomado a la par de los sedientos marinos, sucumbieron a la fuerza del alcohol y fueron poco a poco arrastrándose hacia fuera del Bar, apoyados unos a otros y viceversa. Sus conversaciones al salir era imposible no escucharlas, dado lo alto del volumen impuesto, junto a las carcajadas de todos. Se juraba amor, pasión, erotismo y retaban a severos duelos sexuales; se prometían hazañas de lo mismo, que evidentemente dada su condición, jamás cumplirían. Esto se escuchaba tanto de hombres, como de mujeres y otros.

Los hoteles y casas de cita tenían las puertas de par en par aquella noche, porque sabían que cuando llegaba este tipo de barcos, precisamente a esa hora los marinos y gente embarcada, terminaban ahí sus últimos esfuerzos físicos y financieros. Junto a estos desesperados marineros

llegaban las llamadas mariposas, que eran prostitutas y otras apodadas así, porque una vez suelto el capullo, dejaban de ser orugas y volaban como mariposas, dejando ahí el desecho. En el buen sentido de la palabra, lo que no les servía dejaban y en este caso, era el ebrio marino. Lo malo de todo eso, es que comúnmente esta mariposa pensaba como gusano, porque huía con el dinero de estos esforzados trabajadores de Mar.

Matías y Martina quedaron prácticamente solos esa noche, entonces ella le dice que deben irse. Él, cómo caballero que era, le dice cortésmente, donde la puede llevar para dejarla sana y salva. Ella ríe a carcajadas y le dice que por supuesto a la casa de él, que acaso no vivía solo. Matías, sintiéndose muy estúpido, trata de corregir su anticuada e inocente imagen demostrada, diciendo que había sido una broma, lo cual reafirmó para su credibilidad y la de ella, con una fuerte y forzada carcajada. Posteriormente, intento adoptar una actitud más jugada, audaz y decidida, para no quedar como un pobre imbécil, ante cualquier futura situación hombre mujer, desconocida u olvidada.

Se daba cuenta que Martina tenía una personalidad y actitud muy europea, de la más liberal que existía. Ella no andaba con rodeos, decía lo que sentía y tomaba lo que gustaba; se lo había dicho de todas maneras con su actuar.

Matías ya no arrendaba una vivienda. Había conseguido prestada una pequeña casa de madera, que estaba frente al aeropuerto de Iquique y pertenecía a la Fuerza Aérea de Chile. Era conocida por todo el contingente de la institución, como “La casa en la pradera”, por estar totalmente aislada en el desierto y por el nombre de una serie de televisión, que se llamaba “La pequeña casa en la pradera”. Antiguamente la gente de la FACH hacía guardia ahí, porque custodiaban el estanque principal, que surtía toda la base con agua potable y como actualmente su distribución era directa desde la ciudad de Iquique, tanto el estanque como la casa, estaban en desuso. Por esa razón, no tuvo inconvenientes el mando de la institución para facilitarla a Matías, claro, que con un gran empujoncito de algunos capellanes militares que lo conocían.

Así, esa noche tomó su antiguo auto muy bien cuidado y mantenido, solo y siempre conducido por él. Este, era un “Chevy Chevette” que tenía por muchos años, muy cotizado en tiempos de su juventud. Luego de aperarse de más champaña y cositas para picar, llevó a Martina a buscar una maleta a la casa de su amiga en el sector de “El Morro”. Luego de eso, enfiló hacia la soledad del aeropuerto con su preciada conquista, única en toda la vida, después de su mujer.

Conducía atento al solitario camino, imaginándose como podría ser esa soñada noche para él. Ese pensamiento lo ponía tan ansioso, que apretaba inconscientemente cada vez más el pedal de aceleración. Por suerte, Martina que amaba la vida según decía, se dio cuenta de eso e hizo el respectivo comentario de seguridad, obligando a Matías a contenerse y hacer esfuerzos para moderar la velocidad.

Finalmente llegaron a la casa, que más bien era una cabaña de dos piezas, con una cocina y un pequeño baño, todo de madera pintada color beige arena, como mimetización militar. Estaba amoblada cómoda y escasamente para dos personas. La cama sí era de dos plazas, alta y confortable. La cocina estaba amoblada completa y el baño en la misma situación. Como entretenimiento o compañía, tenía una gran radio, pero no había televisión.

Martina, lo primero que bajó fue su pequeña maletita, aquella que habían pasado a buscar a la casa de su amiga. Dijo a Matías que sirviera champaña mientras ella iba al baño. Él cumplía la orden a tientas, mientras acomodaba su visión al oscurecimiento, producto de la falta de energía eléctrica en la casa.

La pequeña cabaña no contemplaba energía eléctrica pública, pues funcionaba por medio de



un generador que Matías debía encender primero. Desde el baño, Martina le dijo que no se preocupara por la luz, porque la inmensa luna llena era suficiente iluminación y una vez que se acostumbraran a ello, se vería todo con más claridad. Agregó riendo en tono de broma lo que era una realidad, diciendo que de todas maneras así el ambiente estaba más romántico y sensual. Matías escuchaba todo muy nervioso y se sentía un poco atolondrado por la inusitada y desconocida experiencia que estaba viviendo. Sirvió dos vasos llenos de champaña, ya que no contaba con copas adecuadas y esperó en la pequeña mesita sentado, sin tener iniciativa respecto de lo que se veía venir, debido al cúmulo de años fuera de práctica o más bien, a que jamás estuvo en similar situación.

Todo aquello lo llevó a pensar en su mujer y se preguntaba, qué pensaría Rosita de lo que podría pasar pronto; quizás debería entender, se decía. Ella sabía que era y siempre había sido su único amor y que jamás la engañó mientras vivió, incluso hasta la fecha de su muerte y posterior a ella, porque su amor sería hasta su propia muerte y solo para ella. Se decía enfáticamente en su mente todo eso, justificando de antemano su eventual engaño.

Matías tenía una personalidad y manera de ver las cosas muy particular y singular. No creía en el amor a primera vista y ahora se lo demostraba a sí mismo, porque lo que existía con Martina era solo una atracción brutal, enfermiza, pero solo una cuestión física. Esta atracción solo era la química perfecta para él y dado lo hermoso de la hembra, se ajustaba para cualquier hombre de la tierra.

Era probable y seguro que para ella no era lo mismo; solo era un hombre más en esa noche y el deseo de ella hacia él, sabía, no podía ser igual. Pero eso no le importaba mucho y menos a su propio cuerpo. Aquello que le hacía sentir esa mujer era único, ya que calzaba exactamente con su parámetro ideal de mujer soñada.

Una metamorfosis interna acusaba sus deseos y luchó por no exteriorizarlo en el Bar. El repentino reaccionar de su sangre cuando la miraba, se hacía evidente en su cuerpo. Esta se agolpaba desde los pies hasta su cuello, golpeando su cabeza, tensando todos sus músculos y generando en él, en su mente tantos años adoctrinada por la iglesia, los más ansiados pensamientos sexuales que un ser humano pudiera tener.

Entendía Matías la acción a punto de formalizarse, como normal en su vida actual y si ella, Rosita, pudiera escuchar, le diría que pasara lo que pasara, siempre su amor sería todo para ella, pero su necesidad de hombre, sus instintos animales, lo obligaban a romper sus votos de fidelidad prometidos ante Dios.

No era él, se decía para excusarse; era su yo interno, el yo animal, aquel que todos llevamos y hacen al ser humano contravenir las reglas de la raza racional, romper juramentos y caer en deslealtades. Estaba sumido muy profundo en sus pensamientos, buscando afanosamente justificación a sus futuros actos, cuando escucha la pastosa, afrancesada y sensual voz de Martina, esta vez con tono erótico evidentemente a propósito, que decía:

—Matíaaaaa, ¿estás listo?, voy a saliiiiir, ¿acostumbraste tu visión a la tenue luz?

Él, en muerto silencio, no hallaba que contestar.

—¡Qué tal!,...¿te gusta mi vestuario?,...o me lo saco aquí mismo y ahora (dice Martina)

Matías no lo podía creer y estaba casi infartado. Martina con su pelo completamente suelto y su cara sonriente, estaba detenida a tres metros posando para él. Llevaba puesto solo un “baby doll” cortito hasta las caderas, blanco transparente y veinte centímetros más corto de atrás, que regalaba a la vista dos enormes y aglobados glúteos, muy alzados al final de la delirante curvatura de la espalda. La amable luz, permitía ver su espléndido y voluptuoso cuerpo, dibujado en suaves

sombras de curva a curva, invitando a explorar todos sus sensuales rincones. Dos ligas blancas abrazaban graciosamente sus torneados muslos y contrastaban sutilmente con el oscuro tono de su vello púbico, que dejaba ver la delgada y exquisita tela blanca del sensual baby doll.

Matías no se levantó de su silla por incapacidad momentánea. Su sangre ardía, mientras su testosterona acumulada y adormecida cual un volcán, hacía erupción. Sus ojos no veían, solo su instinto animal miraba la fémica que degustaría. Sus sentidos estaban en rebelión y lo que tenía dormido o nunca fue despertado del todo, reaccionaba con fuerza en ese momento. De pronto, el conjunto completo de sensaciones levantó a Matías de la silla y velozmente, cual joven en su primera noche de amor ante un sí, sacó sus ropas quedando solo en calzoncillos, acción que dejó al descubierto su atlético y bien tenido cuerpo, gracias a la disciplina militar de ejercicios que llevaba. Eso cautivó a Martina, contribuyendo a su excitación de principio tal vez forzada. Se acerca Matías a Martina, muy cerca, pero ella le dice que espere, que sea suave y la acaricie con ternura. En ese momento sus cuerpos se unen y estremecen al primer contacto, causando alegría en Martina, que algo dice:

—¡Matías! ...¡me sorprendes!, me he llevado dos tremendas sorpresas contigo recién,... estoy encantada, Ja-Ja-Ja...Has sobrepasado ya todas mis expectativas para esta noche.

Lo que sucedía, es que Martina no esperaba que aquel caballero tan delgado y tal vez enjuto, como lo veía en ropas, podría tener un cuerpo tan esbelto y musculoso, como asimismo, se dio cuenta que la vida había sido generosa con Matías y lo había dotado muy bien.

Todo aquello, abrió completa la llave del apetito sexual de Martina, quien además de liberal, era un tanto promiscua, un tanto ninfómana, muy sensual y erótica. También era extrovertida y juguetona, pues le gustaba mucho realizar juegos eróticos y odiaba ir directo al grano. Todo esto se lo decía a Matías, sin tapujos. Se reconocía a sí misma como un ser de dos personalidades; socialmente una dama distinguida, educada y conservadora, pero en la cama, era todo lo que dijo a Matías, que de hecho, en ese momento lo iba a demostrar.

Estuvieron tres días sin levantarse de la cama; solo lo hacían para asearse y otras necesidades obvias. Habíase despertado una relación especial entre ellos y parecían calzar muy bien sus deseos y personalidades. Se sentían tan libres en ese lugar solitario, que ya al cuarto día andaban casi desnudos por la casa y durante todo el día; además, era una forma de capear la elevada temperatura de esa zona.

Matías estaba encantadísimo. Las noches y también los días completos de placer, eran realmente inolvidables; casi lujuriosos y extenuantes. Experimentaron todo lo racionalmente imaginable. Martina era la compañera más perfecta del mundo; jamás rehuía un ataque o insinuación sexual. Conocía y practicó técnicas de recuperación con Matías, con resultados sorprendentes, que lo activaban nuevamente en tiempo record.

Martina, como toda mujer hermosa que se sabe querida y deseada, tenía caprichos que obligaba a Matías compartir. En su pequeña maletita mágica, como le decía Matías, ella guardaba muchos baby doll de distintos colores y formas, que alternaba día a día, logrando una variedad con peinados y situaciones extrañas, que sorprendían y enloquecían a Matías.

De la misma manera lo hacía compartir juegos de disfraces, poniéndole orejas de burro, de conejo, sombreritos y otras cosas. Lo disfrazaba de ladrón, de aborigen, de doctor, etc. Inventaba situaciones e historias extravagantes y extrañas, en la cual por supuesto, los dos participaban con mucho entusiasmo, para finalmente siempre terminar en la cama. Matías trataba de mostrar su mejor talento de actor, para no repetir las escenas, porque toda vez que ella notaba poco entusiasmo, hacía repetir estas y así se demoraba el final, que era lo que más gustaba a Matías.

En un principio Matías se resistía y actuaba con desidia su papel, pero al correr del tiempo, era por ambos considerado excelente actor y luego, en muchas ocasiones la historia era inventada por él. Producto de los juegos, algunas veces se les veía corriendo por los alrededores de la casa, entre los pequeños montículos de arena adyacentes, totalmente desnudos o con escasa ropa y extraños atavíos.

Una vez, en pleno proceso de juego o actuación fueron sorprendidos por una comitiva de militares, que precisamente iban a revisar el estado del estanque de agua, cuyo mantenimiento se hacía en forma mensual. Al encontrarse frente a frente con los cuatro militares, la sorpresa fue enorme y mutua. Matías corría en calzoncillos con dos orejas de lobo en su cabeza, en persecución de Martina que corría gritando, apenas cubierto su hermoso trasero con un improvisado pedazo de trapo lanudo, semejando a una asustada oveja. Las increíbles explicaciones, porque eran increíbles, nadie creyó. Aquello, que era un papel de una obra para la iglesia que estaban practicando, no fue creído por nadie. De todas maneras, tal situación fue muy celebrada por los militares, quienes pudieron apreciar en vivo y directo, la extraordinaria hermosura de Martina. A modo de broma los militares, hicieron presente al más antiguo del grupo, la posibilidad de seguir asistiendo a esos ensayos.

Después de aquel día, las visitas del personal de las fuerzas armadas se hicieron con más frecuencia y la mantención del estanque de agua que estaba en desuso y regularmente se hacía en forma mensual, no extrañamente, se comenzó a realizar en forma semanal y a veces en cualquier día. Esto obligó a Matías y Martina a tomar ciertas medidas de precaución, realizando sus futuras actuaciones solo dentro de la casa, con puertas y ventanas muy cerradas.

Sin embargo, como estos militares llegaban sin previo aviso, no podían evitar oír las risas y palabrotas eróticas que formaban parte de la actuación, ansiando cada vez oír más, para lo cual ya pegaban sus orejas a las tablas de la casa, imaginándose tal vez como futuros integrantes del cuerpo de actores. Esta situación comenzó a ser advertida por Matías y Martina, causándoles mucha molestia y preocupación.

La situación de encierro y juegos en el día, llevaba aproximadamente dos meses de tiempo, claro que esto era alternado con visitas nocturnas al Bar “El Bongó”, como también mirar el mar en la noche, para distinguir las figuras que dibujaba el reflejo de la luna sobre sus oscuras aguas. Este era otro juego inventado por Martina, que practicaban comúnmente y lograba que los dormidos sentimientos de amor doblegaran a sus deseos, consiguiendo momentos de elevado romanticismo, que cada vez acercaba más sus corazones.

Desagradable era el asedio de los intrusos que invadían su vida privada y algunos comentarios malintencionados que llegaron a oídos de Matías, los cuales hacían referencia al libidinoso y promiscuo comportamiento del viejito jubilado amante de la iglesia, con la “Putita francesa”. Todo eso, textualmente expuesto a Matías por sus amigos de la iglesia. Dichos comentarios le molestaron sobre manera y los disfrazó un poco para contárselo a Martina, con el propósito de no herir su condición de mujer liberal y feliz, que él defendería actualmente con su vida.

Una vez conocido lo anterior, decidieron comenzar a salir más de noche y dormir de día, ya que ambos eran libres y económicamente no existían problemas. Matías tenía una pensión vitalicia importante, además que poseía bastantes fondos en el Banco, logrados con su sana y austera vida de tantos años, que incrementó además con la venta de su casa.

No obstante, la felicidad y satisfacción personal que Matías había logrado, al conocer los placeres sexuales que nunca siquiera soñó, tenía sentimientos de culpa en su mente, no solo por creer que engañaba el recuerdo de su amada esposa, sino, también porque estimaba que su actitud

actual, no estaba acorde al correcto comportamiento cristiano que dictaba la iglesia católica. Religión, de la cual era ferviente participante activo y con su doctrina totalmente internalizada.

Sin embargo, al ser un individuo sexualmente activo, sus deseos carnales eran más fuertes, toda vez que se activaban influenciados por la exuberante y sensual presencia de Martina. De tal manera, se dejaba llevar por el éxtasis que le inspiraba, evitando a futuro crearse conflictos mentales, que lo distrajeran de la increíble etapa que estaba viviendo.

Otra vez reactivaban sus visitas al Bar “El Bongó” en forma continua, después de hacer un paréntesis de la luna miel con Martina. Ocupaban los mismos asientos de la vez anterior cuando se conocieron. Una vez que la pareja estuvo sentada en la mesa, el viejo del Bar mandó corriendo al garzón no garzón con una botella de champaña y una coca cola; esta vez, en una bandeja plástica con dos copas normales, claro que especiales para champaña como indicaba su espigada base.

El garzón no garzón, además de llevar la misión de atender muy bien para lograr la aceptación de la botella de champaña y probablemente una segunda, debía averiguar o sustraer cualquier información atingente a la relación que tenían actualmente.

Al poner la botella de coca cola sobre la mesa, quedó ésta tambaleándose por varios segundos y a punto de caer; después de unos cuantos bamboleos, el garzón no garzón la afirmó evitando su caída y derrame. Posteriormente, previa aceptación del champaña por parte de Martina y Matías, éste procedió a usar su mejor técnica para abrir la gaseosa botella. Las burbujas parecían hervir por tantos movimientos y figuras a la que fue sometida, ocasionando que el gas imprimiera una inmensa fuerza a la salida del corcho, haciendo que este rebotara velozmente en la botella de coca cola, botándola sobre la mesa, para luego golpear en la frente de Matías muy fuerte, terminando en la nuca de Martina. Fueron tres sonoros golpes (toc-toc-toc), para luego caer en los pies del garzón no garzón. Antes que la rica champaña escapara de ser consumida disfrazada de burbujeante y chirriona espuma, el garzón no garzón astutamente la capturó, encerrándola en las dos espigadas copas.

Una vez terminada la singular ceremonia de cómo servir una botella de champaña, el garzón no garzón pidió las disculpas del caso y mordiéndose fuertemente algo de su labio, para no reventar de risa ante la graciosísima situación, tomó la botella de coca cola y partió corriendo a cambiarla.

Esta extraordinaria situación fue observada por el viejo del Bar, quien junto al garzón no garzón se metieron a la cocina para reír a carcajadas. Ahí, el viejo del Bar se llegaba a doblar de tanta risa, perdiendo estabilidad rápidamente producto de su mala distribución de grasas y cortas como curvas piernas, cayendo de espaldas sobre unas cajas de cartón acumuladas en un rincón de la cocina. Todo esto ocasionó más fuerza a las risas, sumándose a ellos el chinito Shong, que veía como su rechoncho jefe reía de espaldas en el suelo, sin poder incorporarse pese a los esfuerzos, por los naturales contrapesos de su cuerpo.

El chinito Shong reía con muchas ganas; había soltado todo su potencial de risa con mucha confianza, pero solo reía de la caída de su obeso jefe, desconociendo el jocoso tema anterior sobre el corcho saltarín. Todos reían contagiados sin parar, hasta que un fuerte olor de quemado, acusaba que los huevos con jamón y queso que esperaba un ansioso y hambriento cliente, se habían carbonizado. Esta situación desquició al viejo del Bar aún esparramado en el piso, a quien rápidamente ayudaron a levantar su pesada y redonda humanidad. Esta ayuda a incorporarse no la agradeció en ningún momento, solo las emprendió contra el chinito Shong, jurando descontarle de su sueldo la pérdida total del plato.

Luego de sacudirse y despotricar el viejo del Bar, se retiró refunfuñando acaloradamente con cara agría, sobre la confianza que se tomaban los empleados con los jefes, que estando en el poder

no se podía tener buen corazón y que era última vez que caía en ese tipo de situaciones. Finalmente se metió tras el mesón del Bar, arreglando sus desordenadas ropas y cubriendo su enorme barriga y trasero medio desnudos, producto de la aparatosa caída.

Mientras tanto, lejos de ser gracioso el asunto del corcho para Matías, fue bastante preocupante, ya que era evidente la molestia de su amada esposa Rosita (QEPD), cuyo enojo había demostrado dándole con el corcho en la cabeza, atribuyéndole también participación en el extraño bamboleo de la botella.

La misma situación para Martina fue totalmente irrelevante, aparte de lo cómico que causó gran risa en ella. Mantuvo el divertido evento en su mente, recordándolo por hartos ratos y evidenciándolo con una suave risita, que incrementaba al ver la seria cara de Matías. Llegó nuevamente la botella de coca cola, traída esta vez por el viejo del Bar, quien quería averiguar personalmente cualquier dato que sirviera a su propósito, de saber la razón de la coca cola que no se tomaba. Además, obligadamente tuvo que reponer la bebida él, porque el garzón no garzón había hecho abandono temporalmente de su puesto, al estar todavía riendo junto al chinito Shong. Ambos, en forma grosera y atrevida, aún reían a carcajadas sobre la ridícula y aparatosa caída del gordo Jefe.

Matías extrañaba a Mañungo, a pesar que su ausencia aparentemente no le hacía falta, dadas las circunstancias de dicha que estaba viviendo en ese momento. Prefería no ser interrumpido por nada y por nadie, sin embargo, en su mente se preguntaba que estaría haciendo Mañungo y se respondía a sí mismo, que lógicamente no lo había visto, porque no había estado ahí con regularidad en mucho tiempo. Este pensamiento le hizo comprender que efectivamente lo extrañaba y aunque se quisiera hacer el duro, le había tomado aprecio, después de tantas conversaciones juntos, acompañándose y departiendo en su mutua soledad.

Ese día también era fin de semana, específicamente sábado. En el Bar, como a las once de la noche, se hizo presente otra vez el grupo de marinos músicos con los mismos instrumentos. Esta vez no comenzaron tocando de inmediato, sino, al parecer cargaron baterías, porque primero bebieron un par de botellas de Ron en compañía de algunas damiselas y como nuevamente comenzó a llenarse el local, su arte musical fue solicitado a viva voz por los presentes, una y otra vez, hasta que se armó nuevamente la fiesta igual que la vez anterior. Muchas mujeres que habían estado anteriormente, esta vez no asistieron, porque probablemente su condición de mariposas las ponía en peligro, ante la posibilidad de encontrarse con sus víctimas. Daba la impresión, que estas iban alternando sus lugares de esparcimiento y caza, tal vez con el fin de encontrar nuevos marinos o cualquier persona incauta que nunca falta.

Matías y Martina que compartían gran confianza entre ellos, además de la soledad en conjunto, en menor tiempo que la vez anterior, ya estaban bailando y saltando, casi dando el puntapié inicial a la noche de juerga. Juntos compartían con otras personas como reconocida pareja, a pesar que todos los asistentes eran solo visitas circunstanciales de obligado paso transitorio.

Los relojes de todo tipo marcaban la una de la madrugada. Al compás musical, bailaba Martina con Matías graciosamente sus bailes preferidos, que eran los vales peruanos; lo hacían muy bien y con entusiasmo. Martina que no era común de cara y menos de cuerpo, sensaciones terribles en los hombres despertaba, siendo observada, aprobada y deseada por muchos. Matías por su parte enloquecía de pasión, al movimiento sensual de las hermosas y prominentes caderas de Martina, cuando marcaba el paso musical “tam-tam” del vals y luego sentía sus muslos apretarse a él.

Las sensaciones mutuas de ellos, aparentemente eran compartidas y despertaban bajos instintos

en terceros, ya que un corpulento y muy ebrio marino se quiso sobrepasar con ella, ignorando totalmente la presencia de Matías y de toda la gente presente. La abraza por detrás intempestivamente, poniendo ambas manos sobre sus pechos, para apretarla fuertemente contra sí. Matías enfurecido y vociferando palabrotas se acercaba a socorrerla de inmediato, pero el tipo rápidamente sacó de sus ropas una tremenda y afilada navaja, mirándolo con ojos desorbitados, sin soltar a la angustiada Martina. Aquello fue deteniendo el inicial ímpetu de Matías, para mejor adoptar una posición de alerta. Así, el alienado marino mantenía en la misma posición a Martina, sin decir palabras, solo mirando a Matías con cara de reto y risa de locura con perversión. Asomaba de manera intermitente su lengua babosa a un lado de la boca, para luego llevar la navaja al cuello de Martina. La música se detuvo, al mismo tiempo que algunas mujeres gritaban y otros daban sermones de tranquilidad dirigidos al enloquecido hombre, que aparentemente no tenía conciencia de lo que hacía, según decían sus rojos y turbios ojos idos.

Matías se despreciaba repetidamente en ese momento, por no haber llevado su arma que había dejado en el auto. Actualmente, sus ganas de morir habían declinado, gracias a la compañía de Martina. Todo el mundo estaba alerta, nadie hacía nada; era muy peligroso hacer cualquier movimiento o sobresalto. Al tipo enloquecido no había forma de leer sus ojos y sus palabras mudas o actitud, nada indicaba el proceder que podría tener; todo era mortalmente incógnito. Estaba a un centímetro de cortar la garganta de Martina y esa navaja de barbero se notaba con un filo finísimo.

Matías observaba fijamente al tipo a los ojos y no sabía que cara poner para no alterarlo más; no quería retarlo con su mirada, porque se conocía bien y sabía lo duro de sus ojos, de manera que eso mucho le preocupaba. El tipo, al parecer, debido a la tensión del ambiente que proyectaban los nerviosos presentes, estaba entrando en un más peligroso trance de locura, porque sus ojos comenzaban a enrojecer más y sus cejas se apartaban de ellos; sus pupilas disminuían poco a poco y su mano tiritaba con la navaja apretada fuertemente. Con todo eso, su cuerpo era presa de un temblor aún mayor, que inflaba sus venas del brazo amenazante.

Martina miraba lagrimeando con cara de mudo terror, como implorando ayuda desesperada a los ojos de Matías, mientras este procesaba ideas en su mente, buscando el momento de un segundo existente, para realizar su ataque suicida ya decidido. Miraba la cara del enloquecido tipo y veía que ya no había tiempo. Cuando el atacante ya reventaba, Matías llevó toda la fuerza a sus pies, para impulsar un certero ataque a la mano de la navaja y cual una mordida de serpiente, se lanzó velozmente en un ataque de vida o muerte. Antes que su suicida impulso iniciado llegara a fin y tomara la mano con la navaja, siente un estruendo y su cara se llena de líquido, mientras el feroz loco cierra los ojos y comienza a desplomarse junto a Martina. No obstante, Matías ya sostenía firmemente la mano de la navaja, separándola del cuello de Martina y a la vez tirando de ella hacia su cuerpo, para evitar que la caída del inmenso hombre la arrastrara hasta el suelo. Todo esto ocurría en un entorno de gritos, que contenidos por muchos minutos explotaron al unísono, compartido como una sola nota musical por hombres, mujeres y todo ser vivo presente, en un desahogo de histeria colectiva retenida forzosamente. Luego, el murmullo se hizo todo y los comentarios de grupos se hicieron presente.

Martina se recuperaba de la fuerte impresión por el terror de ser degollada, acurrucada como un pájaro herido en el pecho de Matías, quien también se tomaba esos segundos para equilibrar su alza brusca de adrenalina. En ese momento, se acerca a ellos para preguntarles cómo estaban, el salvador de la situación, quien trabajó sin saber en conjunto con Matías, librando del riesgo a Martina, tras dar un único y certero golpe en la cabeza al enloquecido hombre, con la pesada y

llena botella de Ron, tal como lo planeó anticipadamente. Coincidieron con Matías, en que no había una milésima de segundo para equivocarse; era como matar o morir. Así lo leyeron y actuaron en base a aquello; con determinación y sangre fría, pensamiento y preparación militar que ambos tenían, compartieron y ejecutaron con gran éxito.

Al pobre y enloquecido ebrio, entonces victimario y ahora víctima, lo sacaron rápidamente casi muerto, totalmente inconsciente con leves signos vitales y su cabeza partida. Sus amigos marinos que entendieron la situación de culpa, en un completo silencio se lo llevaron en calidad de bulto, directo al hospital de Iquique.

La fiesta que estaba tan bulliciosa, alegre y entretenida, se reanudó como si nada hubiese ocurrido, conservando los mismos adjetivos. En realidad, las peleas y diferencias eran algo común en esas improvisadas fiestas de marinos en tránsito. Todo era producto precisamente del alcohol, las bellas mujeres y el descontrolado comportamiento de aquellos marinos, que querían recuperar su aislamiento de meses en una sola noche. Lo mismo trataron de hacer Matías y Martina, cambiando un poco el trago combinado a licor más fuerte; en este caso, Whisky para Matías, licor de menta para Martina y Pisco para “Basilio”, el fornido y alto marino Boliviano que salvó la desagradable situación. Basilio en esos momentos, era invitado honorable a la mesa de Matías y Martina, con el propósito de demostrarle el agradecimiento por la intervención salvadora, cuya importancia fue creciendo poco a poco, al comprender lo grave de la situación y el riesgo de muerte que representaba para Martina, el actuar solo de Matías y de frente al potencial asesino.

Este salvador hombre relativamente joven, no mayor de cuarenta años, exintegrante de las fuerzas Armadas de Bolivia, militar del área terrestre con casi veinte años de servicio, se había retirado para luego embarcarse en cualquier mercante, motivado solo por su gran amor al Mar. Sueño que había logrado hacer realidad precisamente en el Puerto de Iquique, al embarcarse por primera vez hacía ya diez años. Hoy solo estaba de paso en Chile para pronto viajar a Bolivia, donde estaría con sus familiares un tiempo y luego regresaría a retomar su barco canadiense, cuando pasara de vuelta en seis meses más, momento en que embarcaría ahí mismo en el Puerto de Iquique. Contaba esto Basilio de forma muy pausada y lenta, tal como se notaba que era su forma de ser. Inspiraba mucha confianza y respeto, tanto por su caballerosidad al hablar, como por sus mismas actitudes y opiniones sobre ciertas cosas que se conversaban.

Como esa noche ya estaba mentalmente programada para fiesta, había pasado el nerviosismo y la angustia, ayudado todo por el revitalizante licor. Martina agradecida, había ubicado una compañera rápidamente estudiada y aprobada por ella, como confiable para Basilio. “Carlota” se llamaba ella y su misión sería hacer feliz a Basilio, en el buen sentido de la palabra; es decir, como su compañera de baile para esa velada. Al conocerse ambos, quedaron encantados mutuamente y demostraron a lo largo de la noche, grandes dotes de bailarines y amenos conversadores.

De esa manera, el resto de la velada, los cuatro sacaron chispas en sus zapatos bailando y de sus lenguas conversando. La hora pasó rapidito y ya pronto eran las tres de la madrugada, hora que dio por terminada la fiesta para Matías y Martina, quienes se despidieron muy encantados, aunque la fiesta continuaba sin decaer. Esto, sería totalmente aprovechado por Basilio y Carlota, que estaban como poseídos por un eléctrico fantasma de felicidad y diversión.

Al retirarse Matías del Bar, observó con nostalgia y cierta inquietud, que la botella de coca cola estaba vacía y volcada sobre la mesa; tal vez la habían volcado más de una vez, quizás alguien la bebió o fue consumida sobrenaturalmente. Posteriormente, Matías y Martina se

subieron al auto riendo y conversando muy contentos, para luego tomar rumbo hacia su hogar, entonando cantaditos vales peruanos.

Otra vez, un día hábil de la semana siguiente, también bajaron al Bar “El Bongó”; ahora con ímpetus más calmados, solo con la firme idea de compartir un traguito suave, para salir del encierro de la calurosa casa en la pradera.

Al ingresar nuevamente la enamorada pareja, el viejo del Bar siempre agradecido, porque eso si lo caracterizaba y le duraría mucho tiempo, ya que la suma salvada del robo por Matías fue millonaria, impulsó al garzón no garzón a servir de inmediato lo acostumbrado y por supuesto la constante misión de averiguar al máximo, cualquier dato que contribuyera al tema de la tonta coca cola, que siempre dejaba sola y nunca bebía; situación que más le intrigaba ahora, porque la última vez que estuvo en el Bar el personaje, esta había terminado vacía.

Esa anhelada información que el viejo del Bar perseguía ya enfermizamente y nunca había logrado conseguir por parte de Matías, se debía a que su personalidad les impedía a ellos atreverse a preguntar directamente y también, este jamás hacía comentarios al respecto, porque era extremadamente cuidadoso y celoso de sus privacidades.

Esta vez Martina no aceptó el champaña, decidiéndose por una copa de vino blanco, mientras que Matías volvió a su habitual whisky de muy buera calidad y bajo costo, más barato que el tradicional Pisco Chileno. Era un dato curioso, porque en esa época de los años ochenta, el dólar americano tenía mucho tiempo un valor fijo de treinta y nueve pesos, logrando que las importaciones de cualquier cosa tuvieran un valor comercial muy contenido y por supuesto barato, respecto del peso chileno. Esta medida lograba un apetecido interés comercial por la Zona Franca de Iquique, atrayendo a mucha gente del país y otros países vecinos, para realizar compras de artículos importados a bajo precio, muchas veces con intención de negocio.

Asimismo, la gente de la zona aprovechaba esta garantía para adquirir vehículos muy baratos y aquellos de otras ciudades lo hacían de igual manera, para usarlos mientras estuvieran en Iquique, ya que no podían ser trasladados fuera de la considerada zona franca de Iquique.

Existía una excepción sí, para sacarlos por tres meses y luego volver por medio de un documento llamado “Pasavante”, de manera que se podía ir de vacaciones y hacer otros usos fuera de la ciudad durante ese tiempo. Asimismo, habían excepciones para llevárselos definitivamente fuera de la zona limitada, claro bajo estrictos requisitos, como uso personal, sin venderlos ni hacer transferencias legales; todo durante dos años. Dependía de quién lo liberara. En estos casos estaban contempladas las personas que tenían creos, más de treinta años en la zona, residentes inválidos, gente del sector diplomático y militares, etc. Claro que el requisito común obligatorio para todos, era que debían dejar la zona por traslado; es decir, no podían seguir viviendo en Iquique, ya que el espíritu de esta franquicia significaba un derecho a llevarse el vehículo propio por abandono de la zona.

Todo esto contaba Matías a una aburrida Martina, seguramente igual como estuvo usted en ese párrafo, a raíz de la pregunta que ella había hecho sobre el costo del Whisky. Agregaba Matías, que debía aprovechar ese momento, porque no iba a durar para siempre y actualmente se podía permitir beber los mejores licores extranjeros al mínimo costo. Martina decía que sería interesante conocer eso de la zona franca y Matías muy sorprendido, abriendo muy grande sus ojos, le pregunta lo obvio:

—¿Dices que no conoces la ZOFRI?

—Así es, tal como escuchaste Matías; eso que tú dices, no lo conozco ¿Cómo podría?, si a la semana de haber llegado me fui contigo (dice Martina)



—Tienes razón entonces Martina; esa parte de cuando habías llegado no la sabía. Pensé que llevabas más tiempo con tu amiga de “El Morro” (dice Matías)

—En realidad no es amiga, solo es conocida. Claro, es muy buena persona y me acogió en su casa sin conocerme; solo congeniamos y conversamos en el avión de Santiago a Iquique. Es una bella persona y le estoy muy agradecida, pero para amiga, entiendo, se requieren más cosas o quizás estoy equivocada y acá en Chile es así. Tal vez es más rápida la amistad o menos exigente (dice Martina)

—No Martina, estás bien; es tal y como tú dices. La amistad no es algo superficial ni tan solo algo de piel; pienso que debe existir un sentimiento... y profundo. Tienen que haber existido ciertos lazos, compromisos o algo importante que los una; por último, el tiempo juntos (dice Matías)

—De todas maneras, quiero que me lleves a la casa de mi amiga para... (decía Martina) cuando...

—¿Amiga?, dijiste amiga, Ja-Ja-Ja. ¡ves que es tu amiga! Ja-Ja-Ja. (interrumpe Matías)



### **EL MORRO (PLAYA BELLAVISTA)**

Ríen juntos muy tiernamente como dos adolescentes y ella junto con reír, se defiende diciendo que el nombre tan raro de su amiga jamás lo recuerda. Momento que Matías nuevamente le hace ver que dijo amiga y más fuerte y prolongado rieron. Finalmente termina su comentario Martina, el cual se refería a la necesidad de pasar a buscar el resto de sus cosas al barrio “El Morro”, donde su conocida, para irse con todas sus cosas personales a la casa de Matías, lo que puso muy contentos a ambos.

Mientras tanto, el viejo del Bar y el garzón no garzón, ambos apoyados con los codos en el mesón y la cabeza entre sus manos, miraban atentamente la pareja que reía, escudriñando con sus ojos a la distancia y tratando de descubrir que extraña situación se vivía en esa mesa. En todo caso el avaro viejo del Bar, no estaba muy contento ante el rechazo de la botella de champaña, ya que esa venta significaba un equivalente a más de veinte whisky de esos que tomaba Matías, de manera que su ambición le hacía entender como una pérdida el no vender la botella de champaña.

Matías, retomando el tema sobre el desconocimiento que Martina tenía de la Zona Franca de Iquique y por ende de toda la histórica zona que amaba y admiraba tanto, le dice:

—¿Sabes Martina?, es muy lamentable que no conozcas estas tierras ni su histórica vida, pero

te prometo que personalmente haré justicia, para que puedas apreciar cada lugar histórico de ellas y las bellezas naturales que la conforman. Daré a la vez oportunidad a esta zona, para que goce de tu presencia y pueda decir en el futuro, aquí estuvo la mujer más bella del mundo, “Martina”.

Martina estaba tan feliz por el halagador comentario, que le demostró su aceptación sonriendo y acercando su cara a él, para sellar con un gran y romántico beso el tema.

Seguían conversando varios temas de manera muy entretenida, cuando el ambiente es interrumpido por una gran sorpresa; Matías escucha el característico silbido de Mañungo, que desde la puerta lo miraba con su cabeza asomada y con cara de “me invitas hoy”. Por supuesto, Mañungo recibe de inmediato la seña de “ven pasa estimado amigo”. Porque Matías era un sujeto muy leal en ese aspecto y los amigos de él, debieran ser bien recibidos cuando estaban en su presencia y sobre todo si eran sus invitados, de manera que jamás lo desconocería aunque estuviera con la persona más importante de su vida.

Mañungo captó en profundidad lo ocurrido con su presencia, considerando aún más a Matías, como la excelente persona que ya creía. Fue presentado por Matías, Mañungo a Martina, como su gran compañero de conversación antes de conocerla. Ella no pudo evitar ofrecer forzosamente con escrúpulo su mejilla, para el respectivo beso de saludo del sucio mendigo. Mañungo, en forma respetuosa y consciente, también realizó el saludo con un beso sonoro y sin contacto. Una vez terminada la presentación, Mañungo es invitado a sentarse a la derecha de Matías, porque a la izquierda estaba Martina y al frente la botella de coca cola. Mañungo se sintió muy incómodo, al tener al frente a la mujer más linda que había visto en su vida, además de la elegancia, prestancia y ese rico aroma a perfume de mujer que invadía el entorno. Aquellos alternados olores a champú, bálsamo, jabón y perfume de distintas esencias que Martina usaba, lo cohibían, sintiendo que estaba en un mundo totalmente ajeno.

No obstante, al transcurrir rato juntos y como la conversación siguió amena, aun con su miserable estampa de sucio mendigo, de pronto al parecer, olvidada o ignorada por Martina, fue incluido e involucrado inconscientemente para él, en los temas. Luego se olvidó de la inquietud, contribuyendo con grandes aciertos a la variada conversación y demostrando a Martina que era una persona digna e inteligente a pesar de su deplorable apariencia. Esto llevó a Martina, a comprender porque era tan considerado por Matías, justificando además el porqué de su propia admiración, que comenzaba a crecer mientras más conocía de él.

Otra vez que también salieron, dentro de los dos meses que estuvieron casi aislados en su hogar compartido, nuevamente decidieron ir al Bar “El Bongó”. Iban ya frente al pórtico de la Base Aérea saliendo desde la casa en la pradera, mientras la noche furtivamente aparecía de manera rápida y silenciosa, cubriendo con su oscuro manto el desierto y el mar, ganándole por minutos a la Luna que estaba retrasada. No obstante, al descubrir que sucedía, pronto esta apareció para iluminar el camino para Matías y Martina, que felices escuchaban valeses peruanos y conversaban animadamente camino a la ciudad.

Una vez que llegaron al Bar, Mañungo estaba esperando en la puerta, sentado en una piedra que estaba en la vereda. Se juntaron los tres y después de un rápido saludo, entró Matías con Martina y posteriormente desde atrás entró Mañungo. Se sentaron en la mesa acostumbrada y esa vez si pidieron champaña, que tanto gustaba a Martina. Mañungo prefirió un trago fuerte, que en ese caso fue Ron, refiriéndose al champaña como trago para mujeres y personas del tercer sexo. Esto, en vez de molestar a Matías le causó mucha risa, agregando a ese comentario, que en realidad él se notaba con ciertas tendencias raras y ahora entendía el por qué su gusto por beber champaña. Ante esa simpática aseveración en tono de broma, todos rieron a carcajadas.

Cercano a las once de la noche, también llegó Basilio, el amigo Boliviano, quien andaba en plan de despedida, ya que había terminado ciertos trámites y al otro día partiría a su Patria, “Bolivia”. Viajaría precisamente a la ciudad de Santa Cruz, donde estaban sus padres y hermanos.

Luego de hacer la presentación correspondiente de Basilio con Mañungo, surgió el problema del asiento, por requerir cupo de cinco en mesa para cuatro, incluyendo la coca cola que representaba a Rosita. Matías que estaba en gran deuda con Basilio, además de la consideración especial que tenía para él por ser todo un caballero, no tuvo más remedio que poner la coca cola a su lado, para que Basilio se sentara frente a su puesto.

Así estaban todos sentados en su lugar claramente definido, pero alguien quedaba “botella”; o sea solo, (en término coloquial chileno) Precisamente la botella de coca cola su puesto había perdido, no siendo en esa reunión considerada, lo que significaba un detrimento en el respeto de Matías para Rosita. De tal manera, los cuatro conversaron animadamente hasta muy tarde en la noche; pidieron más tragos, algo para picar y disfrutaron de una gran pequeña fiesta, en la cual solo faltó bailar.

Luego luego Carlota, la amiga de Basilio, quien vino a retirar lo suyo, demostrando manifiesto dominio sobre él y llevándose cercano a las dos de la madrugada. Obviamente, tenían considerada otro tipo de despedida donde el resto de personas sobraba, de modo que se retiró de la mesa junto a ella, posterior a grandes abrazos y amenazas de verse pronto con Matías.

Matías, al desocuparse la silla y el puesto del frente, volvió a poner la botella de coca cola en su acostumbrado sitio. Todo esto había sido observado por el viejo del Bar y el garzón no garzón, paso a paso. Era tal la intriga despertada, que cuando uno de ellos era interrumpido por su trabajo, preguntaba los detalles que habían sucedido al otro, como si fuera una película. Mientras juntos miraban el desarrollo de la conversación, gran sorpresa se llevaron, porque la botella por sí sola se cayó cuatro veces, ante los ojos fijos y abismados de ellos.

Para el entusiasmado y dicharachero grupo ahora de tres personas, no tenía sorpresa la situación de la reiterada caída de la botella, porque estaban un tantito tomados, de acuerdo a la evidencia acusadora de las botellas de champaña y vino vacías, más algunos tragos de complemento. Otra causa por la cual no les llamaba la atención la caída de la botella de coca cola, era porque la paraban de inmediato, pensando que al mover la mesa se caía o la habían pasado a llevar con el brazo. Pero existía una realidad distinta para los intrusos y alertas observadores, ya que las cuatro caídas de la botella de coca cola, habían sido sin el menor movimiento de mesa o roce de alguien o algo. Había sido algo inexplicable, como causa sobrenatural o causado por seres del más allá.

Cercano a las cuatro de la madrugada terminaron sus tragos y se marchaban a sus distintos hogares o lugares, como era el caso de Mañungo. Antes que se fuera Matías y Martina, el garzón no garzón, que acostumbraba a retirarse el día de semana tipo dos de la mañana, salvo que hubiera fiesta o mucho movimiento, esta vez se había quedado solo por la inquietud de la botella de coca cola. Antes que Matías abandonara el local, se acercaron a él para interrogarlo de una vez por todas, respecto de la situación que tanto tiempo les incomodaba e interesaba. Al respecto, ya se habían puesto de acuerdo; incluso, habían discutido la opción de quien lo diría primero. Muy valientes ambos, querían ser el que pusiera las cosas en su lugar ahora y ahí mismo; todas, palabras exactas dichas por ellos. Matías estaba un poco mareado y con los ojos tan rojos, que más dura parecía verse su mirada. Al ver la actitud inquisidora de ellos, dice:

—¿Qué sucede caballeros?

El viejo del Bar y el garzón no garzón se miraban a los ojos sin decir nada; estaban totalmente

mudos y con los ojos se increpaban y reprochaban mutuamente, como diciendo habla ya, tú querías hacerlo primero, es tu oportunidad. Una y otra vez se lo repetían, silaba a silaba con los ojos. Luego, uno se decidió y dijo:

—Es que eeeeh,.....usted.....,eeeeeeh (el viejo del Bar)

—Lo que sucede,.....eeeeeh, .....señor eeeeeeh, (el garzón no garzón)

Matías arqueó sus cejas en ciento ochenta grados y sus rojos ojos parecían de fuego. Ya molesto por la innecesaria demora y más aún por ver unos metros más allá a Martina con aspecto de cansada, esperándolo solo a él que estaba siendo retenido tontamente, les dice mirándolos a los ojos a ambos, en forma compartida; un ojo para cada uno y subiendo poco a poco el tono.

—¿Qué sucede?,..... ¡díganlo de una sola vez!,..... ¿o me están tonteando?

—Es que,.....eeeeeh, usted...(el viejo del Bar)

—Señor, eeeh,...solo queríamos.....saber si, si, si había tenido una buena atención,.....usted y sus amigos,....solo eso....nos preocupaba (el garzón no garzón)

—¡Ah!,...por supuesto;...nos vamos ¡encantados! Son ustedes muy amables,....que tengan buenas noches (dice Matías con mejor genio)

Luego, rápidamente gira y tomando a Martina por los hombros de forma protectora, se retiran ambos sonriendo y con cara de malicia hacia el auto estacionado, para irse directo a su casa en la pradera.

Matías, después de tanta visitas al mismo Bar y considerando que era un enamorado casi enfermizo de Iquique, de su historia y alrededores, al enterarse que Martina no conocía la ciudad y la zona, comenzó a sacarla a otros lugares para que fuera comprendiendo lo hermoso y variado de esta. La llevó primero a comer mariscos, pescados y ricas empanadas de locos con piure, al “Paseo Linch”, donde habían muchas “Picadas”; o sea, locales no elegantes, que constituían cocinerías especializadas en preparación de las ricas bondades que el mar ofrecía y lugar mismo donde estas se comían. Se jactaba ante Martina de lo fresco que eran los productos marinos y hacía bromas al respecto, diciendo que los mismos pescadores lo traían del bote al plato y con el traje de buzo puesto.

Esa misma vez la llevó por fin a conocer la Zona Franca de Iquique, mostrándole las variedades de cosas importadas que existían y lo conveniente de sus precios, aprovechando Matías siempre tan gentil y galante, de ofrecerle algunos regalitos, principalmente en forma de Perfumes. Claro, después de todos los placeres que Martina le brindaba con tan buena voluntad y entusiasmo, demostrando ser su mejor “PATA”, que significaba algo así como compañera o amiga, (como decían nuestros vecinos de Perú), no podía entonces Matías, caer en bajeza de avaricia o mezquindad, con tan espléndida mujer.



### **ZONA FRANCA DE IQUIQUE (ingreso a módulos de venta)**

Asimismo, la paseó por la zona industrial, mostrándole los vehículos que llegaban para la venta y la cantidad de extranjeros que circulaban, como peruanos, bolivianos, paraguayos y también de centro América. En realidad había de muchos países más, que Matías no podía reconocer y obviamente consideraba tonto andar preguntando a todos, por lo que a veces inventó algunas cosas, que en ningún caso cambiaban la verdad importante.

Martina conoció toda la Zona Franca industrial, quedando realmente asombrada del enorme movimiento comercial que se apreciaba. Las dudas que tenía al respecto, cuando Matías no podía aclarárselas o le faltaba ingenio para una mentirilla, gracias a su belleza e imagen de posible importadora extranjera, basada en su acento francés, preguntaba y le aclaraban cordial y solícitamente con lujo de detalles sus dudas. Esta forma de aprender de Martina, un poco de celos daba a Matías, de manera que rápidamente dio por terminada la inspección, regresando a tomar tecito al Mercado de Iquique.

También la llevó al “WAGON”, que era un Bar restaurante ubicado en el rectángulo que daban las calles Souper, Thomson y Covadonga, con entrada principal por Thomson. En este restaurante, se preparaban de forma especial unas exquisiteces únicas con los mariscos y pescados, según se decía. Aquella vez Matías se sirvió un sudado de Mariscos, que consistía en todo tipo de mariscos, como loco, pulpo, ostión, macha, camarón, almeja, choro, piure y otros más, todos cocidos en su propio jugo y sabor, con algo de vino y con quizás que aderezos; era un manjar de los mares para él. Martina, a insinuación de Matías, se sirvió un plato denominado el “Morro”, que consistía en Corvina gratinada con queso y crema de leche, más otros aderezos; otro manjar de los mares. Todo servido en platos de greda, que acompañaron con un rico vino blanco muy helado.



### **CANTINA RESTAURANTE “WAGON”**

Además, el ambiente era muy tranquilo y con profundo aire bohemio. Esto lo creaban músicos y gente que gustaba de cantar, las cuales amenizaban el lugar mientras se degustaban los alimentos. Los artistas hacían cortas y entretenidas presentaciones musicales en guitarra, piano e instrumentos andinos; era realmente encantador y agradable estar ahí. Eso decía Martina, asegurando que este último local le había encantado sobremanera. Decía que se parecía a pequeños Bares y cantinas francesas, que ella conocía.

Matías gustaba mucho de Iquique o mejor dicho lo amaba. Ya tenía más de 30 años en la ciudad y toda su vida importante había pasado en ella. Todo aquello, más la fantasía de esa noche, lo inspiraron un poco y dijo a Martina que iba a mostrarle muchas cosas bonitas de Iquique, con lo cual lograría que ella se enamorara de la ciudad. Mientras ella sonreía tiernamente con cara de enamorada, Matías decide contarle que piensa él, de Iquique:

—Sabes mi linda Martina, Iquique es una ciudad maravillosa. Nunca llueve, el sol es eterno, las playas son preciosas y hay muchas de ellas; algunas con blancas arenas y en todas puedes bañarte. Falta un poco de verde sí; árboles, arbustos y más plantas, pero con el tiempo habrá mucho de eso y ya verás que así será.

—Acá tenemos un microclima muy especial y ha de ser por el biombo que presenta el alto cerro y nos protege del viento de la pampa, a la vez que conserva el calor, porque estamos como en un hoyo, que nos permite esta ventaja de clima singular. Además no tenemos smog, excepto por los ataques de humo y mal olor que despiden las faenas de las pesqueras del Barrio Industrial, pero estas alguna vez también tomaran conciencia o las obligaran a usar filtro u otra manera de mitigar ese daño ambiental, que perjudica a los residentes y por supuesto al turismo, que decrece con eso.



## CIUDAD DE IQUIQUE

—Además mi linda Martina, existe la parte histórica del Norte chileno, que alguna vez espero contarte y mostrarte en detalle. Por ejemplo las salitreras, eran pueblos completos que trabajaban en la extracción de ese elemento y vivían como un mundo totalmente autónomo. ¿Sabes?, hasta tenían su propia moneda. ¿Te das cuenta que increíble?, es interesantísimo ¿verdad? Tenemos también varios salares gigantes y huellas de dinosaurios, que prueban la existencia de esos antiguos y enormes animales en estas zonas

—¿Sabes?, hay termas de aguas calientes en Mamiña. En Pica también existe un oasis y pozos con agua caliente. La Fuerza Aérea cuenta con hosterías en cada parte; una en Mamiña y otra en Pica. Voy a tratar de conseguir autorización para llevarte a conocer eso; te va a encantar. Es un agua rica en nutrientes para el cuerpo, según dicen.

—También se han encontrado momias muy completas y dicen que algunas compiten con las más antiguas del mundo. Me acuerdo que cercano a Vicente Mena, que es una playita que está al interior de la Base Aérea de Chucumata, se encontraron dos momias; yo las vi e incluso me correspondió hacer guardia en la noche, para que nadie las tocara, ¡fue aterrador!

Martina lo miraba extasiada con mucha atención, imaginándose cada cosa o lugar que le indicaba con inusual entusiasmo. Matías, que se sabía era una persona tranquila y controlada, esos temas al parecer, le hacían fantasear su mente y adoptaba una actitud algo fanática, según pensaba Martina.

—Iquique no es sólo el puerto y la Zona Franca; es eso y mucho más. Todo lo que te conté es poco, porque hay muchísimas cosas históricas y de vida actual, que la hacen una ciudad sin parangón. Te aseguro que te vas a quedar para siempre acá y más certero es mi veredicto, si te doy guayaba (dice Matías)

—¿Porque dices eso?, algo de tu veredicto, no te entiendo (dice Martina)

—¡Ah!,...porque se dice acá en Iquique, que,...“todo aquel que come guayaba”....¡se queda para siempre en Iquique!, o regresa y se queda (dice Matías)

—¿Y tú?,...¿tú comiste guayaba? (pregunta Martina)

—¡Montones!, muchas, muchas,..... y con mucho vino blanco, heladito, Ja-Ja-Ja (ríe a carcajadas Matías)

—¡No!, ¡verdad!,...te pregunto en serio,.....¡yo te creo! (dice Martina)

—Pero Martinita,.....mi amor, te estoy hablando en serio. La guayaba, sí me las tomaba, pero solo con vino y muchas veces lo hice. La verdad, es una fruta rica, pero a mí no me gusta comerlas en seco, porque tienen muchas pepas;....pero si las preparas con vinito,....hummmm, ricas son. Ahora, no sé si es verdad eso de comer guayabas y quedarse, solo sé que es un mito que no he comprobado. Pero cuando vine acá, lo hice con la intención de estar solo dos años, tiempo suficiente para comprarme un auto nuevo e irme y ya tengo más de treinta años aquí en Iquique y creo que aquí moriré.....¡Entonces, entenderás!.... que para mí,.. ¡sí resultado! (dice Matías)

—¿Sabes Martina?, Iquique es una ciudad que atrae mucho, por su clima, su gente, su historia, sus playas, su bohemia, etc. La ciudad te hace bohemio, porque aquí en Iquique se vive mucho de noche y creo, más que en cualquier otra ciudad de Chile. (continúa Matías)

—Pero lo más importante de todo el Norte de Chile, es que tiene un Puerto con un inmenso calado y eso permitiría construir un atracadero para barcos enormes y como acá se tiene fronteras con Perú y Bolivia, podríamos conectarnos a través de ellos con Paraguay, el gigantesco Brasil y quizás Ecuador. Algún día, “Un visionario” ideará la forma de hacer un puente mercantil en este puerto, de manera ser el más grande puerto de Sudamérica. De ese modo se podrían distribuir los productos de todas estas naciones que te nombre y otras que les sea conveniente integrarse, para comerciar y satisfacer necesidades de todo el mundo y de aquellos que estén hacia el Océano Pacífico principalmente. Te digo la verdad Martinita, esta no es idea mía. Una vez se la escuche a alguien político de Iquique, que se llama Jorge Soria y de verdad la encontré una idea genial. Ese hombre era otro enamorado de Iquique igual que yo, con la diferencia que yo amo la ciudad para mí, pero él era nacido iquiqueño y de verdad luchaba para mejorarla. Yo solo soy un iquiqueño de corazón.

—Lo que sí creo yo, es que tal vez se pueda pensar en una conexión paralela al camino, pero de vía férrea; es decir, a través de trenes, mover enormes cantidades de productos de todos esos países que nombré, para luego embarcarlos en un Mega puerto. Claro, habría que analizar los costos versus utilidades económicas, pero las utilidades de integración y todo el beneficio que esto conlleva, es indiscutible para aquellos que la integrasen. Sin embargo, primero habría que tener ese mega puerto



**PUERTO DE IQUIQUE**



Martina, que embelesada miraba y tomaba de su copa sorbo a sorbo, mientras Matías divagaba en sus increíbles pensamientos, no entendía mucho o nada del aburrido comentario económico. De esa manera, se fue acabando poco a poco la botella de vino, de manera que una vez terminada la no elocuente disertación para Martina, solo quedaba vino para una copa, que aprovechó Matías de beber en una actitud sanamente egoísta, para remojar su seca garganta esforzada al máximo, en la linda exposición (para él) que hizo con tanto cariño para Martina. Ella, producto de la latosa tertulia y la inconsciente y desmedida ingesta de vino, cayó en soponcio rápidamente, pidiendo irse pronto a casa. Siendo sus deseos ordenes, Matías emprendió rumbo nuevamente a su casita en la pradera, con la lánguida y mareada Martina.

Ya habían compartido tres meses juntos de idílico y apasionado amor. Un día sábado, le dijo Matías a Martina, que le gustaría llevarla a la playa y hacer las cosas que él hacía cuando soltero, pero con ella esta vez. Aceptó muy contenta y encantada Martina, por considerar interesante realizar una forma nueva de entretenimiento, como también le entusiasmaba saber qué hacía él en ese tiempo y como se divertía. Matías le dijo que debía usar blue jeans, zapatillas y polera, además de una casaca. Él por su parte, tomó una vieja casaca de cuero en excelente estado, se puso blue jeans azules por supuesto, una polera blanca y zapatillas. Luego, ambos tomaron sus trajes de baño, toallas que a propósito habían comprado anteriormente y partieron rumbo a la ciudad de Iquique.

Matías iba muy contento, porque Martina realmente era guapísima y con blue jeans despertaba instintos escondidos. Su cola era una obra de arte y del frente no menos que decir. No era solo una mujer hermosa, era extraordinariamente bella y con su cuerpo voluptuoso sin exceso, ocasionaba en Matías un comportamiento de adolescente mañoso e insaciable. Como Matías era sexualmente activo y poseía un gigante erótico en su interior, el cual había despertado de su letargo después de haber acumulado testosterona por sacos o toneles, se arrepentía de haber salido tan rápido sin intimar esa mañana. Miraba a Martina con libidinoso apetito, mientras ella inocentemente abría sus ojos con signos de interrogación, tratando de descifrar esa extraña mirada, que parecía recordarle las veces en que actuaba de “lobo” en sus simpáticas obras. Luego, ella volteaba su vista siempre inocente hacia el paisaje, que prácticamente no conocía de día.

Mientras, Matías ensimismado en sus propias y lujuriosas ideas, pensaba que podrían haber jugueteado un poco más y para que él apuro, se decía, pero ya era tarde e iban a un cuarto de camino. Finalmente, Matías hizo un desmesurado esfuerzo mental, para de manera forzosa resignar su mente, tanto como su tenso e inquieto cuerpo.

Llegando a la ciudad, se alegra la agria cara de Matías, quien venía aún arrepentido de haber salido de día. Desde la altura del cerro mientras bajaban, se podía observar la majestuosa escena de azules aguas de mar, reventando en la ribera de manera casi uniforme, para luego transformarse en blancas y ondeadas blondas que envolvían suavemente pies y cuerpos de niños, también de adultos de todas edades, que se revolcaban en ellas riendo eufóricamente de placer y equiparando todas sus diferencias etarias en una misma felicidad.



## **PLAYA CAVANCHA**

Martina con cara y actitud de niña, totalmente contagiada por la maravillosa visión, apuraba a Matías a estacionarse, mientras este sonreía, demostrando estar ajeno a esas sensaciones infantiles. Pasado un rato corto ubicó un lugar de estacionamiento y corrieron a cambiarse para gozar del refrescante y encantador espectáculo, mientras el sol los perseguía y agujoneaba con rayos de calor, sin cuartel. Fue tanto el apuro, que olvidaron las útiles chalas dejadas en el maletero, dándose cuenta de ello en la mitad del camino al agua, mientras ardían sus apresados pies por la arena caliente. Ante los gemidos de dolor y casi al borde del llanto de Martina por el maltrato de sus suaves y delicados pies, en una actitud heroica de rápida acción, Matías la toma en brazos y corre a buscar socorro en las cálidas aguas del mar iquiqueño, de la playa de Cavancha.

Ya en el agua, disfrutaban de ella como dos jóvenes adolescentes o quizás niños. Martina estaba tan encantada con eso, que le hizo algunos comentarios a modo de reproche, de por qué no habían hecho ese paseo antes. Matías, que siempre tenía la respuesta en su ágil mente, solo sonrió y contesto moviendo los ojos y las cejas al mismo tiempo, varias veces en forma intermitente y maliciosa; luego se tiró de espaldas para nadar, evadiendo cualquier otra pregunta al respecto. Martina lo siguió riendo y así jugaron y nadaron por varias horas; claro, con intervalos de descanso en la arena, oportunidad que aprovecharon para sacar sus chalas.

Llegando la hora de almuerzo, Matías llevó a Martina al restaurante “El loquillo”, el cual, en el cartel publicitario tenía una figura de “El Pájaro loco”. Este restaurante se ubicaba al final del lado derecho de la playa de Cavancha, mirando hacia el mar y con el cerro a la espalda. Estaba construido casi sobre la vereda, en un plano de cemento amplio y bien alto. Su estructura era gruesa y poseía grandes ventanales con vista al mar. Además tenía mesas y sillas por el contorno, para sentarse al aire libre.

El loquillo era muy concurrido por gente joven. La juventud más pudiente lo visitaba y usaba como lugar de encuentro. Gran cantidad de jóvenes deambulaban a su alrededor, no precisamente consumiendo sus productos, sino, como centro referencial de reunión.

Martina y Matías se sirvieron comida rápida, consistente en completos y queques, acompañado con cerveza y bebida. Posteriormente tomaron unos cafecitos a insinuación de Matías, para bajar las grasas ingeridas. Terminado eso, se fueron a reposar a sus toallas y más tarde nuevamente al agua. Esto último, repitieron hasta que el sol se escondía tras el horizonte, como también

queriendo bañarse, envidioso de ver la felicidad que reflejaba Martina en su rostro.

Ya más tarde, del sol de ese día quedaba solo un hilillo color naranja sobre el horizonte. Martina fumaba un cigarro, mientras Matías se cuadraba la casaca de cuero en el cuerpo. Ambos apoyados en el antiguo pero bien tenido chevette, observaban el fin del día y comienzo de la noche. Martina hacía referencia a lo hermoso de Iquique en cuanto a mar, playa y clima, como además a la gente tan alegre. Decía que encontraba el conjunto de todo aquello muy pintoresco y encantador.

Mientras Martina hablaba, Matías miraba taciturno hacia la costanera de Cavancha y después de un rato prolongado, recién hace recepción del comentario de Martina y como si el tema aludido fuera parte de su patrimonio, agrega que en el futuro será más hermoso aún, sobre todo cuando construyan más edificios y posiblemente arreglen las veredas para convertirlas en mejores paseos. Luego comienza a detallarle a Martina, como se imagina él, será Cavancha en un futuro. Todo el comentario lo hace sin dejar de mirar la costanera. Luego, dice que el futuro de ello lo tiene en su mente, como si fuera una foto:



### **COSTANERA IQUIQUE SECTOR CAVANCHA**

Después de la Playa y puesta de sol, fueron a tomar onces al Mercado de Iquique. Luego caminaron por algunas calles de la ciudad, que aún conservaban restos de vereda de madera. Matías que amaba a Iquique y ahora también a Martina, parecía muy feliz al estar con sus dos amores. Miraba lo que había visto tantas veces, pero ahora parecía distinto y maravilloso. Matías en tono de nostalgia, contaba a Martina, que poco a poco esas veredas de madera se habían acabado, pero antes era casi todo así; existían muchas calles con vereda de madera. Martina pregunta inocentemente, porque las habían sacado si eran parte de la historia antigua de la ciudad. Matías le hace presente que en realidad no es que las hayan sacado, sino, que su deterioro es comprensible, ya que la densidad de la población había crecido mucho y seguirá haciéndolo, razón por la cual su prolongado y masivo uso, les deparaba un final inevitable.

Sin embargo, decía, que el paso al progreso no se puede entorpecer, pero una sociedad inteligente como esperaba que fuera el poder político y administradores del país, sobre todo de Iquique, fuera capaz de comprender el valor histórico de la ciudad y permitieran que de forma equilibrada y paralela, sobreviviera la historia junto al progreso. Agregaba enfático, que la labor del hombre en ese caso, era procurar que el progreso se hiciera en beneficio de la calidad de vida de los seres humanos y nunca en desmedro del patrimonio material de la historia.

Matías continuaba diciendo a Martina de manera muy convincente, que la historia, estaba

representada por palabras escritas sobre hechos ocurridos y evidencias físicas de aquello; que lo primero se podía transcribir eternamente sin cambiar su espíritu y fundamento. Sin embargo, las cosas materiales hechas por el hombre, siempre tendrán un final de vida.

Entonces, Matías más eufórico que enfático, decía, que por eso era deber de todos, la sociedad en pleno, incluyéndose, cuidarlas y conservarlas para las futuras generaciones, que serán los mismos hijos de todos, los hijos de los hijos y así sucesivamente. Que una vez que las reliquias históricas se acababan, no se podían recuperar más, debido al valor intrínseco histórico que poseían. Que aunque las construyeran exactamente igual de nuevo con los mismos materiales y procedimientos, no sería lo mismo y siempre serían una réplica de lo verdaderamente real.

Martina estaba un tanto desconcertada, al escuchar lo que para ella eran exabruptos de Matías. Al verlo un poco alterado por hablar de ese tema, le dice cariñosamente, que no debiera preocuparse de cosas que no eran de él y que seguramente habría gente con esa misión. Que además, probablemente hasta les pagaban por ello. Lo que sucede, decía Matías, es que cuando una persona pertenece a una sociedad, debe tener conciencia y como en todo orden de cosas, existen derechos y obligaciones. Le aclara un poco más mesurado, que él personalmente procuraba vivir con los dos conceptos. Así como gozaba de la playa, de la hermosa vista, de la observación de cosas históricas que habían hecho sus antepasados, quería también que sus hijos hicieran lo mismo. Luego decía que por eso alzaba la voz, ya que así se creaba conciencia y con la misma fuerza, trataría de proteger todo eso.

—Si tú estás conmigo ahora y en un futuro, seguramente harás y opinarás como yo (dice Matías)

—Entonces, es bueno que tus intenciones y deseos permanezcan en el tiempo, quizás a través de un hijo, que no tienes ( agrega Martina)

Matías ríe maliciosamente, incluso transformando su dura mirada a ojos sonrientes, creyendo interpretar lo dicho por Martina como un deseo de ser madre y cuyo secreto dejó escapar inconscientemente en esa conversación. Entonces le dice:

—¡Aaaaah!...Lo que tú quieres,.. ¡es que tengamos un bebé! ¿de verdad quieres eso?

—¡No, no ,no!,...como se te ocurre, ¿qué haría yo con una guagua?,...¿me ves tú como una madre?....Parece que tú lo deseas más que yo (dice Martina)

—¡Aaaaah!, da lo mismo, ¿tú?, ¿yo?,....lo importante es que sea de ambos...y producto del amor (dice Matías)

—¿Pero tú querías Matías?,..... ¿o estamos muy viejos?...¿Y si se pudiera?,..... ¿qué te gustaría que fuera?,.....¿cómo crees que sería? (dice Martina, con grandes ojos)

Matías fija sus ojos a la nada, como buscando la respuesta más cercana a su verdadero deseo. Se toma todo el tiempo del mundo, haciéndolo silencio. Su cara cambia de aspectos continuamente, como si estuviera viviendo diferentes sensaciones en su mente; sonreía, movía sus cejas, abría y cerraba los ojos y hasta un suspiro tuvo. Martina algo intrigada y ansiosa, intenta interrumpirlo para apurar una respuesta definitiva. El reacciona y dice:

—¿Sabes?,.....me gustaría una niñita,...con cara de pícara,...corriendo por los prados de la Plaza Prat,.....con dos cachitos de su pelo al viento y sus ojos negros y redondos bien abiertos, gritando... ¡Papá!.... ¡Papá!

—Pero grande, ya crecida.....¿Cómo te la imaginas? (dice Martina)

—¡Ah! ¡bueno!,..... ¡hermosa!,...como su madre por supuesto....y padre, Ja-Ja-Ja. ¿Porque cuento contigo para esto?,... ¿verdad? ¡Sí!, porque solo, dicen que no resulta....Ja-Ja-Ja..... Ja-Ja-Ja. También quiero que tenga mis genes o al menos los que tengo con inclinación al arte o

mejor dicho al cariño y admiración por el Arte. Me gustaría que fuera Arquitecta y se especializara en Patrimonio Cultural, para que contribuya a la preservación del Patrimonio Histórico. (dice emocionado Matías)

—¡Oye!,... ¡pero eso es egoísmo puro, Matías!, ni ha nacido nuestra niña y ya quieres que tus deseos sean los de ella. ¿Qué pasará entonces con su independencia?, ¿con su propia identidad?... ¡no!, ¡no!, ¡no!,...por ningún motivo,... ¡la niña se queda conmigo!, ¡y no se hable más!

Ambos se miran y sueltan la mayor de las carcajadas que mutuamente se hayan escuchado; luego se abrazan tiernamente y permanecen unos cuantos minutos riendo más suave, pero absortos cada uno en sus propios pensamientos, cuyo tema central, casi seguro era el mismo. Después de unos minutos del absurdo desenlace de la discusión, Martina separándose de él para verle la cara y reacción seguramente, le pregunta:

—Matías, ¿Cómo te gustaría que llamáramos a nuestra hermosa niña?, ¿porque sería nuestra?, ¿verdad? A pesar que hasta el momento, su imagen la has construido solo tú.

—Si Martina,..... en realidad tienes razón. Soy muy egoísta en estas cosas, no lo niego; ...debe ser porque nunca he tenido un hijo o hija y probablemente tampoco consiga hacerlo, dada mi edad. Pero confirmando tu opinión sobre mi egoísmo, quisiera que se radicara en Iquique y trabajara para proteger el Patrimonio Histórico de Iquique, ¿Qué te parece? (dice Matías)

—Está Bien,....me parece bien que quieras prolongar tus deseos no logrados en una hija; es sano e incluso hermoso. Pero no me has contestado mi pregunta; ¿qué nombre te gustaría? (dice Martina)

—Ah,... verdad. La llamaríamos “Catalina....de las Nieves”, ¿te parece?,.....¿te gusta ese nombre?, porque nunca he pensado en otro, salvo que tú tengas uno pensado (dice Matías)

—Me parece maravilloso Matías, es lindo; ambos son lindos. ¿Tienen algún significado especial para ti esos nombres?, ¿o es solo porque te gustan? (dice Martina)

—La verdad mi amor, es que me gustan mucho esos nombres y a la vez tienen cierto significado para mí. Por ejemplo, “Catalina”, lo encuentro un nombre muy femenino y sonante; como algo musical y además se me imagina como nombre de princesa. “De las nieves”, porque para mí significa pureza, blancura, grandeza y majestuosidad, como la cordillera de los Andes. Tendrías que ver la cordillera completamente nevada en invierno, ¡es única! Es una verdadera muralla albina y gigante, imponente, hermosa, silenciosa y majestuosa.

Luego de soñar despiertos con un hermosos deseo común, se subieron al auto y fueron a bailar a la disco “Pink Cadillac”, que era un local de baile juvenil. Este local era de construcción sólida y estaba entre la playa y la avenida costanera, en medio de algunos árboles. Por fuera estaba pintada de color rosado y tenía una gran particularidad en una de sus murallas que daba a la costanera; tenía adosado la mitad de un auto Cadillac rosado, cortado a lo largo y a casi dos metros de altura, sobresaliendo sobre el techo de la disco. Estaba ésta disco situada al lado opuesto de “El Loquillo”, siempre en la Playa de Cavanca y a la misma distancia casi del mar.

En esa oportunidad, se ubicaron en un rinconcito con una pequeña mesita y pidieron un pisco sour para Martina y una cerveza para Matías, quien al parecer estaba un tanto insolado. Matías hablaba muy fuerte, con el propósito de ganarle al poderoso sonido de la música y le contaba a Martina, que esa era una disco que frecuentaban los jóvenes de Iquique y los turistas en su mayoría también jóvenes, motivo por el cual sus parlantes como el tipo de música, era tan estridente. Martina asentía con la cabeza, dando a entender que comprendía lo que decía Matías a modo de excusa.

Al principio estaban muy incómodos, ambos con los oídos apretados y el ceño fruncido, como

evitando escuchar la música y el ruido ambiente. Al cabo de un rato, la costumbre lo hizo aceptable, logrando que soltaran su retenido cuerpo y ya todo fue más agradable, de manera que conversaban animadamente.

La enloquecida música luego parecíaailable. Todos, muchachos y muchachas bailaban sin importar con quien. Cada uno por su lado saltaba al ritmo de los acordes y solo ellos dos quedaban sentados acusando su desfasada generación, que ya evidentemente les incomodaba. Matías y Martina que ya casi pensaban igual, captaron la situación y a la pista salieron a bailar o saltar. De esa forma se confundieron entre los melencidos y pelados jóvenes, alternando saltos y descansos, para igualar en resistencia física a los desenfrenados asistentes de ese día.

La hora pasaba pronto y las pilas se agotaban. Martina insinuaba querer irse con su vacía mirada, como desentendiéndose de la alegría que circulaba. Matías ya casi concordaba con la idea de irse, cuando llega un conjunto de música a tocar al local, situación que los animó y esperanzó en revivir sus energías. Sin embargo, estos hacían música a modo de competencia, decía Matías; el que daba más duro a su instrumento, ganaba. Soportaron cuatro temas, cuando Matías se para y se acerca a uno de ellos que parecía ser el líder; algo le dice al oído y el joven músico mueve su cabeza en modo de afirmación, mientras levanta su pulgar enfatizando la acción. Matías camina casi corriendo donde Martina y le dice que bailen; ella dice que no había música y Matías dice que espere un poco porque era una sorpresa.

De repente, comienzan los acordes de un lindo Vals peruano y solo ellos salen a bailar en medio de pifias y murmullos de desencanto, incluido algunos improprios de fuerte contenido. Finalizaron su lindo y gracioso baile en medio de algunos aplausos, que no se sabía si era por haber bailado bien o porque ya habían terminado. Nuevamente se escuchan los acordes de un Vals Peruano y salieron cerca de diez parejas a bailar, además de Matías y Martina. Al tercer Vals peruano, todos bailaban muy entusiasmados, algunos llevando el ritmo y otros en misceláneo compás.

Seis Valses peruanos, interpretó el conjunto. Al parecer era su especialidad, porque les sonaba perfecto y al final fueron bailados por el total de los asistentes. Luego cambió la música al estilo juvenil anterior y se sintieron muchos abucheos, pero luego se acostumbraron a su “estridente música” nuevamente y siguió la fiesta.

Matías y Martina ya muy agotados por el feliz pero esforzado día, procedían a retirarse. Cuando se pararon y tomaron sus cosas para irse, la música se detuvo y fueron despedidos con aplausos y vítores. Ellos, muy sonrientes respondieron y se despedían con sus manos en alto, tal como grandes personajes o ídolos juveniles.

Al salir, caminaron un rato por los alrededores cercanos a la Disco, para un poco oxigenar los pulmones y sacar de sus ropas el pegajoso olor a cigarro, a pesar que Martina fumaba, mientras caminaban. Mientras paseaban, reían sobre la proeza de cambiar el ambiente de la fiesta, donde Martina atribuía la gestión a Matías y este la involucraba generosamente, diciendo que fue porque ambos bailaron y ella había contagiado al resto con sus sensuales movimientos de cadera. Finalmente se subieron al auto muy cansados, emprendiendo rumbo a su casita en la pradera.

Camino a casa Martina agradecía mucho a Matías, por haberle dado tanta alegría ese día; le decía que lo había pasado formidable, que habían hecho tantas cosas distintas y todo tan hermoso. También agregaba que estaba contenta, porque habían conversado cosas tan profundas, que le permitían conocerlo más y que se estaba enamorando de él. Matías le creía por supuesto; sabía que Martina era una mujer que decía lo que sentía y de manera muy directa. Por su parte, Matías le decía que él antes la consideraba ya su amor, que era y había sido su mujer soñada y no pensaba

dejarla, que la amaba mucho. Esa noche cuando llegaron a la casita en la pradera, tuvieron su primera noche de amor; sin lujuria, sin promiscuidad, solo amor, amor y un poquitito de sexo por supuesto, exigido por el ardiente Matías, quien no perdonaba lo contrario.

Dentro de la semana programaron un viaje “al interior”, como dicen en Iquique, refiriéndose a los pueblos del desierto, como Pica, Humberstone, La tirana, etc.

Ese día martes se prepararon bien para soportar las inclemencias del sol del desierto, porque según Matías, era el más seco e inhóspito del mundo. Para el viaje llevaron protector solar, gorros de alas anchas, harta agua, bebidas, sándwich de carne con queso, huevos duros, cigarros, toallas, quitasol y trajes de baño. Llenaron a tope de bencina el chevette en Iquique y emprendieron rumbo a su nueva experiencia, escuchando vales peruanos rumbo al desierto.

Martina estaba sorprendida y un tanto atemorizada, por la impactante vista al subir hacia “Alto Hospicio”. Matías para darle más emoción a la situación, tomó dirección por el terrible camino del “zigzag”, participando sin querer también, de ese temor, porque el auto comenzó a chuparse y sonaba en algunos instantes como carraspeo de enfermo bronquial. Sin embargo, lograron llegar arriba sin contratiempos mayores, para luego salir al camino plano que los conduciría a su primera parada.

Muy desagradada estaba Martina, porque no se veía más que arena y el auto con las ventanas cerradas era tan caluroso, que no se aguantaba y con las ventanas abiertas, a pesar que el viento refrescaba, el sol los esperaba en las curvas como apuntando sus rayos y les quemaba cualquier parte del cuerpo no cubierta. Martina hacía una lucha de eso. Después de probar infinidad de formas y posiciones sin obtener buen resultado para protegerse, se envolvió la cabeza con su hermoso pañuelo rojo comprado en Barcelona y se puso su espléndido sombrero negro-rojo, de París. Con esos artículos, logró una internacional defensa contra el bélico Sol, que a medida que avanzaba la mañana, más fuerte se hacía.

Por fin, a una hora de camino, divisaron una enorme chimenea que hace romper el silencio a Matías. Este, que escuchaba como ido los lindos vales peruanos, al darse cuenta de lo avistado, grita alarmante y de inmediato, informando a Martina que estaban cerca del objetivo, porque esa alta chimenea pertenecía a la Salitrera Santa Laura. Ella también estaba contenta, porque harían su primera parada y podría fumarse un anhelado cigarrillo. Llegan a Humberstone, sin pasar a Santa Laura y se estacionan en las afueras del abandonado pueblo. Toman un poco de bebida, se embetunan con un poco más de bloqueador solar y entran a la abandonada salitrera “Santiago Humberstone”.



### **OFICINA SALITRERA SANTIAGO HUMBERSTONE (pueblo)**

Entraban tomados de la mano, porque esa soledad y abandono, más la denominación de “pueblo fantasma” que dijo Matías, producían en Martina una sensación de elevado temor.

Matías comenzaba su exposición de información turística, diciendo:

—Martina, este es un pueblo de una oficina salitrera. ¿Te acuerdas que te contaba, que era como un mundo aparte? Aquí la gente trabajadora vivía con sus familias. Como ves, tenían sus casas diferentes para jefes y obreros.

—Se nota una diferencia en el tamaño; seguramente la calidad de construcción también era diferente. Parece que existía bastante discriminación (dice Martina)



### **CALLE Y CASAS DE HUMBERSTONE**

—Creo que no se llama discriminación Martina. Siempre tienen que existir ciertas prerrogativas para los jefes. Yo creo que es parte de la vida; pienso que esas diferencias mal podrían llamarse discriminativas. (dice Matías)

—¿Qué es eso tan grande?, ¿es solamente madera? También es bastante alto,... ¡entremos ahí! (dice Martina)



—Ese es el teatro y es todo de “pino oregón”. Se dice que es una de las mejores maderas. De hecho, hay muchos que se han llevado madera desde aquí (dice Matías)

—¡No te puedo creer!... por lo menos esto parece completo (dice Martina)

—Sí, es una de las partes mejor conservadas. Además de este teatro, había piscina, plaza, almacenes, iglesia, hospital escuela y hasta cancha de fútbol. Había de todo (dice Matías)

—Oye Matías, ¿les cobraban por el uso de esos servicios? o eran gratuitos (dice Martina)

—¡Muy buena su pregunta señorita!, la verdad, lo desconozco; pero tengo entendido que los servicios eran exclusivos para ellos, para su diversión y no eran lucrativos. Pero a ciencia cierta, no sé cuáles eran gratis y cuales se pagaban, me imagino que se cobraba por los alimentos y ropa. En realidad, no sé. (dice Matías)

—¡Mire!,...señor guía turístico, se va tener que preparar más para la próxima visita, ¡sino!, ¡haré que lo despidan!... o tomaré otra agencia (dice Martina)

Ambos ríen mucho, mientras observan lo arruinado y destruidos que estaban los lugares donde precisamente se ofrecían esos servicios. Martina saca un cigarro para encenderlo y Matías con cara de afligido, se llena de formas para no ofenderla y a la vez decirle que no lo haga, que no está permitido; que sería terrible un incendio de ese tesoro histórico. Martina comprendiendo de inmediato se sonríe y dice que no se preocupe, que fue un descuido tonto y desconsiderado por parte de ella, no haberlo supuesto antes.



### **ZONA DE PROCESOS INDUSTRIALES HUMBERSTONE**

—A los trabajadores, les pagaban con dinero interno que les llamaban fichas, cuyo valor por supuesto estaba circunscrito a sus mismos mercados; no existía un valor externo para esas fichas o monedas. (dice Matías)

—Pero ahora que esto está abandonado, tendrán un valor externo y no interno, porque su valor nominal paso a ser un valor histórico (dice Martina)

—¡Me sorprendes una vez más!, tu aporte es extremadamente notable e inteligente; tienes toda la razón ¿Cómo no lo pensé antes? (dice Matías)

—Esto pertenece a Pozo Almonte. Todo esto que tú ves, pertenece a esa comuna. Iquique está

aproximadamente a 46 kilómetros de aquí. En época de esta salitrera, esa distancia era enorme. Imagínate como eran sus viajes desde aquí a Iquique, tal vez de días. Acuérdate que no había locomoción como hoy (dice Matías)

—¿Cómo se movilizaban entonces, entre grandes distancias? (dice Martina)

—Según dicen, había personas que caminaban ida y regreso de oficina en oficina y les llamaban “patizorros”. Obviamente, había necesidad de comunicarse con otras oficinas de explotación de salitre que existían, como por ejemplo, Victoria, Alianza, Mapocho, Nebraska, San José. También para movilizarse, había una micro denominada por la gente como “Pepe”; el nombre no sé porque. Otro móvil, era una especie de camioneta más pequeña con carrocería de madera y también tenía un apodo que no sé cómo era. Además, se movilizaban en el tren que hacía recorrido por las salitreras. Antes que me preguntes, te diré que estos datos casi íntimos de esta zona, me los contó un compañero de trabajo que vivió de niño aquí en Humberstone ¿Te acuerdas que te hable de él? (dice Matías con cara de convicción y sigue)

—Era enorme la incomunicación del resto de la sociedad. Imagínate, la lejanía de la ciudad de Iquique para llegar caminando y siendo esta la más cercana; claro, por supuesto, me refiero a ciudad y no a pueblo.

—Este amigo mío que vivió acá, conoció la ciudad de Iquique, recién cuando su familia se fue definitivamente a radicarse a ella. Tenía seis años al momento de abandonar Humberstone y pisar Iquique por primera vez. Eso indica que se evitaba viajar, si no había obligación real de hacerlo (dice Matías)

—Ésta oficina salitrera llamada “HUMBERSTONE”, Llegó a tener 3.500 habitantes. ¿Te das cuenta que grande era? (dice Matías, emocionado)

—Esta es la más grande de todas? (dice Martina)

Martina trataba de mantenerse interesada en el tema y que se evidenciara aquello ante Matías, para no defraudarlo ni herirlo, debido al respeto, seriedad y emoción, con que este explicaba los datos históricos de la oficina salitrera.

—¡Efectivamente mi amor!, la más grande y completa de Tarapacá. Antes se llamaba “Las Palmas” y venía funcionando desde el año 1872. En ese tiempo, se dice, sus dueños eran empresas de nacionalidad peruana. En el año 1934 fue adquirida por “COSATAN”, que significaba “Compañía Salitrera de Tarapacá y Antofagasta” y a partir de ese momento, se implementó como una completa ciudad con todos los servicios que te dije. Fue la salitrera más importante de la Región de Tarapacá y su mejor época fue hasta el año 1940; después dicen que empezó a decaer y fue explotada cada vez menos, hasta cercano al año 1958. Finalmente fue abandonada en el año 1960 y hasta la fecha se refieren a ella como una ciudad fantasma.

—**“INFORMACIÓN IMPORTANTE, POSTERIOR A LA EPOCA DE LA OBRA”** Actualmente, (año 2014), es “Monumento Nacional” y fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, desde el 17 de Julio del año 2005.

Ya caminaban con dirección a la amplia salida de Humberstone y esta vez lo hacían cada uno por su lado, tratando de no pisar piedras y palos que estaban en la huella que los llevaba al pórtico. Martina, ya había perdido el miedo a la imagen fantasmal que le representaba ese pueblo deshabitado y ocupaba su pensar para imaginarse como era la vida entonces, ya que para ella, era como estar prisionera al no tener contacto con el resto del mundo; sensación que anteriormente había comentado con Matías. Ya fuera de la salitrera Santiago Humberstone, se puede apreciar la alta chimenea de la salitrera Santa Laura y ella dice:

—¡Matías!, bueno y... ¿Qué pasa con esa de allá?, porque es lo mismo, ¿verdad?



### OFICINA SALITRERA SANTA LAURA

—¡Ah, sí, por supuesto! Esa que ves al frente, es la “Oficina Salitrera Santa Laura” y es como la hermana chica de esta; a pesar que tiene bastantes similitudes, aun siendo tan distintas en tamaño. Por ejemplo, también comenzó a funcionar el año 1872; claro que era más pequeña y el mayor número de gente que alcanzó a tener, no está muy claro, pero unos que saben, aseguran que llegó a tener más de 400 habitantes y otros dicen que tuvo más de 800. Entonces, anda por ahí la cantidad máxima de habitantes que llegó a tener en un momento (dice Matías)

Martina, que ya estaba entrando inconscientemente en el entusiasmo histórico de Matías, le dice que realmente había una gran diferencia de tamaño entre ambas y que entonces, por eso la otra no era importante. Matías, antes que terminara la ofensiva aseveración de Martina en contra de la pequeña oficina salitrera, dice.

—¡No, Martinita! También era importante, aunque más pequeña. Para que sepas, fue comprada al mismo tiempo que “Humberstone” por COSATAN, de manera que cuando esta Compañía (COSATAN), quebró el año 1958 y se disolvió, como era la dueña de ambas, esta salitrera llamada “Santa Laura” quedó sin respaldo de explotación, tal como Humberstone. Finalmente, esta fue abandonada el año 1961.

—**“INFORMACIÓN IMPORTANTE POSTERIOR A LA EPOCA DE LA OBRA”** Actualmente (2014) es “Monumento Nacional” y fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO desde el 17 de Julio del año 2005.

Después de la visita al interior de Humberstone, deciden comer al lado del auto algunos “tente en pie”, para fortalecerse. De modo que disfrutaban de unos huevitos duros con sal, pan con queso y carne, toman bebida y café; tal como le gustaban los paseos a Matías. Él, Matías, era un poco llevado de sus ideas, pero finalmente casi siempre tenían razón. Tal vez por sus años de experiencia y lo meticoloso que era para preparar y pensar en todo.

Mientras comen, Martina pregunta a Matías, porque ya no funcionaban las salitreras, si acaso se había acabado el salitre y porque se echó a perder el negocio.

—Lo que pasa Martina, es que ya en los años treinta, o sea 1930, se inventó un sustituto de fertilizante, obviamente a un costo muy inferior y le llamaban “salitre sintético”, entonces ya la demanda no fue la misma y los precios tampoco podían serlo. Igual se dio la lucha, pero finalmente no era conveniente la producción. “COSATAN”, en este caso, imagínate; seguramente

metió muchos fondos para salvar las empresas salitreras, pero finalmente perdió sus recursos y las abandonó.

Matías en realidad contaba con más información, pero no quería confundir a Martina y abrumarla con tantos datos. Sin embargo, camino a la Tirana que era su próximo objetivo, Martina hizo algunas preguntas, obligando a Matías le dijera algunas cosas, como por ejemplo que:

—Las provincias de Tarapacá y Antofagasta, fueron dadas a Chile como indemnización por la guerra del Pacífico, ocurrida entre los años 1879 y 1884, entre Chile y la Confederación Perú-Bolivia.

—Estas tierras eran muy ricas en yacimientos salitreros.

—Los orígenes del conflicto bélico, fueron justamente por problemas comerciales sobre este producto.

—Estas empresas salitreras eran monopolios de capitales extranjeros, mayoritariamente ingleses, norteamericanos y alemanes.

—El Salitre, llegó a ser la fuente de ingreso más importante del País, en una época.

—La causa del quiebre de las salitreras, fue debido a la producción de amoníaco sintético, realizado por los alemanes “Fritz Haber” y Carl Bosch”, logrando con eso, una producción industrial de fertilizantes muy barato, que cubrió la demanda que anteriormente tenía el salitre de la zona.

—La Salitrera “Santiago Humberstone”, fue llamada así en honor a “James Thomas Humberstone”, catalogado como el hombre más importantes de esa época respecto del salitre, al haber introducido el “Sistema Shanks” para producción en las salitreras. Actualmente, es reconocido como “el padre del salitre”

Luego de andar en auto cerca de diez minutos, pasan por el pueblito de “Pozo Almonte” y sin detenerse Matías le indica a Martina, que el pueblo todo es prácticamente su calle principal, ya que no hay mucha gente que resida en ese lugar.

Continúan camino a la Tirana, cuando Martina le dice a modo de reto, si eso es todo lo que sabía respecto a las salitreras, demostrando que los antecedentes que escuchó habían despertado su curiosidad y no habían sido un mero dato para ella. Entonces Matías, feliz por ello, le dice:

—En realidad, hay muchos datos de distintas fuentes, que probablemente sean fidedignos. No obstante, creo que todo es muy reciente y en el futuro, la parte histórica de las salitreras cobrará mucha importancia, justamente cuando no haya a quien preguntar. Es la paradoja de siempre. ¿Sabes tú Martina?, yo tuve un compañero de trabajo en la Fuerza Aérea, cuyo nacimiento fue en Humberstone.

—¿De verdad? (Dice Martina, emocionada)

—¡Por supuesto!, se trata de quien te hablé anteriormente. Nació, creo en el año 1954, por ahí. Acuérdate que esa Salitrera se cerró en el año 1960. Entonces coincide, porque contaba él, que se fue a Iquique a los seis años, junto con toda la gente de ahí (dice Matías)

—¡Es increíble!, ¿Cómo puede ser? (dice Martina)

—Bueno, no es tan increíble; créelo, es así. ¿Te das cuenta?, aún se pueden saber muchas cosas menores y detalles históricos de la vida que existió ahí. Pero esto cobrará valor en muchísimos años más y probablemente estaremos muertos. Pero así es la historia; mientras más años pasan, ésta más se enriquece. Nota el ejemplo de las momias que se encuentran; si son más antiguas, son más importantes y máspreciadas (dice Matías)

Mientras viajaban en auto directo al Pueblo de la Tirana, Martina miraba el camino y se

quejaba del sol, preguntándole a Matías porque tanto calor, tanto desierto y esos bosques que tipo de árboles eran.

—¡Ah, sí! Es cierto, hace mucho calor. Este es el clima pampino, Martina; llega generalmente a los treinta grados en el día y en la noche baja a dos grados aproximadamente. Además, el sol ataca abiertamente sin que nada se lo impida. Esos árboles que tú ves, se llaman tamarugos y puedes apreciar que son poquísimos. Antes existían enormes bosques de tamarugos, pero en el tiempo de vida de las salitreras, la misma gente los cortaba para hacer carbón, de manera que casi los eliminaron totalmente (dice Matías)

—¡Qué lástima! Sería lindo y más refrescante andar por estos caminos, en medio de un vergel copioso y sombrío (dice Martina)



### **CAMINO A LA TIRANA (desvío)**

—¡Ah!, Claro, por supuesto. No es por justificarlo todo Martina, porque a veces parece que lo hiciera; sin embargo, hay que entender que en ese tiempo y en esta zona, había que valerse de cualquier recurso para subsistir, dadas las inclemencias del tiempo, de las cuales hoy tú te quejas solo al pasar por aquí. Imagínate vivir día con calor extremo y noche con frío extremo, todos los días y por mucho tiempo en esta zona (dice Matías)

—Si, aaaah,.....en realidad, tienes razón, pero no me estaba quejando, solo hacía un comentario (dice Martina, algo triste)

Matías, se da cuenta que muy fue dura en la forma y expresión su respuesta, por lo que detiene el auto y da un tierno beso en la mejilla a Martina, diciendo en tono muy humilde y convincente, que lo disculpe, que su intención jamás fue esa. Martina lo mira con cara de sorprendida, dando a entender que no se había percatado de la dureza a que él se refería y responde con un suave y largo beso en sus labios. Esto, porque en Martina crecía un enorme cariño por Matías, que fácilmente podría llamarse “amor”.

Pone de nuevo en marcha el vehículo Matías, con una leve mueca de satisfacción, no queriendo demostrar como todo hombre duro, el sentimiento que percibió de Martina y que lo puso muy, pero muy contento. Después de un silencio bastante prolongado, estaba cada uno en sus pensamientos.

Solo se escuchaba el ruido del motor, junto al viento que jugueteaba con los vidrios, lanzando puñados de arena en forma intermitente. De pronto, Matías dice que los tamarugos ya no se ven al final de la recta, así que van llegando al pueblo de la Tirana.



### **PLAZA DEL PUEBLO DE LA TIRANA**

Una vez estacionado el auto, ambos se dirigen a la Iglesia del pueblo para saludar a la Virgen María, porque eso era lo que hacía siempre primero, Matías. Él, que era un ferviente devoto, iba todos los años a saludarla para el día de su santo, o sea, los 16 de Julio de cada año. Esto ya se lo había comentado a Martina, junto con decirle que era muy milagrosa, que cumplía las mandas con exactitud, que era muy generosa y con él había sido muy “buena onda”, término, que en su momento tuvo que explicar de forma más entendible para Martina, diciendo que significada, que existía una “buena relación” entre ellos.

Dentro de la iglesia, Matías se persigna frente a “Jesucristo”, en señal de respeto y solicitud de permiso para ver a su madre; esto formaba parte del protocolo que siempre hacía, cada vez que iba al pueblo de la Tirana. Ante que todo, veía y saludaba a la Virgen. Martina a su lado, iba repitiendo las acciones que este hacía en forma exacta, aunque no con la misma vehemencia y convicción.



### **IGLESIA DE LA TIRANA**



### **INTERIOR IGLESIA DE LA TIRANA**

Matías permanece en trance, treinta minutos en silencio e inmóvil, frente a la imponente figura de la Virgen de la Tirana. En ese momento, como todos los devotos que son muchos miles, le piden perdón por los males ocasionados y luego ayuda para las necesidades o deseos imposibles y venideros del nuevo año. Otros agradecen los favores concedidos y encomiendan a sus familiares a la protección de la Virgen. Matías en este caso, ocupó veintinueve minutos en pedir perdón y un minuto en solicitar algo, lo cual fue secreto y nunca sabremos. Mientras Martina por su lado, estaba un tanto aburrida. Como nueva devota, no tenía mucho que hacer, de modo que optó por recorrer el interior de la enorme iglesia de madera para ver los santos y posteriormente salió al exterior con el propósito de fumar, mientras esperaba a Matías.

Luego Matías salía de la iglesia, supuestamente ya hechas las promesas de buen cristiano y alguna petición presentada a la Virgen. Después de despedirse del señor Jesucristo respetuosamente, sin darle la espalda hasta salir al exterior, busca a Martina y le propone comer un sándwich y a lo mejor un huevo duro.

Matías no lo dijo en su momento, pero quedó ingratamente sorprendido, al notar que Martina no había permanecido mucho tiempo a su lado y a su parecer, no había existido buena onda con la Virgen de la Tirana. No obstante, él sabía que esas cosas llevaban tiempo para creer y se sentía tan justo y sabio, que jamás presionaría a Martina para que creyera en sus mismas cosas y menos compartiera obligadamente su devoción por la Virgen de la Tirana.

Matías en realidad sin ser iquiqueño de nacimiento, era un verdadero iquiqueño de corazón, pues amaba toda su zona, su historia y participaba de todas sus tradiciones. Junto con ello, protegía todo aquello y gozaba al contar los momentos históricos ocurridos ahí, tal como si los viviera en tiempo presente.

Ubican el auto a la sombra de un gigantesco tamarugo cerca de la plaza y acometen contra la merienda que llevaban, con gran ansiedad. Oportunidad en que Matías hace mención a Martina, sobre esos viajes largos que daban mucha hambre, mientras devoraba tres cuartos de un huevo

duro con una sola mascada. Al mismo tiempo, Martina aduce que es tarde y que luego será mediodía, justificando el inmenso apetito de ambos, pues ella intentaba hacer lo mismo con un huevo, logrando mascar solo la mitad.



**VIRGEN DEL CARMEN DE LA TIRANA**

Luego, Martina mientras fumaba un cigarrillo y bebía coca cola, pregunta a Matías que sabía de la historia de la Virgen de la Tirana, ya que la gente venía de tan lejos a verla. Se refería al camino desde Iquique que era distante, pero con las detenciones que ellos habían realizado, se sentía probablemente mucho más lejos.

—No es tan lejos Martina. Existen aproximadamente setenta y cinco kilómetros de la ciudad de Iquique al pueblo de la Tirana, claro que para venir todos los días, te creo parecería retirado, pero uno viene anualmente o dos y tal vez tres veces en el año, entonces no es tanto. Además, que siempre es recomendable hacerlo como paseo, ya que tu pudiste apreciar, el camino es precioso y muy singular.

—Por cierto, el día de su santo que es el dieciséis de Julio no es lo mismo; de ser ese día, no habríamos llegado así tan rápido. Vienen miles de autos en esa celebración y todo es una nube de chusca, que es ese polvillo de arena finísimo que se levanta con el viento y con el caminar de la gente. Esos días aquí, todo es muy complicado.



Matías en ese momento, siente que es hora de ilustrar a Martina sobre su mayor devoción divina, para lo cual mira hacia el cielo como en señal de permiso o perdón y dice a Martina que le va a contar la historia de la Virgen de la Tirana, pero antes, le indica que es una leyenda y seguramente no es exactamente la verdad, pero por sus propios datos conocidos, gran parte de aquello es cierto, así que debe ser contada y escuchada con mucho respeto. Martina, quien no compartía tal devoción, asintió con su cabeza como comprendiendo todo lo que Matías decía, pero su cara demostraba incredulidad y un respeto forzado a lo que escucharía. Entonces, Matías comienza su narración con aspecto muy serio y concentrado.

—Existe una leyenda al respecto. Algo sé de eso. La historia según dicen, es que en el Cuzco existía una joven Inca, hija de un importante Gran Sacerdote también Inca. Ella odiaba a los soldados españoles a muerte, por ser los conquistadores. Su nombre era “ÑUSTA HUILLAC”.

—Un día se fue del Cuzco, huyendo con un gran número de guerreros fieles a ella, llegando a la Pampa y escondiéndose en los bosques de tamarugos, que eran densísimos, no como ahora.

—Un día, una expedición de soldados españoles de Don Diego de Almagro, regresaba desde el Sur con dirección al Perú y al pasar por los bosques de la Pampa del Tamarugal, fueron violentamente atacados, muertos y masacrados por los guerreros al mando de la joven “Ñusta”. Se dice desde aquellos tiempos, que fue tal la forma despiadada de la matanza, que así adquirió el sobrenombre de “Tirana”. Al tiempo, un portugués llamado Vasco de Almeida, quien venía de las minas de plata de Huantajaya, fue hecho prisionero por los guerreros de la Ñusta y llevado a su presencia, para en ese momento ser destinado a morir. Éste, sin embargo, al perecer era físicamente del agrado de ella, razón por la cual fue cautivando el corazón de la princesa Ñusta, quien se enamoró rápida y profundamente. Por esa misma razón, a propósito, fue demorando el proceso de su ejecución. Con el tiempo se enamoraron mutuamente, accediendo Ñusta a recibir el bautizo por la fe de la religión cristiana. En el momento en que Vasco de Almeida procedía a Bautizarla, llegaron los sacerdotes incas y sus guerreros, matando a ambos en el mismo lugar.

—La Ñusta Huillac, moribunda, pidió a sus soldados, que en sus tumbas colocaran “cruces”, como símbolo de su fe cristiana. Así lo hicieron, en virtud del respeto y reverencia, dada su condición y linaje.

—Posteriormente en el lugar de las cruces se construyó una ermita y se instaló una imagen de la Virgen. De esa manera, se comenzó a venerar y rendir culto a la Virgen del Carmen de la Tirana.

Terminaba la historia Matías, justo con la última mascada del rico sándwich de carne con queso, que comía. Muchas veces habló mientras masticaba groseramente, narrando de manera bien desenfadada la historia o leyenda, pero siempre con cara de respeto. Al contrario, Martina tenía sus ojos llenos de lágrimas, por haber encontrado la historia maravillosa. Decía con ojos brillantes de pena, que era la historia de amor más linda que había escuchado, que era amor puro y libre de influencias materiales. Matías la miraba de soslayo sin decir nada, mientras guardaba la merienda junto a ella y pensaba que él debía tener grandes dones para la narración, ya que no hizo mayor esfuerzo o nada, logrando sensibilizar de esa forma a Martina.

Siendo las doce horas con veinte minutos, partieron rumbo a Pica. Ya habían comido bastante y como era costumbre de Martina fumar después de comida, bueno, también después de onces, en la noche y después de algo de placer; en realidad, siempre fumaba. Entonces, dijo a Matías a solicitud de autorización, si le molestaba que ella fumara en el auto, ante lo cual, Matías contesta sonriendo y con una extraña mirada, que de ningún modo, ya que los paseos había que disfrutarlos y si ella quería hacerlo y la hacía feliz, él no podía impedirselo y coartar su placer.

Martina encontró la frase demasiado larga, creyendo percibir una afirmación forzada, tal vez, solo a razón de mantener una buena relación durante el viaje, ya que solo bastaba un “no me molesta”, o simplemente, “fuma”. Insiste Martina, consultando esta vez de manera más enfática, si de verdad no le molestaba que fumara en el auto y Matías sonríe con rasgos más marcados, para luego soltar una carcajada y decir:

—¡Martina, mi amor! Ya te dije que en estos viajes tan tediosos por el sol, el calor, la chusca, la distancia del viaje y todo lo que involucra molestia, nosotros debemos hacernos grato cada momento; entonces, aunque me moleste el humo y olor de tu cigarro, me he propuesto soportarlo para hacerte feliz. De la misma manera, tú debieras comportarte conmigo.

—¿Te refieres a algo en particular que yo te he negado Matías? Por qué de verdad no te entiendo. Si hice algo que te haya molestado, quiero que me disculpes y por favor dímelo (dice Martina)

—¡No, no!, mi linda francesita, ¡para nada! No me has negado nunca nada y por eso te quiero mucho; claro, espero que continúes igual y no vaya a ser cosa, que justo en este viaje tan hermoso, te pongas chúcara y egoísta conmigo (dice Matías)

Martina, mientras Matías le aclaraba el término de “chúcara”, que no entendió, se quedó pensando en esa cara maliciosa algo libidinosa, que ya le había visto antes. Por supuesto, no podía percibir y menos adivinar, las maquiavélicas intenciones que Matías tenía respecto del socavón de la “cocha chica”.

El viaje desde el pueblito de la Tirana hasta Pica, llevaba aproximadamente una hora de recorrido en auto, por supuesto a velocidad promedio normal, de manera que para hacer ese tiempo más entretenido, pusieron vales peruanos a mucho volumen en la radio. A medida que avanzaban por el solitario camino del desierto, solo veían tamarugos y derruidas construcciones de adobe, malogradas por la terrible erosión del viento y la sequedad del clima. Entonces, Martina hace un comentario a Matías, sobre lo solitario del pueblo de la Tirana y éste cuenta lo siguiente al respecto:

—Sucede Martina, que este no es un pueblo abandonado y algo bien particular ocurre con él. Tú vistes bastantes casas, ¿cierto?; de esas, muchos son dueños que residen en Iquique y vienen los fines de semana. Otros, de la misma manera trabajan fuera del pueblo, porque ahí no hay grandes fuentes laborales. Entonces, la población residente está muy mermada en su realidad y/o, se ve muy poco o solo circunstancialmente. Además, hay que considerar que hoy es día de semana, por lo tanto significa día de trabajo. También mucha gente permanece en sus casas escondida, lejos del quemante sol de gran parte del día. Claro que este panorama es variable los fines de semana, cuando aumenta un poco el flujo de personas y sobre todo la temporada del mes de Julio, cuando se conmemora la fiesta de la “Virgen de la Tirana”, momento en que este pequeño pueblo crece hasta colapsar.

—¿Por qué colapsa?, ¿a qué te refieres? ¿No crees que estás exagerando un poco Matías? Te creo que ames mucho esta zona; lo veo en tu mirada cuando hablas de las cosas históricas, pero decir que este pueblito colapsa por la gente asistente, ¡perdóname!, pero es difícil creerlo (dice Martina)

—¡Escucha bien mi hermosa francesita! Como vistes, es un pueblo pequeño, pero durante el mes de Julio, sufre una notable transformación con la celebración de la Virgen de la Tirana. Este aumento de gente es durante todo el mes y crece progresivamente hacia el día dieciséis. Asisten montones de grupos de baile, que rinden respeto y culto de fe a la Virgen, realizando esto en forma de bailes dedicados a ella, vestidos con diferentes atavíos, que representan una identidad

determinada, como indios, chinos, diablos, gitanos, animales y varias figuras más. (dice Matías)

—¿Entonces, cual es el sentido de disfrazarse?, pienso que es mejor dar la cara a la virgen y bailar así. ¿Qué tiene de especial el disfraz? (dice Martina)

—Sucede Martina, que cada grupo caracterizado representa algo diferente; de esa forma se da a entender que no es la persona propiamente tal, sino, que toda la entidad completa es quien rinde culto a la virgen. Por supuesto cuenta además, el culto y/o manda de la persona que viste el atavío. No obstante, en sentido general, todos rinden culto bailando a la virgen, hasta los diablos (dice Matías)



### **BAILE TIPICO FIESTA DE LA TIRANA**

—Asimismo, va mucha gente a dar gracias y pedir milagros, a cambio de promesas y ofrecimientos de mandas a la Virgen. Algunas personas solo asisten por curiosidad, otros a pasear, turistas, vendedores, medios de comunicación y prensa de todos lados. Finalmente, se juntan miles de personas diariamente; ¿escuchas Martinita? ¡dije miles de personas! Muchos de ellos vienen por semanas e incluso meses a este pequeño pueblo. Entonces, como evidentemente este pueblo no está preparado para recibirlos, ya que no cuenta con los medios de infraestructura, servicios sanitarios, alimentación, alojamiento etc., ¡colapsa! (dice Matías)

Matías termina de hablar y sonríe con satisfacción por poder aclarar la duda de Martina y demostrarle que no exageraba, al decir que ese pueblo colapsaba de gente durante las festividades de la Virgen de la Tirana. Martina por su lado, escuchaba con mucha atención la explicación de Matías y le hacían sentido aquellas palabras, toda vez que se imaginaba la gente aglomerada alrededor de los bailes típicos.

—¡Que increíble Matías! Te escucho y en realidad me imagino miles de personas acá de una sola vez; debe ser complicado y terrible. ¿Entonces, como lo hacen? ¿Cómo subsanan todas esas falencias que tú haces referencia? ¿Sabes?, para una mujer, un baño es necesidad primordial. ¡No sería capaz de soportarlo! (dice Martina)

—Todo tiene solución en la vida, incluso la muerte, pues mientras mantengamos en el recuerdo vigente a los muertos, los sentiremos en nuestra compañía. Bueno, para atender esa inmensa cantidad de gente, se habilitan las casas con hospedaje, se arriendan sus baños, se abren negocios y todo el resto se hace en las calles. La gente instala carpas, duermen en los autos, etc. Como puedes comprender, el movimiento y aumento transitorio de personas, se atiende y soluciona

también con medidas transitorias, que la misma gente que participa propone y soluciona. De eso ya se tiene costumbre y está todo sistematizado, como resultado de las mismas necesidades (dice Matías)



### **OASIS DE MATILLA Y PICA (visto desde el desierto)**

Martina, extrañamente había centrado su pensamiento en aquellas palabras de Matías referidas a la muerte y sin querer evitarlo, las relacionó con la difunta mujer de él, comprendiendo que ella penaba su memoria y no la sacaría jamás de su pensamiento. No obstante, era evolucionada y criteriosa en ese sentido, de manera que no le molestaba en lo absoluto y más aún, lo toleraría siempre, debido a que no significaba un impedimento para su amor. Ya después de tanto conversar y entonar cada uno por su lado los vales peruanos, sin darse cuenta se vislumbra el oasis de Matilla y Pica. Mientras viajaban, Matías hace una proyección de tiempo, informando a Martina que en quince minutos llegarían al pueblo de Pica. Martina estaba ansiosa, porque lo único que quería era meterse en agua, aunque estuviera tibia; decía que tenía la piel reseca por el polvo de chusca, el sol y el viento tibio quemante.



### **PUEBLO DE PICA**

Una vez estacionados en cualquier parte y trajes de baño puestos en sus acalorados cuerpos, partieron casi corriendo con las caras sonrientes y tomados de la mano, en dirección al balneario

escondido entre rocas y matorrales. Parecían dos locos jóvenes enamorados y ansiosos, que iban a darse un reconfortante chapuzón en las calidas aguas de la “Cocha chica”. Un poco decepcionante fue para Martina ver tanta gente metida en la pileta, como dijo ella; tan pequeña de tamaño, comparada con sus expectativas.

De todas maneras, Matías aplicó sus escondidos dones de motivador y orientador social, induciendo a Martina a reconocer las bondades naturales que tenía frente a sus ojos, lo cual estaba negado para el resto del mundo, que no había acudido ese día. Ella de mente rápida y clara, supo valorar lo ofrecido, retomando su entusiasmo que estaba alicaído. Después de eso empujó con nerviosas palabras a Matías, quien confundido la escuchaba, mientras buscaba pronto una segura bajada al agua, por lo resbaloso de la ribera del cálido manantial.



### **LA COCHA CHICA (aguas termales)**

Una vez dentro de la cálida y verdosa agua, que según dicen es rica en minerales, se zambulleron varias veces y nadaron cortos trechos, dando choques y manazos al resto de los bañistas, que se arrancaban sorprendidos. Debido a su indigna e inconsciente presentación acuática, agotaron las disculpas a lo largo de la “Cocha”, mientras adoptaban el comportamiento ideal ante las duras miradas, quejas, rechazos y murmullos, de los compañeros de agua. Algunos, directamente indicaron que su forma de gozar del momento no era adecuada, de manera que optaron por solo hacer saltitos tomados de la mano, sentadillas y peinadas a la vieja; término último, que significa echar la cabeza para atrás y sumergirse completamente, para luego salir con el cabello mojado y peinado a lo Gardel.

Todas esas costumbres y formas de baño antiguas le enseñaba y explicaba Matías a Martina, quien como una joven niña llena de entusiasmo y alegría, hacía al pie de la letra, sin importar o ver al resto de la gente. Tal como fue en Cavanca, cuando Matías le enseñaba sobre hacer playitas, “capear la ola” o “romper la ola”, que era zambullirse en piquero a través de olas grandes, para no recibir su tonelaje de agua en la cabeza.

Gozaban como niños y ya llevaban horas en el agua. Martina miraba a otras personas que sus caras pintaban y pregunta a Matías que significaba eso, pensando que tal vez era parte de un ritual sagrado. Este le aclara, que era parte de un mito o tradición, porque casi toda la gente lo hacía. Raspaban la roca de la ribera impregnada de propiedades naturales y que supuestamente hacían muy bien a la piel, para luego esparcirla como crema por el cuerpo. La invita a efectuar el

tratamiento y ella se niega tratando de no ofender, solo dice que ahora no tiene ganas de hacerlo; pero la verdad, es que ella como modelo, siempre usó y usaba las mejores y mas efectivas cremas, por cierto las más caras del mundo. De modo, que definitivamente era para ella un mito. Además, tuvo miedo de alterar sus continuos y protocolares tratamientos faciales, que regularmente hacía antes de dormir.

Matías la quería mucho y respetaba sus decisiones, pero él, como hombre de combate e iquiqueño de corazón, acepta, defiende y participa de sus mitos, tradiciones o como quieran llamarle. Así que luego de nadar y chapotear un poco al lado de ella, se perdió de la vista de Martina entre la gente, apareciendo más tarde con la cara completamente embadurnada de raspado de piedra. Matías, a propósito pasó por el lado de Martina, sin que esta lo reconociera; luego giro por atrás de otras personas y tomándole fuertemente su hermoso trasero, le besa el cuello, ante lo cual ella gira y grita riéndose a carcajadas, demostrando reconocerlo tras la capa de arcilla color beige, que lo cubría. Matías no rio, porque el sorprendido fue él, al no coincidir su broma con la inesperada reacción de Martina. Pasados unos segundos, se dio cuenta del tieso y colorido estado de su cara, riéndose a carcajas en compañía de ella, al comprender que su ridícula apariencia, fue mas jocosa que su misma broma de mal gusto.

Cercano a las cuatro de la tarde coincidieron en tener hambre, de manera que salieron del agua para comer unos completos con bebida y cerveza mezclada, llamados “fanchop”. Para adquirir y degustar aquello, se sentaron en una mesita de los kioscos que estaban arriba y fuera de la “Cocha”.

Martina miraba a su alrededor mientras fumaba un cigarrillo y pregunta bostezando a Matías, como es que existe un lugar así en medio del desierto. Este la invita a caminar, para mostrar y comentarle en el mismo sitio algunas cosas, pero luego corrige y dice mejor lo harán en auto, de manera que inician un corto recorrido turístico por la vecindad, con Matías informando lo siguiente:

—Este paradisiaco lugar Martina, es una Comuna que se compone de varios pueblos, como “Pica”, que es donde estamos, “Matilla” que está al lado y pronto daremos una pequeña vuelta por ahí. También está “Lirima” y “Cancosa”, más otras localidades. Son más de ocho mil kilómetros cuadrados, ¿Sabías tú?, que se dice, que el nombre de “Pica” en lengua Aimara, significa “flor en la arena”, precioso ¿no?

—¿Esos de ahí, son árboles frutales?, parecen manzanos (dice Martina)

—¡No!, no son manzanos. Estas tierras de Pica y Matilla, son ricas para plantar cítricos. Aquí se dan frutos que seguramente nunca has probado. Se dan limones, naranjas pomelos, guayabas y mangos. La estrella es el limón de Pica y es lo más característico de esta zona, conocido en varias partes del mundo. La verdad, es que en la actualidad es así, porque antiguamente estas tierras estaban plagadas de viñedos, que permitieron la producción de ricos vinos, más bien dicho, ricos “oportos” (dice Matías)

Martina observaba todo florecido y no lograba entender, cómo podía existir tanta agua en pleno desierto, capaz de mantener el espeso vergel de la zona tan florido y hermoso, además de poseer un manantial para bañarse. Aquello le pregunta a Matías, sin siquiera esperar una respuesta satisfactoria, pues en realidad era muy difícil saber aquello. Pero olvidaba, que Matías era una enciclopedia viviente de conocimientos sobre la zona y su historia.

—Por supuesto que no se ve de donde proviene el agua, pero este es un inmenso oasis dependiente de la cordillera, que generosamente y en forma subterránea, surte de aguas cristalinas que dan vida y permiten la permanencia de este hermoso y florido lugar en pleno desierto. Se

cuenta, que antiguamente se producía vino para las minas de plata cercanas a esta zona y luego en los años de la pujante explotación del salitre, abastecían de frutas a todas las salitreras (dice Matías)

—Esa agua que viene de la cordillera, Matías, ¿dices que viene en forma subterránea?, ¿cómo sale a la superficie?, ¿lo hace de manera natural o usan bombas? (dice Martina)

—Se sabe Martina, que el agua llega por rutas subterráneas, con desnivel desde la misma cordillera, hasta terminar en este plano del desierto. Esa agua de la “Cocha”, se mantiene como en treinta grados de temperatura. Además, se dice que tiene propiedades especiales curativas; yo solo sé que produce relajamiento y por eso tú has bostezado más de la cuenta (dice Matías)

—¡Oh, verdad! He sentido más sueño y relajó. ¡Tienes razón! Entonces, es probable que tenga propiedades curativas realmente o al menos sirva para la piel (dice Martina)

—¿Te ha gustado Pica, Martina?, después de las parcelas y los vergeles que te he mostrado, más la “Cocha” con sus termales aguas, ¿qué te parece? (dice Matías)

—La verdad Matías, me ha encantado todo. Esto es algo único y no se ve en todas partes del mundo. Ojala dure por muchos años, porque la naturaleza a veces cambia y puede extinguir las aguas que dan vida a esto tan preciado y hermoso (dice Martina)

—Así es mi linda Martina, pero más miedo tengo al hombre que a la naturaleza, respecto del futuro de estas maravillas de la vida. Las mineras por ejemplo, son fuentes gigantescas de ingresos al país; dan trabajo a miles de compatriotas y otorgan ayuda a comunidades, pero las cantidades de agua que requieren para sus faenas, son también gigantescas. Por esa Razón, el día que pretendan utilizar estos recursos que no son infinitos, mataran definitivamente estos vergeles y por ende, la vida a su alrededor. Esa eventual situación si ocurriera, dejaría este paraíso del desierto, igual como el pueblo de Humberstone que vimos recién (dice tristemente Matías)

Martina silenciosamente saca un cigarro para encender, mientras Matías, observa todo el vasto plano verde que sus ojos alcanzan a ver, taciturno, preocupado y triste; tal vez, ilusamente buscando una forma de impedir que eso llegara a pasar. Posteriormente, sigue un prolongado silencio, hasta que Matías, como volviendo del más allá, dice eufóricamente que vayan a ver la iglesia de Pica.

Al llegar y ver la hermosa iglesia de Pica, Matías con mucho nerviosismo y expectación, como esperando una de las más grandes exclamaciones de sorpresa de parte de Martina, dice con cara y actitud de sumo orgullo, de un chileno a un extranjero:

—¡He aquí!,... ¡La iglesia!, ¿qué te parece Martina?, ¿habías visto algo igual?



## IGLESIA DE PICA

Martina, había captado la ansiedad desmedida de Matías en su pregunta, quien seguramente deseaba obtener una respuesta positiva, acorde al cariño que sentía por esa antigüedad. Ella, con el propósito de no decepcionarlo, porque la encontró bonita pero solo un poquito, no mucho, con bastante cariño le dijo:

—Matías, ¡es preciosa!, ¡que linda y antigua es!

—¡Eso no es nada! espera ver lo que hay dentro. ¡Vas a enloquecer! (dice Matías)

Una vez estacionado el auto en forma desprolija, por la ansiedad de Matías, toma del brazo a Martina y entran rápidamente. Él sonreía nerviosamente, sin disimular la expectativa que esperaba de su sorpresa, la cual vería reflejada en la reacción de asombro de su invitada, mientras la guiaba hasta una mesa con personas sentadas en ella, dice casi en gritos:

—Martina,... ¡la última cena en porte natural! ¡Que te dije! ¿Lo habías visto antes? ¿Te lo imaginabas? ¡Aaaaah!, ¿Qué te parece? Ahora contéstame por favor y sin mentiras piadosas (dice Matías)

—¡Esto es fenomenal! No tiene parangón con las cosas que yo haya visto. De verdad Matías que es algo maravilloso. Yo no soy muy expresiva como tú en estas cosas, pero realmente es algo bello y debo reconocer que me ha impactado. Te felicito mi amor y te agradezco que me muestres tus gustos artísticos e históricos (dice Martina)



**ULTIMA CENA (Iglesia de Pica)**

—¡Pero Martinita linda no me felicites!, yo no hice nada de eso, solo quería que apreciaras esta obra de arte que permanece acá. ¿Te das cuenta?, aunque sea redundante, es maravilloso encontrar esta maravilla en el interior del desierto y eso quería que vieras. Podrás ver cosas iguales, menores y mayores en importancia artística o religiosa; como quieras, pero solo en los mejores museos del mundo. ¡Esto no!, está en medio del desierto y al alcance y vista de todos.

Luego de coincidir en todos los aspectos respecto de lo novedoso, pintoresco, hermoso, artístico, único y otros calificativos, se tomaron de la mano y se fueron a Matilla para ver su iglesia de manera fugaz y luego devolverse a la “Cocha”, para seguir disfrutando de su temperada y curativa agua.

Ya en Matilla, Matías mientras le muestra la hermosa iglesia, le dice que esa no es la original,



porque un terremoto la destruyó en el año 1878 y posteriormente esta fue reconstruida el año 1887 en el mismo lugar. No obstante, el campanario que es de piedra, se mantiene como original, al resistir el siniestro de aquella vez. De todas maneras, su existencia data del año 1721, fecha en que ambas construcciones fueron hechas por primera vez.

Martina observaba con actitud bastante interesada estas antigüedades históricas, que Matías le enseñaba con tanto entusiasmo y esta vez no por agradarlo, sino, porque de verdad le impactó la antigüedad de ellas y quería saber ciertas cosas. Entonces dice, demostrando su interés:



### **IGLESIA Y CAMPANARIO DE MATILLA**

—Estas construcciones sí que son antiguas Matías, porque aunque no sean totalmente originales, algunas partes de esos años conservará su construcción. Este campanario me sorprende, ¡Es antiquísimo! Entonces, si esto es tan antiguo, ¿desde cuándo vive gente en estos lugares?

—Todo es del siglo XVIII. Esto se comenzó a poblar de manera más masiva por el año 1760 y aquí en la zona de Matilla, se concentró la aristocracia para vivir. La gente más pudiente y de alta alcurnia de esa época eligió residir en Matilla. Además, se dice que desde aquí salían los mejores vinos oporto en esa época (dice Matías)

Mientras regresaban lentamente en el auto a Pica, Matías le muestra el extraño tipo de construcciones que aún permanece en Matilla. Se detiene frente a una vieja casa y le explica a Martina, que sus murallas eran de cañas con adobe y que esas cañas eran amarradas con tiras de cuero de cabra.

Aquello fue otra cosa que realmente llamó la atención de Martina. Era comprensible, pues ella siempre vivió en casas modernas y su vida de modelo desde joven, la hacía frecuentar ambientes finos y actuales.



### **CASA ANTIGUA EN PUEBLO DE MATILLA**

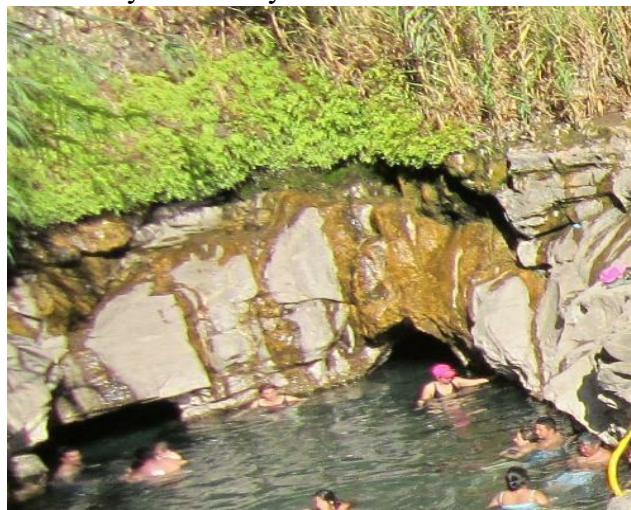
Cercano a las seis de la tarde se volvieron a meter al agua, pues aun había mucho sol y bastante calor. Además la cantidad de gente había disminuido considerablemente, haciendo más agradable el uso de la cocha. Siguieron bañándose y repitiendo los juegos que ya ambos dominaban como profesionales. Martina, como gran cosa se dejó embadurnar la punta de la nariz con arcilla, solo para satisfacer y/o demostrar a Matías, que ella quería ser como él, que quería compartir su vida, gustos, mitos y todo lo que él fuera.

Pasadas las siete de la tarde, Matías invita a Martina al socavón grande de la “Cocha chica”, invitación que había insinuado durante la tarde, pero había tanta gente en la cocha como en el socavón, de manera que no insistió. Esta vez le dijo de forma enfática, que no se podía ir de Pica sin conocer por donde salía o venía el agua caliente. Le explicaba que dentro del socavón la temperatura era diferente, incluso se hacía un tanto insoportable y por eso debía ingresarse cuando no había gente. Eso pasaba en ese momento y ya casi no quedaban bañistas en la cocha; habían solo seis personas mas, correspondiente a un grupo de jóvenes amigos de ambos sexos. Esa era la ocasión mas apropiada para Matías y su escondida intención.

Logró llevar Matías a Martina al socavón, siempre tomados de la mano, porque ella tenía miedo al pensar que era muy profundo y que el fondo no se veía. En todo caso, ya había sido informada en detalle, que era un caverna que se adentraba en las rocas, de un metro y medio de diámetro y seis de largo, ajustándose hacia el final hasta cerrarse casi completamente, solo para dejar pasar el agua muy caliente y filtrada entre las rocas subterráneas. Entraron poco a poco y experimentaban la diferencia de temperatura, como notaban el extraño aroma que imperaba. Sorprendía la gran cantidad de vapor que había en ese momento, incluso a Matías que había ingresado muchas otras veces, esto le incomodaba. En su interior, la capacidad para respirar se hacía menor cuando el agua estaba más alta, debido a que disminuía el espacio entre el agua que llegaba a la cintura y el techo de la caverna. Era probable que habiendo más gente, esta absorviera el vapor existente en mayor cantidad, pero como estaban solos, se notaba más el vapor, viéndose muy denso el socavón. Esa era una teoría que ofrecía Matías mientras contaba y preparaba anticipadamente a Martina, sobre lo que vendría más al fondo del socavón, con el fin que no se asustarla tan fácilmente ante cualquier cambio brusco que experimentara. La otra teoría que presentaba, decía relación con la temperatura exterior de la “Cocha”, en el sentido que al ponerse

más frío el exterior, se mezclaban ambas temperaturas contrarias y su reacción producía más vapor. En realidad, estas teorías eran toda una elucubración maquinada por Matías, a propósito, con el único fin que Martina se preocupara de otra cosa y no pensara en el temor de entrar a lo desconocido, que le inspiraba tanto pavor siempre.

Ya logrado el propósito de Matías, ambos estaban al fondo del socavón absolutamente solos y hacia fuera se veían solo dos figuras en medio del agua, como siluetas oscuras proyectadas en la escasa iluminación natural del sol. Matías le comentaba las bondades de estar ahí a Martina, diciéndole que se relajara, porque ese vapor limpiaba las vías respiratorias, fortalecía y protegía los pulmones, además que ese vapor limpiaba los poros de la piel de manera única. Reafirmaba todo, diciendo que por ser natural y cuantioso en propiedades desconocidas aún, era diez veces mejor que un sauna. Martina algo debe haberle creído, ya que por largo rato lo acompañaba en el socavón y al parecer se sentía muy bien, incluso, aparentemente mejor que Matías, quien extrañamente para ella, estaba muy nervioso y ansioso.



### **SOCAVON DE LA COCHA**

La causa real de la alteración del sistema nervioso de Matías, era simplemente la pura y sana intención de hacer el amor con Martina, ahí mismo en el socavón; singular idea, que alimentó y guardó celosamente desde el inicio o mejor dicho desde la idea de realizar el viaje. Siempre escuchó que eso era genial, pues los compañeros en su trabajo se jactaban de haberlo realizado y contaban maravillas al respecto. Él mantenía esa intriga latente durante muchos años y quería averiguar el “mito” o “realidad”. En ese momento no podría ser mejor averguarlo, ya que estaba junto a la más exuberante y exquisita mujer de su vida.

Con su esposa Rosita (QEPD), jamás pudo lograrlo en ninguno de los doce intentos efectuados, cantidad igual de veces que fueron a la “Cocha”. Ella, de cualquier forma evadió y coartó sus siniestras y libidinosas intenciones, terminando por enrostrarle muy enojada su actitud asquerosa, cada vez que lo intentó.

Martina estaba muy relajada y apoyada sobre el hombro de Matías, pensando y tratando de absorber los gases naturales por nariz y poros, cuando se vuelve repentinamente y le da un tierno beso en los labios a Matías, diciendo que le está muy agradecida por haberla hecho pasar momentos tan gratos y dichosos ese día. Luego de mirarlo con gran ternura, repite el beso,

alargándolo con inusitada pasión pero controlada. Todo aquello ocurría envuelto en el caliente y denso vapor, más lo estrecho del socavón, hacen que Martina roce sin querer su muslo con Matías y note las bondades de esa ardiente suma. Ambos se entregaron a la pasión del momento, olvidándose del lugar, de la gente, del ahogo y solo dejaron expresar sus cuerpos cediendo a todo, excepto a la cordura.

Al finalizar su estado de éxtasis inconsciente, logrado por el ambiente sinigual de la vaporosa cueva de la cocha, volvieron a sus casillas en la vida terrenal. Como del interior de la cueva hacia afuera era mejor la visual, observaron dos o más siluetas que se movían en la entrada, tratando de mejorar su visión y observar lo inusitada situación amorosa. Matías y Martina al ver incomodada su privacidad en el socavón, decidieron salir para terminar el entretenimiento para los intrusos. La verdad, es que era solo una excusa para oxigenarse mejor, ya que producto del esfuerzo desplegado, la incapacidad de libre respiración, el excesivo encierro y alto calor, se producía un soponcio que solo los invitaba a descansar y respirar a todo pulmón.

La experiencia vivida por Matías había sido formidable y comprobaba que sus camaradas tenían razón. Ese calor mágico de la cueva de la cocha, ayudaba y multiplicaba la sangre como una bomba de presión. Definitivamente para Matías, la experiencia no había sido “mito”, sino, una exquisita y maravillosa realidad.

Nunca se supo lo que significó para Martina lo ocurrido en el socavón, ya que Matías no le preguntó. Por eso, todos se quedaron para siempre con la duda, incluso el autor, que aconseja averiguarlo por uno mismo; ¿mito o realidad?, no da lo mismo y malo no puede ser averiguarlo.

Luego se fueron al auto, se vistieron y tomaron cafecito con pan con carne y queso, mas los ultimos huevos duros que les quedaban. Posteriormente emprendieron viaje de regreso directo al pueblo de la Tirana, para despedirse de la Virgen, costumbre invariable que tenía Matías toda vez que viajaba hacia los pueblos del interior.

Ya camino a la ciudad de Iquique, ambos muy relajados y enamorados, viajaban felices pero cansados. La noche era romántica e invitaba a poetizar. Ambos sumidos en sus propios pensamientos, poemas querían armar, para luego al ser amado dedicar. Matías jugaba con su mente y pensaba, mientas conducía.

*“la noche oscura sin piedad nos ataca*

*con su negro manto nos ha envuelto*

*no sabe que amiga nuestra es la luna*

*que nos muestra claro el camino*

*y nos libera del oscuro tormento”*

Mientras viajaban solos por el desierto, salió al paso la noche, pero eran escoltados por la luna llena desde lo alto del desierto, que iluminaba cada metro que avanzaban en su chevette. Matías, ya un veterano de este tipo de viajes, se daba cuenta que estaba pensando tonteras y se iba su mente, lo cual era sumamente peligroso por ir manejando. Estaba desconcentrado y a un paso de caer en sueño, seguramente por el relajo que producía el agua de la “Cocha”. Al mismo tiempo,

observaba a Martina que venía en simillar situación o tal vez un poquito peor, de manera que puso muy fuerte la radio y continuaron viaje a los sonos de los valeses peruanos, que románticamente comenzaban a cantar y tararear.

Estaba el camino muy solitario, solamente interrumpido por camiones y buses que los enfrentaban; eso, un poco ayudaba a despertarlos del soponcio que hacía presa sus mentes y sus cuerpos. Cansados del largo viaje pero contentos por haberlo pasado divino, llegaron a la ciudad de Iquique, donde el bullicio los despabiló y optaron por pasar directo camino a su casita en la pradera.

El día sábado nuevamente acudieron a cenar al “Wagón”, a petición de Martina, cuyo lugar le había encantado. Matías vestía una camisa blanca preciosa, de finísima confección europea, que Martina le había regalado.

Entraron cerca de las doce de la noche y había mucha gente; estaba casi lleno. El ambiente como siempre agradaba y alguien cantaba canciones de “Ricardo Cocciante”, uno de los cantantes que Matías más admiraba por su voz e interpretación desgarradora. Este gusto era compartido totalmente por Martina, de manera que estaban encantados. A sugerencia de Matías, pidieron doble porción de chicharrones de pescado y coincidieron ambos en pedir una botella de champaña. Reían mucho con enamorada satisfacción, al darse cuenta que a medida que pasaba el tiempo, sus coincidencias eran cada vez más frecuentes, como si sus gustos se estuvieran mimetizando.

Ya pasado un buen rato que esperaban en la mesa, solo bebiendo el refrescante champaña, llega por fin el pedido de comida, o sea, los chicharrones de pescado, mas una graciosa panerita de mimbre con marraqueta trozada y un pote de vidrio con pebre nortino a base de ají locoto. Matías, para acompañar el pescado pide una copa de vino tinto, lo cual ocasiona una amable discusión con el garzón que si era garzón, sobre el color de vino que debía acompañar efectivamente al pescado. Matías gana en fallo dividido, con el argumento que dice, “preguntará al pescado que vino quiere que lo acompañe” y mientras el pescado piense, el garzón debe traer el vino tinto que pidió. Luego del singular argumento de Matías para defender su pedido, ofrece y pregunta a Martina si quiere lo mismo, refiriéndose al vino. Ella dice que no, que lo acompañará con champaña, pero no le preguntará al pescado, ya que tiene la sensación que no podrá contestar. Las risas y carcajadas que en un comienzo molestaron al garzon, al traer rápidamente la copa de vino tinto, también le causó gracia, uniéndose a la risa con ellos. Porque de verdad la situación había sido muy divertida y jocosa, desarrollada en un marco de mutuo respeto y simpatía.

Martina, quien en un comienzo dudó mucho del pedido de los chicharrones, pues solo su nombre le producía espanto y rechazo, al imaginar un plato de algo grasoso y desagradable, se dio cuenta de lo exquisito que eran esos trocitos cuadrados de pescado blanco, pasados por un delgado y fino batido antes de ser fritos y dorados. Matías le explicaba como el los comía. Consistía en tomar un bocadito de pescado, echarle una cucharadita de pebre y luego comer con un trocito de crujiente marraqueta. Después de cada dos de estos bocados, un corto sorbito de vino y ya estaba. Martina lo hizo de la misma manera, encontrándolo genial, salvo, que acompañó el protocolo culinario con champaña en vez de vino.

Matías muy pronto tuvo que pedir otra copita de vino, insinuándole al garzon, que la anterior estaba servida como para brindis y el quería una copa de vino completa, enfatizando su lleno total.

Pronto la trajo el garzón tal y como quería Matías y continuaron su protocolo alimenticio, comiendo bocado, otro bocado y traguito al final.

Mientras tanto, los artistas desfilaban por el rincón que hacía las veces de escenario. Hubo música andina, romántica, rock latino y hasta recitaron; incluso, se presentó un humorista que era para la risa. Sus chistes eran fómimos, pero su apariencia daba risa, de manera que el público asistente lo bautizó como el “humorista para la risa”. Todo aquello, debido que al comenzar su actuación, dijo que estaba empezando en eso y le pedía por favor al público le sugiriera un nombre de artista. Fue un craso error; de todas maneras, la gente para tranquilizarlo luego de no reír de sus chistes, sino de su apariencia, le decía que había tenido éxito igual, ya que su objetivo principal era hacer reír y lo había logrado de alguna forma.

Terminada la presentación de los artistas visitantes, se dio comienzo al espacio de karaoke, para todo el público presente. Martina estaba feliz; eso le gustaba mucho. Matías no lo estaba, es más, estaba muy enojado, porque había manchado con dos círculos de aceite de cuatro centímetros de diámetro, su linda y elegante camisa blanca que Martina le había regalado con tanto amor. Ella le decía esquivando su pena, que no importaba, que sabía como quitar esas manchas, que se alegrara y no se echara a perder la noche maravillosa que estaban pasando. Decía eso, aún sabiendo que era solo una mentira piadosa, porque la camisa estaba “muerta”.

Matías de a poco le encontró razón, además que le creía eso de quitar la mancha. Luego, con recuperda alegría propone un brindis de amor, diciendo con actitud notoriamente ceremonial, que los verdaderos brindis se hacían de pie, como lo demandaba el hecho de ser caballero. De tal manera, toma con mucha elegancia la copa de vino tinto frente a su cara, comienza a levantarse de la silla adoptando una postura ceremonial, cuando se enreda con el mantel y salta media copa de vino en su pecho, justo en la parte de la camisa que estaba libre de aceite.

Ya no podía estar más molesto y miraba con sus ojos el entorno, tratando de encontrar un motivo para discutir con alguien. Si no hubiese sido algo ridículo, se habría golpeado a sí mismo varias veces. Quería expulsar su rabia de cualquier manera. Era la camisa que más quería; incluso, el regalo había sido un mes antes y nunca quiso usarla y esta vez como ocasión especial se la puso, nada más porque a Martina le encantaba ese local del “Wagon”. De esa forma, con una buena apariencia quería complacerla y precisamente ahora le ocurría semejante y estúpido accidente. Era el colmo de su maldita mala suerte, decía con rabia y angustia a Martina.

Martina, viéndolo tan enfascado en su rabia, le dijo suavemente que olvidara la situación, aún consciente que la mancha era enorme y graciosa; incluso, se resistía firmemente para no reír a carcajadas. De modo que para apoyarlo, le dijo que se quería ir, que era muy tarde, que ya eran más de las tres de la madrugada, pero antes de retirarse quería cantarle una canción exclusivamente para él. Eso puso muy contento a Matías, olvidando a partir de ese momento la humillación que sentía. Es más, tuvo la osadía y poca vergüenza, apoyado por su perfil y conducta de caballero, de acompañar del brazo a Martina hasta el pequeño escenario.

El restaurante “Wagon” aún estaba atestado de gente. Martina tomó el micrófono y esperaba que se silenciara el ambiente que se llenó de silbidos y comentarios, de todos aquellos que recién notaron lo hermoso de su curvilínea figura. En realidad, nadie podía hacerlo mientras estaba sentada, porque ella permanecía en un rincón escondido estratégicamente seleccionado por Matías, ofreciendo solamente la opción de admirar su bello y sensual rostro. Ya ella en el escenario y en silencio todo, se dirige a Matías, diciendo suavemente con su voz pastosa afrancesada, que esa canción que entonará está dedicada al gran amor de su vida, al que tan lejos de su patria había descubierto, para luego terminar, con un “te amo Matías”.

Posterior a los discordantes aplausos, gritos, chiflidos, pifias y comentarios soeces de los más alcoholizados, comenzó a cantar “Bella sin Alma”, de Ricardo Cocciante. Martina tenía una voz nasal afrancesada, sensual, potente y cantaba con mucho sentimiento. El público, luego de molestar por segundos y no poner atención en un principio, quedaba atónito y prendado de la voz, interpretación y sentimiento, expuesto por Martina en el pequeño escenario.

Matías atento miraba y escuchaba embelesado a Martina, apoyándola como si no fuera a llegar a los altos de la canción, con esfuerzos mentales y oculares a la vez. Misma cosa realizaban algunos clientes, dado lo alto y potente de las notas cantadas, sin embargo salía airosa fácilmente de ellas. Matías pensaba embobado y se preguntaba, ¿cómo esa mujer que todo lo tenía, podía ser solamente de él? Se encontraba bendito por Dios, justificando y reconociendo a Martina como premio, por todos los años que dedicó a la iglesia cuando niño, cuando joven y cuando no tanto, también. Su pecho henchido al máximo lucía orgulloso, ostentando sus redondas medallas de aceite y vino tinto en la camisa, que parecían cobrar vida con el palpito de su corazón y suspiros intermitentes, ante tan bella, evidente, única y pública muestra de amor que le hacía Martina.

Una vez terminada la canción y negarse Martina a extender su presentación, a pesar de tanta solicitud directa y masiva del público, Matías tuvo que apresurarse y empujar a muchos, para anticiparse a la enorme cantidad de caballeros galantes que se ofrecían para bajarla del escenario, quienes además de piropearla exageradamente y porque no decirlo a los ojos de Matías, patudamente, impedían su franca retirada.

Contentísimo Matías por su regalo en forma de canción, felicita con un suave y tierno beso a Martina, para agradecerle su exclusiva y hermosa interpretación dedicada a su relación de amor. Repitió de inmediato un beso más largo y más apasionado, para dejar claro a todos los machos presentes, que urdían en sus mentes ideas y sensaciones extrañas, que la dama en cuestión tenía dueño y semental de sobra ante cualquier petición. Todo aquello, a pesar de la triste apariencia que mostraba su vestimenta, reflejada en colores vistosos de aceite y vino tinto, sobre la blanca y exclusiva camisa de corte europeo.

Volvió Matías a su estado de preocupación constante, que era el desafortunado momento de su ropa. Además de murmullos que escuchaba a su espalda y situaciones que veía de reojo, sentía que todo era alusivo a su persona, de modo que conmino a Martina retirarse de inmediato, justo en el momento que el administrador del local ofrecía a Martina un contrato para cantar. Ella, sonriendo gentilmente le hizo ver su desinterés y ante la insistencia encarnecida del viejo y calvo administrador, le dijo solo para tranquilizarlo momentáneamente, qué pensaría conscientemente en eso y que podría ser en un futuro cercano. Posteriormente pagaron la cuenta, se pararon y retiraron en medio de aplausos, que evidentemente eran solo para Martina. No obstante, se sintieron también abucheos y palabras soeces, que obviamente eran para él, por los celos demostrados que evidentemente no pudo esconder.

Camino a su casa en la pradera, Matías estaba silencioso y pensativo; se sentía un poco disminuido ante las innumerables virtudes demostradas por Martina, además de su horrible estado de vestimenta al venir aceitado, manchado y abuchado; entonces pregunta:

—Martina,.... ¿has cantado de forma profesional alguna vez?,....o es una virtud que solo tienes de uso doméstico.

—Ja, ja, ja, ¡No Matías! Nunca lo he hecho. Sí he cantado en reuniones de amigos, trabajo o familia,....pero nunca de manera profesional. La verdad, no me interesa,.... a pesar que es segunda vez que me lo ofrecen (dice Martina)

—De verdad Martina, lo hiciste maravillosamente; mejor y más lindo que cualquier mujer

profesional que haya escuchado (dice Matías)

—Lo que sucede Matías, es que tú lo ves y escuchas con el corazón, por eso te gustó. Espero que sea cierto eso del corazón, ¿porque me amas, verdad?, al menos un poquito, ¿o no? (dice Martina entre seria y riendo)

—¡Sí!, por supuesto que te amo y mucho. ¿No se me nota acaso? Respecto de la canción, de verdad te salió perfecto; tu voz afrancesada y pastosa, tu interpretación nasal, tu fuerza en las notas altas, tu pasión, romanticismo, todo el conjunto, no solo para mí, sino para el público entero, fue de una presentación profesional. Me gustó mucho; de verdad francesita mía (dice Matías, con visible cariño)

Martina que estaba pensando en otra cosa, no le prestaba nada de interés a eso de la música; para ella, todo eso de cantar ni siquiera le gustaba como hobby. Lo que ocurría en ella, es que ya estaba cansada de lo público; siendo modelo, pasó por esa etapa y nada de emoción le producía. Asimismo, su personalidad era más bien recatada y silenciosa; siempre huía de las masas bulliciosas. De repente, sin agregar nada a lo dicho por Matías, cambió de tema diciendo:

—Matías, ¿te gustaría tener una mascota?, algo así como un perrito que nos acompañara, que nos distrajera y nos hiciera gracias de cachorro, ¿te gustaría?

Matías, no entendiendo o mejor dicho no captando la intención de la pregunta de Martina, que iba dirigida a la aceptación de un tercer ser entre ellos, algo que compartieran, amaran y protegieran, que naciera y formara parte de sus vidas. Ella no se refería precisamente a un cachorro animal. Matías contesta sin reflexionar:

—La verdad Martina,...es que pienso que estamos tan bien, que.....cualquier interferencia para nuestra vida que desarrollamos en libertad, sería nefasto. El amor que tenemos y entregamos, .....creo yo, nos basta de manera recíproca y creo al menos para mí, que estando contigo, no necesito nada ni a nadie para tener una felicidad completa.

Siguen camino a casa y Martina no habló más por el resto del viaje; se hizo la dormida para ocultar su cara de decepción. Sentía que por primera vez no estaban de acuerdo con Matías, respecto a una situación determinada y lamentablemente era un tema importantísimo para ella, como para cualquier pareja.

Una vez en la casa, mientras Martina va al baño para prepararse y luego acostarse a dormir, Matías con cara de malicia le preparaba una sorpresa. Al salir Martina del baño, llevaba su baby doll negro, que ese día le tocaba usar de acuerdo a su hábito de cambiar día a día. Como siempre estaba irresistible a los ojos de Matías, con su esbelto cuerpo de sirena, voluptuosamente transparentado por la suave y delgada tela del pequeño baby doll. De pronto, aparece Matías sonriendo con dos orejas y hocico de chanco puestos en su cabeza, confeccionado todo de cartón, emitiendo sonidos de “oinc oinc” y simulando ser un cerdo jugueteón. Martina, totalmente descompuesta por la reciente decepción, le dice muy seria no tener ganas para jugar esa vez. Matías insiste, diciendo que dado su estado sucio y manchado era el mejor disfraz que pensó, sin entender aún la situación que le había afectado a ella. Martina se acuesta y vuelve para su lado de la cama, ignorando la presencia y lo que había dicho Matías, mientras él, en su patética figura de cerdo, se sintió profundamente humillado y sin más hablar también se acostó, volcándose molesto y bruscamente para su lado.

Durante la semana poco se hablaron; solo lo justo y necesario, claro sin atacarse y sin ofenderse, pero ninguno de los dos ponía el tema en el tapete. Martina, incluso pidió a Matías que la llevara a El Morro donde su “conocida” o “amiga”, para conversar con ella. Sin embargo, se quedó dos días a pesar que Matías fue a buscarla muchas veces y a todas horas. Luego, el día



miércoles subió de nuevo con Matías, al parecer con buenos consejos recibidos, porque las cosas se arreglaron y volvieron el jueves a repetir el juego del “cerdito sucio”, esta vez a petición de Martina, obteniendo muy buena aceptación por ambos. No obstante, la camisa fue a dar a la basura, porque olía muy mal, como a vinagre descompuesto.

El día sábado siguiente, ya estaban con el amor totalmente renovado. Ambos se habían extrañado mucho, ya que aun estando juntos esa semana sin demostrar amor, era como estar ausentes. Deciden bajar a la ciudad de Iquique, para que Martina conociera otros puntos históricos dentro de la misma ciudad. Esto fue iniciativa de Matías solamente, pero Martina no quería enemistarse nuevamente.

Matías comienza desde ahí mismo, a contar sobre las Playas más cercanas a Martina, deteniéndose brevemente en la orilla del camino para explicar mejor.

—Esa que ves ahí es Vicente Mena. Como te puedes dar cuenta, es privada, porque está dentro de la jurisdicción de la Fuerza aérea de Chile. Muchas veces se las facilitan a entidades privadas y públicas, colegios, etc. Es chiquita, pero tiene una construcción de madera con varias habitaciones familiares; yo fui algunas veces y lo pase genial.

—¿Porque se llama Vicente Mena?, ¿era el dueño de la playa antes de que esta fuera militar? (dice Martina)

—Mira, no lo sé fehacientemente, pero se decía que su nombre corresponde a un cabo de la Fuerza Aérea, que murió ahogado en esa playa; no sé cómo ni cuándo, pero obviamente fue hace muchos años (dice Matías)

—Matías, si era privada, ¿ustedes pagaban por ocupar las instalaciones en esa playa o era gratis? (dice Martina)

—Si y no; es decir, existía un valor referencial que se cancelaba cuando se ocupaba, lo que era lógico, porque si la usabas, desgastabas, rompías y ensuciabas; eso requería mantención, aseo y todo lo que involucra su preservación. No obstante, nos descontaban a todos una suma ínfima para su mantención general; dinero que nunca fue suficiente (dice Matías).

—¿Era para la gente de la FACH de Iquique solamente o de todas partes del país? (dice Martina)

—Existe otra playa llamada “Lígate”, que está al otro lado de la Base Aérea; de aquí no se alcanza a ver. Esa es exclusivamente para los oficiales y sus rangos equivalentes, como empleados civiles profesionales y suboficiales mayores. Vicente Mena era para los suboficiales, que es de soldado a suboficial o sea, hasta un grado antes de ser suboficial mayor. Claro que si los oficiales querían ocupar la playa de Vicente Mena, lo hacían, pero no ocurría casi nunca, porque “Lígate” era mejor playa. Además existía un respeto, ya que ambas se manejaban con fondos propios de los distintos grados y eso el mando lo hacía cumplir, de lo contrario sería muy mal visto (dice Matías)

—Contestando tu otra pregunta Martina, que se refiere a si toda la FACH podía ocuparla, te cuento que efectivamente es así; existe un principio de familia en la institución que generalmente se respeta. Estos centros están abiertos para todos sus funcionarios en el país, por supuesto manteniendo el comportamiento de “la caridad empieza por casa”, porque estos son siempre muy pequeños y la demanda de gente es enorme en épocas estivales. Pero todo esto es pagado, precisamente para su mantención y a veces para ampliación.

—Entonces, ¿la gente de la ciudad no puede usarlos, solo los militares?, es un poco injusto, ¿no crees? (dice Martina)

—¡Pero Martinita linda, no se me ponga chúcara! Por supuesto que no puede ingresar toda la

gente; la cosa no es chacota. De lo contrario, se atentaría contra la seguridad de la Base aérea y por ende, del país. Por ejemplo, si yo quiero entrar al Pentágono, obviamente sé que no lo puedo hacer, porque entiendo que no es posible al no ser un centro público (dice Matías).

—Lo que pasa Matías, es que tú piensas como militar; por eso opinas así (dice Martina)

—Por supuesto Martina, ja-ja-ja. ¡Mira!, sin ofender; tú piensas como civil y yo también lo fui. En esa posición se piensa un tanto personal y muy diferente, por no decir irresponsablemente en este tipo de circunstancias. Pero el pensamiento militar debe ser forzosamente distinto, porque involucra la seguridad de terceros, como del patrimonio nacional; en este caso la seguridad del País. El militar deja de pensar en él mismo y transgrede incluso sus propias convicciones, para apegarse a la normativa existente y proteger el patrimonio nacional, como a las mismas personas que tal vez piensan como tú (dice Matías)

—Ja, ja, ja, creo que te pusiste demasiado filosófico por algo tan simple (dice riendo Martina)

—Tal vez, pero esa simpleza que a veces es inocencia o confianza, hace la vulnerabilidad. ¡La cosa no es chacota!, ja, ja, ja. Ya Martinita no te pongas alegadora, mejor continuemos el viaje (dice Matías)

La verdad es que no coincidían mucho respecto de las cosas históricas. Lo que representaban los hechos y lugares históricos de Iquique para Matías, no significaban lo mismo para Martina; eran casi opuestos en eso. Sin embargo, había cosas que sí llamaban la atención de Martina y por eso hacía preguntas, como también otras veces simplemente lo hacía para demostrar cierto interés y no decepcionar a Matías con sus paseos, que indudablemente más gozaba él.

Llegan luego a la caleta “Los verdes”, estacionan y descienden del auto. Matías le dice que esa es una caleta de pescadores, cuyo nombre es obvio, por el color de sus cerros y rocas. Luego agrega:

—Sabes, aquí en esta caleta viven solo pescadores y en algunas casas cocinan muy ricos los mariscos y pescados. Es el lugar donde los he comido más frescos que en cualquier otra parte, pero hay un tremendo problema al comer, porque es muy, pero muy difícil hacerlo.

—¿Por qué es difícil comer? Matías no te entiendo, ¿a qué te refieres? (dice Martina)

—Ya te dije Martina, es porque los pescados son muy frescos (dice Matías)

—¿Pero que tiene eso que ver?, ¿porque va ser difícil comerlos? Al contrario, debiera ser más fácil, porque si están fresquitos, se come con más ganas (dice molesta, Martina)

—¡Ya te dije!, porque están muy frescos Martina ¡Están vivos y saltan y saltan! Además son resbalosos y se caen del plato. ¡Están muy frescos!, ¿entiendes?, ja-ja-ja...ja-ja-ja.

Martina se molesta mucho al no entender el chiste de Matías, diciéndole en tono muy afrancesado, que ella no estaba para el fideo. Matías más fuerte se ríe y le aclara que es para “el leseo”. Luego la abraza tiernamente contra su pecho y le dice en tono muy amoroso, que estaba bromeando, que nunca más lo hará si tanto le molesta, que lo perdona. Ella lo mira y alzando solo sus ojos desde el pecho, sonríe tiernamente.



**PLAYA HUAYQUIQUE**

Luego siguieron camino a Iquique más rápido, ya que la hora estaba avanzando no acorde al programa que se habían propuesto. En el camino, Matías también le mostró desde el auto, otras playas como “Lobito”, “Playa blanca” y “Huayquique”.

Ya en Iquique, Matías llevó a Martina a El Morro, explicándole que desde ahí se comenzó a formar la ciudad de Iquique y que ese era el barrio más antiguo de la ciudad. Siguieron rumbo al centro de la ciudad y se estacionaron cerca de la plaza, específicamente en la calle Gorostiaga. Desde ahí fueron caminando hasta la Plaza Arturo Prat, donde Matías inicia con la siguiente información turística para Martina:

—Esa es la Torre Reloj de cuatro caras y está ahí desde que esta zona era peruana. La construcción de la torre se aprobó el año 1877 y se construyó en el año 1878. A principios del año 1879 comenzó a funcionar, poco antes del inicio de la guerra del Pacífico. La torre fue diseñada por Eduardo de Lapeyrouse y el Reloj fue importado desde Inglaterra, llegando en diciembre del año 1878 en el vapor llamado “Ibis”.



## **TORRE RELOJ**

### **“INFORMACION POSTERIOR A LA EPOCA DE LA OBRA”**

**La torre del Reloj fue restaurada en el año 2013**

**Por el Ministerio de Obras Públicas de Iquique**

**Bajo la supervisión de la Inspectora Fiscal**

**Arquitecta “Catalina de las Nieves Meza Arriagada”**

—En el año 1880 hubo un incendio acá en el centro de la ciudad y como estaban las construcciones muy cerca, estuvo a punto de quemarse; se salvó por poco. Dado el peligro que presentaba la cercanía de las construcciones, decidieron ampliar la plaza al tamaño que está

ahora; de esa manera, dejaron un espacio protector en caso de cualquier otro siniestro semejante. Anteriormente existió un reloj que estaba en la iglesia Matriz y ambos se quemaron en un incendio ocurrido el año 1873. Por eso se tomó la decisión y finalmente se logró construir esta histórica Torre Reloj que ves. ¿Te gusta Martina?

—La verdad Matías, es que no te quise interrumpir, porque ponía atención a los datos que me entregabas. La encuentro preciosa, porque es totalmente de madera. ¡Imagínate que la toma el fuego! ¡Sería terrible! (dice Martina)

Caminaban lentamente por la plaza mientras Martina fumaba un cigarrillo. Matías aprovechaba de tomarle fotos junto a las reliquias históricas, las cuales se encontraban dentro del perímetro de la misma plaza, como por ejemplo el edificio de “El Círculo español”, “El Club Croata” y también el Hotel Arturo Prat, para luego quedarse en el Teatro Municipal de Iquique. Matías le dice muy emocionado:

—Martinita, este antiguo e histórico teatro se llama “Teatro Municipal de Iquique” y fue construido en el año 1889 por los hermanos Soler. El diseño arquitectónico es neoclásico y corresponde al arquitecto Bliedershausen. ¿Sabes?, antes existió un monasterio en este mismo lugar, el cual se quemó en el gran incendio del año 1873 ¿Qué te parece?



**TEATRO MUNICIPAL DE IQUIQUE**

### **“INFORMACION POSTERIOR A LA EPOCA DE LA OBRA”**

Actualmente el Teatro municipal de Iquique está protegido por la Ilustre Municipalidad de Iquique, organización que financia su preservación con aportes a través de la Corporación Municipal de Desarrollo Social de Iquique.

El año 1987 fue restaurado completamente y declarado Monumento Nacional.

Además, en el año 1994 se creó la agrupación “Amigos del Teatro Municipal”, que obviamente se preocupa de su preservación para nuestras futuras generaciones.

Desde el año 2010 se encuentra en proceso de restauración y participan muchos profesionales del área, pertenecientes a la Municipalidad de Iquique, incluyendo entre ellos a la Arquitecta Master en Patología de la Edificación y Técnicas de Rehabilitación Catalina de las Nieves Meza Arriagada.

—Es de verdad precioso Matías. ¿Está como museo o se le da otro uso? (dice Martina)

—En realidad, actualmente se usa como cine y se hacen también espectáculos, graduaciones de la Universidad y cosas así (dice Matías)

—Ojala lo cuiden y protejan. Ya me has hablado de varios incendios que han arrasado con construcciones históricas, de manera que si algo así ocurriera, esto estaría perdido. Además, la exposición a esos siniestros se acrecienta con tanta visita, porque la juventud está muy inconsciente y pueden fumar aquí (dice Martina)

—¡Ay!, por Dios, no digas eso. Martinita, por favor no se te vaya a ocurrir fumar, ni siquiera aquí afuera (dice Matías).

—Aquí en este teatro se dieron obras muy importantes, Martina. Fíjate que fue inaugurado el 21 de Diciembre del año 1889 y se presentó en aquella oportunidad, la ópera “Il Trovatore” de Giuseppe Verdi, a cargo de la Compañía de Teatro Lírica de nombre “Signore Grandi”; obviamente de nacionalidad italiana. ¿Habías escuchado de ella? (dice Matías)

—La verdad Matías, soy muy ignorante en cuanto a cosas líricas, óperas y toda esa cultura. Oye Matías, hay algo que me sorprende y es que todo es de madera (dice Martina)

—La gran parte Martina, es así. Esto está construido en pino oregón canadiense, cañas, arcilla y conchuela molida. Estos materiales son los que predominan en la estructura total de su construcción, excepto su interior, que si es casi todo madera. ¿Ves esas cuatro figuras femeninas ahí arriba en la fachada?, representan cada una a determinada estación del año; por ejemplo, ahí tienes verano, otoño, invierno y primavera (dice Matías, indicando las esculturas)

Luego entran al Teatro Municipal que estaba abierto, pero no había evento alguno y tampoco se veían personas. Matías hace una previa y disimulada revisión de reojo a Martina, para ver si estaba fumando o tenía alguna intención de hacerlo, claro que de manera muy sutil, porque a la hora que Martina se da cuenta de su desconfianza y más aún que habían conversado al respecto, hasta ahí nomás le llegaba la paz del día. Al no ver gente a cargo del teatro, entraron solo unos metros para no sentirse intrusos, ya que eran ambos muy respetuosos. Matías dice:

—Esta, Martina, es la entrada principal y por aquí entraban los pechugones de la época, a ver las obras que se presentaban en sus tiempos (dice Matías)



**ENTRADA PRINCIPAL**

**(TEATRO MUNICIPAL DE IQUIQUE)**

—¡Que inmensas puertas Matías! Me estoy imaginando cuando había un espectáculo importante y estas estaban abiertas. Parece que veo la gente entrando muy arreglada con vestidos de la época y el murmullo de la muchedumbre; hasta parece que lo escucho. Tiene que haber sido muy lindo todo esto, en ese tiempo (dice Martina)

—¡Ah claro!, da esa sensación. Mira, es un pasillo lateral circular, ¿ves?, este te lleva a los palcos y en ese salón del fondo, seguramente se sentaban a fumar los empresarios de aquella época, mientras pasaba el intermedio de la obra (dice Matías)

—¡Sí, es precioso! Por fuera no parece todo lo que es por dentro; bueno, al menos a mí parece. Pero toda esta madera tan linda y todos sus detalles son preciosos. En aquella época, tiene que haber sido todo un lujo frecuentar este lindo teatro (dice Martina)

—¡Ah!, por supuesto; seguramente lo podía hacer la gente más rica en forma frecuente. Acuérdate que aquí se hacían obras de teatro, de manera que no creo, haya sido tan continuo o diariamente el uso de este (dice Matías)



### INTERIOR - TEATRO MUNICIPAL DE IQUIQUE

—¡Qué lindo Matías!, que precioso es por dentro. Observa el escenario, ahí me hubiese gustado modelar. Le daría un toque especial a una revista de modas (dice Martina)

—¡Sí!,.... tienes razón, me parece que te veo con tu baby doll blanco, modelando graciosamente para mí, ja, ja, ja. Es broma mi francesita, no te enojés. ¿Sabes?, ese escenario tiene 12 metros de frente por 15 metros de fondo y de alto, 17 metros. ¿Qué te parece?, puede modelar hasta un elefante ahí, ja, ja, ja (dice riendo Matías)

—Esa antigua y hermosa lámpara, dicen que pesa cerca de trescientos kilos. ¿Ves?, es gigantesca (dice Matías)

—¡Sí!, y también me llama la atención lo hermoso del decorado del cielo, lo encuentro maravilloso (dice Martina)

—Dicen que tiene un foso para la orquesta, claro desde aquí no se alcanza a ver. ¿Quieres que entremos al fondo? (dice Matías con cara pícara)

—¡Nooo!, puede haber un cuidador que se moleste y nos quiera sacar y tus reacciones no son muy pacíficas Matías. Observemos desde aquí mejor ¿Quieres? (dice cariñosamente Martina)

—Ok, como quieras Martina. Lo más extraordinario, es que el escenario tiene partes móviles; se pueden bajar, subir y mover partes. Dicen que es increíble aquellos que lo han visto y eso me gustaría ver. ¿Te atreves Martina? (dice Matías)

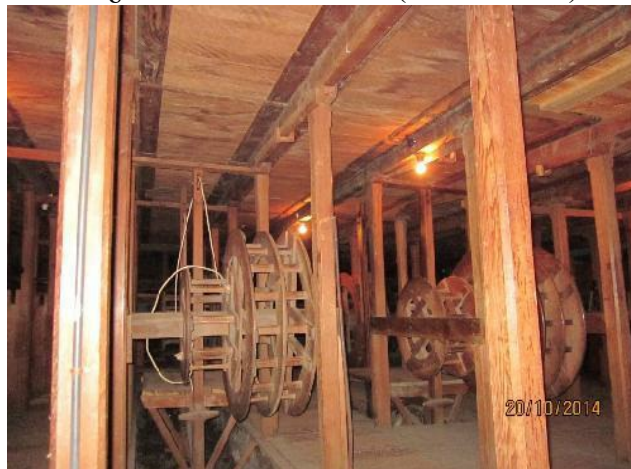
—¡No Matías, ya te dije!; no quiero exponerme a pasar un mal rato; ya habrá una buena oportunidad.... ¿Tú crees de verdad que este viejo teatro tenga un escenario móvil? (dice Martina)

—Pero por supuesto. Un amigo lo vio y dijo que tiene un tremendo aparataje en base a un mecanismo gigantesco de madera, con engranajes y roldanas, que lo hacen genialmente singular y permite varias acciones de como regular los pisos del escenario y no sé si otras partes. Sería increíble ver eso en pleno funcionamiento, ¿no crees Martinita? (dice Matías)

—Sí, pero creo que sería más genial para ti que para mí, debido a que se te nota el interés por estas cosas históricas. A propósito Matías, estas cosas que se supone tan valiosas como tú dices, ¿las organizaciones de gobierno las protegen? (dice Martina)

—Pero por supuesto que sí mi amor; el modo de hacerlo, es designarlas como bienes en estado especial, de manera que pasen a estar protegidas. Con el tiempo, este teatro lo van declarar Monumento Nacional, si es que ya no lo está. ¡Buena tu pregunta Martina! Voy a averiguar eso. Estamos en los ochenta ya, así que voy a ver si están protegidos estos patrimonios públicos que pertenecen a todos (dice Matías)

—¿Sabes Matías?, no me gusta ser una traba tonta y menos truncar tus deseos, de manera que no voy a ser impedimento para satisfacer tú curiosidad. En realidad vale la pena un reto, a cambio de ver eso que tú dices. ¿Vamos al escenario? (dice Martina)



## **SISTEMA DE CONTROL Y MOVIMIENTO DEL ESCENARIO**

### **(TEATRO MUNICIPAL DE IQUIQUE)**

Martina ya un poco sofocada por el calor, dice a Matías que salgan a tomar aire fresco y sol. Este accede con gran comprensión, sintiéndose culpable por arrastrarla a ese tipo de turismo, que tal vez a ella no le gusta y a él tanto lo apasiona. En su respuesta, Matías le da a entender de



alguna forma aquello y ella capta el sentido de sus palabras, diciéndole cariñosamente que igual lo acompañaría si solo a él le gustara, pero en realidad esos paseos le habían despertado cierta inquietud y el deseo de conocer esas cosas antiguas, que tienen tanta historia conocida y maravillosa. Agrega además, que debe haber más historia detrás de ellas, que nadie informa y finalmente se morirá esa información en el tiempo, junto con la persona.

Matías se queda pensando impresionado por lo que había dicho Martina, encontrándole mucha razón y entendiendo también, que la historia que uno sabe, es aquella que ha predominado en el tiempo, porque a veces hay diferentes versiones o interpretaciones. En ese momento promete a Martina, que tratará de no aburrirla mostrándole muchas cosas históricas, pero en el fondo sabía que sería muy difícil para él, toda vez que estaba enamorado de la zona y aunque no había nacido en Iquique, era un “Iquiqueño de corazón”, amante de su tierra y de su pasado histórico.

Luego invita a Martina a tomar helados y caminar por la calle Baquedano. Mientras caminaban tomados de la mano en dirección al mar, disfrutando de ricos helados de chocolate, Matías le cuenta un poco sobre las construcciones más antiguas y de similar arquitectura, que veían:



### **PASEO BAQUEDANO DE IQUIQUE**

#### **(ANTIGUA CALLE BAQUEDANO DE IQUIQUE)**

—Mira mi amor, que linda arquitectura de las casas. Toda esta avenida no es tan antigua, porque la mayoría de las construcciones datan de los años 1880 al 1920 (dice Matías)

—Antes, ¿que había Matías?, ¿eran terrenos pelados?, es decir, ¿no habían construcciones en esta zona? (dice Martina)

—¡No!, no eran terrenos desocupados; habían casas, pero fueron consumidas por incendios que al parecer eran bastante comunes. Además hubo terremotos que causaron estragos en esa época (dice Matías)

—Oye Matías, ¿eran casas igual a las que hay ahora o más chicas? ¿Te acuerdas tú Cuando caminabas por aquí?, ja, ja, ja (dice y ríe Martina)

—Me imagino que es una broma Martina, ¿cómo voy a acordarme!, si no soy tan viejo ¿o sí?, ja, ja, ja. Lo que pasaba, es que la gente de más recursos y de la clase alta de esos tiempos,

comenzó a construirse viviendas acá, razón por la cual son tan grandes y hermosas. Tengo entendido, que existió una ordenanza para mantener la misma línea arquitectónica de la época, obligando también a usar el mismo material y los principios existentes de construcción. Eso es lo que cuenta la historia y no que yo me acuerde. (dice Matías)

—Esa gente que tú dices, que era de mucha plata, ¿eran de Chile o extranjeros? (dice Martina)

—En realidad, se sabe que pertenecían a gente extranjera, comúnmente de nacionalidad inglesa y norteamericana, que por supuesto ya tenían mucha plata y llegaron a esta zona atraídos por la explotación del salitre. No obstante, también existió gente adinerada de la zona, que edificó acá (dice Matías)

—¡Mira Matías!, esa casona de la esquina sí que es enorme. Es preciosa, ¿cómo será por dentro (dice Martina)



### **PALACIO ASTORECA**

—Eso es un palacio Martina. Es el conocido Palacio Astoreca y para mí tiene una historia muy triste, porque un acaudalado empresario del salitre lo mando a construir para vivir con su mujer iquiqueña, también de familia muy acaudalada. Antes de terminar la construcción y faltando muy poco, murió en el año 1904, de un certero ataque al corazón (dice Matías)

—Que lamentable Matías. Su construcción debe haber durado muchos años, Tanto esperar y justo que queda poco para terminar, como tú dices, ¡morir! ¡Es terrible! ¿y porque se llama así? (dice Martina)



### **HALL Y ESCALAS**

**(PALACIO ASTORECA)**

—Este palacio por dentro es hermosísimo; ya lo verás. Ven entremos (dice Matías)

En el momento que ingresaban, Matías le cuenta que esa casona se llama “Palacio Astoreca”, en honor a la persona que lo mando a construir, que era un acaudalado empresario de origen Vasco, llamado Juan Higinio Astoreca. Posteriormente, su viuda esposa y sus cinco hijos se fueron a Valparaíso. Después, el año 1909 se vendió este palacio al Gobierno de Pedro Montt y se destinó a la intendencia, como Sede y residencia del Intendente de esa época (dice Matías)



### **SALÓN COMEDOR**

**(PALACIO ASTORECA)**

—Mira Martina, que maravilla; es el comedor del Palacio. Observa las maderas trabajadas, que delicia de arte. ¡Lo encuentro único! (dice Matías)

—Igual es triste la historia Matías, no me gustó. ¡Oye!, ¿es impresión mía? o se parecen bastante todas las casas, claro que hay unas más grandes que otras (dice Martina)

—Sí te fijas y observas bien, son similares las construcciones en lo que respecta a su arquitectura exterior; no es solo tú impresión. Es así; todas estas casas son del estilo “georgiano”. Se dice que esta arquitectura es debido a la influencia extranjera, de la misma gente que pobló esta avenida antiguamente (dice Matías)

Matías estaba un poco cansado de tanto observar detalles y lo mismo parecía pasarle a Martina, de manera que le pregunta si está de acuerdo en dejar hasta ahí las visitas e ir a divertirse a alguna parte. Ella acepta encantada y le sugiere con cara de gata mañosa, primero ir a comer algunos marisquitos. Matías con cara de goloso y malicioso, enronquece la voz y le dice en tono de susurro fuerte, que ella sabe cómo se pone cuando come mariscos. Entonces Martina, le dice que por eso quiere ir y ojalá el coma muchos. Ambos ríen a carcajadas y parten rápidamente tomados de la mano, con dirección al Mercado de Iquique.

Cuando llegan al Mercado Municipal, Martina lo encuentra muy lindo, porque le gustó mucho su forma arquitectónica. Al desconocer su arquitectura, le pregunta a Matías al respecto. Este contesta muy feliz, al ver el interés en ella.



### MERCADO MUNICIPAL DE IQUIQUE

—¿Sabes Martina?, a mí también me gusta mucho porque es como diferente a todo. Cuando alguien me pregunta o me habla de este Mercado, su forma estructural de inmediato se me viene a la cabeza. Su arquitectura, en realidad no tengo idea a que estilo corresponde, pero se me imagina que está un poco relacionado con el estilo colonial español o mexicano; claro, son solo ideas mías sin fundamentos ni conocimientos.

—Verdad,... ¿parece?...Ahora que lo dices, también pienso lo mismo. No se ve tan antiguo y parece que nada tiene que ver con el estilo Georgiano de Baquedano y el pino “orejón” (dice Martina)

—Ja-ja-ja..... ¡Es oregón! ja-ja-ja ¡Es pino oregón! La madera, Martinita, no se llama orejón. Orejones son los conejos, ja-ja-ja. ¡Aaaah!, me acordé de aquella vez que me hiciste

disfrazar de conejo y tú fuiste mi zanahoria, ¡fue bueno eso!, ¿podríamos repetirlo? (dice Matías)

—Ay Matías por dios; te has puesto tan vicioso de mis juegos,...pero me gusta que te gusten, ja-ja-ja. Entremos ya, la verdad es que tengo bastante hambre (dice Martina)

—Bueno, pero antes deja decirte, que este Mercado fue construido en el año 1930 y reemplazó a otro llamado “La recova”; por supuesto era más antiguo y además estaba en otro lado, precisamente en la manzana que esta frente a la plaza Condell, entre Serrano y Tarapacá. Ahora entremos Martina, que quiero comer unos ricos locos y una paila marina con harto pebre nortino, de ese bien picante con locoto (dice Matías).

Como dos felices enamorados entran riendo al Mercado, después de ser convencidos por una de las publicistas, que competían en invitarlos a comer en su picada. Estas personas publicitaban sus comidas con diferentes y novedosos artes del convencimiento. Utilizaban las más diversas formas para ello, atribuyéndole poderes mágicos a sus platos y simpáticos nombres, como quita pena, levanta muertos, triple acción, vale otra y por último, el indio pícaro. En el local elegido, regalaban una polera larga hasta los muslos, ideal para disfrazarse de “indio pícaro”, convenciendo ésta última opción a Matías, quien pensaba utilizarla en alguna de sus obras con Martina.

La comida en el Mercado era muy buena y coincidían ellos, que en el sabor de los platos se notaba una mano de “mamá”. Se sirvieron una entrada de locos mayo para ambos, paila marina para Matías y pescado frito con ensalada chilena para Martina. Acompañaron todo con vinito blanco heladísimo, casi congelado, como le gustaba a Matías. También harto pebre picante con locoto y crujiente marraqueta.

Después de comer con mucho apetito, mientras trataban de terminar el resto del vino, Matías pidió cuatro Jaibas para picar. Estaban muy satisfechos, pero comían forzosamente para que el vino no los embriagara, según decía Matías. Este, como siempre pensaba en todo y a futuro, guardó de las jaibas las dos tenazas más grandes, para otro rodaje en alguna de sus obras con Martina.

Al abandonar el Mercado satisfechos y algo mareados, Martina, en una actitud muy mañosa y casi arbitraria, dijo a Matías que su sueño en esos momentos era pasear en bote. Matías, que en nada la contradecía, con cierta inseguridad no demostrada ni explicada, aceptó, dando como idea un paseo a la Boya. De manera tal, que al pequeño muelle de pasajeros se dirigieron.

Una vez que llegaron en auto, se estacionaron en el camino que daba al Puerto de Iquique, mientras Matías contaba a Martina lo siguiente:

—Este embarcadero Martina, es llamado “Muelle de pasajeros”. Existe desde el año 1901. Fue hecho y utilizado para que atracaran los botes que traían pasajeros, que venían o iban a bordo de los barcos que circulaban en el Puerto de Iquique. Esto se hizo necesario por la gran afluencia de ellos, debido al auge del salitre en esa época. Su construcción se atribuye a Federico Sparenberger o a Pascal Lefrenz; no hay seguridad al respecto. Y fijate Martina, también está fabricado con “pino orejón”, como tú dices, ja-ja-ja (dice Matías)

—¡Es pequeño! ¿Está todo construido con pino oregón? (dice Martina)



### MUELLE DE PASAJEROS DE IQUIQUE

—¡Ah!, dijiste bien pino oregón. No es todo madera, Martinita; las bases o pilotes son de metal, porque de lo contrario, ya no existiría nada por el desgaste que produce el agua. En realidad es pequeño, pero para los fines que fue construido sirvió y actualmente sirve mucho para la misma función. No te engañes sobre su importancia; fue grande para la época y eso se reconoce. De hecho, en el año 1915 fue declarado “Monumento Histórico Nacional”, precisamente el 15 de Mayo.

Luego de trazar los valores con un botero, suben a una embarcación mediana, para veinte personas. Les pasan unos viejos salvavidas, que dan cierto problema al ponerlos. Mientras Matías luchaba con las amarras de su propio chaleco, tres hombres, más el botero, intentaban hacer lo mismo con Martina. Esa situación incomodaba mucho a Matías, que intentaba pronto terminar con el suyo para socorrer a Martina. Sin embargo, ella al parecer no estaba molesta sino agradada, toda vez que su risa y su cara, encontraban graciosas las bromas que se escuchaban. Ella quizás nada entendía de lo que pasaba, según pensaba agriamente con el ceño fruncido Matías.

Ya iba el bote navegando en camino hacia la Boya y Matías sentía que le había subido la presión y estaba algo descompuesto; al parecer, por pasar tanta rabia con el asunto de los chalecos. De todas formas, contaba a Martina proezas de la Marina Chilena de esa época. De pronto se distingue la boya en toda su magnitud y Matías que estaba muy molesto y enojado con el botero, mientras el hombre de mar cumplía informando detalles del combate naval de Iquique a los pasajeros, este, muy fuerte, también contaba su versión a Martina; todo, con el propósito que solo lo escuchara a él. De tal manera, mientras más fuerte hablaba el botero, más subía el tono Matías.

Mientras continuaba la travesía, los pasajeros estaban más entusiasmados con la guerra en vivo, que con la histórica batalla pasada. Los férreos oponentes para ser escuchados ya no hablaban, sino que gritaban su propio cuento cada vez más alto, ante los ojos desorbitados también de la tripulación y pasajeros. Por fin la constante y acalorada competencia logró una decisión, ganando el botero por abandono de Matías, quien, entre vómito y gritos término su versión, manchando a Martina con los productos consumidos del mar y el alcohol.

El botero marino continuó victorioso con el pecho inflado, contando la gesta heroica allí acontecida, sobre la pequeña gran “Esmeralda” nunca rendida. Mientras Matías a Martina socorro pedía, colgando su cabeza por la borda entre vómitos y arcadas, compartiendo con el mar todo su almuerzo del día, incluido el vino, el pan y el pebre que había.

Al pobre Matías, al parecer, no lo acompañó su cuerpo ni organismo para la travesía. Obviamente, tampoco estaba preparado para un combate de esa magnitud. Era casi predecible un resultado parecido, ante el volumen del alcohol ingerido y el vaivén del bote, por lo cual sucumbió al combate con su último esfuerzo. Ya navegaba de regreso el bote y Matías producto de todo lo anterior vomitaba y vomitaba, terminando cada acción en un grito desgarrador, que no se sabía si era producto del esfuerzo del diafragma o grito de rabia. Para muchos, era más probable una reacción de rabia, debido al involuntario abandono de su propia batalla, no siendo capaz de emular la hazaña de la “Esmeralda”, que nunca evadió combate alguno, ni se rindió en batalla.

Ante reclamos, el bote tuvo que repetir el viaje como corresponde y los pasajeros turistas recibir la información histórica que se contaba. Todo esto a mitad de precio, de manera que los boteros obtuvieron más ganancia de lo esperado, ya que no había más pasajeros para ese día. Por tal razón, agradecían después de todo la asistencia del colérico y enfermizo pasajero, no pudiendo decirselo en persona, al alejarse rápidamente Matías del muelle en forma tambaleante y lastimera, apoyado en Martina como su único sostén.

Al rato, en actitud miserable y triste estaba sentado en su auto, con los ojos rojos y su tez blanca como la leche o mejor dicho como queso de cabra, por el mal olor que despedía su cuerpo regado en vómitos. Esperaba su recuperación estomacal junto a Martina, para tener la capacidad de conducir e iniciar su regreso a la casa en la pradera.

Luego de una hora reposando sentado en el auto, mejor se sintió. Aun siendo temprano optaron por irse, ya que Martina también estaba mareada y el olor a vómito, más el alcohol y las tenazas de jaiba que no cayeron al agua, hacían un conjunto de hedor tan desagradable, que ninguno podía ignorar. Es así, que con todos los vidrios del auto abajo y a gran velocidad, alcanzaron a llegar a casa sin vomitar.

Esa tarde apenas llegaron a casa, por supuesto de inmediato se bañaron, durmieron siesta, no cenaron, pero sí un tecito recuperador se tomaron.

Ya Más tarde, a eso de las once de la noche, casi totalmente recuperado Matías, propuso a Martina aunque ya lo tenía listo y decidido, jugar el juego del indio pícaro que había inventado. Ella dijo que no, con cara de sí. Matías, esos mensajes claramente se los entendía, persiguiéndola con gritos de indio por el interior de la habitación, llevando puesta solamente la polera blanca hasta los muslos; aquella que le habían regalado en el mercado. Martina no entendía mucho o nada del fundamento del juego, pero cuando Matías logro alcanzarla y la atacó como un salvaje indio en pie de guerra, comprendió realmente el espíritu del novedoso juego.

Posteriormente, ambos muy cansados por el trajín del paseo, sucumbieron al sueño y se despidieron hasta el otro día, pero antes Matías deseó mejor suerte para su vida, porque ese último tiempo decía a Martina, le había ido muy mal, refiriéndose al desagradable episodio de la camisa y ahora del bote. Martina, con actitud maternal lo beso y abrazó, diciéndole que no todos los días eran iguales, que había que aceptar los buenos y los malos, porque era así la vida. Durmieron abrazados toda la noche como dos enamorados, envueltos en el aroma perfumado de Martina.

Al día siguiente que era domingo, Martina y Matías se levantaron muy temprano, comparado con otros días, porque no habían trasnochado el día anterior, de manera que los ánimos, actitud y

vitalidad estaban al cien por ciento. Luego de tomar un rápido desayuno, reúnen todo lo que creían necesitar en Iquique, suben al auto y se dirigen al centro de la ciudad nuevamente, con el fin de ver otras obras históricas.

Martina vestía un pantalón blanco, una blusa morada, zapatos blancos de medio taco, un fino pañuelo celeste y plateado de origen francés y un hermoso sombrero blanco con amplias alas, de presencia muy elegante. Matías por su parte, vestía un exquisito pantalón de mezclilla color blanco, una camisa azul oscuro, mocasines blancos y un sombrero blanco con huincha ploma, tipo tanguero. En el auto, con los vidrios abajo y escuchando vales peruanos, se dirigieron llenos de ánimo a la ciudad.

Al paso Matías, le muestra la “playa Seremeño”, diciéndole que tenía muy poco atractivo y que se usaba generalmente para pescar. Pasan velozmente y Martina la ve con poco entusiasmo, encontrando cierta razón, ya que a simple vista no observaba nada interesante en ella.

Luego Paran en “Playa lobito”, ingresando desde la carretera hasta estacionar en el borde de esta. Para lograr aquello, fueron sorteando las partes blandas, con el fin de no enterrarse en los pozos de arena que existían. Una vez ahí, Matías le dice:

—Esta playa Martina, la conocía con el nombre de “playa el hoyo”; te abras dado cuenta porqué, pero en realidad se llama “Playa Lobito”.



### **PLAYA LOBITO (ya con acceso de auto)**

—¿Cómo es posible bajar aquí? Es muy empinado y parece que es solamente arena (dice Martina)

—Así es. La bajada es toda arena blanda y la única forma de bajar es a pie. Existe por el otro lado una forma de bajar en auto, pero no hasta la playa misma; de hacerlo, el auto quedaría más lejos que dejarlo aquí arriba (dice Matías)

—¿Has venido a esta playa a bañarte? ¿Cómo será ahí abajo? (dice Martina)

—Una vez vino toda mi oficina y otras más, de paseo aquí; fue hace mucho tiempo. Ahí abajo hace un calor tremendo, es como un horno. Este cerro y todo su entorno forman una especie de biombo. Imagínate como se encierra el calor sin viento. Ahí se logra una temperatura genial para la playa (dice Matías).

—Aquella vez vinimos de paseo a comernos un asado y varios viejos se embriagaron. Unos eran bastante gordos y no podían subir, de manera que con un cordel largo amarrado a su ancha



cintura, uno a uno los fuimos subiendo, claro que no se podía de un solo tirón. Los subíamos poco a poco y estos viejos se enterraban, rodaban, se caían y se iban de espaldas. Fue una de las cosas más graciosas del paseo (dice Matías)

—¿Viene mucha gente a esta playa Matías? (dice Martina)

—La verdad es que no. Ha de ser por lo complicado de su acceso. Imagínate con niños, mujeres, gente mayor y además la cantidad de cosas que traen. Porque aquí la gente no va a la playa solo con una toalla; se van por todo el día, toda la familia y hasta con los perros.

—Hummm, que entretenido; deben pasarlo maravilloso (dice Martina)

—¡Eso sí!, yo he visto unas familias enormes y lo pasan chanco; mejor aún, lo pasan los niños (dice Matías)

Siguieron viaje conversando cosas triviales, escuchando música y cantando. Pronto, sin darse cuenta ya iban entrando a la ciudad. Matías le dice que observe esa playa ancha que se ve y luego agrega:

—Esa es llamada “Playa Brava” y como su nombre lo indica, ¡es brava! y por esa razón no es apta para el baño. La utilizan para tomar sol, jugar a la pelota, para correr y pasear mascotas.



## **PLAYA BRAVA**

—Es enorme Matías y tiene harto espacio de arena muy blanca (dice Martina)

—Es una o la más grande de Iquique. Muchas personas vienen a correr y entrenar. Los colegios y otras entidades también la usan para competencias y juegos diversos. El problema, es que dentro del agua hay muchos hoyos y las corrientes son muy fuertes y traicioneras, aún en la parte baja. Por eso no es adecuada para bañarse; ¡es muy peligrosa!

Ya pronto llegan al centro de la ciudad y se estacionan nuevamente en la calle Gorostiaga; se bajan y Martina lleva su máquina fotográfica. Tomados de la mano se dirigen la plaza Arturo Prat, acercándose al edificio de la Protectora de Empleados de Tarapacá. Matías dice:



## **SOCIEDAD PROTECTORA DE EMPLEADOS DE TARAPACA**

### **INFORMACIÓN IMPORTANTE POSTERIOR A LA ÉPOCA DE LA OBRA**

“Monumento Nacional desde el año 1998”

Actualmente ha sido restaurada parcialmente por la empresa “Restauro”

A cargo de la Arquitecta “Catalina de las Nieves Meza Arriagada”

—Martina, ese lindo edificio es muy singular; contempla gran parte de ladrillos en su estructura, lo que no era muy común en la arquitectura de esa época. Su construcción se inició el año 1911 y pertenece a la “Sociedad Protectora de Empleados de Tarapacá”, ¿te gusta?, yo lo encuentro muy bonito.

—De verdad su frontis es muy bonito y es como imponente; me gusta bastante. Lo que me impresiona Matías, es que todo aquí alrededor de la plaza es muy histórico e importante. Y con respecto a este edificio, ¿qué sociedad es esa que tú dices? (dice Martina)

—Sucede Martina, que en la época del salitre existía un desorden o más bien dicho no había respaldo para los trabajadores del salitre, entonces, como era un movimiento social importante, se creó en el año 1891 la “Sociedad Protectora de Empleados de Tarapacá”. Seguramente, fue con el propósito de regular, organizar, respaldar sus trabajos, darle atribuciones, responsabilidades, derechos y todo lo que involucra un trabajo remunerado. Posteriormente se les construyó este edificio como sede. Es importante la sociedad que te digo, por lo que significaba socialmente para el Norte salitrero, como también su edificio. Este que tú ves, es uno, o tal vez el primer edificio sindical de todo el país (dice Matías)

Luego Martina prende un cigarrillo y caminan por la plaza, alterándose la masculinidad presente, que ese día domingo era mucha, ya que todos los domingos en Iquique se desfilaba en la Plaza Arturo Prat. Se turnaban las Instituciones Armadas para ello y estas eran acompañadas por colegios, jardines infantiles e instituciones públicas y privadas. En realidad, todo Iquique desfilaba; hasta los asilos de ancianos.

Martina, mientras caminaba con su cadencioso y gracioso andar, cientos de ojos seguían su ritmo, observando su precioso pantalón blanco y lo que cubría, que no mentía; era tal cual. Muchos niños cayeron por descuido de sus padres y las tropas descuadraron su recta posición, tratando de ver mejor. Por suerte, un capitán de ronco hablar llamó al orden con severa voz y las señoras esposas de los descuidados padres, cual estricto sargento, ordenaron sus filas. Así Martina y Matías pudieron atravesar la plaza más tranquilos, hacia el Casino Español y el Club Yugoslavenski Dom, que eran los próximos objetivos en su misión.



### **CASINO ESPAÑOL**

—Ese edificio de la esquina es el Casino Español de Iquique y data del año 1904; fue construido por el arquitecto “Miguel Retornano”, bajo el estilo Morisco español. Se dice que es una de las construcciones más lindas de Iquique, al menos en cuanto a su ornamentación interior.



### **CLUB YOGOSLAVENSKI**

## **INFORMACION IMPORTANTE POSTERIOR A LA OBRA**

(ACTUALMENTE CLUB CROATA)

DESDE EL AÑO 1998 SE CONVIERTE EN “HRVATSKI DOM”

—Ese edificio del rincón Martina, es otro club social o casino y se llama “Yugoslavenski Dom”. No tengo historia de él, sin embargo, te cuento que es un Casino yugoslavo. Una vez hicimos una cena por la Fuerza Aérea ahí y todo era gigante. Por ejemplo, nos sirvieron de aperitivo, un vaso para bebida lleno de “mango sour” o podía ser “pisco sour”; luego nos trajeron una mitad de palta reina y era la palta más grande que había visto en mi vida. Todos hacían risa de ello. Después, de plato de fondo, nos sirvieron asado con arroz árabe y la carne, no te miento, salía del plato. Todos nos comimos solo la mitad, por supuesto en medio de una risa general. Hacíamos bromas sobre el tamaño de todo, mientras comíamos con gran esfuerzo lo más que podíamos. Daba pena dejar tanta comida en el plato, además que estaba riquísimo. Esperamos hartos rato el postre, hasta que nos trajeron medio melón relleno con helados; era asombroso y groseramente gracioso (dice Matías)

—Después de quedar abotagados de tanto comer y agotadas las risas, fumábamos y conversábamos bebiendo un traguito largo. De repente se abre una puerta lateral y sale el Administrador para saber si habíamos sido bien atendidos; era un tipo enorme que medía cerca de dos metros y le calculamos unos ciento cincuenta kilos de peso. ¡Imagínate Martina! En medio de las espontáneas y estruendosas risas, nos explicábamos el porqué del tamaño de todo y también sus consecuencias evidenciadas en el gigantesco administrador (dice Matías)

—¡Que increíble!, ¿es verdad lo que me cuentas, Matías? o fantaseas un poco, ja, ja, ja (dice Martina)

—¡Es todo cierto, Martina! Durante muchos años nos acordamos de esa cena y nos reímos en la oficina (dice Matías)

—¡Ah, me acordé de algo! Ese hombre, el administrador, pronunciaba muy raro “Iquique”. ¿Tú sabes que significa el nombre de Iquique? (dice Matías)

—¡No, no!,....por supuesto que no Matías,.....¿de dónde? (dice Martina)

—¡En realidad!,.....discúlpame amorcito.....soy un cretino,.....pero esto es muy importante.

—La gente cree y yo creía también, que en la lengua “aimara” “IkI IkI” o ike ike, que significa “lugar de sueños”, como también “lugar de descanso”, daban origen al nombre de “Iquique”. Esto, por una cuestión fonética. Pero en realidad no existe ningún respaldo de estudio serio al respecto. Sin embargo, se dice avalado por estudios más serios, que “Iquique” podría provenir de la lengua “puquina”, propia de habitantes de Tarapacá, anteriores a los Incas, donde “ique” significaría señor o jefe. La pluralidad de la palabra “ique”, sería “ique-ique”, conformando finalmente el resultado de “Iquique”. Entonces, se atribuye hipotéticamente este resultado, al nombrar a dos grandes jefes o señores; al “ique”, dueño de las guaneras de la isla serrano y al “ique”, dueño de las minas de plata de huantajaya. De tal modo, al nombrar a los únicos dos señores de esta zona, se referían a ellos como los “ique ique”, lo que fonéticamente se transformaría con el tiempo en “Iquique”. O sea, cuando alguien venía acá, decía, voy donde el ique ique.

Mientras caminaban abrazados hacia el edificio de la Aduana, Matías terminaba de informar la hipótesis sobre el nombre de la ciudad de Iquique, sin que aquello impresionara a Martina. Esto era evidente, pues ella pregunta a Matías, que aves eran esas que revoloteaban alrededor de los árboles, sin referirse a la importante información que este recién había dado a conocer. Entonces,

Matías un tanto malhumorado, le dice.

—¿Tú te refieres a los “Patos yeco” seguramente? Esos pájaros en realidad han invadido Iquique y lo malo es que anidan en los árboles de la plaza. Hay gente que piensa que deben ser exterminados, porque son realmente una molestia.



### **PATOS YECO**

—¡Pero como!, ¿es posible eso Matías? Esas aves están aquí por una razón, por un motivo de la naturaleza y no por su propio gusto ni decisión. Están aquí por necesidad y es probable que esta sea alimenticia, ambiental o sobrevivencia. Lo que tú me dices, es atroz e inhumano (dice Martina)

—Entonces Martina, ¿qué harías tu para solucionar el problema con estos pájaros? Te digo que no es asunto menor, ya que estos patos destruyen los arboles con sus desechos orgánicos, ensucian todo y sus graznidos de chanco no son muy agradables (dice Matías)

—Bueno Matías, primero que todo, como seres humanos no podemos eliminar todo lo que sea obstáculo o nos cree un problema; menos cuando se trate de un ser vivo de nuestra misma naturaleza, porque todos pertenecemos a ella. Nosotros somos los seres racionales, de manera que es nuestra obligación encontrar una solución racional e inteligente, cuando nos vemos enfrentados a otro ser vivo menor que la naturaleza no le ha permitido razonar. Como seres de inteligencia superior que nos creemos, debemos proteger la naturaleza toda y agotar los medios y formas, para hacer que todos los ecosistemas que conforman la naturaleza funcionen de manera óptima. De lo contrario, destruiremos poco a poco la vida y finalmente nosotros somos vida. La muerte de cualquier ser vivo ocasionada o no evitada por la humanidad, para mí no tiene otro nombre que, ¡exterminio! (dice Martina, muy seria)

Matías compartía totalmente el fundamento que expresaba la enojada Martina y con cierto temor, le agrega información sobre los “patos yeco”, sin la seguridad que ella escuchara, porque parecía seguir pensando en que estos estaban condenados a muerte y extinción.

—Bueno Martinita, estos patitos son aves marinas y científicamente se denominan (*phalacrocorax brasilianus*) y tienen varios nombres, como cormorán, cormorán neotropical, cormorán negro, cuervo de mar, yeco, pato yeco, pato cuervo o patillo. Se encuentran en Centro América, Estados Unidos, México, América del Sur, las Bahamas, Cuba y Trinidad. ¿Te das

cuenta que es difícil que se extingan? Hay por todos lados en el mundo. Hay de sobra; unos menos, nada cambia, ja, ja, ja ¡Es broma! (dice Matías)

—¡Matías por favor!,...eso no es gracioso. ¡Una muerte, es una muerte Matías! No podemos justificar la muerte de un ser humano, esgrimiendo la tonta excusa que esa muerte no significa el exterminio de la raza humana. La muerte de un ser vivo que da hijos y hace vida,...¡matarlo!.... ¡Es terrible! (enojada dice Martina)

—Tienes razón Martinita, discúlpame. A veces pienso como un “ogro”. ¡Perdón! ¿Los ogros, son amigos tuyos también? Pregunto, para que no me retes de nuevo. ¡Ha!, se me olvidaba algo de los patos yeco. Estos patitos son monógamos y son muy felices con una sola patita. Claro que se pasan cayendo cuando les falta la patita, ja-ja-ja.

Matías logra sacar una sonrisa a Martina y deciden devolverse a comprar helados para pasar la rabia, antes de seguir su viaje turístico. De manera que se acercan a la plaza buscando cualquier tipo de helados. Matías hacía esfuerzos para que retornara la alegría de Martina, así que bromeando, decía que le compraría cinco mangos alegres para hacerla feliz y que se alegrara nuevamente.

Pronto vuelven a retomar el camino hacia el edificio de la aduana y Matías llevaba en sus manos dos helados más, que eran ambos “mango alegre”. Insistía en que los consumiera Martina, para reforzar el espíritu alegre que había perdido por el momento de rabia. Una vez que llegaron a la aduana, Matías dice:

—Martina mira eso; ¿es imponente, verdad? Ese grandioso edificio conocido como ex Aduana de Iquique, es el antiguo “Palacio Rimac”. Es reconocido actualmente como Monumento Histórico chileno y no hace mucho fue declarado Monumento Nacional de Chile, precisamente el 28 de Junio de 1971 mediante. Su estilo es denominado “clásico colonial”. Es como una fortaleza de piedra ¿verdad?



### **EDIFICIO DE LA ADUANA**

—Entonces,...¿es peruano ese edificio, Matías? (dice muy sorprendida Martina)

—¡No pues Martina!,... ¡fue peruano! Ahora es chileno.... y constituye uno de los históricos botines de guerra. Personalmente pienso así. Todas esas maravillas que te he mostrado en la zona son botines de guerra, adquiridos con sangre chilena de mucha juventud. Acuérdate que te cuente un día en casa, sobre la Guerra del Pacífico de Chile, contra la confederación Perú Bolivia. Así

comprenderás mejor en un contexto general, la rica e inmensa historia que guarda esta zona, de la cual te he mostrado solo parte (dice Matías)

—¿Sabes?, volviendo a este edificio, su historia es así. El presidente del Perú de esa época, don “José Balta”, ordenó construir este edificio en el año 1871, inaugurándose el 28 de Julio de 1876. Su destino de uso era como Prefectura Provincial de Tarapacá, Capitanía de Puerto y Aduana del Perú. El motivo que originó la construcción de este formidable palacio, fue la destrucción total de la construcción anterior que existía, a causa del maremoto ocurrido en estas costas durante el año 1868. También a esta fortaleza le dieron otros usos muy importantes e históricos para nosotros como chilenos. Perú lo usó de cárcel para mantener prisionero a 49 marinos chilenos, todos sobrevivientes de la Esmeralda. Asimismo, albergó el cuerpo de nuestro mayor héroe nacional, Arturo Prat Chacón, tras su muerte en el “Combate Naval de Iquique”.

—Este edificio Martina, además fue parte del Combate de la Aduana ocurrido el 19 de Febrero de 1891. Pero este corresponde a otra historia, que se refiere a la Guerra Civil chilena del año 1891, durante el gobierno del presidente Balmaceda.

Después de esa incursión histórica, decidieron almorzar rápidamente en el Mercado, con el propósito de ir después a la playa. Por lo tanto, se sirvieron solo una copita de vino para acompañar las lapas rebosadas, el caldillo de congrio y el pulpo mayo. Fueron a un local diferente del Mercado ésta vez, para tener más conocimiento y poder comparar calidad en la preparación de los mariscos.

Una vez satisfecha su hambre, sus antojos y caprichos, partieron felices a la playa de Cavanha, ubicándose esta vez al rincón izquierdo de ella, atraído por la quietud y agradable temperatura de sus aguas.

Se tendieron en las suaves arenas y reposaron el succulento banquete de productos marinos que habían almorzado. Depositaron tranquilamente su confianza en un pequeño quitasol arrendado, que luchaba estoicamente anteponiendo su pequeño diámetro de sombra al poderoso sol. Después de una hora a la exposición escudada del fuerte sol, sus cuerpos estaban ardientes y tostados por lado y lado.

Sin necesidad de chalas por estar tan cerca del agua, corrieron hasta la orilla de las olas que intermitentemente reventaban, para refrescarse del calor insoportable que sus pies y espaldas quemaba. Dentro del agua un tanto fría, ambos tomados de la mano hacían reiteradas sentadillas, para acostumar sus cuerpos poco a poco a la temperatura del agua.

Esta vez no permanecían tanto tiempo sin salir del agua, solo repetían la acción de bañarse cada una hora al menos. Nadaban y chapoteaban en medio de risas y tiernas muestras de amor. Así pasaban el resto de la tarde, compartiendo los reiterados baños, junto con degustaciones de berlines, barquillos, helados, lunitas y bebidas. Ellos no se daban cuenta, pero se les veía como una pareja de adolescentes enamorados; se notaba su relación indisoluble y el amor estaba posado como un aura sobre ellos.

Mientras estaban tendidos al sol, a Matías le pareció ver a Mañungo en los estacionamientos de autos, de manera que avisó a Martina de su visión y partió corriendo a cerciorarse. Efectivamente era Mañungo, con quien volvió conversando animadamente, como su mejor y gran amigo, sin importar que tuviera el mismo aspecto de mendigo de siempre; sucio, medio ebrio, andrajoso, chascón y fétido. Martina lo saludó un tanto fría, solo con un “hola que tal”, sin embargo, el respondió caballerosamente con “buenas tardes”, “disculpe mi presencia y espero que se encuentre bien”. Tal vez su presencia incomodaba a Martina, por importunar el momento espléndido de su relación amorosa, como también por lo desagradable de su aspecto. No

obstante, si así hubiera sido, sabía que tendría que evitar evidenciarlo ante Matías, quien se molestaba profundamente si alguien osaba ofender, importunar y menos maltratar a sus amigos, a quienes solo veía como personas, ignorando lo que poseían materialmente u ostentaban de vestimenta.

Debido a la inesperada visita, Matías dejó un poco de lado a Martina, quien aprovechaba de fumar y observar los niños jugando en la playa. Matías a veces trató de adherirla a la conversación, pero notando el poco interés en participar de ella, la ignoró y solo siguió conversando animadamente con Mañungo, a quien decía:

—Me da mucho gusto verte Mañungo, hacía bastante tiempo que no conversábamos, ¿Cómo lo has pasado?

—Bueno don Matías, aquí usted me ve, sin novedad. Mi vida es tan miserable como sencilla.... ¿Y usted, cómo ha estado? (dice Mañungo)

—La verdad Mañungo, muy contento como me ves aquí junto a Martina, la hermosa mujer que ha llenado mi soledad y mi corazón. Perdona mi patética respuesta, pero es la realidad de un viejo enamorado. Tú ya me conoces y entiendes que no suelo esconder la verdad, y la verdad, es que vivo tranquilo y estoy feliz; no lo puedo negar (dice Matías)

—Me alegra mucho don Matías. ¡Usted se merece eso! y más aún, por ser la gran persona que es (dice Mañungo)

Martina escuchaba todo atentamente, mientras parecía no prestar atención a la conversación. Volvía a entender, que Matías apreciaba de verdad a Mañungo y comprendía también, que tenía por pareja a un gran filántropo y mejor ser humano aún. Sensibilizada por todo eso, ofreció a Mañungo dulces que habían comprado esa tarde en la playa y bebida para aplacar la sed. Matías que era muy suspicaz, había captado todas las reacciones que causó la visita de Mañungo y muy satisfecho, aprobó silenciosamente con una leve sonrisa el gesto de Martina. Sabía que era gran cosa para ella haber vencido sus prejuicios, para dar paso a una respetable caridad, aunque fuera de manera forzada.

Al Rato, Martina se quedó dormida envuelta en su toalla. El sol ya no era tan poderoso y descansaba sobre el agua, porque la tarde se acababa. Matías hablaba en volumen más bajo de lo acostumbrado, calculado solo para oírse ellos dos en su distancia y decía:

—¿Sabes Mañungo?, quiero pedirte un favor. Pero antes que me contestes, necesito, entiendas que lo hago con el mayor de los respetos de amigo a amigo. ¿Qué me dices?

—¡Pero don Matías!, en lo que pueda servirle mi humilde persona, cuente ya con ello; ¡estar hecho! (dice Mañungo)

—Bueno Mañungo, por favor aún no lo des por hecho, pero espero así sea. La verdad, quiero ser muy honesto y directo contigo; espero no lo tomes a mal y menos te ofendas. Si no te apreciara como lo siento, te juro que nada te pediría (dice Matías).

—Estoy claro don Matías, dígame nomás para que soy bueno; ¿no me cree que lo haré? (dice Mañungo)

—Lo que pasa Mañungo, amigo, es que me duele verte así. Quiero que me entiendas bien, no me refiero para nada a tu persona. Me duele ver que tu futuro no tiene una esperanza y es nada más porque tú no se la quieres dar. Eres una persona muy joven y sé que tienes un gran espíritu; lo sé por la forma de expresarte y lo que dices. Las personas que poseen esa fuerza interior, suelen ser muy grandes. En tu caso, tienes que despertar y dejar salir de la prisión a tu otro yo, al poderoso, al grande, al invencible, al que quiere y debe vivir dignamente. ¡Tú lo mereces Mañungo! Querido amigo, quiero ofrecerte mi ayuda para lo que tú quieras emprender; sé que te será difícil, pero no



estás solo y está mi mano para sacarte del hoyo. Si quieres llorar en el proceso de cambio, estará ahí mi hombro; si caes nuevamente, estaré a tu lado para levantarte; si decaes mentalmente, estará apoyándote con mis viejos consejos y de lo material que necesites, no te preocupes, está todo para ti. En lo único que no puedo ayudarte Mañungo, es en tu espíritu, porque eso es la esencia de cada ser humano y tan propio de cada uno, que es imposible intervenir en él (dice Matías)

—No quiero que te incomodes ni te fuerces en hacerlo, si realmente no quieres; por algo te lo pido como favor de amigo a amigo. Eso eres tú para mí Mañungo; mi amigo y como tal, no puedo dejarte solo en tu camino sin rumbo. Dame la oportunidad de ayudarte y sentirme orgulloso de luchar junto a ti, de esa forma, mañana podremos decir somos un gran equipo, solo tú y yo, juntos, vencimos la adversidad (dice Matías)

—Sé también, que tal vez no es justo que te pida algo tan difícil para ti, ya que levantar el espíritu demolido es tarea enorme. Pero creo, es el momento en que debes pensar que el mar que te robó tus mayores cariños, no te puede vencer; no debe vencerte, porque no queda nadie de tu familia que lo derrote, solo estas tú. Si logras reponerte y ser lo que antes fuiste, triunfarás. No sería solo tuyo el triunfo, sino de todos los tuyos. Si tú mueres, el recuerdo de ellos y tu familia, morirá contigo. No creo que sea lo que quieras. No es necesario que me contestes ahora Mañungo, de verdad, respetuosamente te pido que lo pienses y veas la forma de cómo arreglar tu vida, luego lo conversamos, planeamos y ejecutamos, ¿te parece querido amigo? (dice Matías)

Mañungo, quien mientras escuchaba atenta y respetuosamente a su amigo, había vuelto su mente a los recuerdos de su hijito y toda su familia ahogada. Tenía sus ojos más rojos que nunca y daba respuestas afirmativas con su cabeza a Matías, jurando que lo intentaría, pero nada era convincente. Sus palabras aun salidas del corazón, no tenían la fuerza de espíritu que esperaba Matías. No obstante, Matías entendía que había sido solo el primer paso y cuando se refería a lo difícil que era lograrlo, lo decía con entera convicción.

Mañungo se fue un poco contrariado por la situación en que se vio envuelto, cuyo papel era de protagonista y su guion era el menos deseado por él. Sin embargo, estaba orgulloso, porque Matías le había declarado formalmente su amistad, a pesar de lo insignificante que él se encontraba socialmente. Tenía un amigo, un gran amigo, que cualquiera quisiera tener; un amigo tan importante, que a él también entonces lo hacía importante. Sonreía por el camino mientras pedía limosnas y al hablar con la gente, ya no lo hacía tan agachado en actitud reverencial; tenía su pecho un poco más henchido.

Matías en la playa, siguió pensando en la situación de Mañungo, hasta que despertó Martina sintiendo un poco de frío, quien le dijo que ya quería irse. Tomaron sus cosas y se fueron a tomar once a cualquier lugar del centro de la ciudad. Posteriormente, se acicalaron lo mejor posible en el baño del local de comidas y se fueron al circo que anteriormente habían visto en la entrada de Iquique.

Martina estaba feliz igual que una niña chica. Decía a Matías, que una sola vez había asistido a ese tipo de espectáculos, llevada por su padre cuando era muy pequeña, de lo cual tenía muy gratos recuerdos. De manera que cuando llegaron al circo y se impregnaron de su ambiente, sus ojos miraban todo tratando de acaparar el mayor número de detalles. Con la cara sonriente, observaba padres y madres con sus niños, ancianos con sus ancianas mujeres, vendedores ambulantes con globos, manzanas confitadas, churros, cabritas, barquillos y montón de cosas tradicionales y no tradicionales de los circos.

Matías, consciente de lo que esta aventura significaba para Martina, compró todo lo que ella miraba con atención, sin que ella siquiera lo pidiera. De la misma forma, compró dos redondas y

rojas narices de payaso, más una peluca con flecos, pensando en un nuevo juego que se le había ocurrido para su intimidad con Martina.

Ingresan a la enorme carpa en medio de una nube de polvo, resultante del caminar de la gente y correr de los niños. Martina riendo nerviosamente, apretaba con su transpirada mano a Matías, mientras iban en dirección a sus asientos situados en primera fila de la platea. Cargaban un montón de comestibles, como cabritas, churros, barquillos y bebidas. Al momento de sentarse entre mucha gente mayor, escaseando los niños en esa ubicación del circo, se acerca un ancho disfraz de gorila con un hombre dentro y ofrece tomarles una foto, que aceptan encantados, exigiendo dos tomas al momento.

Martina, nerviosamente como niña chica, comenzó de inmediato a comer cabritas y tomar bebida, alternando con churros y algo de barquillo, mientras Matías la observaba de reojo con desmesurada ternura. El ambiente alegre y de bullicio ardía en las galerías y al mirar hacia atrás de la platea, estas casi no se veían por el polvo que los niños levantaban al correr, mientras algunos jugaban a pillarse y otros a saltar desde los tablones más altos. Las madres gritaban llamando al orden a sus crías y los padres jóvenes, viejos y gordos, todos corrían persiguiendo a los más chicos que se arrancaban y perdían entre los asistentes, que se apresuraban en acomodarse, porque el espectáculo estaba avisado a pronto comenzar. Era todo un caos que daba risa y llamaba a la alegría y nerviosismo.

Matías ya casi no se acordaba de eso y con gran asombro miraba todo el espectáculo. Reía a carcajadas, al ver las correrías de los gordos padres, afligidos y transpirados detrás de sus pequeñas crías. Decía a Martina, que ni siquiera había empezado el espectáculo y ya todos reían. Conversaban ellos sobre las expectativas de risa, que eran enormes de acuerdo a lo que ya se veía.

De repente, sale un enano de setenta centímetros de estatura, vestido todo de rojo con levita y sombrero de copa, anunciando el comienzo de la función con un enorme megáfono más grande que él. Da la bienvenida a todos en forma muy seria y respetuosa, con una voz extremadamente gruesa y ronca, que no cuadraba con su tamaño. Daba mucha risa aquello. Cuando va a comenzar este a relatar los números que componían el espectáculo, sale una vieja muy gorda, al parecer un hombre con globos que agrandaban su figura, toma al enano de los mechales y a golpes de sonoros palmetazos con un guante gigantesco, se lo lleva regañándolo hacia dentro. (Toda la gente ríe y aplaude)

Luego sale un enorme hombre de dos metros, muy flaco y larguirucho, también vestido de rojo con idéntico uniforme al enano, el que mediante un diminuto megáfono y con voz muy aguda, pide las disculpas del caso y dice que el enano no volverá a molestar, porque su madre se lo ha llevado. Agrega que normalmente hace eso y en castigo esta vez será linchado. (La gente ríe) Reitera que no es chiste, que de verdad será linchado y la gente vuelve a reír. Pide poner atención, diciendo que esta vez sí se dará comienzo al espectáculo e informará los números que intervendrán, cuando de repente sale una enana gorda, más ancha que alta y con un garrote sonoro se lleva a punta de golpes al enorme y larguirucho hombre (todos ríen mucho)

Ya luego sale un hombre vestido de azul, de aspecto regularmente normal, pero un tanto obeso, quien dice ser efectivamente el anfitrión y pide disculpas por la demora que han ocasionado esos desadaptados, que prontamente serán linchados. Se apronta a informar sobre los números que intervendrán en el espectáculo, cuando sale una vieja gorda grande y la gorda chica, premunidas de las mismas armas anteriores, gritando y retando al hombre para llevárselo a golpes; este abre su chaqueta y saca una enorme pistola de goma de un metro de largo y amenaza a las viejas que

huyen despavoridas, causando la risa y felicidad de todos, porque el espectáculo ahora si comenzaba.

Martina estaba eufórica de alegría y rio mucho con lo inicial del espectáculo. Después actuaron perritos amaestrados, malabaristas, equilibristas y un gorila mañoso (el mismo que tomaba fotos) Luego intervino un elefante amaestrado y llegó el intermedio de la presentación.

Matías, que reía con el espectáculo, más gozaba al ver a Martina que estaba como ida de la realidad y solo tenía sus ojos clavados en todo lo que pasaba en el escenario. Miraba, reía, reía y reía; Incluso, como si ignorara que él estuviera a su lado. Matías descubría y apreciaba en ella su encantador espíritu de niña. A veces, en ese momento de niña feliz, la miraba más con cara de niña que de su mujer, sobre todo cuando ella buscaba apoyo de risa o mostraba sorpresa en alguna acción del espectáculo.

Ya en la segunda etapa del espectáculo circense, Martina había agotado todos los comestibles con el nerviosismo, de manera que reforzaron la alimentación comprando maní tostado y más bebida. En el intermedio, también les entregaron sus fotos, que venían en unos pequeños cubitos con mirador que aumentaban la figura. Se veían ambos muy bien y por supuesto, lejos, la más linda era Martina.

Continuaba el espectáculo con caballitos trotadores, otros malabaristas y la mujer de goma, donde Matías demostró mayor interés, haciendo hincapié y bromas a Martina para que tomara nota de ciertas situaciones, que a ella no le parecieron de buen gusto esta vez. Era obvio, porque estaba en situación, actitud y pensamiento de niña menor de edad y no de mujer.

Luego salieron los payasos. El flaco larguirucho, el enano y un gordo panzón; todos con divertidos trajes de bufón. Martina gozaba a rabiar de los golpes y porrazos, de los abusos al enano y las caídas desde lo alto, que en extrañas piruetas se lanzaban. En un momento pararon y pidieron a una persona del público para su función. Martina obligaba a Matías a participar y este se resistía, dada su condición de persona extremadamente seria, conservadora y de postura señorial. Sin embargo, la presión del público y la cara de súplica de niña mimada de Martina, fueron más fuertes, decidiendo Matías salir al escenario, más con actitud de obligado, que de agrado.

Los payasos lo saludaron de manera muy caballerosa y lo sentaron en una silla, justo al centro de la pista de actuación. Luego, corriendo alrededor de él lo golpeaban con tablillas sonoras, para después hacerlo adivinar quién lo había golpeado y si acertaba, tenía derecho a pegar con la tablilla sonora, devolviendo el golpe, más uno de yapa. La situación iba bien y era muy jocosa; el público tomaba partido del espectáculo, defendiendo una parte a los payasos y otra a su representante elegido. Hasta que en un momento las reglas no se respetaron y golpeando sin parar los tres payasos al mismo tiempo, se burlaban y negaban su culpa dejando en ridículo a Matías, quien no podía desquitar el golpe recibido, como acordado estaba.

Matías, que su enorme molestia escondía en beneficio de la alegría, de repente escuchó a los payasos algo indebido que dijeron sobre Martina, quien lo defendía a gritos desde la platea, más los reiterados y abusivos golpes en progreso, sacó las cadenas de su furia retenida y arrebatándole una de la dos palmetas al gordo panzón, se defendió a golpes de tablilla, respondiendo más fuerte cada ataque recibido. Sin darse cuenta por la rabia que tenía, en un momento se trenzó con los tres payasos a duros golpes de tablilla. El público enardecido reía, gritaba y aplaudía, sin saber si esa terrible riña al programa obedecía.

Martina, que si sabía, al ver el desigual combate y quizás recordando el episodio de “La Esmeralda”, saltó al escenario tal como Arturo Prat, le arrebató la tablilla al enano y juntó fuerzas

con Matías, librando ambos un duro y sonoro combate contra los tres payasos. El público estaba como loco; jamás habían visto semejante espectáculo y las risas y gritos casi levantaban la carpa del circo. Los payasos estaban felices y en su salsa, porque era la mejor actuación de su vida; los nuevos actores habían potenciado su función al máximo, sacando réditos de aplausos nunca visto. Al contrario, Martina y Matías, enfurecidos golpeaban a uno y otro sin parar ni medir fuerzas. Ya cumplido el tiempo de función en escenario, seguramente pensaron los payasos, corrieron escandalosamente hacia el interior de los vestidores, seguidos por la furiosa pareja que no cesaba de golpearlos.

Martina y Matías, jadeando de cansados se devolvieron al centro del escenario, mirando como los payasos huían y se escondían al interior de sus vestidores; todo, en medio de una lluvia de gritos, vítores y aplausos que enloquecían el ambiente. Luego salió el presentador o animador del circo, pidiéndoles mil disculpas y ofreciéndoles el oro y el moro mientras los llevaba a bambalinas. Por supuesto, ellos muy molestos, solo pidieron que trajeran sus cosas que quedaron en sus asientos, para luego retirarse. El anfitrión, aún comprometido por la situación, les regaló dos entradas nuevamente de platea, invitándolos para cualquier otra oportunidad y sin el compromiso de actuar si ellos no querían. Matías solo lo miraba y deseaba tener una tablilla de doble tamaño, para también darle de la misma medicina, pero ya no tenía fuerzas, de modo que guardó la compostura y sin decir nada, se fueron.

Una vez en el auto, ya descansados de su agitada acción y emocionado día circense, ambos conversaban y hacían recuerdos de la situación, cayendo en ataque de risas. Matías estaba contento y satisfecho por el apoyo de Martina, quien pese a la superioridad numérica del enemigo, se atrevió a defenderlo con valentía y fiereza. Con esa actitud, le decía, se había ganado su respeto, lealtad y admiración. Porque si algo admiraba Matías en la gente, era la valentía, la lealtad y la decisión de acción, pensamiento y valores militares que siempre había cultivado y mantenía vigentes.

Posteriormente, ya cansados del día agotador con tanto turismo, playa, combate y varios otros pasares, tomaron rumbo directo a su hogar, la casita en la pradera. Alegres reían y conversaban mientras camino a casa viajaban, recordando todo lo más jocoso y relevante del día, acompañando con valsos peruanos como fondo musical.

En la semana siguiente no salieron de la casa en la pradera, porque Matías ya había ofrecido a Martina, relatar parte de la historia de la Guerra del Pacífico. De manera que tenía previsto un programa, que con Martina ya había conversado y ella sin contestar al parecer había aceptado, porque de respuesta solo lo miró con cara de malicia y ceño fruncido, omitiendo todo tipo de palabra o comentario.

El programa de Matías que no todo lo dijo, era algo muy elaborado y genial para sí mismo; tenía pensado distribuir la historia en cuatro capítulos para no hacerlo aburrido y con menú preparado para cada día, hecho por ellos mismos. Empezaba el Lunes con ceviche de lenguado, Martes, costillar y pollo a la parrilla, Miércoles, empanadas de marisco (locos con piure, más pebre nortino) y Jueves, Pizza de pollo con pimentón, tomate, aceituna amarga, orégano y harto queso amarillo. Todos estos exquisitos platos, que formaban parte del arte culinario que Matías conocía, serían acompañados con vinitos tinto y del otro bien helado, según fuera la ocasión, si es que era pescado. Matías como siempre bien preparado, ya todo había comprado y hasta en el más mínimo detalle había pensado. Para el día viernes suponía, él y Martina estarían con el estómago pesado, de manera que pensaba solo en una sopita bruja para recuperarse.

Matías sabía que no solo de cultura y comida se vive, de manera que tenía entremeses

preparados, para hacer más emocionante y atractivo los momentos de cultura que compartiría con Martina. También había ideado juegos intermedios, ya sea después de narrar un combate, una situación triste, una emocionante o cualquiera que fuera oportuno. Para ello, pretendía disfrazarse de payaso con la nariz y la peluca, obviando el pésimo recuerdo que le traía. También se había conseguido un disfraz de soldado antiguo, para presentarse como héroe de la guerra del Pacífico; ese lo guardaba sí, para el final de la guerra. Aún tenía las tenazas de cangrejo, que por supuesto había lavado muy bien, pero nadie sabía que disfraz acompañaría a las resacas tenacitas de cangrejo. De ese modo, contaba con varias otras ideas y seguramente forjaría en su mente varias más, durante el transcurso del relato.

Ya todo caminando de acuerdo al estricto y ambicioso programa, Matías con tono y aspecto de gran director de películas, incluso llevando un viejo y arrugado gorro tipo jockey sobre la cabeza, dice a Martina que se ponga cómoda, porque la narración pronto comenzará. Ella en realidad no estaba feliz, porque sabía a ciencia cierta, sería un tedio tremendo escuchar las hazañas pintorescas que Matías le contaría y más terrible, el hecho de estar encerrados. Podía estarlo sin problemas, incluso por días, pero en situación de amor, de luna de miel, solo placer, pero encerrados del lindo clima de Iquique y escuchando cosas de guerra, que no eran interesantes para ella, era un verdadero fastidio. No obstante, amaba tanto a Matías, que soportaría cualquier cosa para verlo feliz y realizado. Lo menos que quería, era verlo decepcionado o triste.

—¡Martinita!, te voy a contar sobre la guerra del pacifico, cuyo periodo de combate fue desde el año 1879 hasta el año 1883, entre Chile y la confederación Perú Bolivia. Si quieres solo escúchame porque es muy larga y si tienes preguntas, te sugiero mejor hacerlas al final, para que captes bien todo. Intentaré contarte de manera sucinta, los aspectos más importantes e históricos de esta larga Guerra.

#### —**Las Causas de la Guerra**

Había controversia con Bolivia, respecto de los límites que se situaban en el desierto de Atacama. Mientras que Bolivia aseguraba que su soberanía era hasta el paralelo 25, Chile aseguraba su dominio soberano hasta el paralelo 23.

El año 1866 se firmó un tratado, representado Chile por el presidente José Joaquín Pérez y Bolivia por el general Mariano Melgarejo. Se acordó límite fronterizo para ambos en el paralelo 24. Las utilidades de la producción de salitre y guaneras, resultantes de la zona explotada de los paralelos 23 y 25, adyacentes al nuevo marcado límite, serían repartidas en partes iguales para Chile y Bolivia. Pasado el tiempo, las utilidades correspondientes a nuestra nación nunca se recibieron, obligando a Chile, realizar nuevas gestiones diplomáticas para corregir la situación y recuperación de lo perdido.

Como final del trabajo diplomático, el año 1874 se hizo un nuevo tratado, dejando sin efecto el anterior; Consistía este, en fijar definitivamente el paralelo 24 como límite y la compensación de no variar los impuestos durante 25 años a las empresas y personas chilenas, que explotaban la minería en esa región.

—Perú mientras tanto, pasaba por una situación nacional económica precaria. Su principal ingreso, “el guano”, estaba agotado y el “Salitre”, otro recurso importante que sumaba su ingreso nacional, estaba en manos de privados.

—La solución que tenía Perú para su problema económico, era sacar a Chile de la explotación del salitre en su territorio, de manera monopolizar toda la explotación salitrera de la región a su antojo y beneficio. Motivo por el cual complotó con Bolivia, **firmando un pacto secreto en el año 1873.**

—Posterior al pacto secreto firmado, ambas naciones, Perú y Bolivia, entraron en una progresiva crisis tanto económica como política, mientras Chile gozaba de gran estabilidad en esos aspectos.

—Un nuevo gobierno de Bolivia a cargo del presidente Hilarión Daza, tomó como medida subir los impuestos a todo el sector salitrero, incluida las personas y empresas chilenas. Ignorados por el gobierno Boliviano los reclamos de las empresas chilenas, cuyo fundamento estaba basado en las cláusulas del tratado de 1874, optaron por dirigirlos al gobierno chileno.

—Al resistirse a pagar los nuevos impuestos las empresas salitreras chilenas, el gobierno boliviano ordenó el embargo y remate de todos sus bienes habidos en la zona. Remate que ocurriría el 14 de febrero de 1879, mismo día que el presidente chileno Aníbal Pinto ordenó tomarse la zona de Antofagasta, para lo cual, la Escuadra Marítima Nacional se tomó el litoral hasta el río Loa.

—Las fuerzas armadas en cuanto a soldados no nos favorecía. Bolivia contaba con 3.000 soldados y dos millones de habitantes. Perú contaba con 8.000 soldados y tres millones de habitantes. En cambio Chile, contaba con 2.500 soldados y dos millones y medio de habitantes.

—La fuerza naval también era desfavorable. Perú era el más fuerte; contaba con cuatro acorazados, varios transportes y corbetas. Chile contaba con dos buques fuertes, unas pocas fragatas y corbetas en mal estado. Bolivia por su parte, no contaba con barcos de guerra.

—Consciente Chile, que el dominio marítimo era fundamental para tener ventajas en la guerra, con la Escuadra Nacional al mando del contralmirante Williams Rebolledo, inicio un bloqueo en el puerto de Iquique, que era el principal puerto salitrero del Perú. Luego con la Escuadra chilena se dirigió al puerto de Callao, para sorprender a la Escuadra Peruana, dejando solo dos pequeños barcos para mantener el bloqueo de Iquique; La Esmeralda y La Covadonga, al mando de Arturo Prat y Carlos Condell respectivamente. Ambos barcos eran de madera, pequeños y muy viejos.

#### —Combate Naval de Iquique

En la mañana del 21 de mayo de 1879, los dos buques de guerra más poderosos del Perú, el Huáscar al mando de Miguel Grau y la Independencia al mando de Juan Guillermo Moore, sorprenden a las dos inferiores naves chilenas mientras bloqueaban el Puerto de Iquique. Después de un intenso intercambio de cañonazos, el Huáscar fue lanzado hacia la esmeralda con el fin de embestirla con su espolón de acero. Ante la inminente pérdida de la Esmeralda, después de repetidas arremetidas furiosas del poderoso enemigo, el capitán Arturo Prat reunió a toda su gente en la cubierta y dijo la arenga más famosa y recordada de los tiempos en guerra de Chile:

***“¡Muchachos!, la contienda es desigual, nuestra bandera nunca ha sido arriada ante el enemigo, espero esta no sea la ocasión de hacerlo; mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar y si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber”***



### **LA ESMERALDA (réplica en Iquique)**

En otro de los espolonazos, el capitán Prat aprovechando la cercanía del barco enemigo, gritó “al abordaje muchachos” y saltó a la cubierta del Huáscar; solo pudieron seguirlo el sargento Juan de Dios Aldea y otro soldado. Todos fueron muertos en esa valiente acción. Su sucesor al mando, el teniente Ignacio Serrano, en igual acción temeraria saltó con una docena de hombres, resultando muertos en dura batalla.

—Cuatro horas de lucha tuvo esa desigual batalla naval, con resultado de ciento veinte marinos chilenos muertos y sesenta sobrevivientes, además del hundimiento de la frágil Esmeralda, que luchó hasta el último momento sin claudicar. Esta forma de enfrentar batalla, demostraba la enorme valentía de esos marinos y su capitán, que aun sabiendo la enorme diferencia de hombres como del poderío de las naves, pelearon con bravura sin rendirse jamás.

—Mientras tanto, la Covadonga era perseguida por la Independencia. Astutamente, Carlos Condell, hizo que los siguieran por aguas de poca profundidad, haciendo encallar a la Independencia en el fondo rocoso de Punta Gruesa, tras intentar dar un espolonazo a la Covadonga.



## SECTOR COMBATE DE PUNTA GRUESA

Luego, La Covadonga dio varios cañonazos a la cubierta de la Independencia, logrando que los marinos peruanos abandonaran la embarcación. La Covadonga se devolvió triunfante a prestar ayuda a la Esmeralda, pero ya había sido hundida. Grau en el Huáscar, divisó y persiguió a la pequeña Covadonga para un combate. Solo lo hizo hasta Punta Gruesa, producto de la consternación que le causó ver el gran desastre de la Independencia, por lo cual se quedó a prestar ayuda.

### — Combate de Angamos

Miguel Grau, el más hábil de los marinos peruanos, con el Monitor Huáscar atacó los Puertos de Antofagasta, Caldera, Coquimbo, Taltal y Tocopilla, capturando al transporte chileno Rímac el 23 de julio de 1879, con material de guerra y 240 carabineros del Regimiento de Caballería Yungay.

Demostrada la importancia que tenía el Huáscar para el desarrollo de la guerra y el descontento de la ciudadanía chilena ante los resultados conocidos, la Dirección de Guerra chilena se propuso hundir el monitor Huáscar, para permitir el libre movimiento de tropas terrestres. Para ello, fue nombrado jefe de la Escuadra Naval chilena, don Galvarino Riveros, dejando a Juan José Latorre al mando del Cochrane.

—El ocho de Octubre, las naves peruanas, El Huáscar y La Unión, fueron avistadas frente a Angamos. Las siguió una división de la Escuadra Chilena conformada por El Blanco, La Covadonga y el Matías Cousiño. Nunca lograron darles alcance, debido a la mayor potencia de los barcos peruanos.

—La otra división de la Escuadra Chilena que había salido horas antes, formada por el Cochrane y la O'Higgins, se encontraron con los barcos peruanos, iniciándose otra persecución. Grau tenía órdenes de no enfrentar al Huáscar en combate, si las condiciones no eran realmente seguras de triunfo y favorables, ya que este monitor tenía reparaciones que realizar. Además, Perú sabía la importancia del Huáscar para el control marítimo, razón por la cual no se debía poner en riesgo.

—El Huáscar fue duramente atacado por el Cochrane mientras lo perseguía, recibiendo cañonazos que dieron en la torre de mando y otros lugares importantes, destrozando a Grau y sus sucesores en el mando. Finalmente, el Monitor Huáscar fue derrotado y capturado por la Escuadra Naval Chilena. Posteriormente en Valparaíso fue reparado el Huáscar, pasando a ser una de las naves más poderosas de la Escuadra Chilena.

—¿Te das cuenta Martina?, que hubo toda una estrategia importantísima para llegar a ese punto de la guerra, porque el Huáscar era casi imbatible uno a uno y además, la importancia que significaba el dominio del mar. Mientras el Monitor Huáscar surcara las costas, era imposible enviar soldados y pertrechos de guerra a la zona de conflicto. Conseguida su derrota y posterior dominio del Pacífico, se pudo dar inicio a la campaña terrestre, toda vez que la única forma de mover productos, gente en forma masiva y rápida, era a través de rutas marítimas en aquella época.

Posteriormente en Pisagua se desembarcó soldados, siendo el inicio del avance de las tropas chilenas en territorio enemigo. Al internarse los soldados en la pampa, se produjo el seis de Noviembre, un enfrentamiento en Pampa Germania, donde la caballería chilena resultó ganadora.

Matías era un narrador excelente y entretenido, pues además de contar la historia en forma



muy segura y clara, acompañaba sus palabras con elocuentes gestos y mímicas, que daban la impresión de estar en el mismo lugar de los acontecimientos. Sin embargo, Martina no reconocía aquello ni cooperaba mucho, ya que tosía para disimular sus bostezos de aburrimiento y a veces ponía la mente en blanco para no escuchar los interesantes episodios. Solo prestaba atención de verdad, cuando Matías saltaba sobre la cama donde estaba ella y casi la pisaba y también cuando demostraba una escena de combate y debía esquivar los golpes de escoba que este daba, al enarbolarla como si fuera una punzante espada. Matías, sumido en su delirante y expresiva narrativa, no captaba la evidente somnolencia ni tedio de Martina. De tal modo, seguía el cuento de las aventuras históricas cada vez con más entusiasmo.

### **Batalla de Dolores**

En esta batalla Martinita, desde Pisagua, seis mil hombres aproximadamente a cargo del coronel Emilio Sotomayor, se internaron en las pampas de Tarapacá ocupando el cerro San Francisco en la pampa de Dolores. Mientras tanto, las fuerzas aliadas de Perú y Bolivia al mando del general Juan Buendía, salieron al encuentro de las fuerzas chilenas. Así se inició la batalla el 19 de noviembre de 1879. Después de duro combate, el general peruano Buendía se retiró del campo de batalla con sus hombres, quedando las fuerzas chilenas con de 62 muertos y 187 heridos.

### **Combate de Tarapacá**

Después de la derrota de dolores, el general Buendía logró reunir 5.000 hombres más, que junto a los 1.500 que se encontraban en la guarnición de Iquique, sumó fuerzas de 6500 combatientes. El alto mando chileno, que desconocía el incremento de fuerzas enemigas, solo mandó al enfrentamiento a 2.500 hombres. El 27 de noviembre de 1879, se desarrolló el combate de Tarapacá, siendo derrotadas las fuerzas chilenas, dada la enorme diferencia de combatientes. Esto nada significó para los planes futuros de Chile, debido a que las fuerzas aliadas enemigas en vez de tomar posesión del lugar, se replegaron a la ciudad de Tacna, dejando el camino libre a las fuerzas chilenas, que pretendían principalmente el dominio total de Tarapacá.

Mientras tanto en Perú y Bolivia, había mucho descontento de la ciudadanía por los resultados de la guerra y problemas internos, produciendo cambios de orden político y mandos militares.

—Avanzaba la guerra y ya estaban en el año 1880. Chile tenía preparado su ejército para una gran invasión al ejército de Tacna, que estaba apoyado por fuerzas bolivianas. Chile desembarcó 13.000 hombres en el Puerto de “Ilo” y “Pacocha”, ubicados al Norte de Arica. Mientras tanto el general Manuel Baquedano, que había sido recién nombrado a cargo de las fuerzas chilenas, dispuso destruir las milicias peruanas que se ubicaban en la cuesta de Los Ángeles, realizando un ataque el 21 de Marzo de ese año y adjudicándose el primer triunfo en su mando.

### **Batalla de Tacna**

El día 26 de mayo de 1880 se produjo la gran invasión. Baquedano con 10.000 hombres, atacó las fuerzas aliadas peruanas y bolivianas en Tacna, derrotándolos por completo. Los soldados peruanos se retiraron a Arequipa, mientras que los soldados bolivianos huyeron al Altiplano, para nunca volver a participar en la guerra. El ejército chileno tuvo 2.000 bajas y la confederación peruana boliviana terminó con dos mil ochocientos bajas, entre muertos y heridos, además de dos mil prisioneros.

Matías hace un pequeño alto en su historia, para preguntar a Martina si estaba contenta con lo que estaba escuchando o si estaba aburrida; claro, sin soltar la escoba ni sacarse la ensaladera de su cabeza, menos por supuesto, se había sacudido el entusiasmo. Martina abrió bien sus ojos y trató de esbozar su mejor sonrisa, para demostrar agrado e interés, de manera no ofender ni herir a

Matías, que al contrario de verse cansado, parecía tener más vitalidad después de cada batalla. De manera que dice muy feliz, que seguirá entonces.

### **La Toma de Arica**

Aún estaba en manos enemigas El Morro de Arica, orgullo de las fuerzas peruanas, por tener una fortificada defensa situada en la plaza. Debía ser tomado para conseguir una verdadera victoria y asegurar el dominio territorial completo, de manera definir el final de la Guerra del Pacífico.

El día 7 de junio del año 1880, el general Pedro Lagos al mando de las fuerzas chilenas, entró en una de las más descarnadas batallas, logrando la toma de El Morro. Murió en combate el 30 por ciento de las fuerzas peruanas que defendían la plaza y el 10 por ciento de los soldados chilenos. Con la conquista de la playa y los Fuertes de El Morro, el puerto de Arica quedó finalmente en poder de los chilenos.

### **Conferencias de paz**

Bajo la mediación del gobierno de Estados Unidos el 22 de octubre del año 1880, se realizaron conversaciones de paz entre Chile y la confederación de Perú Bolivia. Chile exigía como indemnización por los gastos de guerra, la cesión completa del territorio de Tarapacá, no siendo esto aceptado por los países aliados. Al no existir acuerdo en los puntos tratados, se puso fin a las conversaciones de paz.

La Guerra del Pacífico continuó con “La Campaña de la Sierra”. Esta fue desarrollada en la Sierra peruana, desde el año 1881 hasta Junio de 1884. Etapa última y más larga de este conflicto bélico. Un grupo de batallones chilenos combatió fuertemente contra las fuerzas contrarias, en las altas mesetas de la Sierra del Perú. Todo esto se desarrolló durante el gobierno del presidente Domingo Santa María. Más de tres años duró la campaña de los soldados chilenos en la Sierra peruana. A estas fuerzas chilenas, se les denominaba "División de los Batallones Solitarios". Combatieron fieramente contra las fuerzas reorganizadas del general peruano Andrés Avelino Cáceres. Las fuerzas Peruanas al mando del general Cáceres, estaban conformadas por soldados regulares e indígenas, que presentaron tenaz resistencia a la ocupación chilena, dando esto origen a batallas como:

El Combate de Sangrar, ocurrido el 26 y 27 de junio del año 1881.

El Combate de La Concepción, ocurrido el 9 y 10 de julio del año 1882.

La Batalla de Huamachuco, ocurrido el 10 de julio del año 1883.

El general peruano Cáceres, beneficiado por los combates de guerrillas, se hizo muy fuerte militarmente. Tuvo tiempo para formar un gran y poderoso ejército de tres mil hombres aproximadamente. Además, tenía la importante ayuda de campesinos e indígenas, que terminaron por incorporarse definitivamente como guerrilleros. Contaba también con ocho piezas de artillería y un regimiento de caballería.

### **Combate de Sangrar**

Las tropas chilenas al mando del Teniente coronel Letelier, estaban dispersas en pequeños grupos por la Sierra peruana. Miles de indígenas los rodeaban, por lo tanto era imperativo replegarse al Norte y allá reorganizarse. Se eligió para la retirada el paso cordillerano de Las Cuevas, a más de 3.500 metros de altura. Este debía ser vigilado y resguardado, hasta el momento del cruce de la división chilena hacia Casapalca. Para esta misión fue elegida una compañía del Regimiento Buin, al mando del Capitán José Luis Araneda, con el propósito conocido de resistir

hasta el paso de la División Letelier. Esta Compañía estaba compuesta por un capitán, tres subtenientes, 78 hombres de tropa y un niño corneta de sólo 10 años de edad, llamado José Avelino Águila.

Luego de una travesía interminable por cordones montañosos, la Compañía llegó a una hacienda peruana que se llamaba “*Hacienda Sangrar*”, ocupándola para cobijarse del viento, nieve y frío reinante. Esta hacienda pertenecía al peruano Norberto Vento, quien al enterarse de la ocupación, dio aviso al “Brujo de los Andes”, como llamaban al general peruano Andrés Cáceres. Este, mandó al coronel Manuel Encarnación Vento, (hijo del propietario) con 450 soldados bien armados y aproximadamente mil indios, para eliminar a los intrusos de la hacienda, que significaban una afrenta personal para el oficial al mando.

La División Letelier mientras tanto, debido a fuertes tormentas retrocedió y cruzó por Piedra Parada hasta Casapalca, quedando aislada la compañía del Regimiento Buin y esperando tropas que nunca llegarían. El capitán Araneda dejó a 14 hombres como centinelas en el paso Las Cuevas. El sargento Zacarías Bisivinger con un cabo, más cinco soldados, fueron por víveres a una hacienda vecina. De vigías, al poniente, se dispuso al cabo Oyarse con 4 soldados. Los 53 combatientes restantes se instalaron en la hacienda Sangrar.

—Las fuerzas peruanas tuvieron una difícil travesía para llegar a la hacienda y estaban hambrientas, sedientas y agotadas. En su camino encontraron la patrulla del sargento Zacarías Bisivinger y tras breve y fulminante combate los eliminaron a todos. Los fuertes estampidos de la balacera fueron oídos por los chilenos en la hacienda, mismo momento que el centinela Pérez avistaba al enemigo. El niño corneta tocó “a tropa” a la orden del capitán, para que volvieran todos los soldados a la hacienda Sangrar, excepto los dos vigías.

Martina interrumpe a Matías, que gozaba el detalle de esta batalla, para decirle que se pondrá más cómoda y de lado en la cama, pero seguirá escuchando con mucha atención, de manera que no se preocupara al no ver su cara, ya que igualmente estará concentrada en cada detalle de su hermosa historia. Matías solo asiente con la cabeza, demostrando que comprende el cansancio por su inalterable posición anterior y continúa su narración.

El 26 de Junio de 1881 comenzó el ataque de las montoneras sobre los Buines. Estos se habían distribuido de la siguiente manera: 15 soldados en las Cuevas al mando del sargento Blanco y 50 soldados más 4 oficiales, entre la capilla y la casa principal de la hacienda. Más de tres horas de duro combate se había librado. Tras los muros de piedra, los soldados chilenos disparaban sobre seguro al centenar de montoneros furiosos que atacaba, produciendo enormes bajas entre ellos. Debido a la gran cantidad de enemigos que atacaban, también había importantes bajas chilenas. El combate era sin cuartel y desigual en número de fuerzas. Se les ofreció una rendición digna a los chilenos, prometiendo toda clase de garantías para salvar sus vidas, pero ello no era creíble y no fue aceptado. Además, aún tenían gran cantidad de munición para resistir al numeroso enemigo.

—El coronel peruano Vento, tenía muchas dudas sobre la llegada del grueso de la división chilena, junto con la inseguridad de dar término pronto al combate, el cual se prolongaba demasiado. Aquello le preocupaba bastante a pesar de la tremenda superioridad numérica. Sabía que sus tropas y montoneras no serían digno rival del enemigo, al estar tan agotados por la travesía y por el actual combate. Más aún, con el agravante de no descansar y no comer. Con todo, la recuperación de la hacienda se alargaba a cada instante más de lo pensado, sin ver un final cercano y rápido como él quería. Después de varios furiosos ataques montoneros y la defensa tenaz de la hacienda, queman la capilla, dando lugar a un enfrentamiento a bayoneta

calada. Luego llegó un momento de alto al fuego y enorme silencio.

Matías con su alma de militar, gozaba la narración de su batalla preferida. Pero consciente de ello, muchas veces preguntó a Martina mientras estaba recostada de lado, si aún escuchaba con atención y ella contestaba con un forzado entusiasmo, que por supuesto y que esa parte de la historia era mejor que la anterior. Luego, en la vorágine de su narrativa, Matías nunca más preguntó, ignorando que Martina había sucumbido al sueño y cansancio, como si hubiera participado en cada combate que escuchó.

El Capitán Araneda y su ya poca gente, urdió un plan que daría resultados. En los últimos ataques, los soldados se multiplicaban corriendo de ventana en ventana y otros puntos, para dar la impresión que aún eran muchas fuerzas. En los momentos de calma reían y hacían bromas, para demostrar seguridad y entusiasmo. Además, una carta falsa supuestamente hecha por Letelier y que indicaba la llegada de las tropas ese día, fue lanzada con una piedra hacia el lugar del enemigo. Fue encontrada más tarde esta y presentada al mando peruano, que pensó se le había caído a un oficial chileno durante la batalla.

—Mientras tanto el Teniente Guzmán y su gente, al no poder ingresar a la hacienda para apoyar a sus compañeros, impedido por los montoneros, opta por desviarse hacia Las Cuevas y juntarse con las tropas de Blanco. Los sobrevivientes del paso Las Cuevas, pensando que posiblemente el capitán con sus soldados habían sido muertos, decidieron replegarse hacia Casapalca en busca de refuerzos. Estos refuerzos chilenos estaban efectivamente por llegar y el teniente Guzmán había logrado llegar a Casapalca, desde donde partieron los regimientos Esmeralda y el 3° de Línea, en ayuda de sus compañeros.

—El coronel Vento, como última medida, organizó un ataque final a muerte, para lo cual arengó y lanzó toda su tropa a combatir. Al entrar los indígenas a la casona de la hacienda, en cada salvaje arremetida eran muertos o mutilados con sable y bayoneta. Fue tanto el terror de los indígenas al ver la bravura de su enemigo y el saldo de indios muertos, que huyeron muchos despavoridos y otros les siguieron. El coronel Vento, viendo diezmadas sus tropas de manera importante, se retiró del campo de combate. Al amanecer, recién pudieron percatarse los sobrevivientes chilenos, que las tropas enemigas se habían retirado durante la noche.

—Los soldados del 3ro. y del Esmeralda llegaron esa madrugada, viendo con estupor la descarnada y feroz batalla que se había librado. No entendían, como aún sobrevivían los bravos y valientes soldados chilenos.

### **Alto mando**

El jefe político-militar de Chile, contraalmirante Patricio Lynch, estaba consciente que mientras no se destruyera totalmente al ejército peruano, conseguir la paz era imposible. Entonces, con el único objetivo de conquistar la Sierra central, creó una fuerza de combate de tres mil hombres, llamada “La División del Centro”. Con estas fuerzas, el “Coronel Gana”, en el año 1882, redujo aproximadamente a solo mil hombres las fuerzas peruanas que resistían.

—El coronel Estanislao del Canto, con fecha 1° de febrero de 1882, tomó el mando de las fuerzas chilenas, haciendo cuartel en las orillas del río Mantaro. Mientras, las defensas peruanas se preparaban y reorganizaban para enfrentar y derrotar a la División del Centro, dividiendo estratégicamente en tres grupos sus soldados, para encerrar al ejército chileno.

Matías, a esa altura de la historia ya no preguntaba a Martina y tampoco saltaba sobre la cama, con el propósito de no molestarla en su descanso, pues tenía la seguridad que escuchaba con entusiasmo y atención. De tal manera, hacía su mímica y piruetas de combate en el piso, con la misma escoba y ensaladera, sin siquiera pensar que hacía el loco, contando su histórica narrativa

a sí mismo y a nadie más.

### **Combate de La Concepción**

El Combate de La Concepción, es considerado como uno de los hechos de la Guerra del Pacífico más terribles y desastrosos. En el pueblo peruano de La Concepción, el día 9 y 10 de julio de 1882, setenta y siete jóvenes soldados que conformaban la guarnición del regimiento Chacabuco, al mando del capitán Ignacio Carrera Pinto, resistieron durante dos días el continuo ataque de dos mil soldados peruanos, resultando muerto el total del contingente chileno.

Luego, el ejército de Chile en la Batalla de Huamachuco, derrotó en forma definitiva a las fuerzas peruanas. Posteriormente se firmó el Tratado de Ancón en el año 1883, por el cual se puso fin a la guerra con Perú. Más tarde, se suscribió un pacto de tregua con Bolivia en el año 1884, ya que este país no aceptó firmar un tratado de paz.

Matías terminó así su exposición, diciendo en forma de grito, que esa había sido la formidable historia de la conquista del Norte chileno y su histórico desarrollo. Luego dice.

—¿Cómo te pareció Martinita la historia de guerra que te conté?, espero no haberte aburrido con tanto detalle; traté de hacerlo lo más puntual posible, contándote los sucesos puramente históricos y relevantes. El propósito de haberte informado los aspectos bélicos y desenlace de los mismos, tiene solo un sentido; te hagas una idea de cómo y el porqué está se desarrolló. De tal manera, comprenderás el valor histórico de los patrimonios de guerra que te mostré en nuestros viajes y que hoy son chilenos. La idea, es que entiendas que su importancia no sólo radica en su valor histórico propio, sino, que tienen un enorme significado agregado, por ser un legado de guerra que nos han dejado nuestros jóvenes y valientes compatriotas, dando lo más preciado del ser humano, su vida, en la obtención de ellos.

Finalmente, Matías para nada estaba contento, porque recién se daba cuenta que Martina dormía profundamente y quizás mucha de su rica narración histórica se había perdido. Además, su programa de acciones no había cuadrado, por no haber realizado los intervalos pensados. Los cuatro días con sus 24 horas, se habían utilizado completamente en la narración de los eventos históricos y las exquisitas comidas, las siestas de descanso, las noches de verdadero placer y los jueguitos picarones, no se habían realizado, perdiéndose un montón de energías y brillantes ideas que semanas le llevó a Matías inventar. Cuatro días sin sexo con la deseada Martina era algo imperdonable, con el agravante, de no informarla completamente sobre la historia de su amado Norte chileno.

El resultado final le molestaba profundamente a Matías, porque no fue perfecto; había quedado sin realizar una fase muy importante para él. Sin embargo, no fue tanto comparado con la molestia que le causó, darse cuenta que sus fetiches de juegos eróticos se habían dañado; se quedaron los cuatro días al sol, churrascando las narices plásticas de payaso, quemando el pelo de la peluca y el antiguo uniforme de soldado, se había manchado con jugo de empanada de marisco.

El viernes nada hicieron fuera de la cabaña, solo conversaron. Matías estaba muy molesto consigo mismo y algo con Martina, por su desinterés, de modo que juró no hablarle más de la historia de Iquique. Martina estaba feliz con esa afirmación, ya que podría gozar de los paseos en libertad, sin tener que obligadamente ir a lugares que muchas veces no eran importantes ni atractivos para ella y tampoco tendría que fingir entusiasmo.

Matías tenía pensado dedicar el tiempo a recuperar lo perdido y solo procurar hacer el amor más seguido, acorde a su potencial de hombre sexualmente activo, que estuvo en celibato por tantos años. Para Martina no era muy distinto, ya que ella de verdad amaba a Matías y era la mujer perfecta, pues además de ser muy bella y apasionada, siempre estaba dispuesta para Matías, tal

como un soldado al pie del cañón listo para defender la patria.

Para alimentarse ese día viernes, solo sobras del asado comieron. Descansaron y descansaron, sin siquiera salir un rato de la casita en la pradera. Tipo once de la noche, Matías había recuperado su vigor y buen humor. Martina, que tampoco quería ir de paseo esa noche, luego de la ducha nocturna acostumbrada, salió del baño vistiendo el transparente baby doll rojo y con su pelo aún mojado, se para frente a Matías para preguntarle sugerentemente si aún estaba cansado. Matías, después de cuatro días de inactividad, al verla con sus anchas y redondas caderas, su alzado busto en tres cuartos destapado, su colita amplia levantada, su cintura de reloj de arena y su generosa mirada de invitación a la almohada, reacciona cual una vieja radio que vuelve a funcionar, poniendo su dial en frecuencia testosterona y del resto de la noche, no se puede hablar.

El día sábado siguiente el sol entraba por la ventana de la casa en la pradera, fustigando la quietud de la cama. Martina se levanta y despierta a besos a Matías, incitándolo vivazmente para salir a pasear. Este se levanta de inmediato y repasa sus recuerdos incontables de la noche anterior, justificando su inusitada hazaña masculina, con los cuatro días de nada, sumado a Martina como motivación. Matías no cabía en sí; su ego lo sobrepasaba y le salía por los ojos, mientras su sonrisa toda su cara cruzaba.

Muy contentos salieron ambos de la casita en la pradera, satisfechos al parecer de la recuperación realizada. Para Martina, había sido mucho tiempo cuatro días encerrada, escuchando una historia que en realidad poco le llegaba y no mucho le importaba. A diferencia de Matías, que solo de contarla y recordarla, gozaba. Él, se sentía parte de ella por haber sido militar, por hacer su vida en la zona y por amar tanto a Iquique, como a su patria. Matías mientras conducía camino a Iquique, se daba cuenta de todo eso mientras pensaba. Entendía que para Martina había sido un poco injusta la situación y quizás un abuso, por cuanto merecía una retribución y ese paseo sería exclusivamente para ella. Alternaba otros pensamientos, con recuerdos de la gran noche que había tenido y como todo un macho cabrío que era, se sentía más grande, más fuerte y más hombre que cualquiera.

Se había propuesto para compensar a Martina, hacer todo lo que ella quisiera; tanto por lo sufrido esos cuatros días, como por su actitud de la noche anterior, donde había demostrado que era la mejor compañera.

Martina quería ir a la Playa primero que todo y a la playa fueron. Se estacionaron y caminaban a la playa de Cavancha, al rincón rico como ellos le llamaban. Por ser temprano, cerca de las doce horas, había poca gente. Ya pronto en la playa, con sus trajes de baño puestos y chalas calzadas, tomaron toallas y corriendo pusieron bandera en la arena caldeada. Saltando en tres trancos llegaron al agua y sus caras de niño alegre a todos entusiasmaban.

Tan pronto estuvieron en el agua se sumergieron e hicieron todos los juegos conocidos como playitas, capear la ola y también nadaron. De verdad, daba gusto verlos como chapoteaban en el mar, mientras sus caras siempre estaban sonrientes. Ese día hacía bastante calor y sumado al alcohol de la semana, sus cuerpos ansiaban refrescarse en agua. Después se tiraron en la blanca arena de la playa de Cavancha, cansados de tanto nadar, reír y jugar con las olas que reventaban violentamente, haciéndolos caer para revolverlos bajo la mezcla de arena, agua y sal. Eso lo repitieron muchas veces y realmente lo disfrutaban.

Después de estar muchas horas disfrutando de las bondades de la playa, decidieron bañarse por última vez para alcanzar a secarse, repitiendo todos los juegos correspondientes y habituales a su programa playero. Ambos salieron corriendo y riendo del agua, para secarse con sus respectivas toallas, mientras conversaban de lo rico que era el agua a esa hora. Luego, Martina

tirada en la arena sobre su toalla, sacó un cigarro y fumaba con gran placer. Matías por su parte, taciturno observaba el paisaje marítimo de Iquique. Todo eso pasaba, mientras con el tibio sol esperaban secar sus trajes de baño húmedos todavía. Conversaban románticamente mientras el sol los doraba, para lo cual cada cierto rato se giraban, tratando de quedar tostados en forma pareja y equilibrada.

Mientras Martina fumaba, Matías la miraba muy tiernamente y pensaba que haría hoy sin ella; que habría sido de su vida si no la conociera. No sabía, pero estaba entrando a una fase de amor maduro y desconocido para él y al parecer, el romántico ambiente del entorno lo sensibilizaba. La imagen de su entorno ese día parecía un cuadro maravilloso y mágico, porque mostraba el sol enrojecido preparando su retirada, flotando sobre el agua color turquesa que lo rodeaba, mientras Matías muy cómodo estaba en la arena suave y blanca de la playa. Contribuía a lo grato del ambiente, el viento tibio que no molestaba y una suave y romántica música de fondo, cuya procedencia no se mostraba. Todo eso, además de la maravillosa figura de Martina en su ceñido traje de baño negro, que su cola levantaba y su hermosura aún más destacaba. Matías miraba, pensaba y pensaba. De pronto dice:

—Martina, ¿te puedo hacer una pregunta bien personal e importante?

—¡Pero Matías!, faltaba más, por supuesto, pregúntame lo que quieras (dice Martina)

—Pienso que llevamos juntos, poco y bastante tiempo a la vez; sé que es contradictorio lo que digo, pero te fundamento de inmediato. Poco tiempo, porque son pocos meses que nos conocemos, pero bastante tiempo porque hemos vivido a concho cada día juntos, excepto dos días que te enojaste y te fuiste, el resto de tiempo ha sido intenso minuto a minuto, incluso segundo a segundo. Quiero decirte que ha sido el tiempo más maravilloso de toda mi vida. Soy un hombre duro, lo sé; duro en mis palabras, duro en mis pensamientos, duro en mí actuar, duro incluso en mis sentimientos, pero tú me has hecho sensible y has descubierto mi otro yo. Ahora que estoy más viejo, siento que soy un romántico y quizás tú me inyectaste ese sentimiento; no sé en realidad. Lo único que necesito en la vida eres tú y sólo tú. Perdona mi actitud un tanto patética dada mi edad, pero estoy seguro que te amo, te amo mucho. Quisiera saber si sientes algo parecido por mí o si es algo pasajero para ti. Por favor dímelo ahora, para alcanzar a retener mi corazón enamorado, en la alocada aventura que ha emprendido; quizás aún lo pueda controlar para no sufrir, si no me quisieras como yo. Por favor Martina, dime la verdad, porque yo..... de verdad te amo y no podría vivir sin ti.

A Martina se le había consumido el cigarro sin fumar en sus manos, sus ojos estaban vidriosos y habían dejado escapar dos lágrimas cada uno. Lo miraba con una cara de atención enamorada, como queriendo entrar a lo más profundo de su ser, para decirle que ella sentía eso y tal vez más, que no esperaba esa confesión de amor, aunque la ansiaba con toda su alma desde hacía tiempo; que era el hombre de su vida, que jamás había amado a alguien o tal vez amado de esa manera. Todo eso decía Martina, no en palabras, sino en su mirada, expresada por sus bellos ojos enamorados.

Inconscientemente, ambos estaban de rodillas en la arena y sus manos tomadas, mirándose fija y dulcemente a los ojos. Para ellos el resto del mundo se había apagado, mientras el sol y el mar parecían suspirar ante la romántica escena de amor. Martina le transmitía amor con su mirada, con su actitud, con todo su ser, pero también quería ser escuchada y dijo:

—Matías, mi amor, ¿supieras tú?, cuanto soñé con tus palabras y con tu amor declarado. Tus palabras de amor, son las más hermosas que he tenido en toda mi vida. No sé si merezco tanto amor, pero yo si te lo ofrezco. Tu para mí eres el hombre de mi vida, contigo me siento segura,

importante, respetada y querida. Matías, te amo mucho y aunque tú no me amases igual, te amaría de la misma manera. Quiero terminar mi vida junto a ti, quiero nunca dejarte, quiero ser solo para ti y seré tuya hasta la muerte; incluso, si se puede, después de ella, te seguiré amando.

Martina ya lo amaba desde antes, pero nunca se lo había dicho explícitamente, aunque si se lo había demostrado de muchas formas. Su frágil sensibilidad de mujer, antes que él, la había hecho reconocerse enamorada de Matías. Sin embargo a Matías, su dureza reconocida de machista y la dolorosa pérdida de su esposa Rosita, no le habían permitido reconocer el gran amor que sentía. Ahora todo eso quedaba atrás, porque había sido vencido por un sentimiento más poderoso. Ya no veía a Martina solo como una mujer hermosa, sensual y deseable, porque algo más fuerte había sobrepasado aquello; su corazón, su alma y todo su ser, había hecho contacto con el corazón de Martina. En otras palabras, los más íntimos y escondidos sentimientos de Matías, se había subyugado para siempre ante Martina, ese ser maravilloso y hermoso, que lo habían hecho vivir nuevamente.

Estaban frente a frente y desconectados del mundo en su aislamiento de amor, donde nada ni nadie más cabía. Se expresaban sentimientos de ternura y cariño a través de miradas sonrisas y caricias, para luego besarse intensamente como dos jóvenes adolescentes. Aquella manifestación de amor expresada en beso, fue tierna, dulce y extensa, hasta soltarse las manos después de tres minutos y quedar mirándose con cara de enamorados y lágrimas en los ojos. De repente, se escuchan decenas de aplausos y gritos de alegría su alrededor. Cerca de cincuenta personas y entre ellos muchos jóvenes, se habían aglomerado para ver la escena de amor y escuchar a quienes sin darse cuenta su volumen alzaron, sumidos en el embriagador embrujo del amor, llamando sin querer la atención de la gente que en la playa paseaba.

Entre risas, susurros y comentarios de buena actuación, Matías y Martina tomaron sus chalas, toallas, varios y caminaron en retiro. Para responder al asedio y felicitaciones de la muchedumbre, movían sus manos sonriendo levemente con los ojos aun llorosos y agradecían de manera falsa los halagos y bromas que les hacían al pasar entre ellos.

Dada la abrupta, insólita e inesperada salida de la playa y que aún era muy temprano para cualquier cosa, Martina dice a Matías que por favor la deje en el centro de Iquique y la espere una hora, porque debe hacer una diligencia personal. Así lo hace Matías y luego se dirige al Bar “El Bongó”, donde dice a Martina que la esperará con paciencia y que se tome su tiempo tranquila.

Tan pronto Matías entra al Bar, se cruza de mirada con el garzón no garzón, quien levanta las cejas y abre los ojos en actitud de querer indicarle o tal vez excusarse de algo. Matías, intrigado, mira su mesa y ve a una persona sentada en ella, precisamente en la silla que daba frente al rincón, de espalda a la vista de entrada y que no ocupaba él, ni Rosita, ni Martina. Esa persona intrusa vestía pantalón azul, polera rayada a lo ancho, de color blanco con naranja, zapatillas blancas y pelo muy corto, casi pelado. Se acerca Matías sorprendido y desconcertado, pero no furioso, porque no era el día ni la hora que él iba a ese lugar, por lo cual su reserva perdía valor. Se acerca directamente al frente de la persona y gran sorpresa se lleva, porque era Mañungo; un nuevo y distinto Mañungo. Se veía una persona visiblemente agradable, impecable de vestimenta y de decente presencia. Matías muy emocionado y totalmente sorprendido, le dice:

—¡Mañungo!, ¡que sorpresa!, que bien te ves viejo; es decir, te ves joven, eres joven,..... ¿qué te ha pasado?.... ¡qué alegría verte!

—¿Cómo está don Matías? A mí también me da muchísimo gusto verlo. ¡Aquí estoy poh,..... bien!, ¿cómo se me ve? (dice Mañungo)

—¡Qué bueno!, ¡qué bueno verte!.....De verdad me alegra verte así. ¿Se puede saber a qué se



debe tu cambio? o es muy imprudente preguntar amigo (dice Matías)

—¡No, para nada! No don Matías, como se le ocurre. Lo que pasa, es que después que conversamos en la playa, ese día, ¿se acuerda?, algo ocurrió en mí. Unos días después encontré una amistad y nos tomamos dos cartones de tinto y re mal me hizo; creo que colapsé esa vez y a la posta fui a dar. Más de un día estuve hospitalizado, casi me morí y de ahí que no tomo nada (dice Mañungo)

—¡Qué bueno Mañungo!....¡Ah perdón!, no lo digo por lo malo que pasaste, sino, por cómo estás ahora, como te ves, ¿tú me entiendes verdad? (dice Matías)

—Si don Matías, tranquilo, no se preocupe; Yo también estoy contento, porque los primeros días, para que le cuento como sufrí, pero ahora me siento hartoo bien le diré (dice Mañungo)

Matías, al mirar disimuladamente a la mesa, observa un cortito de trago al frente y a Mañungo con una bebida bebiendo de ella. Con la intención de averiguar si estaba con alguien, le pregunta:

—¿Te sirves algo Mañungo?, ¿te invito a alguna cosita? (dice Matías)

—¡No poh don Matías!, gracias. ¡Ya le estamos dando! Ese es su Whisky y ésta mi bebida; como le dije, ¡para mí, ya no más alcohol! Este, es su trago simbólico; usted ya sabe don Matías. Como usted no estaba y no pensaba que venía, lo invité a su manera, o sea, de corazón nomás poh (dice Mañungo)

Matías se torna muy emocionado. Ese pobre mendigo, que consideraba su amigo, más pobre que una rata, lo invitaba quizás con que chaucha a beber un trago y más encima en su propio honor. ¡Qué gran gesto!, se decía complacido y contento. Se notaba que aquella atención era nacida del corazón y pensando en eso, le dice:

—¡Querido amigo!, que quiere que le diga; es el gesto o invitación más grata que en mi vida he tenido y más encima en mi honor. Gracias Mañungo, sé que no lo merezco, pero de verdad te lo agradezco (dice Matías)

—¿Cómo no? ¡Don Matías! Usted es puro corazón; se hace el duro nomás. Pero lo que importa realmente, es que vino y vino no hay, así que póngale de su whisky nomás, que lo está esperando hace rato, ja, ja, ja (ríe Mañungo)

Matías estaba sorprendidísimo, porque hasta la personalidad le había cambiado a Mañungo; hacía chistes y ocupaba su ingenio, eso era increíble. Su emoción no pudo más y quiso hacer un brindis por la felicidad que le inspiraba ver a Mañungo, convertido en mejor persona, a la vista renovado, lucido, tan vivo y tan perteneciente a la sociedad humana. Tomó su corto de whisky y dijo:

—Te agradezco mucho tu invitación Mañungo, para mí, créelo, tiene un significado especial esto y por eso quiero brindar.....querido amigo (dice Matías)

—Antes, don Matías, si me disculpa interrumpirlo, quiero contarle algo y así aprovechamos el brindis, porque no me alcanza el dinero para otra corrida (dice Mañungo)

—¡Pero Mañungo amigo!, ¡qué importa! Yo pago esta y la otra también si hace falta; la situación lo amerita. Para eso somos amigos (dice Matías)

—Don Matías,...por favor disculpe y con todo respeto quiero decirle algo. Esta es mi invitación; mía, mía para usted don Matías. Quiero de alguna forma demostrarle mi estimación. Que más no quisiera yo, tener la capacidad de invitarlo a miles de whisky,..... pero solo para este me alcanza. Es solo un trago,.....pero se lo ofrezco con la mayor dignidad, respeto, amistad y honor. ¡Ah!,.... lo que iba a contarle. Resulta que encontré a un viejo pescador conocido y me habló de una vacante de trabajo. Mañana me embarco con él en un barco portugués. Eso quería contarle, porque esto es una despedida para mí y estoy seguro que Dios lo puso en mi camino, para darme la oportunidad de decirle cuanto lo estimo y cuan agradecido de su apoyo y amistad estoy. (dice Mañungo)

Recién Matías comprendía, el real significado de la invitación y lo valioso que era todo; el hecho de encontrarse, lo dicho por Mañungo e incluso el trago, que quizás como juntó las chauchas para costearlo y más encima nadie se lo iba a tomar, si él no llegaba. Realmente estaba emocionado y a la vez se sentía en demasía congratulado, por su mísero gran amigo, que con este gesto justificaba demás, el haberlo seleccionado como amistad. Luego dice:

—¡Mañungo!, ¡éste!, es lejos el trago más valioso de mi vida, el más sentido y significativo; por eso quiero beberlo en nombre de nuestra amistad y expresar mis deseos sinceros de buena ventura para ti, para la vida que emprendes hoy. Que Dios y la Santísima Virgen te amparen y guíen, para que tengas éxito y rehagas la vida que tanto mereces. Porque la vida querido amigo, es para ser feliz y no para sufrir; claro, por supuesto también hay que luchar para ello. Es muy difícil que la felicidad llegue sola; ocurre pocas veces. La mayoría de las personas deben construir su paraíso y tu Mañungo, estas hoy en esa posición. ¡Fuerza, suerte y adelante! ¡Salud amigo!, ¡por ti y tu futuro, Mañungo!

Hacen salud frente a frente los amigos, chocando vaso botella a la altura de sus cabezas.

Matías, en actitud de catador de vinos saboreaba su whisky y un sabor distinto le encontraba; tal vez más cuerpo, más madera, más sabor o simplemente más placentero. Lo que si estaba seguro y sin duda alguna, es que era el whisky con más valor que tomaba en su vida, aun siendo el más barato.

Después de eso conversaron mucho sobre el futuro de Mañungo. Este agradecía a cada momento los consejos, el empuje, la fuerza, la confianza, el apoyo y la importante amistad que le brindaba su amigo. Matías agregó otros mil consejos, mostrando su preocupación, tal como si fuera su hijo o quizás un hermano menor. De repente Mañungo dice que lo disculpe, que debe irse a dormir, porque a las tres de la madrugada tenía que presentarse a trabajar. Al mismo tiempo, solicita la cuenta con ademán de mano.

El garzón no garzón, acostumbrado al mismo protocolo, llega a la mesa y entrega a Matías la boleta del consumo, para luego quedar esperando ahí mismo el pago con su cara inquisidora.

Mañungo toma suavemente la boleta de la mano de Matías y de un bolsillo saca una pequeña bolsita de género, la vacía en la mesa y cuenta una a una las monedas de baja denominación, hasta completar el total del consumo de su invitación; luego, entrega las monedas al garzón no garzón en un apretado puño, sin dar la propina acostumbrada de Matías.

Mientras tanto ocurría el pago del consumo, Matías observaba alternadamente a los ojos y de reojo al garzón no garzón, quien se movía inquieto y entre sus dientes apretados retenía y aguantaba suspiros de rabia que aumentaban, al haber reconocido al mendigo por las monedas que acusaban, respaldando con eso su acertada intuición. No obstante, no reaccionaba con rudeza, porque veía a Matías que estaba atento a cualquier signo o indicio de humillación, falta de respeto o lo que fuese indigno para su querido amigo. Mientras ocurría la controvertida situación, Mañungo no se percataba de ello y pagaba la cuenta con el pecho henchido, lleno de orgullo y satisfacción.

Matías, recién recuerda que también tenía un compromiso importante y al mirar su reloj, se da cuenta que había pasado una hora y media desde que dejó a Martina. Ambos amigos salen rápidamente del Bar y Matías llevaba su brazo sobre el hombro de Mañungo, en señal de cariño. Ya en la puerta batiente de salida se despiden muy emocionados, con abrazos y espaldas palmeadas. Todo había sido observado por el viejo del Bar y el garzón no garzón, que apoyados en el viejo mesón no dejaban de mirar lo que ocurría, siempre muy intrigados y confundidos, por cada situación rara e incomprensible a su modo de ver, que el extraño personaje les brindaba cada vez que venía al Bar.

Matías y Mañungo tomaban diferentes rumbos. Solo el destino sabía que les deparaba, pero obviamente sus vidas serían distintas, inciertas y separadas. Por el momento, uno se iría al Puerto de Iquique y otro a la Plaza Arturo Prat.

Matías esperaba a Martina sentado en un banco de la plaza, observando unos cachorros de perro jugar; los miraba y sonreía, al verlos como niños que luchaban y se perseguían en el pasto.

Hacía rato que el día se había retirado llevándose consigo al Sol o viceversa. La noche sí había llegado en pleno con su capa oscura, pero la Luna estaba presente; grande, gorda, redonda, blanca amarillenta, iluminaba todo. Las parejas de novios, pololos, amigos y otros solos, paseaban circulando por la plaza. Matías recordaba concentrado y con nostalgia, esas vueltas incontables que muy joven él también hacía. “El tontódromo”; así le llamaban sus compañeros aviadores al circuito de la plaza, porque todos caminaban dando vueltas y sin rumbo, tal vez buscando amigos, o haciendo la hora para tomar el bus de subida a la Base Aérea. Sonreía con cara de bobo, haciendo recuerdos de esos momentos.



### PLAZA ARTURO PRAT

De pronto la atención de Matías se desprende de sus pensamientos y enfoca en una situación que ocurría en la plaza. Se acercaba una rubia esplendorosa que la Luna gentilmente mostraba; traía un delgado vestido blanco que la brisa pegaba a su cuerpo, dibujando una hermosa silueta que más su armonioso caminar, a todo hombre no dejaba indiferente y unos más agudos se acercaban a cortejarla.

La exuberante y llamativa rubia, sin querer serlo o provocarlo, deslumbraba. Ya más cerca de Matías, ella dulcemente le sonríe y recién la reconoce. No cabía en sí de la sorpresa; era Martina, ¡que belleza! No lo podía creer. Saltó de su banco y corrió a protegerla de los molestos e impertinentes que la asediaban. La rodeaban tres de estos ávidos y perversos hombres, que salían de caza femenina el día sábado.

Martina se lanzó a sus brazos y lo besó dulcemente; él hizo lo mismo, pero con más énfasis, para demostrar dominio sobre la bella rubia y aplacar instintos lujuriosos en terceros despertados. Claro, todos los hombres envidiosos miraban indignados, al viejo que era amado por esa bella mujer. Martina, que ya era muy hermosa con su pelo negro y su perfecto cuerpo, con su nueva cabellera rubia platinada, estaba más llamativa y deslumbrante que antes.

Matías va a su auto para vestirse y arreglarse mejor, acorde al día sábado de fiesta y a Martina. Luego, decide invitarla a tomar once con dulces y pasteles, ya que Martina de eso tenía antojo. Al no encontrar un establecimiento que cumpliera con todas sus expectativas alimenticias, optaron por comprar cosas ricas en una pastelería y llevarlas al mercado para disfrutarlos con tecito caliente. Su reciente confesión de amor recíproco, había producido en ambos una manifestación de amor libre, que daba rienda suelta a sus sentimientos puros y confiados, expresando todo su amor sin temor.

Comieron los ricos pasteles y bebieron su té, incluso con repetición. Comían y hacían todo con una sola mano, ya que por la otra estaban unidos y se transmitían amor. Aquello era muy incómodo, pero ninguno cesaba en su afán de demostrar al mundo, que la persona a su lado era suyo o suya, sin importar nada alrededor.

Luego de tomar once, a pesar que era tarde para eso, decidieron pasear en auto, porque sabían que Iquique de noche era diferente a Iquique de día. La ciudad se transformaba en una verdadera

noche bohemia. La magia del clima y el encantamiento de la playa, hacían que los noctámbulos disfrutaran realmente de un pasar de ensueño.

Era solo cosa de ver como disfrutaban Martina y Matías, que sentados en el capó del auto frente a cualquier playa, observaban hipnotizados los ciclos del mar. Por supuesto, su visión de enamorados los hacía ver todo distinto. Observaban silenciosos y taciturnos, como el mar lanzaba olas oscuras y rayadas por la luz de la Luna, para reventar en la orilla y platear toda una franja que brillaba intensamente, hasta cambiar el color de la arena y mostrarla de acuerdo al capricho de la ola que reventaba.

Mientras la luna brillaba y brillaba sin ser interrumpida por nube alguna, sobre el agua se dibujaba lo que ellos querían o imaginaban. El ruido suave del agua que salía y entraba cual un pájaro cucú, siempre avisaba y con solo oírla, se sabía si la ola se iba o llegaba. A veces, algunos pájaros hambrientos, aunque no era su costumbre comer a esa hora, aprovechaban la amplia luz de la luna, para comer algún bocado que vivo y confiado en la arena descansaba.

Todo eso veían Martina y Matías, mientras de amor conversaban. Solo estar juntos los hacía dichosos y plenos, el resto del entorno ayudaba. El hecho de estar tan enamorados todo les magnificaba, de manera que cada cosa o situación que experimentaban, era para ellos hermosa, especial y única.

El amor ya estaba arraigado y declarado en ambos; no cabía duda de ello. A veces, poco hablaban, solo se miraban y besaban. En público, se comportaban como dos adolescentes ávidos de cariño, que no disimulaban su amor ante nada ni nadie. En su intimidad, también algo había cambiado, porque a pesar de hacer exactamente lo mismo, incluyendo los ahora favoritos juegos de ambos, hacían todo motivado por amor y no como al principio, que era una atracción pasional y física

Ya cerca de las once de la noche y después de haber paseado por distintos lugares, piensan que es prudente ir al “Wagon”, para satisfacer su ansiedad de comer algo exquisito relacionado con el mar. Una vez que llegaron a la cantina restaurante “Wagon”, se sentaron, pidieron la carta y mientras decidían, avanzaron con un vinito blanco heladito como le gustaba a Matías. Mientras conversaban animadamente, el garzón que si era garzón, se paseaba mirando de reojo y esperando el pedido de la pareja. Martina se sentía un poco apremiada por la situación, de manera que insta a Matías a decidirse luego.

Finalmente llaman al garzón y le piden los ricos chicharrones de pescado para empezar y para después, recalcando en media hora de traído eso, un pejesapo al vino para Matías y filete de lenguado rebosado, con ensaladas verdes, para Martina. Además exigieron bastante pebre nortino, primero para los chicharrones y después para los segundos platos. El garzón que ya los había reconocido, solo esperó el pedido y no preguntó con que acompañaría el pescado, para no ser sometido a burlas como aquella vez anterior.

Ya con los chicharrones y otros comestibles en la mesa, comenzaron a comer igual que la vez anterior; bocadito de pescado con pebre, acompañado de un trocito de marraqueta crujiente y luego se repetía lo mismo y terminaba con un sorbito de vino blanco casi congelado. Matías de verdad lo disfrutaba y por supuesto Martina también, además que Matías no tenía cuidado de mancharse al comer, porque esta vez iba preparado con una camisa de combate color beige, que aguantaba todo tipo de manchas y si irremediamente eso pasaba, solo la botaba. Lo mismo pasaba con el pantalón, que era un blue jeans también posible de botar. Martina en cambio, estaba de sumo cuidado; su precioso y elegante vestido blanco, europeo por supuesto y específicamente de Milán, muy delgado y tela cara, no se podía manchar con nada.

Luego, cuando disfrutaban con gran apetito de los platos fuertes, el vino se acabó, de manera que otra botella trajo el garzón. Estaba todo muy exquisito y eso era lo que ellos comentaban, mientras comían y conversaban animadamente. El “Wagon” ya estaba lleno de comensales y bebedores y habían actuado varios cantores y músicos. En esos momentos, solo la música de fondo acompañaba el ambiente y estaba a cargo de Tito Fernández, “El temucano”; cantaba justamente la canción de “Mañungo”. Matías, que se había acordado de su amigo con la canción, contó a Martina la buena noticia que había tenido ese día, respecto de Mañungo, su cambio y su futuro.

Ya Martina lo había notado muy contento y egoístamente se había atribuido todos los méritos, pero ahí entendió que no era tal y existía una gran causa que compartía. Matías se sentía más contento que nunca, por la situación de arreglo de vida de Mañungo, por lo cual, después de haberle contado a Martina con lujo de detalles, la invitó a brindar por la buena ventura de su amigo.

Ya después terminaron de comer y Martina fumaba y fumaba, mientras con Matías conversaba. El local estaba lleno hasta el tope, pero ellos sin querer lo ignoraban. No sentían bulla, el humo del ambiente no les molestaba, las risas descaradas o gritos destemplados no sentían y nada los perturbaba; solo se veían ellos y el resto no les incomodaba.

Ya se daba por terminado el bloque de los cantores, de los artistas invitados y de los aparecidos improvisados; aquello, para dar comienzo al “karaoke”, accesible para el público asistente. Muchos cantaron y para una mejor organización, las canciones eran con pedido anticipado. Martina, en un momento que fue al baño, se dejó anotada para dar una sorpresa a Matías.

Estaban animadamente conversando y riendo, cuando anunciaron el número ocho de la lista de Karaoke, que correspondía a Martina. Ante la sorpresa de Matías, ella se para de inmediato y recién le avisa que cantaría para él otra vez. Matías estaba consternadamente feliz; jamás lo imaginó y con esa muda expresión miraba a Martina, mientras ella se dirigía raudamente al pequeño rincón escenario. En el corto trecho de seis metros que Martina caminó, se sintió un ¡Ooooh! de admiración, de sorpresa y quizás de que más, por parte de la masa masculina que ese día atestaba la Cantina.

Martina ya estaba sobre el pequeño escenario con su hermoso vestido blanco, que producto del calor interior se pegaba a su cuerpo. Su atractiva silueta reflejada, más su llamativa cabellera rubia y su cara de gata mañosa enamorada, al público sin cantar ya había cautivado. Tomó el micrófono y anunció con su preciosa voz afrancesada, que cantaría con todo su amor para Matías, la canción que ella más amaba en su vida; “No me arrepiento de nada”, de Edith Piaf. Nuevamente recibió aplausos y gritos del público masculino, demostrando toda la aprobación para ella.

Sacó su mejor voz afrancesada y como un verdadero ruiseñor francés, cantó a todo pulmón su canción preferida. El público escuchaba con atención, con respeto y en silencio, mientras de varios presentes y de Martina, algunas lágrimas cayeron durante la hermosa y sentida interpretación. Cantaba y solo miraba a Matías sonriendo levemente, al mismo tiempo que en sus palabras románticas hecha música, le transmitía todo su amor y pasión. El público de verdad estaba emocionado, transportado y sorprendido, porque su canto desgarraba recuerdos y llegaba al corazón de todos, quienes aprovechaban de invocar los recuerdos de amores, experiencias y todo aquello que remueve sentimientos.

Al terminar la canción interpretada en medio de un silencioso público, brotó de inmediato un ensordecedor aplauso general de hombres y mujeres, incluso del garzón. Todos la felicitaban y

pedían otra canción; querían escucharla nuevamente y lo pedían a viva voz y en forma insistente. Martina se excusó y muy apresurada y nerviosa bajaba del escenario, tratando de llegar pronto a su rincón junto a Matías, en medio de una barrera humana que se lo impedía. Matías nuevamente tuvo que empujar y dar codazos con disimulo, para rescatar a Martina del acoso de hombres y mujeres que pedían más canto. Al bajarla del pequeño escenario con gran esfuerzo, Matías fue declarado como culpable y responsable de llevársela, recibiendo de regreso a su mesa montón de improperios, abucheos, servilletas aceitosas en su cabeza y hasta empujones. Este, como gran soldado estoicamente soportó todo, logrando llevar a Martina a salvo a la mesa.

Luego de aquella inusual e inesperada batalla, Matías se limpiaba y ordenaba sus ropas, ayudado por su “Dulcinea” enamorada, sacando de su espalda unos cuantos fideos, migas con pebre, una espina de pescado y varios escupitajos que recibió.

Ya con más calma, tomaron su vino y trataron de retomar su tranquila velada. Sin embargo, la gente y sobre todo los hombres, en susurros comentaban y a Matías con la mirada querían matarlo o tal vez solo herirlo, pero con algún daño querían castigarlo, porque al parecer, la afrenta a la que fue sometido no les era suficiente. Ante ese escenario Matías y Martina estaban muy incómodos, porque todos no cesaban de mirarlos con cara fea por mucho rato, haciendo intranquila y desagradable su estadía. Vieron que el reloj daba las tres de la madrugada, de manera que decidieron retirarse. Al pararse de sus sillas, nuevamente llegó el administrador a ofrecerle trabajo a Martina, apoyado esta vez por el garzón que prometía muchas cosas lindas. Martina una vez más se excusó graciosamente y dijo que lo pensaría, que tal vez en otra oportunidad les diría su decisión.

Su camino hacia la salida fue en medio de una rechifla general y nadie sabía porque; tal vez solo de despedida, de agradecimiento por el canto de Martina o quizás de desagrado por el pesado de Matías. No hicieron mucho caso al respecto y atravesaron hasta el estacionamiento. Ya en el auto, en silencio y aislados, se besaron en señal de respaldo mutuo, metiéndose al resto del mundo en un bolsillo. Luego, Matías puso el auto en marcha y rumbo a su casita en la pradera se fueron.

Martina, en premio a Matías por haberla salvado exponiendo su integridad, ofreció cantarle la misma canción de Piaf por el camino. Él le hizo presente con cara de malicia, que tenía otros regalos en mente para cuando llegaran, pero mientras tanto le encantaría escucharla.

El domingo, Matías y Martina se levantaron tipo doce treinta de la tarde. Mientras desayunaban, Matías preguntó qué quería hacer ese día a Martina y ella dijo:

—¿Sabes mi amor? tengo que decirte algo; esta semana quiero estar todo el día y toda la semana sin salir a ninguna parte, porque el Sábado viajaré a España, de manera que quiero aprovechar el tiempo y estar lo más posible sola contigo; no deseo compartirte con nadie.

—Pero,... ¿porque Martinita?, ¿acaso me vas a dejar? (dice Matías)

—¡No mi amor!, solo voy a viajar y volveré. Debo arreglar mis asuntos allá, para venirme contigo para siempre. ¿O no quieres estar conmigo para siempre? (dice Martina)

—Pero por supuesto mi amor, es lo que más quiero, pero no deseo estar un día sin ti. Creo que enloquecería al no tenerte a mi lado en un tiempo prolongado. ¿Es tan importante que vayas?, ¿porque no dejas las cosas como están y te olvidas de tu vida anterior? ¿No eres feliz ahora cómo estás? (dice Matías muy perturbado)

—¡Es necesario Matías!... En otras circunstancias no lo haría por nada en el mundo, ¡te lo juro! He dejado pasar mucho tiempo para hacer esto y lamentablemente debo viajar (dice Martina)

—¿Pero cuál es la urgencia Martina?, disculpa que me entrometa, pero...¿qué asuntos tan

importantes? (dice Matías)

—Es que de todas maneras tengo que hacerlo alguna vez. Pienso que es mejor hoy que mañana. Por ejemplo, tengo que vender mi departamento y una casita pequeña que tengo en Madrid. Además, tengo que pagar algunas deudas que dejé pendientes y también necesito arreglar problemas varios, para estar acá definitivamente y radicarme contigo (dice Martina)

—Bueno Martina, tu sabes lo tuyo, pero, ...¿será mucho tiempo?, estos viajes más los trámites que tú dices, demandan mucho tiempo (dice Matías)

—Es cierto Matías, tienes razón. Pero también es cierto que debo hacerlo y te prometo que aceleraré todo, de manera volver cuanto antes, ¿te parece? (dice Martina)

—¿Qué puedo decirte Martina?, ya lo tienes decidido. Solo espero que te vaya muy bien. Creo que te extrañaré mucho (dice Matías)

—Tengo pasajes para el sábado a las diez de la mañana, desde Iquique a Santiago de Chile y después a las catorce horas directo de Santiago a Madrid, de manera que está todo justo en tiempo. Matías, te pido sí, que no pensemos en eso, porque yo también estoy muy triste por irme, aunque sea por un corto tiempo. Espero me entiendas mi amor, porque ya estoy sufriendo. (dice Martina)

Con gran esfuerzo mental, lograron ambos encapsular en sus mentes el triste e indeseado viaje. Hicieron de esa semana otra luna de miel, como tantas que habían tenido. Realizaron todos los juegos posibles que habían inventado y avanzaron noches de amor en compensación a aquellas que no compartirían. Sin embargo, a partir del día viernes previo a su despedida, cayeron en profunda tristeza. En todo momento cuando sus ojos se encontraban, se miraban y ambos casi lloraban, con la diferencia que Martina no aguantaba y si lo hacía. El fuerte y duro Matías a cada hora se ablandaba, porque sin la presencia de Martina no se imaginaba.

Las horas pasaban demasiado rápido. Pensaban en su separación a cada instante y sin decirlo, sufrían un solitario tormento, para no entristecer más al amor de su vida. Como dicen, “no hay plazo que no se cumpla”. Llegaba poco a poco el nunca esperado día, después de pasar la noche del viernes en vela. Aquella tortuosa noche y madrugada no durmieron nada; solo se miraban, se besaban, se acariciaban y se prometían amor, del más puro y eterno que existía.

Habían creado sin querer ni imaginarse, una romántica relación de amor tan real, sincero y maravilloso, pero peligrosamente dependiente. En ese aspecto, habían dejado de ser individuos solitarios y se eran tan necesarios, tan vitales, tan complementarios, tan dependientes en amor, que el uno sin el otro era difícil imaginar y menos vivir.

Ya iban en el auto camino al aeropuerto. Llegar solo un minuto les llevaba, debido a que la casita en la pradera estaba casi al frente. Nada hablaron en el trayecto, porque estaban sumidos en sus propios pensamientos, que quizás eran los mismos o parecidos, pero si no había duda, que ambos eran de profunda tristeza. Una vez que entregaron para carga la maleta de Martina, se abrazaron hasta el tercer y último llamado de embarque, sin soltarse, como si quisieran mutar en un solo ser inseparable. Llegaba ya la hora inevitable del despido final, que no parecía ser la de un corto tiempo, porque ellos lo sentían definitivo.





## AEROPUERTO DE IQUIQUE

Un tremendo esfuerzo hicieron para soltarse del abrazo de amor, ante el ultimátum de rigor anunciado por parlante para Martina, quien era la única que faltaba en el avión. Llorando ambos como niños y quebrados cual un adolescente en su primera decepción de amor, se miraban, besaban y tocaban desesperadamente, como si fuera la última vez que se verían. Martina sollozando y sin mirar atrás, corría con piernas blandas hasta dentro del embarque, mientras Matías no despegaba sus ojos rojos y vidriosos de ella, hasta que su linda figura de vista se perdió.

Matías sale al exterior del aeropuerto de Chucumata y por un extremo de este, ve el avión carretear lentamente camino al cabezal norte para despegar. Estaba desesperado y descompuesto. Su reciedumbre, su todo interior de piedra, se había derrumbado ante esa mujer. Hacía adiós llorando y alzando sus dos brazos, como queriendo abrazar a Martina que ya no estaba. Ella desde la ventanilla del avión lo veía pequeñito, mientras lloraba y lloraba sin cesar. Él sentía enormes ganas de subir al avión, mientras ella solo pensaba en bajar. Al mismo tiempo pensaban, ¿para qué esto? se preguntaban, ¿para qué sufrir? Ambos muy arrepentidos de la estúpida decisión se repelaban, porque en caso de accidente, podría ser después de todo, el final.

Matías pensaba y se atormentaba así mismo. Se decía que era un imbécil por no haberle pedido ir con ella y que tal vez habría aceptado, pero si Martina no lo invitó era por algo y nunca había querido importunarla. No obstante, de todas maneras podría habérselo insinuado y tal vez iría feliz con ella en ese momento.

Martina pensaba en ese momento y también se torturaba mentalmente. Que estúpida, se decía. ¿Cómo no viajé con él? Si ya era su hombre elegido para toda la vida, ¿entonces porque dejarlo ahí solo? Él, totalmente solo se quedaba en Iquique y sin nada que hacer, ¿para qué dejarlo abandonado? Podría haberlo llevado con ella, pero en realidad nunca lo había invitado. Se decía con rabia y se culpaba por no haber sugerido que la acompañara. ¡Que absurdo!, se repetía, ¡que absurdo!, mientras, más lloraba y se arrepentía. Pero ya el destino había determinado sus caminos y el avión alzaba el vuelo con la punta al cielo, mientras sus motores rugían a todo dar, desgarrando el silencio del solitario aeropuerto de Chucumata y el corazón del solitario Matías.

Para ellos, todo y cualquier cosa era tarde. Los buenos deseos, los pensamientos, los arrepentimientos y los cambios en la vida, ya estaban cancelados. No había posibilidad de retroceso, porque el único avión del día había despegado tomando rumbo a Santiago, en medio de

un ensordecedor rugido de motores, que ahogaba el grito de furia y llanto de Matías, que sostenido y apretado fuertemente en la reja de alambrado, permanecía llorando y luchando para no caer desmayado, mientras sus piernas se doblaban y su corazón luchaba para no caer en infarto.

A Matías una hora de tiempo le llevó recobrase, mientras sentado y doblado casi en cuclillas, permaneció en ese mismo lugar sin moverse un centímetro del suelo, sentado sobre un viejo y sucio ladrillo del aeropuerto. Pensaba en todo el tormento que vendría, mientras esperaba que su atribulado corazón se regulara.

El hombre duro, de acero en su interior, estaba destruido y hecho un guiñapo todo su ser, además del corazón. Una vez en la casa se tiró en la cama y durmió sin moverse de la misma posición. Al parecer la pena lo había agotado, porque recién el domingo en la mañana despertó. No podía creer tanto tiempo que pasó durmiendo. Pensaba en Martina, deseándole que su viaje haya sido bueno.

Trató de comer algo pero no podía; no quería, no sabía qué hacer. Caminaba por dentro de la pequeña casa, caminaba por fuera, entraba y salía. Luego intentó dormir de nuevo, para lo cual se acostó sobre la cama, pero no tenía el más mínimo sueño por más que trató. Se sentó en la cama y se dijo a sí mismo, ¡cálmate Matías!, piensa, así te vas a volver loco, haz algo inteligente.

Se daba cuenta que el encierro le hacía mal, que necesitaba aire, espacio, oxígeno, de manera que decidió salir a Iquique. Tomó una toalla, traje de baño y al buscar sus chalas debajo de la cama, encontró un pañuelo de Martina. Aquello fue terrible, porque mientras lo olía, lloraba desconsoladamente. Era insoportable como la extrañaba y solo pensar que iba un día. La casa estaba fría, triste y sin vida. No tenía dudas que Martina era quien proveía todo aquello y también la energía para su vida. Pensaba y sabía que no lo podría soportar.

Trataba de fortalecerse a sí mismo, recordándose el hombre recio que era; militar de guerra de mente fría, calculador máximo, sangre caliente controlada, valiente, agresivo, decidido, pero cuando llegaba a la parte del amor, lloraba desconsoladamente sin poder evitarlo, echando por tierra todos los ánimos que se daba, imputándose atributos de hombre macho que en su mente recordaba, pero ante la pena del amor, no eran nada.

Después de varios intentos finalmente sale rumbo a la ciudad de Iquique, pero luego de devolverse en cinco oportunidades. La primera vez solo llegó hasta la entrada de la Base Aérea de la FACH, la segunda hasta “La Caleta Los verdes”, luego hasta “playa Lobito” y así sucesivamente se fue acercando a la ciudad. La última salida posterior a devolverse desde la “Ballenera”, fue la definitiva. Cerca ya de la ciudad de Iquique, optó por comprar mucho trago para emborracharse. De esa manera, pensaba cubrir de alcohol los dulces recuerdos que ahora daban tristeza o tal vez serviría embriagarse, para perder la conciencia, la pena y la desesperación. Cualquiera cosa necesitaba, que le impidiera recordar a Martina con tanto amor.

Ese amor tan intenso e inmenso era desconocido por él. Martina era el único amor en su vida, por no tener hijos ni familia, pero hoy le estaba haciendo daño y su mente no lo resistía. Había puesto en Martina todas sus semillas de amor y las regaba día a día. Hoy no tenerla junto a él, estar tan lejos sin saber si volvería, mataba su alma cada instante al recordarla; no lo soportaba. El hombre indestructible que creía ser no era tal, era solo un ser humano con corazón sensible igual a todos. Ese corazón normal, que una vez abierto al amor, quedó expuesto y propenso a todo el sufrimiento que este puede ocasionar.

Finalmente ese día, Matías llegaba muy tarde a la casa en la pradera, con una caja de whisky al hombro y en su barriga una botella completamente bebida. Tras la caja de whisky se escondió toda la semana y la siguiente también. Solo comía poquitos y en cuanto su mente se despejaba, ya

pronto nuevamente se embriagaba. Tres meses estuvo así, solo bajaba a Iquique a comprar algo para comer y llenaba el auto de licores fuertes. Buscaba a propósito los de mayor grado alcohólico, por ser más efectivos en nublar su mente y recuerdos, que lo ponían triste y casi enloquecían.

Matías ya no era el mismo física ni mentalmente. Después de seis meses estaba muy delgado y le había crecido barba muy abultada, casi completamente blanca. Sus ropas no las cambiaba y tampoco se bañaba. En otra persona estaba convertido hoy, porque vestía con harapos desgarrados y su cuerpo apestaba, pero nada le interesaba ni importaba. Cuando al espejo Matías alguna vez en la semana se miraba, se decía que la apariencia no significaba nada, ya que la persona valía por dentro, de manera que tampoco se duchaba. ¿Para quién?, se decía y se alejaba de la ducha.

Su desayuno era con licor; su almuerzo y cena también. Estaba siempre embriagado, pero como vivía solo en su casa, no peligraba. Sin embargo, cuando bajaba a buscar provisiones a la ciudad de Iquique, peligrosamente a la muerte se exponía, toda vez que manejaba su auto muy ebrio y por supuesto su cuerpo y sentidos estaban lerdos. Además, conducía velozmente una hora de ida y lo mismo de regreso, bajo la irresponsabilidad que daba su embriaguez.

Actualmente, con tanto tiempo avanzado y sin noticias de Martina, Matías pensaba no resignado, pero entendía que ella lo había dejado para siempre. A esa fecha, de eso estaba convencido, porque alguna carta o información debía haberle enviado. Seguramente, se decía, que no lo había hecho porque no quería y que tenía otra vida por allá, con la cual en Madrid se había quedado. Era lógico, mujer como esa, cientos de pretendientes debe haber tenido antes y ahora después de él, muchos también.

Así se martirizaba y más tomaba licor. Era extraña su actitud, pero lo hacía a diario; al parecer le servía. Pensaba mal de ella, tratando de contrarrestar el gran amor que le tenía. De esa manera le daba rabia y celos con ella y un poco la evitaba. Matías, con esa fórmula de vida, resistía los embates de tristeza que a veces se agudizaban, salvando un poco de mantener la cordura. Sin embargo, de su aspecto exterior no se preocupaba, ya que para la filosofía de su vida, no era importante, a pesar que ya sí lo era. No representaba solo un hombre descuidado en su apariencia, sino, que la de un mísero mendigo. Se semejaba mucho a Mañungo; muy parecido en toda su apariencia, con la única diferencia que no dormía en el suelo, no pedía dinero ni nada y su cuenta del banco era bastante abultada.

Ya aburrido del encierro que lo enloquecía, decide comenzar a bajar a Iquique algunos días, pero tal cual estaba, sin arreglar su apariencia en absoluto. Antes nunca quiso hacerlo, porque frecuentar los lugares que había recorrido junto a Martina, le traería recuerdos de ella y habría sido insoportable para su mente y corazón. Así, un día cualquiera después de muchos meses, llega al bar “El Bongó”, se sienta en su misma mesa después de tanto tiempo y a su espalda ve correr al garzón no garzón. Matías lo miró de soslayo y pensó que venía corriendo para atenderlo; incluso, pensó en darle una buena propina por su rápida y atenta atención, pero no era tal, ya que su misión era botarlo de inmediato.

Matías, mientras esperaba atención, abrió su billetera lentamente para sacar una foto de Martina. El garzón no garzón que llegaba decididamente por detrás, desiste botarlo, al ver la gruesa billetera del mendigo millonario. Por supuesto la atención cambió radicalmente, tratándolo como un gran caballero al que pregunta amablemente, ¿que se servirá él señor? El mendigo, para el garzón no garzón, hoscamente pide un whisky doble y una botella de champaña.

Había pasado más de medio año y quizás mucho más, desde las reiteradas visitas de Matías a ese Bar, de manera que el garzón no garzón no se recordaba para nada de él. Dicho de mejor

manera, no recordaba haber visto esa apariencia, que obviamente era la de un mendigo o vagabundo que estuvo a punto echar. Tampoco hizo comparaciones, porque no lo relacionaba con cliente alguno y no se acordaba para nada de él y tampoco se semejaba a alguien conocido. Además, con tanto cliente raro a cada rato y todos los días, sobre todo en los Bares de Puerto, que los tipos raros abundaban, no era extraño un cliente así en ese momento.

Matías estaba sentado y silencioso esperando su pedido. El garzón no garzón haciéndose el chistoso, lo trataba como un gran señor, pero en tono excesivo e irónico. Una vez que trae el pedido lo pone en la mesa ceremoniosamente, haciendo todo de manera sobre actuada y siendo chistoso para cualquier mirada del entorno. Para Matías esa actitud no tenía importancia, ni siquiera lo miraba; su vista estaba puesta en la foto de su mano, que ubicaba solo para él. El garzón no garzón ofrece abrir la botella de champaña y Matías solo asiente con la cabeza, ya que se sabe, era de pocas palabras. Luego ofrece servir la copa de champaña y nuevamente asiente Matías, sin dejar de hacer lo que hacía. Posteriormente, el garzón no garzón ubica el whisky, la botella de champaña y la copa servida, todo junto y al lado del maloliente méndigo, retirándose con ademanes y reverencias propias de un payaso. Matías no le daba importancia en absoluto, aunque lo veía y entendía su actitud burlesca; él, era más listo que tonto. En ese tiempo y momento todo le daba igual; burlas, mofas, lo que fuera. Lo que realmente le importaba y más que mucho, ya no estaba presente y quizás nunca estaría. De modo, que al parecer había perdido un poco de ese carácter infranqueable, estricto y justiciero que poseía.

Matías toma la botella de champaña y la ubica hacia el frente en la mesa, luego toma la copa servida con champaña y la pone en el asiento que siempre ocupaba Martina, o sea, a su izquierda. Después de ese corto protocolo, su whisky comienza a beber lentamente, mientras observa la foto en su mano.

El viejo del Bar y el garzón no garzón miraban extrañados e intrigados al vagabundo millonario, como comenzaron a llamarle. Ya el garzón no garzón había contado de inmediato al viejo del Bar, la gran cantidad de billetes que tenía éste, enfatizándole que eran de la más alta denominación. Lo que pasaba, es que Matías hacía poco había cambiado su cheque de pensionado militar, de manera que toda esa plata dentro de una billetera, se veía muy abultada.

Desde el mesón, estos reconocidos intrusos, observaban al mendigo millonario en cada movimiento que hacía y comentaban lo extraño que era ese tipo. El viejo del Bar, daba su opinión en tono experimentado:

—¿Te acuerdas del otro loco que había?,... ¿ese pues!.... El que pedía la coca cola y después se iba.... ¡Acuérdate poh, cabro leso!

—¡Aaaah, si poh!,... ese que una vez lo salvó del asalto a usted (dice el garzón no garzón)

—¡El que algo ayudó, dirás!,... pero no es cierto que ese viejo me haya salvado... ¡Fui yo el que puse el pecho a las balas!.... Era lógico, si el local y la plata era mía. ¿O no? (dice el viejo del Bar)

—¡Bueno!,... como usted diga. No es lo que me contaron, ¿pero, para que vamos a pelear poh Jefe? (dice el garzón no garzón)

Ya el haberle dicho Jefe con tanto énfasis, cambio la actitud del viejo del Bar, poniéndose más simpático con su empleado. Pensaba para sí, respecto del garzón no garzón, que al menos ese roto se estaba ubicando finalmente y ya sabía quién era su jefe. Ya era sabido por sus trabajadores, que este odiaba cuando se pretendía o trataba de igualar las distintas clases sociales de la vida. Para él, era muy importante la diferencia entre empleado y patrón.

Seguían mirando a Matías, mientras este bebía y bebía, porque una vez terminado su whisky,

otra copa había pedido y la botella de champaña acababa. Claro, sin tomar la copa de champaña servida en su mesa, que supuestamente correspondía a Martina. Ellos seguían comentando:

—Harto raro el viejito ese,... es de la misma escuela del otro loquito. Fíjese jefe, como pone un trago en el puesto del lado; es como si estuviera con alguien. ¡Hay cada loco!, ¿cierto? Hasta se parecen con el otro. (dice el garzón no garzón)

—¿Estás loco?, ¡mira bien, cabro tonto! Hay tremenda diferencia entre ellos. Haz memoria en tu cabezota. El otro era todo un señor, alto, rudo, caballero de buen trato, galán con las mujeres. Acuérdate la mujer linda que traía. Ese cliente era seco, valiente, simpático y hasta buen mozo lo encontraba yo (dice el viejo del Bar)

—¡Hummmmm!, ¡le gustaba el caballero! ¡Perdone!, pero no sabía de sus gustos delicados, jefe, Ja, ja, ja,

—¡Putas!... ¡Ya sabía yo! ¡Mira cabro confianzudo ten cuidado! No te pongas patudo. Ubícate bien en tu clase social o te voy a despedir; ya estoy hartos con tus imprudencias y bromas de mal gusto (dice el viejo del Bar)

—¡Pero jefecito!,...no se enoje poh. ¡Es solo una broma sana! Son tallas de hombre, ¡shi!, pa que lo toma tan a pecho ¿Que no le gustan las bromas de hombres?, ja, ja, ja (dice el garzón no garzón)

—¡Ya te dije cabro patudo!,.....una más y estas fuera. ¡Soy tu jefe, entiéndelo! ¿Acaso no entiendes nuestra diferencia?... ¡Que mierda tienes en la cabeza!.. ¡Entiende, no- so-mos -i-gua-les!, ¡existe una gran diferencia! Aprende a respetarme o te vas de aquí ahora mismo (dice muy molesto el viejo de Bar)

—¡Ya jefe, disculpe, para que tan grave!, era solo una broma sana. Acá todos sabemos lo macho que es usted y que tiene sus historias también. Acuértese de las gorditas de la esquina (dice el garzón no garzón)

—¿Qué saben ustedes? ¿Acaso han escuchado algo?, ¿han dicho algo de mí las gorditas? ¿han escuchado algo bueno o malo?, ya cuenta luego cabro patudo (dice el viejo del Bar)

—¡Buena Jefe! Es picarón usted poh, se hace el lesa nomás (dice el garzón no garzón)

—Lo que pasa cabro, es que tú eres muy joven. Además, que un hombre no tiene memoria; si yo te contara las minitas que han estado conmigo (dice el viejo del Bar)

—Claro, tomando helados, ja, ja, ja. ¡Es broma, jefe!, ¡es broma, no se enoje! Oiga jefe, ese gallo es hartos parecido al otro, en realidad (dice el garzón no garzón)

—Soy hartos arriesgado cabro, hasta que te voy a echar un día. Eres muy tonto o te gusta demasiado el payaseo. Ese mendigo no tiene nada que ver con el otro personaje; ¡mira la pintita!, la ropa y la cara. Este es más chico y un poco curcuncho, el otro era paradito (dice el viejo del Bar)

—¡Paradito!, hummmmm, jefe le gusta paradito, ja, ja, ja (dice el garzón no garzón)

El viejo del Bar no aguantó más y se retiró hacia la bodega para descargar su rabia con las cajas de cartón, como siempre hacía. Por supuesto se fue refunfuñando y despotricando en contra de sus empleados, diciendo lo patuda que era la clase baja, que no respetaba edades ni diferencias sociales, que eso de ponerle corbata al pueblo era lo más malo. Se juraba, como tantas otras veces, que nunca más iba a conversar con los empleados, que era darles demasiada confianza a esos rotos.

La verdad es que nadie más lo molestaba. Solo lo hacía este garzón no garzón, que era extremadamente confianzudo y siempre después de molestarlo y reírse de él, se iba donde el cocinero, el chino “Shong” y le contaba con pelos y detalles todo el episodio en colores y el

chinito echaba chispas riendo. Pero él, específicamente el chino “Shong”, personalmente, nunca jamás había molestado o faltado el respeto a su rechoncho y estirado jefe.

En todo caso, el viejo del Bar nunca iba a despedir al garzón no garzón, porque este era su mano derecha en todo lo del Bar. Además, cuando no lo molestaba, lo adulaba enormemente y este gordo clasista y ególatra, se encantaba con eso e inventaba historias de grandeza igual que el Quijote de la mancha”, donde solo él, las creía de verdad.

Un día en la mañana, Matías antes de lanzarse a tomar, decidió hacer recuerdos de Martina y llegando a la ciudad en la orilla de la playa se estacionó. Se detuvo donde siempre lo hacían con Martina para soñar mirando el mar. Ahí observaba las goletas pesqueras, como en trencito llegaban al Puerto para descargar sus toneladas de pescado.

Había bastante viento y veía como unas gaviotas se dejaban deslizar con él. Otras se resistían a su fuerza y finalmente se soltaban como disparadas. Mientras miraba eso, recordaba con lágrimas en los ojos, que esa situación de las aves muchas veces la vieron con Martina y ella se embelesaba mirándolas. De repente, un furgón de carabineros llega a su lado, pues al ver un mendigo en el auto, pensaron que lo estaba robando, de manera que lo hicieron bajar y le solicitaron los documentos. Tuvo que demostrar con los papeles del auto, carné, más la tifa de fuerzas armadas, que era una persona de bien.

El oficial a cargo estaba asombrado del cambio de apariencia; de un gallardo suboficial mayor de una prestigiada institución, de acuerdo a la foto de la “TIFA”, a un haraposo y fétido individuo convertido en mendigo o vagabundo. Matías, de su historia algo les contó y ellos muy confundidos y apenados solidarizaron, dejándolo ir con consejos de fe, medida y cuidado en sus viajes de ida y regreso a la casa en la pradera. Además, fueron muy enfáticos en instarlo a recuperarse y que al menos no tomara cuando condujera.

Matías una vez solo y después de irse los carabineros, nuevamente lloró al haber contado su historia y remover sus estancados recuerdos de amor. Razón por la cual, más pronto que otras veces fue al Bar para tomar. Una vez ahí, hizo el mismo pedido de siempre, El garzón no garzón volaba para atenderlo a pesar de su apariencia de vagabundo, porque las propinas eran abundantes y seguras.

Matías, en su deplorable condición actual, muchas veces el Bar había frecuentado y la mesa nuevamente le estaba casi reservada, claro que sin papel escrito, porque ambiciosamente el garzón no garzón la guardaba a escondidas de su jefe y a propósito de su beneficio particular, no por agradecimiento de su jefe, como antes. Su costumbre era beber un whisky doble y una botella de champaña, manteniendo una copa servida de champaña en su lugar de siempre y la foto de Martina afirmada en la botella, cargada de vista hacia el rincón, para que solo él la viera.

Mucho tiempo y casi a diario se repitió aquella historia del mendigo millonario en el Bar, embriagándose solo y en silencio. El más feliz de aquello era el garzón no garzón, que se hacía otro sueldo con las jugosas propinas del bien atendido ebrio. Un día, mientras Matías estaba en su habitual protocolo y observaba taciturno la foto de Martina, presiente que alguien estaba a su espalda y se gira bruscamente en la silla para ver quién era; grande fue su sorpresa, al darse cuenta que Mañungo lo observaba sin reconocerlo. Mañungo, hacía rato miraba intrigado al fétido vagabundo, porque estaba en la mesa y lugar de Matías, pero en nada se parecía. Matías, al pararse y saludarlo expresivamente como si nada hubiese cambiado, ayudó a ser reconocido por Mañungo, que aún perplejo por la impresión no evitó el saludo cariñoso y ambos se abrazaron como siempre. Matías le demostraba enorme cariño en el fuerte apretón, pero en Mañungo, era evidente el estupor y tal vez algo de decepción.

Entre los dos amigos nuevamente había una gran diferencia de apariencia, pero esta vez al revés. Mañungo vestía un elegante ambo de pantalón clarito color barquillo y una chaqueta café oscura; camisa blanca y zapatos color café, además de gafas oscuras. Llevaba una barbita de cara completa muy rebajada y estaba más robusto de cuerpo. En general, su nuevo aspecto era de todo un señor. En cambio Matías, estaba haraposo, ebrio, fétido, barbón y de cabello muy chascón.

Mañungo estaba totalmente sorprendido ante el nuevo Matías y solo lo miraba enmudecido, como tratando de buscar o adivinar una explicación para aquello. Matías como si nada, su apariencia ignoraba y se sentía el mismo de siempre, por supuesto contento con la llegada de su único y mejor amigo. Entonces le dice:

—¡Qué bueno verte amigo!, ¿Mañungo, cómo te ha ido? Tanto tiempo sin verte. ¡Se te ve muy bien!

—¡Ah...sí!, don Matías, aquí estamos. Llegué hace una semana y tengo para dos meses más por reparaciones del navío. Recién ayer entró a los astilleros (dice Mañungo)

—¿Cómo te ha ido con el trabajo? Te afirmaste, parece (dice Matías)

—Sí, sí, en realidad..... estoy contento,.....me gusta el trabajo y ya me acostumbré a él. Ahora tuve que hacer unos trámites y de allá vengo (dice Mañungo)

Mañungo, inconscientemente trataba de aminorar la diferencia de apariencia, justificando su vestimenta como algo forzado, por un trámite formal que tuvo que hacer; todo eso, con tal de no sentirse o parecer superior a Matías. Lo sentía como una falta de respeto o algo indebido, hacia su amigo que recordaba como un gran señor, que lo había acogido siempre y más que eso, lo había salvado y encausado en una vida digna.

Matías le preguntaba una y otra cosa en la conversación, pero él estaba muy incómodo y no se atrevía a preguntar el porqué de su desastroso estado, aunque ardía en deseos de hacerlo, pero con buenas intenciones. Porque Mañungo de verdad lo apreciaba mucho y no quería herirlo, ni siquiera perturbarlo, a pesar de su inmensa preocupación. Su vida hoy era felizmente distinta, solo gracias a Matías que lo había salvado de la perdición. Porque ahora en la situación en que estaba Mañungo, había tomado conciencia de lo que fue su momento de mendigo y peor que eso, la perdición mental y de espíritu que vivió, entregado totalmente al vicio del alcohol.

Matías, que a pesar de su apariencia y todo aquello que visualmente lo disminuía, no había perdido su inteligencia ni tampoco sus sentidos, de manera que intuyó en la inquietud del ambiente, la intriga y preocupación de Mañungo por su actual aspecto. De tal manera, le dice a Mañungo en tono de justificación:

—Para que te pregunto cómo me ves, Mañungo. Estoy hecho un desastre y lo sé. Mi vida ha sido un hoyo sin fondo amigo, no me ha ido muy bien.

—Pero don Matías, ¿cuál fue el motivo del descalabro de su vida?, ¿como tanto! (dice Mañungo)

—¡Una mujer pues amigo! ¡Quién más!, si no tengo hijos. ¿Que otro ser puede destruir la vida de un hombre?, solo el complemento vital del hombre pues amigo; una Mujer. ¡He perdido a mi mujer! La más hermosa y linda criatura que he conocido. ¡La francesa! Tú la conociste, ¿te acuerdas?....Ya no la tengo conmigo (dice Matías)

—¡Pucha don Matías!, no sabe cómo lo siento. Sí, tiene razón; era muy linda y se veía que lo quería. Oiga don Matías ¿y de que murió? (dice Mañungo)

—¡Por Dios Mañungo!, ni se te ocurra pensarlo; no ha muerto. ¡No! ¡No!....Solo se fue a España con la promesa de volver y nunca lo hizo; no mando carta ni nada. Ya han pasado como diez meses y ya no volvió. Jamás volverá (dice Matías)

Mañungo estaba perplejo; lo veía destruido por sus palabras y no atinaba a nada. Su amigo, su ídolo, su mentor, su salvador, con todo lo poderoso que era para él, verlo sumido en la misma situación que él había estado, no lo podía concebir. Se preguntaba cómo ayudarlo. No tenía el don de la palabra y además se encontraba ignorante en todo, más aún en estas cosas psicológicas. Si ni siquiera se pudo salvar a sí mismo, como podría siquiera pretender ayudar a su amigo. Entonces, con su cara compungida y triste, le dice:

—Don Matías, mi amigo, ¿cómo Dios no me abre el camino para guiarme? Usted me ha salvado y yo no tengo su capacidad para ayudarlo, pero usted es capaz de todo. ¿Porque no vuelve a ser la persona de antes? Discúlpeme, pero no está bien, no se ve bien y no es la persona de antes; disculpe mi franqueza. Pienso que si se da cuenta usted y quiere, puede reaccionar (dice Mañungo)

—No te preocupes Mañungo, yo estoy muy claro en lo que estoy metido y lo que pareceo aparentemente, pero por dentro soy el mismo; bueno, no tanto ya, pero la verdad es que no quiero ningún cambio, ni remedio, ni nada. Quiero estar así. Si vuelvo a mi lucidez, creo que me volveré loco. Esa mujer que amé y amo con toda la fuerza de mis sentimientos, se fue y me ha dejado sumido en la peor soledad y tristeza que un hombre puede soportar. Me juró sentir el mismo amor que yo y ahora sé que no era verdad. Si despierto de este sueño de inconciencia, que ha propósito me he inducido con alcohol, mi dañado corazón se enterará y será el fin de mi existencia. Hoy vivo en una nebulosa que poco me permite pensar y gracias a esa forma inconsciente, sobrevivo; de lo contrario, te juro que enloqueceré y yo mismo acabaré con mi perra vida (dice Matías)

A esa altura de la sentida y profunda conversación, el duro y recio Matías estaba llorando sin ruido; sus ojos enrojecidos y húmedos de lágrima lo acusaban. También su antes entera voz, ahora se notaba quebrada, cuando hacía sus tristes reflexiones. No había dudas, Matías más por dentro que por fuera lloraba. Mientras, Mañungo lo observaba con una inmensa cara de angustia, tanto por compartir la pena de Matías, como por su impotencia e incompetencia al no saber cómo ayudarlo. Trata Mañungo de ayudarlo de alguna manera y dice:

—En realidad don Matías, usted tiene razón. ¡De verdad! Tal vez es muy pronto, pero ella está viva y puede volver. Eso puede ser en cualquier momento y pienso que no hay que perder las esperanzas. Pero mientras tanto, trate de vivir en tranquilidad su vida y su luto, como se dice. A lo mejor es muy pronto para un cambio, porque tiene que botarlo todo. Sin embargo, no deje que ese despecho, esa rabia y tristeza, lo destruyan a usted, que es la persona más grande que he conocido. Eso creo mi amigo (dice Mañungo).

Ya habían conversado por más de dos horas y del whisky y del champaña no quedaba nada. Matías había ofrecido algo para tomar a Mañungo y este había aceptado una bebida solamente. Mientras siguen conversando silenciosa y privadamente, piden la cuenta para retirarse. El garzón no garzón la trae muy ceremonioso como siempre, pero esta vez un poco más controlado, ante la presencia del nuevo caballero que acompañaba al mendigo, o mejor dicho vagabundo, como hoy le decía la gente del Bar. Aquello, porque un mendigo no tiene dinero y a ese tipo le sobraba, según ellos.

Matías y Mañungo discutían simpáticamente quien pagaba la cuenta, porque ambos de verdad querían hacerlo, pero Mañungo ya había sacado su gorda billetera repleta de dinero, debido a que su cheque de pago recién había cambiado. El garzón no garzón miraba atento a los platudos que el pago discutían, con los ojos desorbitados de codicia, al pensar en la jugosa propina que tendría. Finalmente ganó Matías que apeló a su mayor consumo, demostrando a Mañungo con muy buenas palabras, que lo contrario en el pago sería un abuso.



Ambos se quedaron un rato más conversando después del pago y un cuarto de hora más tarde juntos salieron. Igual conversaban sin fijarse en nadie, incluso en la puerta lo hicieron. Después de un breve tiempo se despidieron afectuosamente y se fueron cada uno por su lado.

El garzón no garzón que además de patudo y chacotero era copuchento, de inmediato, al llevar la cuenta al viejo del Bar para que este se pagara, al oído le contaba de la plata de esos viejos, aumentando un poquito el cuento para entusiasmar a su barrigón jefe. El viejo del Bar reaccionaba muy contento, porque estaba llegando gente de mucho dinero a su local, de manera que al garzón no garzón le exigía enfáticamente, se esmerara en la atención de los clientes importantes y sobre todo del último caballero, que se notaba de buena clase y mucho dinero.

Varias otras veces se juntaron Matías con Mañungo en el Bar El Bongó. Repetían sus pedidos habituales, que generalmente acompañan con comidas y todo eso ayudaba bastante a Matías, que más encima de no comer, estaba sumido en la soledad. Sin embargo, la apariencia de este era la misma y a veces un poco peor. Conversaban de muchas cosas, sobre todo Mañungo que contaba de su nueva vida y sus peripecias en el mar, con mucha gracia, alegrando a Matías en su pena. Mañungo hacía todo eso de los cuentos de forma calculada, incluso inventaba situaciones e historias increíbles, para cumplir el noble objetivo de entretener a su amigo y desviar su pensamiento autodestructivo.

Una de esas veces que Mañungo no llegó al Bar, Matías pidió lo de costumbre y el garzón no garzón lo trajo de inmediato, como siempre en forma burlona y de ridículas maneras intentaba abrir la botella. Luego de servir las copas de la forma acostumbrada, no aguantó su intriga y tomó la foto de Martina para observarla, mientras Matías miraba hacia abajo buscando algo en un bolsillo. Al enderezarse Matías no vio la foto de su amada y su cabeza giró para ver si había caído al suelo; cuando mira al garzón no garzón, se da cuenta que este la tenía en su mano y con cara de degenerado se estaba imaginando películas censuradas, según los ojos de Matías.

Matías, al ver la desagradable situación en que su privacidad había sido violada y su mujer también lo estaba siendo en la mente de aquel sicópata, montó en cólera de inmediato, dando al garzón no garzón un duro golpe en la cabeza con la mano extendida, para luego empujarlo hasta el suelo. El viejo del Bar que observaba todo desde el mesón, salió de un brinco y en apoyo de su empleado se acercó, no precisamente a preguntar que sucedía, sino que vestido de guerra como su cara decía.

El lugar se transformó en una batalla, ya que el garzón no garzón se había erguido, de manera que los tres se trenzaron a golpes por donde cayera. Saltaban mesas, sillas y botellas, mientras los tres caían y se paraban alternadamente; después solo uno caía y todo se repetía. El chino Shong, que escuchó desde la cocina la ruidosa pelotera, salió corriendo y desesperado gritaba que se detuvieran, que estaban destruyendo el local. Ante los agudos aullidos destemplados del cocinero, el combate hizo pausa y todos se calmaron. Los tres quedaron destartados y machucados, era difícil distinguir quien de ellos era el desarrapado vagabundo, con excepción del gordo barrigón que por su volumen y estatura, era descartable al instante. Matías estaba muy molesto y una vez recuperada la foto y su orgullo, se dio media vuelta y se fue del Bar sin mirar atrás.

Después de la gresca, Matías caminaba alejándose del local igual como estaba siempre; chascón, desordenado, fétido y la ropa hecha jirones. Mientras tanto en el Bar, los otros contendores se curaban las heridas de guerra, con un bistec para el ojo morado del patudo garzón no garzón y hielo para el chichón en la cabeza del jefe barrigón. El chinito Shong que amablemente ayudaba a los contundidos compañeros, más se reía que apoyaba la curación. Molesto por eso, por la pelea anterior y por él chichón, el viejo del Bar lo hizo retirarse a su

cocina de inmediato, so pena de despido o suspensión.

Esa semana no se acercó por el Bar Matías, sí lo hizo Mañungo, quien fue tres veces más a comer y más importante a ver a Matías. Al no verlo ninguno de esos días, muy preocupado por la salud de este pregunto directamente al Viejo del Bar, si había visto al hombre que se sentaba con él. En respuesta, este le dijo:

—¡Ah, ese vagabundo! La semana pasada estuvo por acá, señor.

—¿Usted no sabe si volverá?, ¿dijo algo? (dice Mañungo)

—¡Mire señor! Para serle franco, no creo que vuelva por aquí. El vagabundo ese, se fue arrancando muy atemorizado (dice el viejo del Bar)

—¿Arrancando?, ¿cómo es eso? ¿Me puede usted explicar por favor, que sucedió con él? (dice Mañungo)

—Bueno, usted lo pide señor. Con todo respeto, ¡espero no sea familiar suyo! (dice el viejo del Bar)

—¡No!, no lo es. No es mi familiar (dice Mañungo)

—Lo que pasó señor, es que ese vagabundo es demasiado atrevido. Yo estaba agachado en el mesón del Bar buscando algo, cuando sentí golpes y ruidos en esa mesa, al mirar, observé que ese vagabundo daba golpes a mi empleado; ¡el garzón!, usted ya lo ha visto y seguramente ha notado que es mi empleado regalón. La verdad es que eso me puso furioso y cuando eso ocurre, hasta yo me temo, de modo que enloquecí de ira y salté sobre el mesón, porque ya no había tiempo para rodearlo. El vagabundo ese, estaba convertido en un bruto salvaje. En dos trancos estuve frente a él, le arrebaté a mi muchacho y de un golpe certero lo tumbé. ¡Él hombre era duro, muy duro!, se paró como una bestia rabiosa y nuevamente lo tumbé. Por supuesto con más técnica, porque aún me queda algo del curso de Karate que hice cuando joven (dice el viejo del Bar)

—¡Ya!, ¡ya!,...sí,.. pero, ¿él quedó bien?, ¿está bien? (dice muy preocupado Mañungo)

—¡Ah sí!, por supuesto señor; no se preocupe. Después que recuperó su conciencia como a los quince minutos, ya podía caminar por si solo el pobre hombre. Lo que pasa señor, es que el me obligó a usar mi fuerza, yo sé que lo tengo prohibido por ser karateca. En el curso tuve el primer lugar y yo sé de esto. De manera que usé golpes medidos y retenidos, ¿usted me entiende?, son golpes técnicos que no hacen mayor daño, solo inmovilizan al oponente (dice el viejo del Bar)

—Mire mi estimado, necesito conversar con él, de manera que si viene por aquí, por favor no lo eche y menos lo golpee, es un viejo enfermo; tenga compasión, sea humano por favor (dice Mañungo)

—Mire señor, no le prometo nada, pero voy a tratar de controlarme, porque en el curso de karate que hice, el Maestro siempre decía que había que tener autocontrol, que la rabia era cosa mental. Si es algo mental, téngalo por hecho señor, porque la mente es lo mejor que tengo (dice el viejo del Bar)

Mientras tanto ocurría esa conversación, el garzón no garzón a señas y en silencio había llamado al chino Shong y ambos escuchaban todo el cuento desde el comienzo. Luego, de la risa se revolcaban en las cajas de cartón de la bodega, asombrados por la mitomanía de su pequeño y barrigón jefe, quien fantaseaba contando mentiras al cliente del Bar. En ese mismo momento, el garzón no garzón contó al chino Shong, que incluso el chichón en la cabeza del jefe, no era herida de combate como él decía orgullosamente, porque se lo había hecho así mismo, cuando corrió y tomó la botella de champaña para pegarle al vagabundo, entonces resbaló con su pesada estructura y la botella salió disparada tres metros arriba, para aterrizar en su cabeza. Con esa historia y lo visto en directo, el chinito Shong no paraba de reír con su risa contagiosa, provocando que el

garzón no garzón se revolcara entre los cartones, emitiendo carcajadas hasta quedar sin aliento.

Él obeso viejo del Bar escuchó las risotadas en la bodega y partió corriendo como podía, para poner orden de inmediato entre sus trabajadores, intuyendo que estos habían escuchado su pintoresca narración. Cuando los empleados vieron entrar a su jefe con la cara roja, su cuerpo redondo y sus piernas arqueadas, además tan bajito de estatura, cayeron al suelo en medio de carcajadas, al imaginárselo haciendo las piruetas que había contado. Él, estaba muy avergonzado y lo disimulaba con rabia. Les dijo que su comportamiento era pésima costumbre, porque solo los rotos de poca clase escuchaban tras las puertas y peor era cuando se trataba de un jefe. Muy emocionado, les dijo que había expuesto su vida por salvar a su tonto empleado y este era alguien que no lo merecía. Aquellas palabras sentidas del obeso jefe fueron más divertidas que tristes para los empleados, quienes lloraban en un nuevo ataque de risas. Ya más que molesto cerró la puerta de la bodega por fuera y los dejó castigados, según él, hasta que aprendieran modales y respeto hacia sus superiores.

A la hora después, cuando fue a sacarlos de la bodega un tanto apenado y arrepentido por el castigo tan drástico impuesto, abrió el candado y la puerta con mucha calma, buscando la excusa más adecuada para ellos, pero encontró a los dos durmiendo plácidamente una siesta, boca abierta hacia el cielo, incluso con ronquidos. Fue esa visión como ají en el ojo para él y se enfureció de tal forma, que bufaba como un pequeño y gordo toro, al sacarlos a empujones de la bodega y obligarlos a trabajar, amenazándolos con descuentos y que solo trabajarían hasta fin de mes.

Varios días habían pasado y Matías que sentía necesidad de hablar con Mañungo, tipo tres de la tarde se acerca al Bar, asoma tímidamente la cabeza para ver si estaba y lo ve; hace el mismo silbido que antes escuchaba y Mañungo levanta su cabeza mirando al lado para hacerle señas que entre. Al mismo tiempo el viejo del Bar que estaba apoyado en el mesón, asiente con movimientos bien marcados de la cabeza, para que se note que es suya la autorización del ingreso del vagabundo. Matías entra y es invitado de inmediato por Mañungo a servirse lo que quiera.

Nuevamente la historia se repetía entre ambos, pero cada uno en rol del otro. Parecía que el destino quería jugar con sus vidas, ubicándolos en las mismas posiciones ya vividas por uno y por otro. No obstante, Matías estaba más aislado que Mañungo en su época de mendigo, toda vez que el sí tenía contacto con más personas al pedir limosna. En este caso, Matías no lo hacía, pues no había necesidad y más su personalidad retraída, lo convertía en un ser mucho más solitario.

Se ubica muy contento Matías en su sector y hace el mismo pedido de siempre, incluyendo además un plato de carbonada, lo mismo que Mañungo se servía y ya casi terminaba. El garzón no garzón esta vez atendía sin movimientos raros y de manera muy sobria. Primero les llevó el trago, para después llevar la comida. Destapó la botella de champaña y mientras servía las copas, Matías sacaba la foto de Martina para afirmarla en la botella, pero esta cayó de sus manos. El garzón no garzón, al darse cuenta de la hermosa imagen de mujer expuesta, rápidamente dejó de servir y cerró el ojo morado y el sano también, para no ofender al cliente invitado. Matías recoge y arregla tranquilamente la foto en la botella, mientras le agradece de palabra el gesto respetuoso demostrado, al garzón no garzón.

Después, al traer humeante la carbonada el garzón no garzón, Matías estaba tan agradecido por el gesto anterior, que además de volver a agradecerle el respeto mostrado, para incentivarlo y liberar su culpa por el ojo morado, le anticipó la propina de inmediato con monto doblado. Ante esta situación, el joven garzón no garzón quedó muy confundido y avergonzado, de manera que lo mira muy agradecido y se retira con la cara roja y su ojo morado.

Mañungo, le comentaba a Matías en forma muy triste que ya tenía que partir, porque los dos

meses lamentablemente habían transcurrido; que se había hecho poco el tiempo, pero el viaje sería menor esta vez, razón por la que considera, que estará de vuelta en tres meses más o menos. Matías en realidad necesitaba mucho de la presencia de Mañungo, tanto por su soledad, como por los beneficios que le daba. Su compañía le había significado gran recuperación, ya que tomaba un poco menos con su presencia y no como antes que lo hacía hasta quedar botado en cualquier parte, hecho un guiñapo y durmiendo en el auto.

A pesar de todo lo que significaba la ausencia de Mañungo para él, le daba ánimo, diciéndole que el trabajo estaba primero, que era un orgullo verlo convertido en la persona que era, de manera que fuera tranquilo, que él lo estaría esperando cuando volviera, porque era su único y mejor amigo que tenía. Ese día estuvieron juntos hasta aproximadamente las ocho de la tarde. Matías, después de despedir a Mañungo, se fue a su casa en la pradera y pudo descansar un poco mejor. El saber que tenía una persona cercana que lo estimaba sinceramente, le hacía del todo bien para su salud mental.

Pasaba el tiempo y siguió Matías en solitario frecuentando el Bar “El Bongó”. Algunas veces intentó comer en el Mercado de Iquique y también en el “Wagón”, pero los hermosos momentos que vivió con Martina en esos lugares, hoy se habían convertido en recuerdos tristes tan poderosos, que despertaban su dormida pena, sumiéndolo en ataques de melancolía que le hacían muy mal. De esa forma, cuando esto ocurría, aumentaba su ingesta de alcohol, ocasionando que las subidas a su hogar fueran muy peligrosas. De hecho, tuvo varios percances de conducción en todo ese tiempo que había pasado, librándose de sufrir un accidente fatal nada más que por suerte y ser apegado a la iglesia, según pensaba él.

Por eso Matías no podía alejarse del Bar “El Bongó”. Su hoy frágil mente le permitía y aceptaba solo ese local, que lo recibía sin atacarlo con tristes recuerdos de su lejano amor. A diario trataba y luchaba con su mente, para no pensar en su pasado maravilloso, porque los más significativos y lindos recuerdos con Martina, hoy eran filosos cuchillos, dagas y guillotinas, que desgarraban su corazón despiadadamente, ocasionándole gran dolor y pesar, hasta deprimirlo y tumbarlo.

Se iba el tiempo sin misericordia para Matías y en su alma esperanzada no cabía más pena. Cuando su mente le informaba que Martina existía y que los maravillosos momentos vividos ahí en sus recuerdos estaban presente, en defensa, él se decía que su amor había sido pasajero, que su relación había sido un fracaso, que todo fue solo un momento, que de un principio fue todo un engaño. Definitivamente, no quería ya contar con un espacio para Martina en su corazón, porque aun negándose a sus recuerdos, había aun un palpito pequeño, que creía de verdad en su regreso.

Trataba de entender el motivo de su final repudiado y no lograba atribuirlo a nada. Se exculpaba a sí mismo y decía en su mente, que él solo se había dedicado a entregar su amor a Martina, sin riendas y sin restricciones, que incluso había sacado a su mujer de la mente, para dar cobertura completa a Martina, de manera que no encontraba culpa propia, ni explicación lógica de lo ocurrido.

Sondeaba en su mente, buscando motivos que explicaran el abandono de Martina y solo lograba entender finalmente que el amor no era lógico, ni matemático ni justo, pero esperaba encontrar una respuesta para darle un sentido a su situación. No se explicaba, cómo pudo llegar a su estado actual de abandono, si tanto sentimiento mutuo se entregaron, tanta confianza compartieron, tantos juramentos declararon, tantos planes futuros idearon y como todo aquello pudo Martina ignorar y dejarlo abandonado.

Últimamente pensaba que debía conformarse con lo que tuvo y con la hermosa etapa que vivió

con Martina. Era un regalo de Dios, se decía y debía conservarlo como tal. Lo más lamentable de todo, era que no encontraba el punto o fuerza necesaria en su mente, para tomar apego a la vida y ser nuevamente un individuo compatible con la sociedad; le costaba incluso pensarlo, además de aceptarlo. Martina se había ido y se había llevado la mitad de su vida o quizás toda, arrastrando además con ello su voluntad y amor propio, ya que sin ella, no tenía vida ni incentivo para cambiar.

Se acordaba de Mañungo en su peor etapa y ahora lo entendía, cuando le decía llorando que no tenía por qué vivir, que su pasar era plano totalmente y nada lo emocionaba; que no tenía ni quería futuro. Pensar, se decía Matías, que daba consejos cual un maestro para el mismo mal que padecía y no era capaz de tomar la misma medicina que había salvado a su amigo, del mismo infierno.

Comprendía que Martina al final de cuentas le había hecho mal a su vida, de no haberla conocido hoy seguiría en soledad, pero no habría bajado al nivel humano que tenía actualmente. No obstante, como decía la canción de Edith Piaf que Martina le cantó, “No me arrepiento de nada”, él no se arrepentía de nada. De hecho, se decía en su mente, si tuviera la oportunidad de repetir su etapa con Martina, sabiendo que al final terminaría de la misma manera, sin vacilar un segundo de nuevo la amaría. El tiempo que pasó con ella era impagable y sabía que no hubo hombre más feliz que él en esos momentos. De tal manera, estaba conforme con todo y “No se arrepentía de nada”.

Pasaron unos meses más y todo seguía igual. Para Matías los días eran todos iguales y los horarios tampoco importaban. Vivía totalmente descolocado con la realidad del mundo y la sociedad a la que pertenecía. Solo algo comía, algo dormía, no conversaba con nadie y solo se embriagaba. El único cambio que progresivamente se notaba, eran los conflictos mentales de Matías, que día a día lo atormentaban sin vislumbrar una salida. Había sí un camino que se mostraba seguro para Matías y era el trastorno mental o la muerte como alternativa.

Más tiempo había pasado y Matías solo en su casa estaba muy afligido y desesperado. Mañungo tampoco había llegado a los tres meses como había dicho. Era indudable que tuvo una leve recuperación cuando estuvo Mañungo, pues bebió menos alcohol, se alimentó mejor y pensó un poco menos en Martina. Una clara evidencia de su mejoría, fue la capacidad que tuvo para cuestionarse su vida en un momento, como también su relación con Martina. Cosa que nunca había hecho.

Matías ahora compartía una soledad mayor y casi total. Su desesperanza se acrecentaba y al parecer estaba entrando en crisis. Al darse cuenta que su equilibrio mental peligraba, no encontró mejor solución que tomar licor y embriagarse de inmediato. De esa forma nublaría sus pensamientos al máximo y no daría oportunidad a su mente para hacerle daño con los recuerdos y la tristeza de su soledad actual.

Así lo hizo. Rápidamente ingirió whisky una y otra vez sin parar. A la hora de tanto tomar, cayo borracho y casi inconsciente en la cama. Al otro día despertó mareado cerca de las tres de la tarde; se paró de la cama y sorprendido se dio cuenta que estaba orinado completamente y de lo otro también. Sin hacer nada, se sentó en la cama y lloró como un niño desconsoladamente, porque se avergonzaba de sí mismo. Mientras pensaba, se daba cuenta que en realidad extrañaba al verdadero Matías de antes y que era imposible recuperarlo.

Ya más calmado de la denigrante situación, se duchó después de mucho tiempo sin hacerlo. Posteriormente tomó una bolsa plástica grande y botó el pijama junto con la ropa de cama que estaba inservible y por suerte no había llegado la suciedad al colchón. Aún en bata, se aprontaba a desayunar, para lo cual llenó un vaso de Whisky y comenzaba a abrir un pan para ponerle queso y

otras cosas, cuando siente que golpean fuerte su puerta a modo de llamado. De inmediato pensó en los militares que venían a limpiar el estanque de agua, sin embargo, ellos no avisaban para realizar esa labor.

Abre la puerta para atender y grande fue su sorpresa, al ver que carabineros lo visitaba. Les pregunta el motivo de su visita sin hacerlos pasar y un sargento le dice que buscan al señor “Matías Arriagada”. Entonces, él se identifica como tal. Acto seguido, el carabinero le solicita algún documento que lo acredite como la persona que buscan y Matías rápidamente va en busca de su identificación militar y la presenta. El sargento se cuadra y le pide disculpas por no reconocerlo como suboficial mayor, para luego entregarle una caja de cartón cerrada, con una nota adosada. Matías recibe la caja, muy sorprendido y rápidamente extiende su mano para despedirse, pero el sargento da un paso atrás y con sumo respeto, nuevamente se cuadra y da las gracias por la atención otorgada, refiriéndose a él como su Suboficial Mayor.

Matías, muy emocionado por el momento militar que había tenido e intrigado por la caja de cartón, entra a la casa rápidamente y lee la nota que estaba adjunta al exterior. Esta decía:

Don Matías, le pido mil disculpas por lo siguiente. Hace más de un año caí severamente enferma, razón por la cual me fui a vivir con mi hermana a la ciudad de Antofagasta y deje mi casa totalmente abandonada.

***Hace una semana volví un poco recuperada y ya puedo valerme por mi sola nuevamente, de manera que estoy ordenando mi vida.***

***Por lo alejado de su casa, pedí a carabineros lo ubicara y entregara lo que es suyo. La caja de cartón contiene seis cartas de Martina, que es mi amiga y espero no haberle fallado.***

***Ella las mandó a mi dirección en El Morro, sin saberlo yo.***

***Atentamente, María***

Matías quedó perplejo y por el alza de presión momentánea sentía arder su cabeza. La impresión de aquella noticia lo había inmovilizado por completo. Luego se tiró de espaldas en la cama y con la mirada al cielo, agradecía a Dios por la bondad que había tenido. De repente reaccionó y fue corriendo a la mesa a buscar las cartas para leerlas. Las devoró con lectura rápida, mientras saltaba y gritaba como trastornado, diciendo que Martina lo quería, que Martina lo amaba. Parecía un mono enloquecido mientras leía, porque su nerviosismo y emoción lo hacían caminar de un lado a otro, sin respetar alturas ni vallas. Caminaba y leía mientras pasaba sobre la cama, sobre las sillas y sobre todo el desorden de su casa. Peor era su cara, que cambiaba de expresiones continuamente y en ella se podía descifrar claramente las palabras de Martina.

La última carta de Martina, además de todo el amor que demostraba, evidenciaba cada dos líneas que profundamente lo extrañaba. Decía que le traería una inmensa sorpresa y que pronto llegaría, dando para ello una fecha determinada. Con los cálculos de Matías, de acuerdo a la fecha en que estaba, eso ocurriría dentro de un mes exactamente.

A propósito de “mono enloquecido”, en sus saltos de alegría destemplada se vio en el espejo sin querer y horrorizado de su actual aspecto, decidió cambiarlo de inmediato. Solo de pensar que Martina lo viera en ese estado, le asustaba. Matías ya estaba experimentando los primeros cambios. Su actitud, su conciencia y su amor propio estaba recuperando, pero lo más importante que había recuperado, era el gran amor de Martina.

Para Matías ahora el mundo era distinto, era como antes. En realidad, Martina se había convertido en el mundo de Matías. Él lo sabía y muy caro le costó descubrirlo. La soledad, la tristeza, la miseria e incluso la muerte, eran testigos de aquello. Estaba feliz como nunca, pero también consciente del sacrificio que debía hacer para cambiar sus vicios y estilo vida, si es que eso era vida. Dejó de inmediato su trago mañanero de lado, como inicio fiel de su palabra a sí mismo. Se juró desde ya mantener la compostura, sin tomar trago desmedido, también mejorar su apariencia y hasta recuperación física entró en su programa.

El tiempo apremiaba, así que tomó su auto y partió a la ciudad directo a la peluquería. En ella cortaron su barba, su cabello y lo afeitaron, apareciendo dentro de todos los pelos, la antigua cara de Matías, que era de agradable aspecto. Luego a las tiendas se dirigió y compró ropas nuevas para él y algo también para Martina, de quien sabía sus medidas con toda exactitud. Vistió ahí mismo unas prendas nuevas, botó los harapos y nuevamente en un caballero se convirtió; incluso, su agachado cuerpo estiró, volviendo a ser nuevamente el mismísimo Matías.

Ya recuperada su imagen de gran señor, fue a una tienda de muebles y compró una cama, ropa para ella y dos muebles roperos, para Martina y para él. Acordó su entrega dentro de la semana, directamente en la casa en la pradera.

Matías parecía estar bastante recuperado, al menos por fuera. Él se sentía mejor que antes; se veía en sus ojos y vitalidad que resaltaba. La verdad, es que si estaba mejor y su andar, su mirar y proceder, que irradiaban felicidad, lo confirmaban.

Para celebrar el enorme acontecimiento, Matías quería reventarse por última vez bebiendo. Entró al Bar “El Bongó” y feliz en su mesa se sentó, mirando la nueva foto de Martina, porque la anterior donde estaba en transparente baby doll, la había manchado con orina aquella fatídica mañana. En el mesón del Bar estaban los dos de siempre y comentaban lo siguiente:

—¡Mira quien llegó!, es el loco de la otra vez, ¡no te decía cabro porfiado! Nada tiene de parecido al vagabundo que tu decías (dice el viejo del Bar)

—¡La pura verdad jefe!... Tenía usted razón, este caballero ni se parece al otro. Claro, el vagabundo tiene al parecer cualquier billete, pero es harto asqueroso (dice el garzón no garzón)

—¡Así es pues!.... ¡toma nota cabro!, cuando un jefe como yo,...con tanta,...tanta experiencia de la vida, te diga algo, tienes que creerle;... de esa forma vas a llegar muy lejos. Yo tengo mucho para enseñarte (dice el viejo del Bar)

—Claro jefe, lo reconozco, tiene bastante para dar.... ¡Bastante grasa! Ja, ja, ja,..... ¡sí que tiene y de sobra!... ja, ja, ja (dice el garzón no garzón)

—¡Yaaaaa!... ¿Empezamos con los atrevimientos? ¿Quieres que te encierre de nuevo? (dice el viejo del Bar)

—¡Harto sueño que tengo, jefe! No estaría nada de mal, ja, ja, ja.....Son bromas sanas jefe, no se enoje. ¡Esta cambiado jefecito!, antes era más “Chévere usted” (dice el garzón no garzón)

—¡Ya partiste!,..... anda a atender mejor, antes que asome mi mal genio. ¡Tú sabes que,..... Bla, Bla, Bla (dice el viejo del Bar)

Hablando y refunfuñando quedó solo el viejo del Bar, mientras el garzón no garzón, riendo a carcajadas se dirigía a atender a Matías, quien ya había guardado la foto de Martina, porque ahora no era necesario exponer su imagen, toda vez que pronto la vería.

El garzón no garzón pregunta que se servirá el señor y Matías muy alegre le contesta que quiere un whisky, además ver el menú para comer algo. Rápidamente le trae ambas cosas y Matías solicita cazuela de ave con ensalada a la chilena, también lechuga con vinagre y ajo.

Estaba comenzando a comer, cuando las noticias mejoran increíblemente para él, porque

Mañungo llega de improviso y se para a su lado, totalmente asombrado al ver a Matías de aspecto recuperado. Lo saluda con un grito de amistad y se abrazan fuertemente. No se daban cuenta, pero por primera vez entre ellos, había un abrazo sin harapos ni olores fétidos entremedio.

Mañungo, que se acercaba a almorzar por ser la hora de merienda, pidió exactamente lo mismo de Matías. Conversaban riendo de todo lo pasado y se informaban recíprocamente de todos los acontecimientos, que actualmente eran solo buenas noticias. El ambiente no podía ser más grato y la alegría desbordaba. Matías tan feliz estaba, que llamó al garzón no garzón y sus gafas de sol le regaló para que cubriera su ojo ennegrecido, que pena daba.

Matías devolvió su whisky a insinuación de Mañungo, quien basaba su tesis de rechazo en lo nocivo que era para el hígado, instándolo a tomar vino, con la seguridad que mejor acompañaría su comida. Más tarde, Matías se quejó de lo áspero y vinagroso del vino y el garzón no garzón que no entendía de eso, trajo al mejor catador entendido en asuntos vitivinícolas, que era su patrón. Este llega y dice en su singular de manera expresarse:

—Señores, tengan ustedes muy buenas tardes; mi intención no es importunarlos. He acudido en forma diligente a vuestra solicitud, para ayudarlos en una buena selección de vinos. He notado en el tiempo que mis empleados les han servido, lo exquisito de vuestro gusto y disculpen que me extienda, pero ustedes son clientes destacados y el vino que ustedes bebían, de verdad no es bueno ni digno de su paladar.

—Entonces, para corregir este desafortunado error, abriré todas mis bodegas y personalmente escogeré de los vinos, el mejor. En todo caso, es de caballero advertirles con todo el respeto que ustedes merecen, que la calidad tiene precio y el valor de este vino es bastante elevado (dice el viejo del Bar)

—El valor no interesa señor, traiga solo el mejor vino, porque hoy quiero celebrar mi próximo matrimonio que será en un mes más (dice Matías)

—¿De qué valor estamos hablando? (dice Mañungo, con preocupación)

—En realidad es bastante, pero para personas pudientes como ustedes, no debiera sentirse mucho, porque Bla,... Bla,... Bla.....(dice el viejo del Bar)

Mañungo estaba preocupado, porque el viejo del Bar se podría aprovechar de la alegría de Matías, cobrando un valor desorbitado. Por esa razón quería saber anticipadamente el precio real del vino, de manera que una vez bebido no saliera con el chiste de un precio desmedido. Por lo tanto, interrumpe la latosa introducción e insiste en conocer su valor:

—Disculpe, ¿de qué valor estamos hablando? (dice Mañungo)

—Bueno caballeros, por ser ustedes mis clientes habituales y muy importantes para este negocio, se los daré al costo, olvidando mi utilidad que no es gran cosa. De manera que, Bla,..... Bla,.....Bla,....(dice el viejo del Bar)

—Por favor, ¡dígame! ¿De qué valor estamos hablando? ¡Señor! (dice Mañungo)

De repente aparece una buena señal, porque comienza a mostrarse el Matías verdadero. Ya molesto por la lata del rechoncho señor, dice en tono seco y dictatorial:

—¡Señor!.. le diré solo esta vez. Por favor, necesito el precio que le ha pedido mi amigo tres veces, ¡ahora ya!, de inmediato (dice Matías)

Todo lo dicho respaldaba con su mirada fulminante, mientras Mañungo observaba con orgullo y satisfacción el regreso de su amigo, que nuevamente imponía su personalidad ante un hecho que lo exigía, El viejo del Bar, con voz insegura y un poco temblorosa, dice que costaba veinte mil pesos, pero como lo prometido era deuda para él, la dejaría en diez mil pesos. Al obtener lo requerido, Matías mira a Mañungo, concertando entre sus miradas una respuesta de aprobación o



rechazo; no obstante, al mismo tiempo dice al viejo del Bar:

—Oiga estimado, entonces traiga el vino que usted asegura ser el mejor; el precio no está malo si es tan bueno como dice. De todas maneras, juntos lo probaremos y haremos una comparación con el vino malo que estamos devolviendo.

—Muy bien señores, por fin la decisión ha sido tomada, lo que deja de manifiesto su excelente gusto. Voy de inmediato a mis bodegas, cuyo acceso solo a mí está permitido, además que el vino que he recomendado solo yo lo ubico, porque este vino,.....Bla, Bla...Bla (dice el viejo del Bar)

Matías, cansado de tanta palabrería interrumpió con la mirada, clavando sus duros ojos en el viejo barrigón. Este comprendió al instante el claro mensaje y con sus cortas y chuecas piernas sosteniendo la inmensa estructura, se fue con indisimulado esfuerzo acusado por quejidos, corriendo en dirección a las desconocidas bodegas.

Al quedarse solo Mañungo pregunta a Matías, que había de cierto sobre el matrimonio que había escuchado. Este le cuenta sobre las cartas que recibió y casi toda la historia completa, destacando de ella algunos detalles importantes y lo dichoso que estaba, ya que Martina en sus cartas le había dicho cuanto lo amaba y que apenas llegara se casarían sin esperar nada. También, que le traería una gran sorpresa que mucho le iba a gustar. Terminaba diciendo Matías, que hoy su vida era todo alegría, que tenía la pena olvidada y por eso solo quería divertirse y tomar esa vez, casi como una despedida de soltero. De esa forma, decía, sacudiría todo lo malo que se creó dentro de su cuerpo y mente, porque quería estar liberado de todo su mal pasado y hoy que sabía que Martina lo amaba tanto cómo el, solo quería vivir, vivir y vivir, porque se sentía plenamente feliz y realizado.

Mañungo que era un gran amigo, mientras Matías conversaba contándole como se sentía, él sonreía con la risa más grande que su cara soportaba, para luego prometerle su compañía y todo lo que fuera necesario para su propósito. Además, le agregaba con excitado entusiasmo, que las horas y segundos de su vida en ese momento se las dedicaba, de manera que fuera feliz antes de casarse, porque después, nadie sabía cómo sería su vida. Sobre este último comentario mucha risa compartieron, como también con otras bromas permitidas entre amigos, que agregaron.

Justo cuando conversaban con la boca seca por la emoción, en buena hora aparecía el gordo barrigón, jadeando, empolvado y muy transpirado, pero sonriente y con cuatro botellas en las manos. Por suerte para todos, es lo que pensaron, el latero y fanfarrón viejo del Bar llegó tan cansado, que solo con los ojos habló. Miraba, miraba y miraba por mucho rato a todos, mientras con sus ojos hablaba, demostrando que en esa forma de contacto también era latero. Finalmente, se entendió que su mirada decía “aquí está el mejor vino”. Posteriormente, una vez algo recuperado puso las botellas de vino en la mesa que estaba al lado y se sentó a limpiarlas prolijamente del polvo que tenían, con su pequeño delantal negro.

Matías con esfuerzo aguantaba su risa por dentro, mientras observaba al viejo del Bar limpiar botellas, porque su aspecto era similar al que tenía después de la pelea. Era chistoso ver su camisa ancha salida, su barriga afuera, el pantalón a medio traste, chascón, transpirado, empolvado y su cara bonachona muy colorada. Después de eso y mientras lo observaba, un poco de nostalgia sintió por el pobre viejo, al recordar que su vida era solitaria de familia y de amor. Debido al último pensamiento, quiso tal vez invitarlo a su celebración; le era fácil a Matías hacerlo actualmente y nada le costaba, porque su corazón estaba tan contento, que todo el mundo le gustaba.

Ese día su alma proyectaba un aura purificada; no sentía odio ni rabia, solo alegría. Sus peores enemigos podrían ser en ese momento sus amigos, incluso, cualquiera apostaría a ganador al ver a

Matías en ese momento, asegurando que perdonaría por ejemplo al tipo que en el “Wagon” le lanzó tallarines en la cabeza, o al que lo llenó de escupitajos en la espalda.

Ya recuperado el viejo del Bar de su cansancio y terminado el aseo de las botellas, mandó al garzón no garzón a traer copas para todos los presentes, a insinuación de Matías. Una vez servidas las copas, todos probaron a excepción de Mañungo, que miraba al viejo del Bar que no tragaba, solo paseaba el vino entre dientes, muelas y lengua, acción que le llevó varios minutos y a todos incomodaba. Mientras eso ocurría, el garzón no garzón y Matías habían dado ya su veredicto de aprobación al buen vino. Más minutos se sumaban y aún el viejo del bar con cara amoratada y sin oxígeno analizaba, hasta que por fin, frente a la hostil mirada de todos en la mesa, el obeso catador daba su opinión definitiva:

—Señores, en mi larga carrera como catador de vinos, realizada en el servicio de Garzón desde joven y que hoy me ha encumbrado a empresario, puedo decir con toda seguridad y basado en mi vasta experiencia, que este vino está entre los mejores que he probado. Tiene cuerpo, aroma y sabor muy parecido a uno que nos servimos con el Príncipe de.....Bla,....Bla.....Bla.

Matías rápidamente interrumpe, antes que se extienda más el viejo del Bar, porque ya todos habían notado que en él, eso era habitual. Le dice:

—¡A ver, a ver amigo!, como ya sabemos el vino es bueno y caro, por lo tanto no se puede perder, de manera que acabe pronto su copa por favor, para luego servirle del otro y comparemos; yo haré lo mismo.

—Es que yo no acostumbro a beber y además mi responsabilidad de empresario no me lo permite. Estoy en mi trabajo que para mí es muy importante y a lo mejor a usted muy serio no le parece, sin embargo, tengo gente a cargo que cumple una labor y de mí dependen. Esta empresa no puede parar por respeto a mis clientes, además que mis empleados no son mucho de fiar. ¿Sabe usted acaso las rabias que yo paso, por no estar presente? Por eso y mucho más, esta vez yo paso y hasta aquí nomás llevo. En todo caso mi respetado señor, muchas gracias por la invitación (dice el viejo del Bar)

—Ya que usted habla de invitación y respeto al cliente, estas no se desprecian. Es un desagravio no corresponder a ellas como un caballero, toda vez que se le invita con distinción (dice Matías)

Entendiendo el compromiso al que estaba enfrentado el viejo del Bar, tuvo que acceder a la invitación, de manera que al mismo tiempo ambos toman la copa de vino malo y beben hasta el concho, coincidiendo en que era lo peor que habían bebido en su vida. Entonces, para pasar el desagradable sabor, Matías insistió en tomar otra copa pero del más caro y mejor.

Luego, el viejo del Bar se retira con las tres botellas no compradas en los brazos y tres copas dentro de la barriga. Su regreso al mesón no era el mismo, porque sus piernas arqueadas no respondían y su cabeza se mareaba progresivamente. Tres copas para él eran más que suficiente y su tembloroso e inseguro caminar lo evidenciaban. El garzón no garzón que le seguía todos los pasos, también había tomado dos copas sin afectarse y detrás de él también se fue.

Como se sabe, Mañungo había prometido a Matías, hacer todos los esfuerzos posibles para ayudarlo a pasar una velada agradable o al menos con su compañía acortar el tiempo. Al enterarse del pronto matrimonio, quería también inventar una sana despedida de soltero, por lo tanto reiteró su entera disposición para lo anterior y agregó la nueva idea como motivo de celebración, con la sola excepción de él, no ser obligado a tomar alcohol.

Matías, al revés de enojarse mucho por no compartir tragos con él, más se alegró, al saber que su amigo había superado definitivamente su problema de adicción. De manera que la pequeña

fiesta de dos personas comenzó y Mañungo compartía con bebidas, acompañando a Matías en su celebración. Al cabo de un rato, se vio incrementaba la fiesta con más gente que llegó; se trataba del gordo viejo del Bar, que se acercó preguntado si aún estaba en pie la invitación. La respuesta del ahora amistoso y alegre Matías no se hizo esperar y encantado lo aceptó.

El viejo del Bar algo bueno tenía, porque no era aprovechador, de modo que otra botella de vino de la misma que tomaban llevó. Según decía entre sus latosos comentarios, había elegido ese vino para no bajar el nivel de la celebración. Pedía disculpas mientras se sentaba, excusando su casi auto invitación, a razones de soledad sin amigos y que a veces era bueno algo de diversión. Aquellas palabras confesadas por el vino en los labios del viejo del Bar, fueron razón más que valedora a juicio de todos los presentes, para aceptarlo en la pequeña reunión.

Un rato más tarde los tres conversaban animadamente. Sin embargo, estaba en desarrollo una simpática guerra en el círculo de amigos. Matías y Mañungo luchaban constantemente en la tertulia, para que el gordo viejo del Bar no se extendiera excesivamente en sus comentarios. Cada vez que este opinaba y se ponía latero, obligadamente debía uno de ellos meter temas cortos en medio o interrumpir con subterfugios. No obstante, aquello no era fácil, porque el viejo del Bar no estaba acostumbrado a tomar tanto y se sentía muy dicharachero.

El viejo de Bar rápidamente había adoptado la felicidad de Matías, de manera que mandó al garzón no garzón que se les uniera, claro, previa autorización de los presentes. Al mismo tiempo, ordenó que trajera otra botella de vino de las mismas y que cerrara el local de inmediato, aunque ni siquiera había oscurecido. También ordenó cual un militar, que una vez que el chinito Shong limpiara la cocina, se podría unir a la fiesta, rectificando de inmediato, que antes preparara unos picadillos para la mesa de los amigos.

Una vez que dio las voces de mando el viejo del Bar, las cuales hizo con voz enronquecida y alta en volumen a propósito, dice a Mañungo y Matías con cara de resignación, que eso lo tenía aburrido, que era muy dura la labor de gerencia, que había que tener muchas cosas en la cabeza y Bla, Bla, Bla. Estaba en esa latera cháchara, cuando se escucha ¡salud!, por parte de Matías y luego otro ¡salud!, por parte de Mañungo. Así calmaban o interrumpían el ímpetu del complicado invitado y eso se repitió durante toda la tertulia.

Ya eran cerca de las siete de la tarde y se había unido a ellos el garzón no garzón; las puertas hacía rato estaban cerradas y la tercera botella ya se terminaba. Todos estaban un poco embriagados, excepto Mañungo, que estaba mareado solo por el ambiente de fiesta.

De repente se siente golpear la puerta y atiende el garzón no garzón; al parecer era gente hostigosa que no dejaba cerrar la puerta. Acude Matías a solucionar el problema y grande fue su impresión, al observar en la puerta a dos mendigos en muy malas condiciones, pidiendo en forma lastimera algo para comer. Su hoy sensible corazón se quebró trayéndole muchos y malos recuerdos al momento, incluso se vio él y su amigo Mañungo reflejados en ellos. De tal manera, que sin titubear los invitó a pasar y les recomendó lavarse las manos al menos, para que pudiera invitarlos a su mesa que compartía con amigos.

Cuando Matías llega a la mesa con los mendigos invitados, por supuesto la sorpresa fue general para todos, pero los afectaba de distintas formas. A Mañungo le alegró agregar más personas a la despedida de soltero de su amigo. Al viejo del Bar, cuya opinión al respecto, todos conocemos, entre curado y buena persona que en ese momento era, más el respeto o temor a Matías, no le pareció terrible la llegada de los sucios mendigos, de modo que no hizo observaciones, no puso mala cara, no hizo gestos, ni emitió opinión sobre las indignas visitas.

Acomodaron mejor las sillas y otras mesas, porque al mismo tiempo que los mendigos se

sentaban, llegaba el chinito “Shong” con una docena de churrascos, mostaza, mayonesa y ají de frasco. Además traía dos fuentes con papas fritas hechas por el mismo, un plato de aceitunas amargas y dos limones, que nadie sabía ni supo nunca para qué. Finalmente, sobre los limones, todos se quedaron con la idea que era una tradición china, sin saber que realmente el chino flojo los había llevado por error y solo no quería volver a la cocina para guardarlos.

Estaban todos reunidos muy contentos comiendo y conversando. En ese momento eran todos amigos y algunos muy amigos, producto del sentimiento que despierta el vino. Estaban entonces, Matías, Mañungo, el viejo del Bar, el garzón no garzón, el chino Shong, más los dos mendigos “tucos y ticos”, como el burlesco garzón no garzón los había bautizado. Los últimos invitados que eran los mendigos, tenían una extraña apariencia, en la cual se inspiró el garzón no garzón para apodarlos “tucos y ticos”. Ambos vestían un largo abrigo negro, eran delgados, pequeños y del mismo alto; muy narigones y el pelo casi rapado. En realidad, eran como gemelos y muy parecidos a dos cuervos de dibujos animados; costaba diferenciar uno de otro.

Resultó que “tucos y ticos” eran músicos en guitarra y percusión, de manera que ya en confianza, el garzón no garzón que algo cantaba, se consiguió los instrumentos adecuados y la fiesta musical se armó. Hicieron karaoke con instrumentos en vivo, competencia de canto, baile, el paso del limbo y hasta lambada bailaron. Pero el plato fuerte sin lugar a dudas, fueron las desgarradoras rancheras y los tangos que hicieron llorar a todos sin excepción. El chinito Shong era el más afectado en ese momento, pues lloraba amargamente con su llanto de chino, al traer a su mente los recuerdos de su recordada chinita, que había dejado en China.

Cerca de las dos de la mañana el ambiente se había tornado enrarecido; todos muy ebrios se hablaban y nadie se entendía. La fiesta se había puesto fría y todos iban en caída. Entonces, Mañungo que era el único lucido del montón, a la fiesta puso fin sin alegatos ni intervención. A los curados repartió y a Matías a su residencial se lo llevó.

Después de esa fiesta, al segundo día Matías apareció por el Bar saludando muy alegre, tal como se sentía. Arregló los problemas del costo de la fiesta con el viejo del Bar, quien a esa altura lo trataba de amigo y Matías no se molestaba; al contrario, quería serlo de todos. Finalmente en cuanto a asuntos de plata, llegaron a un acuerdo para compartir el gasto, el que era justo para todos; Matías pagó la cuenta completa que incluía vino, comida, copas rotas, etc., excepto los dos limones que no se consumieron. Esto último fue una acotación del viejo del Bar, que se jactaba de su honestidad y sentido de justicia al hacer la rebaja de los limones, agregando además, que si algo el odiaba, eran los abusadores.

Matías, que en su estado de vida actual nada pequeño le importaba, pagó todos los gastos feliz y sin chistar. Así era hoy; nada que fuera problema le importaba de la vida. Actualmente siempre estaba contento, quería ser feliz y exhalaba alegría. También cuando estaba sumido en la miseria del alma y sin amor correspondido, lo que realmente no le importaba, eran las cosas o situaciones que comúnmente defendía, como actos de injusticia, abusos u otras cosas parecidas. Esta vez, con otro criterio actuaba; más ecuánime, conciliador y solidario, buscando un arreglo mejor para todas las partes. En resumen, no quería hacer daño a nada, aminoraba en su mente la maldad y encontraba explicación a todo. Daba la sensación que quería un mundo donde todo se mantuviera igual, sin cambios, sin bulla, sin nada que pudiera afectar o tal vez despertarlo, de la enorme felicidad que hoy sentía.

Más que nunca estaba y se sentía enamorado. Bien sabía que el amor eterno y verdadero existía, porque con Martina así lo vivía. En un momento de su vida no lo creyó, cuando se inventó un antídoto para anularlo o extinguirlo, basado en su desconfianza al no saberse correspondido

por Martina. A la postre, estaba más enamorado que antes, porque había vivido una etapa de decepción que fue mentira y hoy él se sentía culpable por haber dudado. Martina lo amaba con todos sus sentimientos y nunca había dejado de hacerlo. De aquello hoy estaba consciente y su corazón había liberado, para que amara a Martina sin límite y hasta más allá de la muerte.

Si en ese momento una encuesta sobre el hombre más feliz de la tierra se hubiese hecho, Matías sin duda alguna habría ganado. Se le veía caminar por las calles de Iquique, por la plaza Arturo Prat, conduciendo el auto y por todas partes, siempre con su leve pero permanente sonrisa de satisfacción, producto del gran amor que sentía y de la seguridad de saberse correspondido.

Quizás muchos pensarán que se enfatiza demasiado esta parte del amor, sin embargo, basta hacer una propia introspección y trasladarse al tiempo en que cada uno ha experimentado esa maravillosa sensación. Cuando alguien tiene la suerte de encontrar la otra media naranja, la pareja única entre miles de millones y esta se conecta en todos los sentidos, se produce una relación maravillosa y especial que se quisiera para toda la vida. Ese sentimiento no es pensado ni elegido, sino, un reflejo del corazón. Como resultado, los humanos atrapados por este sentimiento llamado amor, sufren de singular alteración, ocasionando que el pulso se acelere al máximo, la felicidad se sienta plena y el futuro se colme de ilusión. Bueno, así estaba Matías. Su capacidad de amar estaba en la cúspide, en su punto más alto de la parábola del amor, manteniéndose siempre constante. Matías en normal comportamiento, irradiaba amor.

Como todo plazo se cumple, el día más esperado llegaba y Matías tenía su casa linda. Tuco y tico la habían limpiado, ordenado y ornamentado con plantitas al interior y exterior, incluso, globos y pancartas de amor estaban en la puerta colgadas, para dar la bienvenida a Martina.

Ese día Matías vestía su mejor pinta; una camisa blanca idéntica a la manchada, pantalón azul marino con bolsillos de parche al exterior, zapatos igual azules de gamuza y un elegante sombrero de fieltro color blanco albino, para el sol. No tenía barba, solo un bigotito tipo fuerza aérea, muy cortito. Su cabello negro estaba bien cortado y en las sienes y patillas un leve plateado. Su figura toda era la de un caballero distinguido y se veía y en realidad era un verdadero señor.

La hermosa, sensual y exquisita Martina, llegaba a la diez de la mañana de ese día, de manera que en retiro de maletas y más el trámite de bajada, Matías calculaba que estaría lista afuera y esperando, cercano a las diez y treinta minutos. A él solo le bastaban tres minutos para atravesar al aeropuerto de Chucumata y traer a su amada a la “la casa en la pradera”, ahora el futuro hogar de ambos.

Estaba todo listo, dispuesto y Matías descansaba tranquilamente, esperando sentado en la sombra de la casa, mientras se acortaba la hora. Observaba feliz el entorno de su hogar, pensando justamente en que su vida cambiaría por completo. Ya todo sería legal, en serio y con compromiso de verdad; Martina sería totalmente suya. Mientras tanto, varias aves de mar que jugaban con el viento, planeaban y picaban en velocidad, como en actitud de competencia.

Matías miraba aquello de las aves y otras cosas, al mismo tiempo que pensaba, cuando se da cuenta que no tiene nada especial para esperar a Martina. A pesar de todo lo hermoñado del entorno, exclusivo para ella, un regalo personal que no sea material, no le tenía. Pensando en alguna solución, se le ocurre que lo mejor y más ad hoc al momento, eran las flores, que simbolizaban muestra de amor, cariño, femineidad y por último, era de costumbre y típica atención para las mujeres. Pensó entonces en comprar rosas y se auto convenció que era lo mejor. Miró la hora y eran casi las nueve de la mañana, entonces pensó acertadamente que en hora y media iba y volvía, sin ningún problema de tiempo.

Su chevy chevette estaba listo y ese día relucía como nunca, lavado y lustrado también por “tucos y ticos”, quienes un pago por los servicios prestados, más cinco aguinaldos cada uno se llevaron. Por supuesto, los emolumentos cancelados diferían bastante del trabajo hecho, sin embargo, todo era un regalo de Matías, quien además de generoso, muy contento estaba por el emocionante momento que vivía.

Un minuto más tarde, rumbo a la ciudad de Iquique viajaba Matías. A los sones de valsos peruanos cantaba y tarareaba, con su mente fija en Martina, recordando situaciones agradables y divertidas. No se dio cuenta y a la media hora ya estaba en el Mercado de Iquique, buscando un lugar para estacionarse. Al bajarse del auto corrió a una florería y compró rosas blancas y rojas; una docena de cada una y las más lindas que encontró. La señora que atendía le pregunta para quien eran, si acaso para su madre o su abuela y Matías que andaba muy nervioso y en su actitud era notorio, riendo a carcajadas le corrigió que eran para su único gran amor. Agregó muy orgulloso que Martina se llamaba y ese mismo día se casaban, enfatizando a las ocho de la tarde y que el cura los esperaba. La señora de la florería dio entonces más importancia a la venta y dijo que esas flores debían llevar una dedicación, por lo que entregó una tarjeta en blanco, para que Matías la llenara con palabras de amor y todo lo que sentía en su corazón.

Ya en el auto con las flores bien protegidas, Matías parte raudo y feliz a su gran encuentro de amor. Por fin podría abrazarla, besarla y apretarla contra su pecho. Tenía una necesidad imperiosa de sentir a Martina; su cuerpo, su mente, su corazón, todo su ser la extrañaba y eso era poco decir, porque las ansias incontrolables de estar con ella otra vez, eran terribles. Pensaba en la sorpresa que Martina dijo y sonreía, porque seguro era una camisa igual a la manchada, que volvería a regalarle. Se imaginaba la hermosa cara sonriente de Martina, cuando la camisa le pasara, porque ella se había dado cuenta de cuanto le gustaba y de lo triste que se puso cuando tuvo que botarla a la basura.

Al llegar a la curva de la “Caleta los verdes”, un camión con carga de tomates había volcado y el camino estaba de paso impedido por carabineros. Por ello, Matías tuvo que esperar con impaciencia, en su décimo lugar de la caravana atascada. Un cuarto de hora más tarde un pequeño cargador frontal llegó y a duras penas logró arrinconar al costado del cerro, todo el desparramo de cajas y el destartado camión, para que la caravana de treinta autos siguiera su camino.

Matías retomó el viaje mirando su reloj, constatando que era ya muy tarde y estaba retrasado; este marcaba las diez cincuenta minutos de la mañana, de manera que apretó conscientemente a fondo el acelerador, para devorar el camino que quedaba. Le tenía confianza a su conducción, como también al auto que conocía por muchos años. Además estaba sobrio y lúcido como nunca, de modo que parecía volar sobre la calurosa carretera, mientras pasaba a toda velocidad los autos que lo antecedían y esquivaba a otros en la única vía de conexión al aeropuerto.

Mientras tanto en el aeropuerto, Martina había llegado a las diez veinte minutos y ya estaba lista con las maletas en la mano, esperando muy nerviosa y ansiosa la llegada de Matías. Pasando ya las once de la mañana, decide tomar un taxi hacia la casa en la pradera, pensando que Matías se habría atrasado o que había tenido un problema de última hora, tal vez con el auto u otra cosa tan importante, que justificaba su no llegada.

Martina se reía al imaginarse a Matías hecho un nudo. Era obvio que estaba atrasado, porque siempre se complicaba al querer hacer todo junto y se enrababa enormemente cuando se demoraba, desconociendo que era debido a su propia forma de proceder. Eso era habitual en él y sabía que nunca cambiaría. Se reía más, cuando justamente en esos momentos ella lo llamaba el señor perfecto y él se amurraba. Sabía que no cambiaría esa actitud, porque Matías buscaba la

perfección en todo; incluso cuando disfrazados hacían sus juegos eróticos y quería una perfecta actuación.

Matías se acercaba al aeropuerto haciendo roncar su autito, con el pedal hasta las latas y sus nervios por dentro le mordían las entrañas. Se sabía muy atrasado, pero igual estaba feliz y contento; vería en unos minutos a Martina y podría demostrarle ese amor reivindicado y gigante que sentía. Era algo que tanto deseaba y desde hacía mucho tiempo. Sonreía y carcajeaba para sí, pensando en las cosas que le diría, mientras miraba el camino y se decía, queda poco, solo quinientos metros, cuatrocientos metros. Así, calculaba en su mente el tiempo y los metros escasos que quedaban, para tranquilizar su inquieto corazón enamorado, que viejo estaba, pero ese día se comportaba como un órgano adolescente.

Cuando ya quedaban doscientos metros, el aeropuerto obviamente estaba entero a la vista, de manera que se disponía a disminuir la velocidad que llevaba al tope. Cien metros le quedaban y una jauría de enormes perros sale corriendo de atrás de un pequeño cerro contiguo al camino, atraviesan en loca carrera y chocan tres de ellos contra el auto de Matías. Dos perros saltan aullando hacia el cielo y otro muerto cae bajo el auto. Matías, con ojos desorbitados y afirmado al volante, luchaba para estabilizar el auto que ronceaba vertiginosamente. Usaba su sangre fría y toda su experiencia para actuar con serenidad, valentía y destreza, no frenando ni realizando virajes bruscos, pero dada la velocidad que llevaba y el perro que levantó la rueda trasera, nada pudo evitarlo y volcó en cinco volteretas, saltando, girando y chocando contra las rocas del lado del camino, para caer totalmente destruido y humeando justo frente al ingreso del aeropuerto.

Un taxi estaba parado en la salida del aeropuerto, esperando justamente el paso del auto de Matías, que se suponía pasaba de largo por la velocidad que llevaba. Ese taxi transportaba a Martina, que vio el accidente desde su inicio, al reconocer el auto de Matías a lo lejos, porque para ella era único en su especie. Miraba impávida y aterrada la brutal escena del accidente, llorando con los ojos y con el alma, mientras apretaba la guagua que tenía en sus brazos, que era la sorpresa que traía para Matías. Quería que viera el fruto de su amor con él, su hija que siempre mostraba orgullosa por el parecido con su padre, ya que eran idénticos en su mirada.

El chofer del taxi le hablaba de lo terrible del accidente y muchas cosas más, pero Martina solo miraba consternada y paralogizada el humeante y destruido auto de Matías. Sus ojos ya no veían cegados por las lágrimas y no había emitido palabra y menos un grito que liberara su impresión. Miraba sin querer comprender, como la vida se le iba de forma trágica y jamás esperada. Ante el desarrollo escalofriante y la visión destructiva del accidente, suponía que Matías ya no existía. Lloraba en sollozos, sin consuelo y sin atreverse a mover un músculo.

Ya había llegado gente al auto volcado. Se veía que sacaban con sumo cuidado a una persona desde las latas del auto. Era Matías, muy mal herido, pero aún consciente. Varios que estaban alrededor del herido, opinaban que algo se le escuchaba, que algo quería decir el señor accidentado. Solo un gemido salía de la boca de Matías y era como un ruido nacido de su estómago, algo así como voz de ventrílocuo, que decía:

—¡Martina!, ¡Martina! y se apagaba. Luego volvía a escucharse, ¡Martina!, ¡Martina!

Martina ya estaba al lado del malogrado Matías y lo miraba llorando con su hija en brazos. Trataba de encontrar el ángulo de su extraviada mirada, para hablarle y que la viera. Arrodillada le acariciaba suavemente la cabeza, mientras sus lágrimas goteaban seguidamente sobre la cara de Matías. Al parecer, aquello fue mágico, porque en ese instante sus miradas de angustia y tristeza hicieron contacto. Matías la reconoce y levemente le sonríe con su cara cortada y ensangrentada, mientras ella lo limpia tiernamente con su pañuelo francés. Martina le dice llorando, con voz muy

quebrada:

—Matías,...mi dulce amor,.....te amo mucho, mucho. ¡Mira tú sorpresa!,...es tu hija,... ¡Matías es tu hija!,..... ¡Nuestra hija Matías!,... es el fruto de nuestro amor. Tiene tres meses y se llama “Catalina de las Nieves” ¿Te gusta?, se llama como tú querías..... ¡No me dejes por favor! ,... ¡No ahora! ¡No!..... ¡Te amo!,... te amo mucho.

Matías solo sonreía muy leve y la miraba con ojos nublados. Parecía que quería hablar con los ojos, pero expresión no tenía, solo los músculos de su boca algo respondían, de manera que parecía asentir con su sonrisa, a lo que Martina llorando le decía.

Ya la ambulancia de la Fuerza Aérea estaba ahí, apoyando el accidente. Camino al hospital iban los tres; Matías, Martina y Catalina, su pequeña bebé.

—Matías,... mi amor,... ¡si me escuchas dime algo! ¡Por favor no te vayas!..... ¡No me dejes!, .... ¿Por qué, Dios mío?,... no nos merecemos esto. Matías, mi amor, ¿te duele mucho?.... ¡Pobrecito!, pobrecito mi amor... ¡Escúchame por favor!, te amo,... tu eres mi gran hombre,... mi vida,.. ¡por favor.... no te vayas!,... ¡Matías te amo!.. Matías.... ¡te amaré hasta la muerte!.... ¡Nunca te olvidare!, ¡te amo mucho Matías!

Martina presentía que Matías ya no daba más, porque sus ojos se iban y les costaba enfocar, mientras su respiración se apagaba. Entonces, desesperadamente trataba de demostrar cuanto lo quería y un millón de cosas más, que en ese momento pudiera llevarse en su alma. Matías, que agonizaba con su cuerpo destruido por dentro, en un evidente momento de supremo esfuerzo, fija fuertemente su mirada sobre Martina y ella entiende telepáticamente su pedido. Matías quería decirle algo y ella así lo entendía, de modo que toma su mano y lo mira con atención. Matías se aferraba fuertemente a su mano, como para anclarse a ella y no irse. Se sentía que luchaba, pero fuerzas no tenía. Entonces por primera vez en ese momento, ella le escucha unas palabras; le decía bajito y suavemente, como si hablara su alma porque sus labios estaban fijos y quietos:

—Martina,...Martina.....mi amor, te.....amo. Catalina,...hija,...te amo. Las amo...por siempre.

Y Matías se va de la vida, emitiendo un enorme suspiro en medio del llanto desconsolado de Martina. La triste y angustiada escena era indescriptible. La soledad de Martina a pesar de su hija presente, era total. Aún en la ambulancia, con Matías que estaba y no estaba, era terrible el dolor de alma de Martina. Soltó suavemente la mano de Matías, quien también la había apretado con su último esfuerzo y encontró una nota con una rosa blanca en su mano, estrujada y algo molida, transformada solo en pétalos sueltos. Martina mientras lloraba amargamente, besaba con ternura desmedida los pétalos de rosa, vaciando en ellos sus lágrimas que se confundían con la sangre de Matías. Los guardaría como un gran tesoro, porque representaban el último regalo de su amado Matías. Ahí mismo en la ambulancia y junto a su hija, leyó la escueta nota de Matías, con sus bellos ojos bañados en lágrimas.

***Gracias mi amor por darme tanta felicidad.***

***No sabía que existía esta forma de amar,***



*Hasta que te conocí linda Martina.*

*Siempre te amaré en vida y también después.*

*Matías, tu eterno enamorado*

El día subsiguiente, en uno de los cementerios de Iquique, se despedía a Matías. Había pocas personas, se contaban con los dedos. Estaba por supuesto Martina con Catalina, Mañungo, el viejo del Bar, el garzón no garzón, el chino Shong y tuco y tico; los demás eran trabajadores del servicio de sepultura. Habló Mañungo para todos, usando sus mejores palabras. Martina estaba destruida y no podía hablar.

—¡Matías!, querido amigo, espéranos tranquilos en el cielo, más pronto que tarde llegaremos para disfrutar de tu compañía. Acá estamos todos los que te queremos, te extrañaremos de verdad. Tu recuerdo y enseñanza como tus sabios consejos, estarán con nosotros. En lo personal, te doy las gracias por haberme salvado de la miseria de la vida; estoy consciente que todo te lo debo. Solo espero haber sido buen amigo contigo, porque tú para mí fuiste el mejor y más grande que he tenido y que nunca tendré. Te quiero amigo, nunca te olvidaré. Que dios te reciba como te mereces, Matías.

Pasó el tiempo y Martina a los diez meses también murió en Iquique. Falleció sola y enferma de todo; anoréxica, deprimida y trastornada. La gente que la conoció ese último tiempo y supo la historia, comentaba que Martina había muerto de amor o que Matías se la había llevado. Luchó mucho por su salud debido a la responsabilidad que tenía con su hija y para ello fue a todos los médicos posibles, cumplió estrictamente con los remedios y tratamientos que le dieron, pero nada resultó. Se decía que fue tras Matías y su amor fue tan poderoso, que ni siquiera el inmenso amor que sentía por su hija, la había ayudado a mejorar. Se decía en general, que había muerto de amor. Aquello era verdad, pero no solo para Martina, sino también para Matías. Ambos murieron por amor, el más grande conocido en Iquique.

La hija de Matías y Martina sobrevivió y nunca más se supo de su vida. Gente que sabe de ella y son muy buena fuente, dicen que cumplió el sueño de su padre y se convirtió en Arquitecta y que actualmente se dedica a la conservación del patrimonio histórico de Iquique..... ¡Es lo que se dice!

En la leyenda que se ha creado al respecto, se comenta que Matías y Martina no han muerto, pues muchos los han visto en distintos lugares históricos de Iquique.

*Si ves un auto “Chevy chevette” en la carretera con dirección al aeropuerto de Iquique y se desaparece en él camino, no temas, porque puede ser el espíritu de Matías y Martina, que rondan por la ciudad y recorren los lugares que recuerdan su amor.*

*FIN*